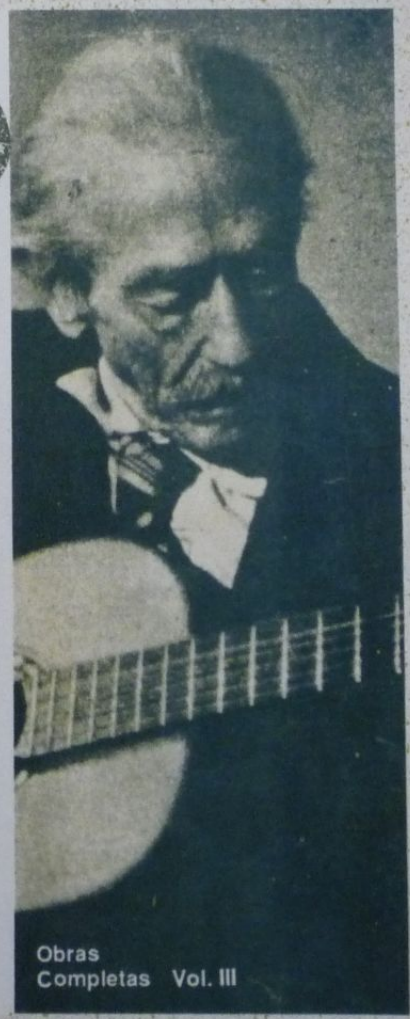


MACEDONIO FERNANDEZ

león
rí
as!



Obras
Completas Vol. III

 CORREGIDOR

MACEDONIO
FERNANDEZ

TEORIAS

Obras Completas - Tomo III



TOMBO.: 91864



SBD-FFLCH-USP

868.995

FM413e

v. 3

MACEDONIO
FERNANDES

TEORIAS

Obras Completas - Tomo II

94077048

© Ediciones Corregidor, 1990
Rodríguez Peña 452 (1020) Bs. As.
I. S. B. N.: 950-05-0584-3
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

NOTA PREVIA

A lo advertido en general sobre la índole de esta recopilación de escritos de M. F. (tomo I), es obligatorio añadir una consideración especialísima.

Se trata de escritos casi absolutamente inéditos en su mayoría anteriores a 1920, no revisados ni organizados para publicar, prácticamente dejados. Aunque algunos aparecen redactados con vistas a un posible libro, ese libro no tuvo asomos de concretarse, y los papeles permanecieron treinta o cuarenta años olvidados, aunque los temas siguieron siempre importantes en la reflexión del autor, como se evidencia en su epistolario (tomo II), por ejemplo en cartas a Gómez de la Serna sobre teoría de Salud o a Marcelo del Mazo sobre teoría socioeconómica, o en "Cuadernos de todo y nada", a cada paso. Pertenecen a una especie de libro fantasma, errátil pero persistente, concebido hacia los veinte años (como puede verse en los escritos de juventud, tomo I), que constantemente se metamorfosea (compárense los sumarios de 1896, 1906, 1918), pero que mantiene la unidad de ser un libro testimonial (e inexistente), es decir de investigación personal —independiente en tema, métodos, conclusiones— y permanecer inédito, en borrosos borradores y totalmente desconocido.

(Historia de los libros que M. F. no escribió —pero imaginó o acarició—; o abandonó; o traspapeló; o no publicó. De algunos quedó el título, o el sumario, o el prólogo, o algún capítulo, o alguna conclusión. Escribe, por ejemplo, a Gómez de la Serna en 1932: "Los otros tres libros desde muy joven entrevistos: Crítica del Dolor (psicología del esfuerzo o trabajo de exclusión de su acceso a la Sensibilidad, etc.); La guitarra de un abogado (teoría psicológica de la música); La salud de un abogado (teoría bio-histórica de la Salud y del imposible terapéutico), los dimitiré.

salvo unos resúmenes fáciles quizá. Muy conforme quedaré con realizar la novela y la metafísica".

Parte de esos papeles son exhumados aquí. Se debe insistir en que no es una obra de M. F.; son apuntes, meras anotaciones y teorizaciones, y se los publica como materiales para una biografía, contribuciones a hacer menos sorpresiva la historia de un escritor tardío exteriormente e interiormente precoz. A algún posible biógrafo —pues este autor que acaso abusó de autobiografías y hasta de alguna "autobiografía escrita por otro", prácticamente continúa huérfano de biógrafo— estas páginas pueden contribuir a esclarecer la evolución de una conducta, la biografía de un pensamiento o un estilo.

En este tomo, de título convencional, se agrupan:

1) Teorías y críticas conexas y contemporáneas (alrededor de 1908) concernientes a Eudemonología (Crítica del Dolor Crítica del Valor, Esfuerzo, reglas eudemonológicas);

2) Páginas preliminares de un Diario de Vida e Ideas (alrededor de 1918), con temas conexas a los precedentes;

3) Notas para una Teoría de la Salud y una Teoría del Estado (alrededor de 1918-20);

4) Notas para una Teoría del Arte, especialmente teoría de la novela (alrededor de 1928) y teoría de la humorística (alrededor de 1940). Son, en lo fundamental, el único material no inédito de este volumen.

ADVERTENCIA

Hacia 1938 fueron pasadas en limpio y organizadas sumariamente varias redacciones de un comienzo y primer desarrollo de "Crítica del Dolor", "Eudemonología", "Arte de vivir", concordantes con un esbozo de "Crítica del Valor" y teoría del Esfuerzo, o sea estudios de Psicología o Capítulo Práctico, como dicen algunos subtítulos, escritos en 1906-8. Estos textos son obviamente paralelos y hacen juego con diversos estudios de metafísica (también en varias redacciones) de la misma época que quedaron asimismo inéditos y que en parte han sido incorporados a la edición de "No toda es vigilia la de los ojos abiertos" de 1967 (y que aparecerán más completos en el respectivo tomo de estas Obras).

Esta relación entre los complementarios aspectos místico y práctico de la unidad humana aparece aludida en el prefacio de "Crítica del Dolor", donde el autor, a pesar de declarar ineludible la opción entre la actitud práctica y la actitud metafísica, y hallarse exponiendo precisamente el Capítulo Práctico, confiesa empero la primacía de su personal vocación metafísica. Es posible que la comprensión plena de estos estudios eudemonológicos exija relacionarlos con los metafísicos, pues desde sus reflexiones más tempranas caracteriza al hombre como unidad místico-práctica. Esa correlación resulta a veces del propio texto, como cuando insiste en que la Vida, como posición terrestre del ser, es una invención del alma, o cuando escribe que la Metafísica es la disciplina más favorable a la felicidad. Otras veces, como en alguna anotación inédita, muestra cómo lo que desde la faz práctica aparece con determinado carácter, en su faz teórica reviste otro, por ejemplo la Sensación, que desde el punto de vista psicofisiológico aparece como información cualitativa: el sonido como diferente del color, el contacto, el olor, el sabor, la temperatura,

diferenciaciones prácticamente irreductibles, mientras metafísicamente entiende que son reductibles.

Estos varios comienzos de investigación eudemonológica, ninguno al parecer decisivo en cuanto a exposición, ya que las ideas concuerdan con las de textos anteriores y posteriores, permanecen largos años dejados. De todos modos, instado M. F. hacia 1938 a recuperar la investigación encarada treinta y más años antes, ya que nunca había dejado de interesarle, el resultado fue que, acaso por condescender, dictó algunas condensadas anotaciones suplementarias. Se reúnen aquí, pues, páginas escritas hacia 1906-8 y otras pocas de 1938 y alguna breve anotación posterior; en el intervalo, no aparecen retomados los viejos papeles.

Después de 1938, alguna vez aparece mencionada la "Crítica del Dolor (Psicología del esfuerzo o trabajo de exclusión de su acceso a la sensibilidad)", como la recuerda Gómez de la Serna en el prólogo a "Papeles de Recienvenido" (1944). Pero, en fin, pasaron otros muchos años y el ensayo no fue publicado, ni revisado, ni anunciado.

1. CRÍTICA DEL DOLOR - EUDEMONOLOGÍA

PREFACIO

Tiempo ha que tuve la idea de esta Crítica y anduve temiendo no saber hacerme entender a causa de mi poca disciplina y diligencia para las explicaciones —a veces la sola Gramática es suficiente para ponerme en fuga del esfuerzo comenzado— y especialmente porque la particularidad de la noción que trato de presentar, la singular denominación y tema de mi asunto o haría imaginar que traigo uno de esos libros que viven de su título, pacientemente estudiado en las mejores horas mentales de su autor, o sugeriría desde luego al lector otras ideas tras las cuales se me marcharía, no siendo aquéllas a que deseo traerlo y creando una situación tan cómoda como infecunda, que es la desesperación clásica de los escritores.

A estas razones bastantes, quizá, para hacer de mi libro un caso de inoportunidad permanente, se añade la inoportunidad actual nacida de la gran prosperidad en que están viviendo los argentinos, quienes apenas conservan impresiones de la riqueza en dolor de la Vida. Viéndome hablar del Dolor no dejarán de suponerme un estudioso de cosas antiguas, y sin desdén, con amistosa lástima, pues como argentinos y como hombres felices mis lectores de ahora acogen con doblada cordialidad toda aparición de un producto de vida en la escena que ellos hacen hermosa con su trabajo, sus capacidades de esperanza y su plena buena voluntad de vivir, pensarán que seguramente se me ven méritos y labor, y haciendo de Gobierno Nacional ya estarán preocupados con un buen empleo para mí.

Por mi parte no quisiera más honroso destino, pero bien advertido que tan pronta iniciativa no significa otra cosa que la de-

cisión firmísima de despedirse de mí desde ahora sin comprometerse en la lectura más allá de la primera página y con una ojeada al índice de "esta nueva producción que con la sugestiva carátula de "Crítica del Dolor" nos visita a principios de año y hemos de leer con detenimiento".

Creo, empero, que esta gallarda Nación que es uno de los grupos nacionales de convivencia más culto y sano y vivaz de la Tierra, esta sociabilidad en que el trabajo de todos los corazones parece que esta concentrando y creando el más espléndido Sol humano de Buena Voluntad actualmente existente o en formación, está sujeta a una inminente catástrofe económica que abrirá un período de dolor nacional como el que soportamos hace veinte años o como el que soportan los Estados Unidos desde 1907. El Dolor efectuará su reaparición y estos hogares argentinos cuya estructura moral no tiene igual en el mundo (los hogares son las fortalezas y la finalidad de la nacionalidad: allí se refugia y se repara la patria enferma o intimidada; de allí salen cotidianamente las fuerzas puras, la sangre moral, sin las cuales la vida política y comercial se hundiría en el crimen en una semana: un día de hogar es más eficiente que toda la instrucción-educación pública que recibe un joven: el Gobierno, la Religión Externa, las costumbres son estructuras de lujo, productos residuales y de fricción que, existen simplemente porque no se les ha podido evitar del todo, porque el hogar no es una perfección) conocerán nuevamente las amarguras de esos largos años de combate estrecho y acérrimo que es preciso para que entre el pan en la casa cuando un violento ciclón económico ha pasado por la Nación.

Estamos olvidados de que si no la miseria, la estrechez más o menos disimulada y continua y el trabajo rudo es la ley en el noventa por ciento de los hogares en toda la Tierra excepto en períodos locales muy prósperos.

Solemos creer que los privilegios propios de la Argentina consistentes en la riqueza de su suelo, ausencia de gérmenes étnicos y en cierta medida económico-sociales de conflicto y ruina, salubridad en sus circunstancias físicas, benignidad de clima, son extraordinariamente prominentes. Yo declaro que en mi opinión son en conjunto superiores a los de Estados Unidos, Canadá, Australia, Trasvaal, Bélgica y algunos otros países que en la hora

actual pueden reconocerse como las agrupaciones nacionales más favorablemente dotadas por ventajas físicas, étnicas, sociales, y a pesar de poner tan alto a mi patria creo que en un parangón hedónico, es decir, comparando el bienestar y malestar sustancial, subjetivo, las diferencias entre las nacionalidades son insignificantes, como son insignificantes las diferencias reales de sufrimiento y goce entre los diversos individuos cualesquiera sean las variedades de condición, educación, carácter, poder mental, etcétera, etcétera.

Sea como fuere creo que la crítica del dolor como dirección teórica sistemática, precisa —a nadie habíasele ocurrido hasta ahora que era un problema especial deslindable y que debía deslindarse, extraviado el problema entre esos tejidos de vaguedades con que se componen los libros sobre la Felicidad— es un examen y preparación cuya necesidad todo individuo siente mil veces en las vicisitudes de su carrera hedónica, y opino que tal como la propongo hará que la lectura de estas páginas sea de efecto más bien tónico que depresivo, con mejora casi imperceptible pero general del nivel permanente de combate en la "actitud" voluntaria.

Para mí es ineludible optar en la carrera terrestre o por la actitud metafísica o por la actitud práctica, tan valiosas y tan legítimas una como otra. Con cualquiera de ellas llevadas a un extremo de disciplina podemos situarnos favorablemente en lo que tiene de hedónico nuestro pasaje terrestre.

La "Crítica del Dolor" es el capítulo mayor de mi posición práctica general, lo que no significa que yo me sienta más llevado hacia la posición práctica; al contrario, la posición metafísica es mi gran escudo, pero he solido verme y he visto a otros bien defendidos en la posición práctica en toda su desnudez. No sólo se puede vivir sin necesitar a Dios (Religión) sino aún sin necesitar ser Dios (Metafísica, Misticismo).

A veces en verdad parece que se hace más honor a la Tierra como escuela del momento enclavándose en un valor tan grande cual el Mundo.

A veces la Metafísica, es decir, una disciplina sin límites de

refutación de la presentación práctica del mundo, parece más definitivo que el Valor.

Mas, ¿qué hay más definitivo que un presente bien llenado? Una recepción plena es lo que quiere el Presente para hacerse Eternidad.

Al compás de estas páginas voy pensando y haciéndome de disciplina práctica. No entiendo de otra manera el escribir libros. Yo tengo que preparar, como todos, reservas para emplearlas en las horas que el Dolor se toma con nosotros. Pero si me siento a meditar actitudes e inhibiciones con que resistir el dolor cuando llegue, la meditación se dispersa a cada minuto. Tener en la cabeza un plan de libro y ver páginas que crecen día a día, son auxilios internos y externos para la continuidad de la meditación y, sobre todo, las sensaciones musculares de la escritura la sostienen muy bien. Que después de todo y habiendo ya sido útil a quien lo hacía el libro que ayudó a pensar escribiendo ayude a pensar leyendo y que todavía sus sugerencias —ya que no transmisiones de ideas que rara vez ocurren— levanten un minúsculo grado el tono del día anterior del hijo, del amigo, del lector, que éste se separe de sus páginas con más elasticidad para la Fiesta y más disciplina de Infierno...

Se advertirá en estas páginas cierta inconstancia en el acento de serio dogmatismo con que se calzan y visten todos los que escriben libros científicos.

Es, efectivamente, así; pero ante la incesante alternativa de las opiniones de los más vigorosos pensadores, prueba eterna de la fragilidad del pensamiento o de la complicación de las cosas, me parece ridícula tanta seriedad y buenamente digo que la intención científica de mis capítulos es sincerísima y que nada me interesa tanto en este mundo como la verdad (no empleo mayúscula porque estoy harto de énfasis); las dos verdades: la práctica y la metafísica; esta última más que la otra.

Leyendo la "vida" de Napoleón, de Beethoven, de Spencer, nuestra sospecha de que la suerte humana, inextricable mixtura de sufrimiento y goce, es igual y común y no la modifica de

ninguna manera favorable la posesión más extensa de cualquier "bien" (poder, riqueza, ciencia, sensibilidad) se robustece; y un examen sistemático de nuestra constitución psico-fisiológica parece conducir a lo mismo.

La "Historia" (de la Ciencia, de la Acción, de la Expresión) narra tantos fracasos como victorias y cada vida individual es un tejido de perplejidades y lucideces. Lo que se llama Progreso, hecho incuestionable en mi opinión, es una complicación creciente para el Placer y para el Dolor, para el Error y la Verdad, pero la "vida" continúa siendo una igual posibilidad de goce o sufrimiento y el "mundo" una igual posibilidad de causas de dolor y de placer.

No es, pues, el caso de adoptar una actitud de sapiencia ilimitada cuando se descerraja un libro sobre el público, no tomar esa adorable apostura de "lo sé todo" con que se retratan los autores en la primera página o tapa de su "obra" con mirada centelleante y gesto de inquebrantable voluntad; las señoritas y damas también tienen para el fotógrafo una actitud insustituible que llamaremos: la actitud virginal; pero aquella "perfecta lucidez" y "definitiva orientación" y este "perfil virginal" son cosas cuya existencia positiva...

Téngase, pues, presente que estamos escribiendo y estudiando; que rectificaremos sin dificultad cualquier afirmación de los primeros capítulos que al llegar a los últimos haya perdido nuestras simpatías, y también, que sabemos, en este momento, tan poco que ni aún podríamos decir si al fin sabremos algo irrefutable.

Es decir, que no tenemos por qué desesperar de alcanzar alguna verdad favorable a la dicha humana.

Así sea.

Añadiremos, para terminar, que estas páginas tratan un tópico que no tiene la primera jerarquía en las meditaciones del autor. Han sido pensadas y escritas para amenizar la persecución de la soberana intelección metafísica, nuestra predilecta Esperanza.

CRITICA DEL DOLOR

I

Estas páginas no son un tratado de optimismo aunque la primera impresión que ha de sugerir al lector el título de mi libro es la de que aquí se expone una defensa optimista.

La palabra optimismo es manifiestamente inexacta, pues sólo sería aplicable al sistema que sostuviera lo que dicese —aunque por mi parte no creo que a pensador alguno se le ocurran estas o semejantes terquedades— opinaba Leibnitz: que la vida es hedónicamente no buena y deseable sino óptima. Se llama optimismo, sin embargo, la creencia de que la vida es generalmente mejor que la inexistencia, que la vida contiene por lo general más placer que dolor. Yo entiendo que por poco que se incline la vida en la mayoría de los casos a procurar más placer que dolor, ya es buena y deseable. Y la mejor prueba de que es generalmente deseable está en que es generalmente deseada. Suponer que podría continuar prevaleciendo el deseo de vivir a pesar de que en el contenido de la experiencia individual y hereditaria prevalecieran los capítulos de dolor sobre los de placer es enteramente caprichoso.

Pero también creo que la prevalencia en la generalidad de las existencias del placer sobre el dolor es apenas apreciable, es insignificante, meramente lo suficiente para que hedónicamente sea preferible haber nacido a no hacerlo, en el sentido terrestre, único sentido de la palabra nacimiento. Y esto es así por una razón metafísica, no por un accidente variable como si dijéramos por circunstancias de confort. Así, pues, el progreso en que se cifran tantas esperanzas no puede cambiar estas cosas; siempre ha sido y será así, en el hombre como en el insecto, y los esfuerzos, reci-

bidos con tanto aplauso, de los que nos representan a nuestros antepasados de hace un millón de años como criaturas de dolor, perpetuamente aterrorizados, inermes y hambrientos, temblando en los bosques y temblando en las cavernas, no demuestran sino que a veces el hombre pierde y procura perder el sentido divino de la vida. Es degradar el Tiempo y la Realidad imaginar que hay tiempos mejores que otros y que el alma y la vida tengan que esperar perfecciones del futuro. Toda existencia y nuestros antepasados o no existieron o existieron actualmente; nuestra actualidad no vale más que la de ellos: su presente es el mismo que hoy es nuestro.

Y así como el deseo general de vivir es prueba de la deseabilidad de la vida, la ilusión del progreso hedónico, la general espera del Futuro es prueba de la profunda deficiencia hedónica de toda actualidad y la vida es pura actualidad. Por eso, en suma y cerrando esta digresión pienso que la vida es deseable pero apenas deseable y que no puede ser de otra manera porque la vida es una invención del alma; placer y dolor son sus invenciones; placer es lo que el alma quiere que sea presente; dolor lo que quisiera que deje de ser presente; pero la vida sin el dolor podría ser cualquier cosa menos un algo hedónico, y el alma quiere que la vida sea un algo hedónico, además de otras cosas; por eso hay tanto dolor en ella aunque es invención del alma y por eso hay más placer que dolor, porque es invención del alma. Si tales opiniones pueden autorizarse con un símil cabe decir que el placer no podría crecer como no puede aumentar la luz del mundo como hecho subjetivo, pues todo acrecentamiento de la duración del reino de la luz lleva correlativa una intensificación de nuestra sensibilidad para la oscuridad. Puede prolongarse el día pero la noche será tanto más extraña para nuestros sentidos.

En suma: la Vida, que como posición terrestre del ser es invención del alma, tenía que ser por ello satisfactoria hedónicamente, pero ante todo tenía que ser hedónica para que pudiera ser "moral", pues el fenomenismo terrestre ha sido concebido como instalación moral y la moralidad nace con el dolor y la pluralidad e individuación, como diría el gran Schopenhauer, el maestro.

Esta extemporánea digresión, cuyo espíritu sé muy bien será decididamente antipático a juicio de casi todos mis lectores, ser-

virá, sin embargo, si es que tengo algún oyente todavía, para guiarlo en la interpretación de algunas singularidades que seguirá encontrando en mi exposición. No puedo dejar de ser todo lo que soy en todo lo que escribo; aunque escribiera sobre Derecho o sobre Higiene no puedo dejar de ser risueño, doloroso y metafísico a cada página. Sobre todo creo que la Metafísica es la disciplina más favorable a la felicidad y nunca me abstendré de presentar toda perspectiva metafísica que se ofrezca a mi espíritu mientras llevo adelante mi redacción.

II

Nadie quizá está tan lleno de miedos como el que escribe esto; y seguramente de haber sufrido tanto por esta causa nació la necesidad profunda de formarme una vez por todas una posición mental completa con respecto al fenómeno Dolor en todas sus posibilidades.

¿Qué me propongo en este libro? ¿Demostrar que en la generalidad de las vidas hay más placer que dolor? Ya he dado mi opinión apenas optimista sobre este punto, pero estas páginas no tienen nada absolutamente que hacer con el optimismo o el pesimismo.

Lo que me propongo es hacer examen de las "intensidades" y "duraciones" posibles de dolor con la esperanza de aquietar mi alma y la del lector. Con el espíritu con que tantas veces se ha hecho la "crítica del conocimiento" intento una crítica de la sensibilidad tomada en el aspecto que suelen llamar negativo: ensayo una crítica del dolor que hasta hoy no se ha intentado y espero demostrar que incurrimos en exajeración, y determinamos el nacimiento de ideas falsas en nosotros y en los demás, en nuestros juicios y expresiones del dolor.

¿Qué vinculación hay entre la Crítica del Dolor y la Eudemonología? Eudemonología es la investigación de la probabilidad o efectividad en el pasado de un balance hedónico favorable en promedio al vivir sobre el no vivir, comparadas severamente las intensidades, frecuencias y variaciones del dolor y del placer. La Crítica del Dolor es, como la Crítica del Placer, la comparación

entre los valores, diremos, del dolor y placer en perspectiva y su efectivo valor al tiempo de ser experimentados; y la comparación entre los valores afectivos inherentes a la labor misma de sopor-tación, con los dolores experimentados, según la fórmula de la sabiduría tradicional, religiosa, de que Dios da las cargas pero da también las fuerzas proporcionadas. Juzgamos con agrandamiento tanto el dolor futuro como el placer futuro, y el momento presente de ellos resulta tanto para el placer como para el dolor, menor en contenido del que le adjudicaba nuestro juicio previo.

EUDEMONOLOGÍA

Eudemonología vendría a ser el arte, extraído de la consulta combinada de todas las ciencias o de un saber muy extenso, de indicar las conductas, o reglas cuya observancia fuera más útil, es decir más evitadora de dolores o procuradora de placeres. Consideradas las condiciones más generales y comunes de toda vida humana, examinaría y tomaría el peso a las ventajas e inconvenientes propios de cada uno de los llamados "bienes": salud, ciencia, fuerza muscular, dinero, belleza personal, sensibilidad, reputación, honradez, etc., haría la crítica severa de ellos, de la que quizá emergiera que ninguno merecería el nombre de "bien", porque ofrecieran inconvenientes que compensaran sus ventajas, o que alguno de ellos era muy superior en saldo de ventajas sobre inconvenientes, a los otros, y por tanto debiera ser erigido en objeto preferente de nuestros esfuerzos; resultaría quizá que la salud era un bien más plenamente que la ciencia y que por ejemplo las privaciones, trabajos e investigaciones que nos propusiéramos para adquirir y conservar salud fueran más útiles que los conducentes a la adquisición científica; en otros casos resultaría quizá que era más conveniente ser valeroso que ser erudito, que la honradez traía más sufrimientos que la pillería, o que la

belleza personal acarrea más dolores que placeres facilitaba, siendo preferible ser feo o fea para vivir con más probabilidades de bienestar.

Es éste un estudio comparativo sistemático que nunca se ha hecho y del que surgiría quizá el descrédito de muchos de los llamados tradicionalmente bienes. La salud misma debe tener sus inconvenientes, pues si bien comporta la plenitud de la Actividad, es decir de los recursos musculares e intelectuales que pueden servirnos para obtener placeres y evitar dolores, también representa la plenitud de los deseos sensuales, emocionales y de todo orden, que son otras tantas exigencias que se truecan en dolores si no disponemos de lo necesario para satisfacerlas. Además, la salud es un equilibrio y armonía biológica nada fácil de conquistar y mantener: es a costa de privaciones diarias, de múltiples cuidados en nuestro sueño, alimentación, aereación, ejercicio, vestimenta, placeres, pasiones, contagios prevenidos, adulteraciones de alimentos y líquidos evitadas, etc., que se logra conservarla, y esto requiere no sólo esfuerzos, privaciones y mortificaciones, sino estudios, observaciones y consultas. Si, después de todo esto, obtenemos la salud y sus goces nos compensan los sufrimientos y labores que nos exige, resultando un saldo favorable de los placeres que nos proporciona con las privaciones y trabajos que nos impone, todavía quedará por examinar en este balance una desventaja que acompaña a todos los estados y condiciones de la vida y surge de la característica constitucional de nuestra economía psico-fisiológica; la compensación o Relatividad, en virtud de la cual el hombre que cuidando su salud logra evitar durante muchos años toda enfermedad, si alguna vez llega a enfermar, lo que no logrará eludir, será mucho más sensible a las mortificaciones y molestias peculiares del estado de enfermedad, que el que con frecuencia ha estado enfermo, y además sus sufrimientos morales serán mucho mayores: no podrá tolerar la inmovilidad y secuestro a que lo reduce la enfermedad y sus temores ante una operación necesaria y sus inquietudes por la posibilidad de morir, le impondrán tormentos que al hombre enfermizo o desarreglado ya no abruman. Se ve pues cuán complicado es el tejido de la vida y cuán difícil por tanto la tarea de la Eudemonología. Señalar un camino o táctica que

procure al hombre una probabilidad algo apreciable de gozar más que padecer en el conjunto de su existencia es obra muy ardua que toca cumplir a esta ciencia-arte.

Sin embargo, de las múltiples compensaciones que toda cosa y estado ofrecen, el principio fundamental de Eudemonología debe ser que la Vida es aceptable, es buena, siempre que comporte para la generalidad de los seres un saldo cualquiera de placer sobre el dolor inherente, en diversas formas, a ella; este saldo nunca será muy grande y muy poco podrá la Eudemonología acrecentarlo y ese poco en que podrá aumentarlo estará también compensado por los trabajos y estudios que habrá requerido la formación de esta ciencia. Pero esta compensación existirá para el autor o autores de la Eudemonología, no para el autor que acepte sus fórmulas prestándoles fe, o que por lo menos se forme conciencia sobre el asunto con menor esfuerzo intelectual aprovechándose de la exposición coordinada, de las demostraciones claras y de los ejemplos que el autor aporte.

La vida, en general, no ofrece más probabilidades de placer que de dolor, pues, subjetivamente, el Hombre puede definirse: una susceptibilidad igual de placer y de dolor, y, objetivamente, el Mundo puede ser definido: una posibilidad igual de causas de placer y de dolor. Por consiguiente la vida no es un bien ni es un mal, la muerte no es mejor ni peor que la vida, y renunciar a ésta no es una pérdida. En ciertos momentos la existencia es buena; en otros es intolerable. ¿Podrá la Eudemonología aportar una probabilidad de que la existencia vivida según sus indicaciones contenga más bienestar que sufrimiento?

Esto sólo podrá resultar de algún gran hallazgo, de algún gran resorte o secreto, descubierto en la íntima constitución del complejo tejido del vivir y del mundo físico y moral en que la vida se desenvuelve.

Nadie ha realizado una exploración profunda y sistemática de este problema y yo por mi parte estoy muy lejos de haber acertado con nada semejante.

Detengámonos un momento a hacer ciertas advertencias.

Como la Eudemonología debe consultar todas las regiones del saber, ha de poder decir y ha de decir a veces, comparando y

pesando las ventajas de una verdad o regla encontrada aquí y otra hallada allá; entre el precepto higiénico: no meterse en cama con los pies húmedos o fríos, secarlos o calentarlos previamente, y el precepto psicológico: no abandonarse a gesticulaciones y expresiones de desaliento, y el precepto económico: preferir siempre, en igualdad de condiciones, en América especialmente, toda inversión en inmuebles, y el precepto jurídico: no dejar espacio en blanco entre la última línea y la firma, o no suscribir ninguna notificación recibida en casa ni ninguna declaración prestada en juicio¹, y el precepto sicofisiológico: favorecer la obtención del sueño imaginando estar haciendo dormir a otro, no imaginando que uno se está adormilando (Baldwin); —debe poder decir que considerada la sencillez de tal regla, la frecuencia de su aplicación, la facilidad de recordarla y de ejecutarla, el poco esfuerzo o privación que impone y la magnitud del mal que elude o del bien que hace aprovechar, es mejor que tal otra, y es preferible grabar aquella en la memoria o apuntarla y procurar observarla, pues no es muy grande el número de indicaciones útiles que uno puede tener presente y mucho menor el de las que uno es capaz de ejecutar, dada nuestra natural pereza y nuestro terror a toda molestia voluntariamente impuesta...

Este es un capítulo de Eudemonología que no puede omitirse.

Otra cosa que debe advertirse es que todo joven que quiere tener un poco de fe en la vida, es decir en el pequeño saldo de placer, que deducido de sus dolores, puede gozarse observando una cierta táctica que le señale la Eudemonología, ha de empezar por eliminar el prejuicio de creer que ciertos caracteres o temperamentos son más aptos que otros para la felicidad. Esto no es cierto y uno no debe tratar de cambiar de carácter porque crea que otros caracteres son más propicios al bienestar: sólo ha de procurar modificarse y aun cambiar de carácter (pues esto es posible) cuando concretamente vea que, *por ciertas circunstan-*

¹ Indicaciones para los profanos y cuya conveniencia resulta de que el rehusarse a firmar una y otra no trae ninguna mala consecuencia porque no es materia de castigo ni de interpretación judicial desfavorable, y evita grandes males por la fecha o conceptos en que puede ser redactada la notificación, y por las grandes desviaciones que, aún sin mala voluntad, sufre una declaración verbal al ser puesta por escrito.

cias, el carácter que tiene le trae más males que bienes; si esas circunstancias cambian debe tender nuevamente hacia otro tipo de carácter y así siempre, en la medida de sus energías, porque en absoluto todo carácter tiene tantos inconvenientes como ventajas y sólo en concreto, en tal o cual situación y circunstancias, es más benéfico uno que otro.

Del mismo modo no debe creer lo que tanto se repite y es falsísimo: que hay caracteres felices, bienhumorados, joviales, que todo lo sobrellevan bien. Esto nada tiene de verdad; es una ilusión muy general. Las personas generalmente llamadas sociales son los caracteres que sugieren con más frecuencia la calificación de felices. Me parece haber explicado en otra parte de dónde dimana este error.

La felicidad existe: el placer es real, pero en el conjunto de la existencia de una persona que haya vivido cuarenta o cincuenta años y aún menos, el placer y el dolor se compensan casi en absoluto. Sólo de un joven muerto a los quince años o antes se podría decir que fue muy feliz.

Pero el placer es tan real como el dolor: se puede ser pesimista en el sentido de juzgar que por la constitución de la vida, o de los seres vivos, o de la vida humana, y del Mundo en que respira, hecho un balance general de probabilidades, haya de ser para la generalidad de los individuos, en una época y lugar dados, o, aún, en toda época y lugar (lo que excede de toda previsión y ciencia) más probable, por comparación de frecuencia y de intensidad, un saldo de dolor que de placer; pero es infantil negar al placer tanta realidad como al dolor, y desconocer que existen momentos, días y aun épocas prolongadas de casi continuo bienestar en toda existencia humana, así como las hay de indecible sufrimiento y miseria.

En fin, no se olvide que de los beneficios de toda regla, verdad o indicación descubierta, hay que descontar, además de los inconvenientes que toda práctica, regla o conducta comporta casi sin excepción, la mortificación del esfuerzo de actividad, de pensamiento, de privación, etc., que para observar el precepto sea necesario imponerse. Esto ocurre casi con toda prescripción, pues

hasta el calentarse o secarse los pies al entrar al lecho es alguna molestia, si bien parece que este precepto puede prevenir males muy superiores a la incomodidad de su observancia.

Terminadas las advertencias, veamos qué es lo que cabe proponer como buenas fórmulas eudemonológicas.

Luego, será preciso seleccionar pocas, seguras y buenas reglas sin dejarse ilusionar por aparentes ventajas.

Una regla es buena: 1º a condición de que la molestia de esfuerzo que su cumplimiento exija constituya un dolor menor que el que ella evita o sea compensado con un placer inmediato o ulterior más intenso o durable que el dolor de esfuerzo; 2º y a condición de que sus ventajas sean mayores que sus inconvenientes pues no habremos de imaginarnos que hagamos el hallazgo de algún precepto libre de inconvenientes.

Del saldo de ventajas sobre inconvenientes hay que deducir la molestia del trabajo de estudio, comprobación y ensayos que habrá costado el descubrir la regla: los beneficios que de ella se recojan estarán casi bien pagos o casi compensados con las molestias de buscarla primero y de ejecutarla después; si aun queda saldo aunque sea muy módico la regla es muy apreciable; mas para un tercero que no se ha tomado el trabajo de estudiarla y que la acepta porque se la recomienda un padre, un amigo inteligente o un autor prestigioso, las reglas son aun más benéficas.

Desde que siempre seguir una regla cualquiera importa contrariar hábitos ya formados o privarse de placeres o imponerse trabajos musculares, o de atención o de reflexión, o luchas de dominio de emociones, etc. (ya se trate de la regla que aconseja alternar ocupaciones, madrugar, no fumar, no firmar en blanco, gesticular la alegría, no hacer confidencias, etc.), la gran dificultad para llegar a aprovechar las pocas buenas reglas posibles es ser capaz de ejecutar esfuerzos, es decir, ser capaz de dolor voluntario útil.

Tratando de llegar a algunas indicaciones prácticas, generales y particulares, sustancia y extracto prolijamente estudiados de lo poco que es posible exprimir de una experiencia individual de vida

muy observada, rumiada y examinada, escaso es lo que de seguro beneficio cabe aconsejar, por la indecible complicación de efectos malos de lo bueno y buenos de lo malo que se presentan para todo acto, toda conducta o regla, en el conjunto y compensación de consecuencias inmediatas y remotas que se tejen y entretejen en la totalidad de una existencia.

Muchas reglas generales se han formulado desde Aristóteles a Bacon, Kant, Feuschtersleben, Richter, Schopenhauer, Spencer y otros eudemonólogos, prescindiendo de las "morales" y las "religiones" que mucho tienen de eudemonologías, aconsejando la virtud, la ciencia, la soledad, el vigor físico, el cuidado de la salud, el cultivo del valor, la represión de los deseos, etc., cada una en primer término, según el autor, como fuente más sólida de bienestar, pero con frecuencia las ventajas e inconvenientes no han sido escudriñados fríamente y hay mucho de entusiasmo infundado y de repetición de viejas máximas que nadie controló y todos recomiendan.

La misma "salud", por ejemplo —ya he dicho— que parece tan evidentemente un "bien" puro y sin mezcla, un beneficio por excelencia, aparte de que reclama infinitos cuidados y privaciones diarias para su obtención y conservación, de tal manera que sus ventajas se pagan bien caro en forma de precauciones, de estudio y de renuncia a casi todos los placeres y tentaciones, que despojan a la existencia de sabor y alicientes, no es un bien *absoluto* sino bajo el concepto negativo de ausencia de los sufrimientos propios del estado de enfermedad; bajo el aspecto positivo no es un bien ni un mal en sí; sólo es un bien cuando la vivacidad de todos los apetitos y deseos (del sueño, de la alimentación, de la actividad muscular e intelectual) en que se traduce el estado de salud, coincide con la posibilidad de satisfacerlos; el buen apetito es un martirio cuando nos es imposible satisfacerlo; el deseo de pensar o de hacer ejercicio muscular es un sufrimiento cuando somos interrumpidos en nuestras reflexiones por el bullicio o las visitas, o impedidos de desplegar nuestros músculos por la etiqueta, o por la falta de espacio en una prisión o en larga navegación en un barco estrecho.

A esto se añade que los placeres reales que nos proporcionan esos deseos cotidianos, cuando nos es fácil satisfacerlos, se redu-

cen a intensidades nimias. El que todos los días puede acostarse a la hora en que experimente sueño, comer en cuanto sienta apetito, empezar su estudio o trabajo cuando su cerebro o sus músculos lo pidan y suspenderlos cuando se note una leve molestia o fatiga, el que puede aplacar su deseo sexual tan pronto como lo sienta nacer no saboreará casi ningún placer en todos estos actos y momentos. Es necesaria alguna postergación, privación, fatiga forzada según los casos, para que se torne apreciable el placer de la satisfacción postergada o del descanso tras una labor pesada impuesta por las circunstancias. Es necesario que por la privación o retardo, el deseo se intensifique hasta ser realmente un malestar, un dolor, para que la supresión momentánea de ese deseo que se llama satisfacción revista cierta intensidad de placer.

La sustancia de la teoría de Schopenhauer relativa a nuestra contextura afectiva (o hedónica; facultad de sufrir y gozar en forma de sensación, de deseos o de emoción) es ciertísima y constituye una de las grandes visiones de la inteligencia en sus exploraciones de la realidad y de la vida. El placer es siempre negativo, no en el sentido de irreal, lo que fuera niñería, pues es tan efectivo como el dolor, sino en cuanto sólo se produce por cesación de un dolor. No es sino muy leve y casi indigno de ser tenido en cuenta todo placer que no está constituido por la satisfacción de un deseo que nos ha molestado más o menos tiempo y más o menos intensamente. La sensación de un perfume o la percepción de un matiz agradable no son precedidas de dolor pero poca es la intensidad que alcanzan; muy poco nos moveríamos por ir a gustar un perfume o un color bellos, en tanto que para ir a beber una taza de café caminamos con frecuencia muchas cuabras, porque en este caso existe el deseo, es decir, una sensación molesta que por satisfacción se transforma en placer: entretanto nos agujonea y nos pone en movimiento.

No olvidemos que también solemos caminar larga distancia aunque al final del recorrido no nos espere el placer de un perfume y sólo por el placer del ejercicio muscular.

Observemos también que si todos los días tuviéramos violetas en nuestro escritorio el placer de su perfume se aminoraría mucho y que si al contrario pasáramos largo tiempo sin disponer de ellas llegaríamos a experimentar cierto malestar olfativo y el placer de

su olor se avivaría, cuando tuviéramos oportunidad de obtenerlas, porque habría sido precedido de deseo, que es un dolor.

Anotemos asimismo que cuando se cuenta con una satisfacción inmediata y segura de un deseo, la certidumbre de que podemos satisfacerlo hace aparecer como grato el deseo y aun nos complacemos en postergar un momento su aplacamiento. Pero esto tiene otra explicación: es la general de nuestra fisiología y de nuestra ideación por la perspectiva de un placer seguro la que se traduce en una sensación general grata; el deseo continúa siendo un malestar.

Sin comprometernos en un análisis sistemático es de todos modos visible que para la existencia de una gran parte de los placeres es imprescindible la pre-existencia del dolor; que cuando más intenso es el dolor de deseo más intenso es el placer de satisfacción; que toda cesación de dolor (aunque no sea dolor de deseo sino de sensación) se manifiesta en forma positiva de placer, que no es simplemente la cesación de un estado (el de dolor) sino la desaparición de éste seguida inmediatamente de la aparición del estado contrario (el de placer); en fin que (como lo hacía Cardan) todos podemos procurarnos en cualquier momento un placer imponiéndonos previamente un dolor; por ejemplo postergando el momento de acostarnos o la hora de una visita que deseamos hacer a un amigo o imponiéndonos una tarea parentoria para luego disfrutar del placer de cesación de trabajo forzado; y de libertad de esa constricción.

Esta ley de nuestra constitución establece una igualdad y una compensación casi absoluta en el destino de todos los individuos bajo el punto de vista de la felicidad, sea cualquiera la riqueza, la salud, el poder intelectual, el poder muscular, el valor, la instrucción, la belleza personal, etc., sea cualquiera el grado en que unas personas más que otras posean alguno de estos llamados "bienes".

Dentro de este límite que la dependencia del placer para con el dolor impone a nuestra posibilidad de alcanzar alguna felicidad, caben ciertas reglas que favorecerían nuestro bienestar, pero como sin excepción la observancia de cualquier regla exige Esfuerzo (el Trabajo muscular, intelectual, de represión de emociones o

Valor, de supresión o restricción de deseos o Ascetismo), la primera misión del eudemonólogo debe ser estudiar una persecución del placer, una evasión del dolor; el Placer es el único criterio inmovible de la existencia.

Cuando hablemos de felicidad no aludiremos a ninguna entidad misteriosa, a ningún tipo emocional, o estado especial psicológico o fisiológico del hombre, sino a todo lo que comporte más goce que sufrimiento, de cualquier naturaleza. Entendemos que el Placer es tan real como el Dolor y que alcanzan iguales intensidades y duraciones; creemos que la intensidad y la duración deben ser los únicos motivos de nuestras preferencias, prescindiendo de las calificaciones: placer o dolor egoísta, noble, inno-ble, superior, etcétera.

Nos parece que es un rasgo general de las vidas individuales el que aparezcan divididas en largas épocas de sufrimiento y de bienestar alternativamente; es decir que el placer y el dolor no nos llegan inopinadamente alternándose a cortos intervalos, porque ningún acontecimiento por extraordinario que sea puede trasportar a un hombre de un día para otro de la dicha a la infelicidad ni sacarlo bruscamente de un estado de profundo padecimiento para colocarlo a la mañana siguiente en un estado paradisiaco. Los acontecimientos no pueden tanto sobre nosotros. En vista de esto juzgamos que nada merece tan cordial acogida como la muerte cuando llega en los principios de una de nuestras malas épocas. Nada pesa tanto en... (*se interrumpe el texto*).

(La vida vale a veces) algo más que el sueño y que la nada y a veces algo menos, siendo tan frecuente lo primero como lo segundo y siendo invariablemente cierto que ninguna vida es muy feliz y ninguna muy desgraciada. Esto último tiene una única excepción: el suicidio y la muerte involuntaria pueden producirse en el momento en que la existencia de una persona iba a comenzar un largo período de sufrimiento, y a la inversa. Si Napoleón hubiera perecido o suicidándose en Waterloo fuera un ejemplo admirable de suerte y dicha; Cronwell y Alejandro el Grande extinguiéndose bruscamente son vidas envidiables. He aquí lo que vale más que todas las reglas, todas las previsiones

y todos los favores de la suerte: morir en momento oportuno o acertado.

Eudemonología ha sido tema predilecto de los hombres de inclinación meditativa, quienes le han consagrado siempre, expresa o accidentalmente, muchas páginas. Aparte de que varios sistemas morales y quizá todos no son otra cosa que "tácticas para vivir" (señaladamente los de Epícteto y Epicuro), métodos para la más segura obtención del placer y exclusión o alivio del dolor, todos los filósofos han sido atraídos por los pequeños y grandes problemas que ofrece el abigarrado tejido de la vida práctica, de esa existencia cotidiana donde la Naturaleza despliega un arte consumado para mezclar sutil e inextricablemente el placer y el dolor en cada instante.

Si me es posible haré al final un resumen de las máximas de estos predecesores, las que, por lo demás, serán recordadas de camino en cada oportunidad.

Escribieron preferentemente sobre el arte de ser feliz: Sócrates, Platón, Epicuro, Epícteto, Cicerón, Séneca, Marco Aurelio, Bacon, Cardan, Pascal, La Rochefoucauld, Chamfort, Schopenhauer muy especialmente, Feuchstersleben, Richter, Benjamín Franklyn, Leopardi comentando y admirando a Epícteto, Carlyle y Emerson desde un punto de vista sistemático, Droz, Payot y Janet, William James. Por mi parte recomiendo a Epícteto, Séneca, Bacon, Schopenhauer y W. James, el espíritu más lúcido y penetrante de este momento. Payot sólo ha extractado y aplicado los principios de Psicología formulados por W. James y Lange; su obra "Educación de la Voluntad" es de útil lectura.

En fin, el libro "La Educación", de Spencer, es de sumo mérito; en el fondo, un arte de vivir lo mejor posible, como toda educación en lo esencial; no ha podido dejar de hacer Spencer lo que todos los espíritus *contemplativos* (no *acumuladores*, como los sabios y eruditos): formular sus animadas reflexiones en presencia de la distribución, tan igual y tan abigarrada, del Dolor y el Placer en el mundo, indicando los *expedientes*, según él, más propicios para eludir el primero y alcanzar el segundo.

Muchos sistemas se han dibujado en este campo de la litera-

tura; "esquivar el dolor más bien que perseguir el placer" es el de Schopenhauer, quien invoca los votos de Aristóteles, Goethe, Voltaire; la exaltación del poder voluntario, es el de Epícteto y los estoicos; el cultivo de las grandes pasiones o sentimientos metafísicos es la palabra de Emerson y de Carlyle; la cultura de los poderes emocionales, Feuchstersleben; una conducta moral, altruista, Richter, Droz y muchísimos otros; la ciencia o acumulación de conocimientos de relaciones verdaderas, Spencer y todos los sabios; la riqueza, los yanquis y el noventa por ciento de toda la humanidad; el desprecio de las riquezas, los cínicos y los santos; el método orden y trabajo, Franklyn; la salud, otros; el valor, otros; la perfecta educación intelectual, emocional y muscular, los pedagogos; el ser mandados, los soldados y el jesuita; el poder, los caudillos; la soledad, Zimmermann; el contacto y el estar bien con todo el mundo, lord Chesterfield y todo el mundo; la previsión prolija y la prudencia infatigable, o, en fin, el abandono e imprevisión, Walt Witman y el sublime Poe.

El dinero y el trabajo constante, aun sin objeto alguno, son indisputablemente las dos grandes recetas del vulgo; la tercera es quizá la vida en multitud, la sociedad; y con todo, el vulgo sabe muy bien y lo dice a menudo, que aún siguiendo todos sus preceptos y peor aún, observando los de los filósofos, no se hace nunca gran negocio con la vida.

Existen además muchos otros pequeños sistemas, obsesiones y miopías: la distribución igual de la riqueza (socialismo); el socialismo es la burguesía en su máximo de ferocidad; es el criterio del dinero convertido en sistema; la supresión de la carne, o vegetarianismo; la supresión del poder público: anarquismo; la destrucción de las facultades de emoción; los adversarios del Arte, cuyo prohombre es Nardau, que, al mismo tiempo, dispone de un entusiasmo de imprenta, diremos así, por la acumulación científica, hermana de la acumulación pecuniaria; los teetoballer, los temperantes, los partidarios de la paz universal, e infinitos otros.

Como por mi parte no he llegado aún a conclusión, ignoro en cuál de tantos criterios y sistemas me verá alistado el lector al fin del libro o si me contemplará, con maliciosa complacencia, amasando a fuerza de ingenio y ardorosa labor, en los últimos

capítulos, alguna amalgama preciosa de todos ellos, algún sanalotodo, alguna malaquita.

Investiguemos buenamente.

SOLUCIONES PREVIAS

Digamos que el *problema primero* en Eudemonología estriba en fijar con precisión el alcance de la ley de relatividad afectiva. ¿Hasta qué punto, por ley constitucional de la conciencia, es indispensable haber sufrido para poder gozar?

En este punto la gente de consulta son los psicólogos. ¿Existe una ley de nuestra psiquis que, en todo o en parte, haga depender el dolor del placer y ¿ste de aquél? Porque si así fuera en absoluto, la inteligencia, la ciencia, la industria, la conducta, nada nos serviría para modificar la igual distribución de placer y dolor en cada vida.

Segundo problema. ¿Existe por el contrario algún factor o causa en cuya virtud necesariamente el placer haya de ser más familiar a la vida que el dolor, o éste más que aquél?

Es opinión general que la vida en sí misma es un placer, si bien interrumpido por el frecuente accidente del dolor; se habla del "placer de vivir", se dice "la vida es siempre amable", y, en fin, se hace sistema de este optimismo y se afirma con Leibnitz que nuestra existencia merece la clasificación de "muy buena", por el gran saldo del placer sobre el dolor, sin desconocer la multiplicidad e intensidad del dolor.

Schopenhauer se dirige a la humanidad, en cambio, advirtiéndola de que el vivir en sí es un deseo, es decir, un dolor, la sensación constante de que algo nos falta en cada momento; la interrupción de este estado continuo se llama placer y naturalmente,

como toda interrupción, es más corta que lo interrumpido, que es la aspiración, el deseo, un malestar.

Vivir es tener siempre sed, que es el dolor prolongado y renaciente; los cinco segundos que se emplean en beber el vaso de agua, esperado durante una hora, representan la posición y duración del placer en la vida. Desde ya decimos que el más grande de los metafísicos en nuestra opinión, no es aquí ni verdadero ni sincero; ha jugado en este punto con sus lectores; ha empleado su buen humor en malhumorar a la humanidad.

Para nosotros la vida tiene tanto de malo como de bueno; no nos entusiasman los énfasis pesimistas u optimistas; pero, al mismo tiempo, entendemos que por muy poco que la vida se inclinara hacia el placer siempre merecería ser considerada deseable.

Pueden formularse también otros problemas menores, pero asimismo previos, como el de saber si existe un instinto vago, una tendencia, una impresión confusa, un rumor psíquico que vela por nuestro bien, o si, por la eficacia de la adaptación, de la acomodación al medio, consolidada por la misteriosa "herencia", el dolor y el placer de nuestras sensaciones son guía sabia y suficiente para apartar los males de nuestro camino (Spencer).

Estos y otros serán estudiados al tratar los dos principales.

1er. Problema: *Relatividad afectiva*

Cardan, el físico, parece ser quien se ha dado cuenta mejor del hecho. No sé que haya sido tratado después por algún psicólogo con completa especialidad. Bain, Dumont y otros han hecho estudios detenidos.

Trátase de saber si es cierto que todos, que muchos o que algunos placeres no son más que cesación de dolor y viceversa, cuáles dolores son efecto inmediato de la cesación de un placer.

Dije ya que si esta ley de relatividad fuera absoluta, ni la acción ni el abandono ni la ciencia ni la inocencia, alterarían nuestro destino. Adiós, entonces, Eudemonología.

Es, por tanto, necesario examinar prolijamente la intimidad de nuestra constitución psico-fisiológica, los placeres y los dolores y sus leyes. Será éste mi capítulo más laborioso y poco falta para que me desanime ante la perspectiva, pues no quisiera hacer afirmaciones que dejen de inspirarme absoluta confianza.

Veamos si es posible abordar el problema con orden y claridad.

Excepto en la muerte del sueño, nuestra psique hállese en todo momento constituida u ocupada por algún estado de "Deseo", y en todas las regiones del cuerpo que aportan estados a la conciencia hay también en todo momento un estado correlativo.

Así un músculo hallarás en todo instante; o llenándose de energías que le han sido sustraídas por un ejercicio *normal* (equivalente psíquico de *normal* es en el caso *placentero*), es decir, en estado de *descanso* que es también agradable; o en ejercicio actual normal o agradable; o en ejercicio actual excesivo o doloroso; o en el estado que de esto es consecuencia, es decir, en el estado de náusea de ejercicio o fatiga; o en fin, en el estado que corresponde al deseo *puro* en la conciencia, o sea cargado de energías e impedido de desplegarlas. Tal es el caso del hombre encarcelado o de aquél (lo que es igual) que en una visita ceremonial no puede gesticular con libertad, o caminar o formular todos sus pensamientos.

Otro tanto ocurre con cualquier órgano al servicio de la conciencia, pues no todos lo están.

Como el músculo, o el órgano auditivo, o el esófago, o los órganos sexuales, jamás pueden dejar de hallarse en alguno de estos estados, por leves que sean, la psique se encontrará siempre ocupada por algún estado del deseo y todo estado del deseo es afectivo, es decir, o doloroso o placentero.

Existen sólo dos excepciones: el sueño, durante el cual la psique *no existe*, estado idéntico al de la muerte, desde un punto de vista no metafísico; y la ocupación de la conciencia por otro estado más intenso, que impide la entrada al primero.

Ese otro estado puede ser: una sensación afectiva, es decir, de dolor o de placer, pues una sensación no afectiva (visual, táctil, auditiva, etc.) no puede luchar en la conciencia con ningún estado afectivo o una emoción (que es siempre afectiva) o estado de *atención* que siempre está sostenido por algún estado afectivo (el interés).

Ahora bien, el deseo cuando recién nace, cuando empieza a dibujarse en la conciencia, no parece un estado penoso, o, al menos, no lo es nunca cuando hay la certidumbre o perspectiva de su satisfacción inmediata; no sólo no es penoso entonces sino que es positivamente grato; es un placer emocional quizá superior

al placer del instante mismo de la satisfacción del deseo¹. Sobre esto volveremos.

De donde resulta que el mayor número de nuestros placeres es necesariamente precedido de *deseo* pero no de *dolor* y aquí reside el error (mi opinión es que Schopenhauer no padecía tal error, aunque lo sostenía) de Schopenhauer.

La casi totalidad de nuestros placeres y dolores son habituales o cotidianos; los de la actividad muscular e intelectual, del cariño, del amor, de la comida, de la imaginación emocional (creación y percepción estética), cigarro, azar de los negocios o del juego; esa masa de placeres y de dolores (cuando se padece su privación o su deseo forzado) de todos los días que constituye el noventa por ciento de nuestra dicha y desdicha total, son precedidos por el deseo, positivo o negativo.

Llamo positivo al deseo cuando éste es de tal naturaleza que por la acción o funcionamiento se satisface, y negativo cuando se satisface por la inacción; en uno y otro caso hay deseo, aunque parezca que no lo hay en el descanso o inacción, y hay por consiguiente satisfacción u obstáculo a ese deseo.

El descanso del músculo es el deseo de la inmovilidad y se está satisfaciendo con la inmovilidad; si en ese movimiento se le fuerza al movimiento el dolor que ocasiona es tan grande como el placer que se deja de experimentar, o tan grande como el que ocasiona cuando se halla en estado de fatiga (es decir, después de un exceso de acción) o cuando se le ejercita actualmente con exceso, o cuando se le priva de ejercitarse hallándose de nuevo cargado de energías gracias al reposo.

Es decir, que el estado de descanso es un estado de satisfacción continuada de un deseo; es un placer como el de apagar la sed o alimentarse; el estado de fatiga es un dolor, la repercusión de un deseo violentado o irritado largo tiempo por un funcionamiento excesivo. Entre la fatiga y el estado llamado tedio o aburrimiento existe cierta similitud; en ambos casos se trata del deseo maltratado por las circunstancias, pero de diferente manera.

En la fatiga ha habido un deseo al que le ha sido proporci-

¹ Esto es tan cierto que cuando contamos con la seguridad de una satisfacción inmediata preferimos postergarla unos instantes.

nada una satisfacción forzada más allá del momento de su desaparición o perfecta satisfacción; esto es aplicable a cualquier deseo. Un hombre sale a caminar para su recreo y recorre una distancia muy complacido; cuando ya su deseo de caminar ha sido ampliamente satisfecho y por consiguiente se ha desvanecido, nuestro hombre toma asiento en el banco más próximo de una plaza y estira sus piernas con grata sensación acompañando este movimiento característico con un suspiro de confort y de agradecimiento y una mirada en derredor preñada de beatitud.

Mas, desdichadamente, explorando sus bolsillos en busca de cigarros sus dedos tropiezan con la ausencia de su cartera.

Inmediatamente el banco, del cual salta como si le quemara, los árboles, la plaza y la ocurrencia de haber salido aquella mañana, todo se le torna odioso; instantáneamente recuerda que al dar vuelta la esquina de su casa, tan luego a la distancia máxima del lugar en que se encuentra, sufrió un vivo empujón de parte de otro transeúnte y esta idea irritante de haber sido robado precisamente él cuando podía haber sido otra persona, lo pone de regreso enseguida con gran animación de piernas y desánimo de espíritu.

No tiene una moneda en el bolsillo y es preciso caminar treinta y cuatro cuabras, con celeridad y mirando prolijamente al suelo, pues es posible que no haya habido robo sino extravío. Lo que suscita un sentimiento más vidrioso aún, dado que, en tal hipótesis, preciso será volver el enojo contra sí mismo y desmerecer en el propio concepto.

Sus piernas, al encontrarse de nuevo en su casa, habrán trabajado exactamente el doble de lo que deseaba, aparte de que las emociones que le habrán acompañado durante el retorno son muy extenuantes, y entonces los músculos de las extremidades inferiores traducirán su estado fisiológico en términos de conciencia y la sensación resultante será de fatiga, cuya intensidad dolorosa será equivalente a la intensidad grata del primer trayecto.

Al entrar a su casa y echarse en un sillón habrá un instante brevísimo de placer por la cesación del trabajo forzado, pero inmediatamente reaparecerá el dolor en forma de fatiga general y local. Ese breve momento de placer no compensará ni con mucho el malestar del trabajo no espontáneo, pero al día siguiente-

te o al segundo día se producirá la compensación. Aquellos músculos habrán crecido en proporción; los órganos que proveen de energía a esos músculos y que también se habían fatigado, el pulmón, el corazón, el estómago, el sistema nervioso, el cerebro, por tanto, etc., etc., se habrán adaptado a la mayor demanda de esos músculos y aquel hombre poseerá un apetito muscular más intenso que el habitual; por tanto su aptitud al placer condigno será mayor y por tanto su aptitud al dolor correspondiente (el de inacción forzada) estará acrecentado también.

Disfrutará más si puede caminar libremente; sufrirá más si es encarcelado o si se ve obligado a hacer un largo viaje en un barco corto.

Acace lo mismo con el trabajo intelectual (nada hay tan parecido al músculo como las imágenes o representaciones: son los dos arsenales, las dos herramientas, los dos dominios de la Voluntad) cuyo ejercicio o funcionamiento es la atención exterior e interior, espontánea o forzada; en el primer caso placentera, en el segundo penosa, resultando del ejercicio espontáneo otro placer, el del *descanso* intelectual, y del ejercicio forzado, doloroso, otro dolor, el de la fatiga intelectual.

Igual caso sucede con el placer sexual que a veces es forzado, como en el caso de una apuesta frecuente entre los hombres; con los placeres emocionales (la audición de piano obligada en las cómicas visitas sociales); con los de la gula (necesidad de hacer honor a cada manjar, encomendando a Dios nuestro estómago, en las mismas) y tantas otras satisfacciones forzadas que a todos nos tocan en nuestra parte de infierno terrenal.

Son otros tantos casos de fatiga, de náusea; mas el aburrimiento o tedio no se origina de un deseo satisfecho con exceso, sino de uno satisfecho sólo a medias y que ha quedado subsistente a medias, pero por las dificultades con que se ha tropezado para su satisfacción aparece luego asociado a imágenes y recuerdos molestos, de tal modo que posteriormente cada vez que ese deseo resurge, resurgen con él las imágenes (y sus emociones) de contrariedades diversas que se opusieron a su completa satisfacción.

El hombre entonces no intenta nuevamente disfrutar con ese deseo, salvo que las circunstancias hayan cambiado, porque ha dejado de ser deseable para él, pero lo experimenta y sufre.

El aburrimiento no es la ausencia de deseos pues recuerdo que me hizo viva impresión esta frase de un amigo proferida sin propósito alguno y como quien habla consigo mismo: "En este momento no envidio a nadie; no deseo nada ni sabría qué pedir; me siento feliz". Esto es estar *contento*, no *aburrido*. Por lo demás es un estado que no puede durar, un equilibrio interior sumamente inestable.

Estar *contento* de su situación y estado presente no es la *alegría*; es un equilibrio momentáneo que proviene de que los deseos en general se hallan satisfechos y no han empezado todavía a renacer.

El deseo y los estados del deseo (emociones, sentimientos) constituyen la casi totalidad de nuestra vida afectiva (Placer-Dolor) y están muy sometidos, si no del todo sometidos a la ley de relatividad.

Pero existe otra fuente afectiva que parece sustraída a dicha ley y desvinculada del deseo.

Cuando inesperadamente un nervio es lesionado por un contacto o corte, por una temperatura violenta, o el nervio visual o auditivo es herido por una luz o un sonido muy vivos, el dolor que se experimenta no ha sido precedido de deseo alguno, no es un deseo contrariado. Aquí se rompe la cadena de relación y compensación; un dolor de muelas, de cabeza, una quemadura, una dislocación son dolores que alcanzan las mayores intensidades y duraciones; son estados afectivos sin cesación de placer o contrariedad de deseo.

Estos son los dolores de sensación. ¿Cuáles son los placeres de sensación?

Aquí salta bajo la pluma un problema que no es posible desairar, a fuer de buenos eudemonólogos.

¿Qué placer físico de pura sensación hay que pueda compensar, que pueda soportar la comparación con uno de esos formidables dolores físicos, como una dislocación, una quemadura extensa o la universalmente tradicional extracción odontológica?

Hay placeres y dolores morales tan intensos como éstos pero ¿dónde están los placeres de sensación que podamos echar en el otro platillo de la balanza?

Como la altura de los árboles, puede medirse la intensidad de

uno de estos dolores por la longitud de la sombra que proyectan desde el futuro sobre nuestro presente. Cuando un dolor semejante (como, en otro género, el dolor moral del terror a los exámenes en los estudiantes) debe tocarnos ineludiblemente en un futuro algo lejano, dentro de un año, por ejemplo, su perspectiva desde la distancia envuena el presente, su sombra empaña nuestra conciencia actual.

¿Qué sensaciones de intenso placer pueden serles opuestas? Ninguna; el nervio que aporta a la conciencia la terrible sensación de una dislocación, no puede proporcionarle ningún placer ni intenso ni leve. Por otra parte, la intensa sensación voluptuosa de un acto sexual largamente postergado y codiciado, es la satisfacción de un deseo irritado mucho tiempo por el tormento de la postergación; lo mismo decimos del hambre, de la sed y de los deseos morales o emocionales (cariño, odio, placer de una venganza largos años aplazada). En todos estos casos la intensidad del placer que se disfruta no hace más que retribuir lo mucho que se ha sufrido y por tanto no se lo puede anotar en cuenta para compensar otros dolores.

Pues bien, la compensación se encuentra en los placeres cotidianos de satisfacción de deseos en intensidades normales, habituales, aplacados sin postergación, es decir, antes que se hayan trocado en dolores, inmediata o casi inmediatamente de arribados a la conciencia. Estos placeres no son precedidos de dolor; pueden, pues, ser inscritos en el haber para compensar los dolores de sensación.

Con esta lectura habrá refrescado el lector sus recuerdos y representaciones pertinentes a lo que ha sufrido y a lo que ha gozado, y será ahora más provechoso intentar un resumen y una clasificación y enumeración.

Primero: La Eudemonología trata del placer y el dolor de toda especie y solamente del placer y el dolor, de toda especie.

Eudemonológicamente placer y dolor no tienen más que dos modos (como diría Spinoza) o calidades: duración e intensidad; y estas calidades son permutables o compensables; hablando en términos de Matemática (ciencia que sentimos mucho ignorar completamente): una duración A de una intensidad B es igual a una duración B de una intensidad A.

Fuera de la duración y de la intensidad, no hay calificativo que nos conmueva; sea el dolor o el placer digno o indigno, superior o inferior, noble o innoble, merecido o inmerecido, estas palabras nada dicen a un eudemonólogo concienzudo.

Segundo: El Placer y el Dolor pueden ser, por su causa, de sensación, de emoción o de deseo.

a) Placer y Dolor de Sensación. Placer: La visión, audición y el tacto son siempre gratas, pero su placer aunque casi continuo es insignificante. El gusto y el olfato son fuente de placer y de dolor, y ambos más intensos. Las sensaciones llamadas internas son sólo de dolor y pueden llegar a terribles intensidades. Las de temperatura son placenteras o dolorosas; pueden alcanzar gran intensidad.

b) Placer y Dolor de la Actividad intelectual y muscular. Son sensaciones gratas o penosas que siguen la ley del deseo, ya se trate de acción o inhibición. El Trabajo. Son origen de placer y de dolor pues, también, todos los deseos sensuales o morales.

c) Las Emociones son estados simultáneos musculares, intelectuales e internos, es decir muy complejos, que suelen asumir a veces una forma muy neta de deseo con toda su evolución y otras no, siendo en ambos casos fuentes de dolor y de placer.

ARTE DE VIVIR

Quando el individuo es feliz o pasablemente feliz, la insinuación de un "arte de vivir", de un conjunto de principios, reglas e indicaciones más o menos sólidas, conducentes a favorecer la obtención de un bienestar moderado y a evitar algunos dolores, excita su sonrisa.

Mas como eludir el dolor y alcanzar el placer son la exclusiva preocupación del ser vivo, ese mismo hombre temblará y pali-

decerá ante la perspectiva de un insignificante sufrimiento o llenará su casa de gritos y amenazas porque ha encontrado la sopa fría, y siempre que cualquier circunstancia retire de su alcance alguno de los manjares de su bienestar cotidiano.

Esto es común a Rocketeller y a su portero, a Napoleón y a su más oscuro soldado, a Spencer y a su criada; deliberadamente invierto todas las jerarquías dominantes porque en esta materia no las hay; para el placer y para el dolor todas las unidades humanas son iguales, y el santo se enojará porque le estorban ser todo lo santo que desea y palidecerá ante una tentación, es decir, temblará ante el dolor, porque una tentación importa para él la inminencia de un dolor moral, de una derrota de su voluntad.

El disimulo puede cultivarse y también puede darse color de indignación a lo que es siempre la misma moneda corriente de la cólera. Nuestros goces y nuestros sufrimientos podrán revestir la forma más egoísta o altruista; siempre eludir dolor y obtener placer serán el modo único de respirar la Vida, propio de todo ser vivo.

El cultivo del Valor puede ser llevado a amplitudes admirables, pero no alterará ese doble movimiento esencial de toda "vida" y, además, comportará el sacrificio o abandono de otros poderes de la personalidad.

Del mismo modo, la milagrosa trasposición merced a la cual el individuo rompe la ilusión del "yo", profana el egoísmo natural, y hace suyos el placer y el dolor de otro ser, no modifica su criterio hedónico, como no invierte su manera de respirar. La "madre", consumada perfección de esta suprema gracia del "yo", de ese bellísimo movimiento de trasposición que es la agilidad más exquisita del "individuo", del mundo cerrado de la conciencia individual, la madre sólo estará conforme con su estado cuando se sienta feliz y estará y se manifestará descontenta mientras falte algo a su felicidad, aunque el significado de esa dicha o de esa desdicha sea textualmente éste: mi hijo es feliz, o mi hijo sufre.

Y, por tanto, la madre, el héroe, el santo, el asceta, actúan con respecto al Placer y Dolor exactamente como el más simple individuo humano o animal, y cuando el dolor invade sus existencias caen en las mismas supersticiones y temores, buscando amuletos

y refugios ya en las religiones, ya en los moralismos, ya en tal o cual sistema higiénico, sociológico, psicológico, cultura de la voluntad, "conciencia tranquila", etcétera.

Entonces, pues, en este asunto que a todos preocupa por igual ¿será posible hallar reglas generales e indicaciones especiales que beneficien en alguna proporción el estado humano?

Es, quizá, verdad que una regla general para la vida en conjunto y en todas las posibilidades y situaciones no podría formularse. No existe ninguna observancia, ninguna conducta, probablemente, que en toda circunstancia y ni siquiera en la mayoría de las circunstancias presente más ventajas que inconvenientes, descontando desde ya que ninguna regla carecerá de múltiples inconvenientes.

Pero existen circunstancias y situaciones más frecuentes que otras y es por ello que vamos a intentar una exploración.

Toda regla supone una privación, una abstención o una labor y es, desde luego, contraria a nuestra repugnancia para todo dolor inmediato.

La privación o esfuerzo que esa observancia supone es un dolor *cierto*; en cambio el placer próximo o remoto que de ese esfuerzo nos resultará nunca es cierto porque pertenece al futuro y nuestra existencia puede cesar antes de recoger el fruto; además, porque puede haber error parcial o total en esa regla; también, porque aún siendo exacta la regla puede estar mal o incompletamente expresada, o ser mal interpretada por nosotros, o porque existen muchas reglas que son benéficas si se cumplen todos los requisitos que ellas exigen y faltando uno cualquiera de ellos, sus ventajas se truecan en perjuicio.

Además ningún precepto puede ser *muy bueno*, porque nada en la vida lo es. Nuestra contextura psicológica y la infinidad de las contingencias del Mundo imponen que en cualquier condición y momento, individual o histórico, los bienes y los males se compensen, de tal modo que la existencia humana o animal en general no es mejor ni peor que la no-existencia. A esto se agrega que dentro de una vida individual, por ley de relativismo psi-

cológico, nadie puede gozar mucho más de lo que ha sufrido ni puede sufrir mucho sino a condición de haber gozado mucho.

Dentro de tal relatividad la eficacia de cualquier regla eudemónica tiene que ser muy circunscripta; y, además, es posible asegurar los buenos efectos más o menos inmediatos de algunas conductas y preceptos, pero los efectos distantes, por las circunstancias mencionadas, o por otras, pueden llegar a ser grandemente desfavorables al bienestar, sobre todo en virtud del relativismo hedónico. Así el hombre que para combatir una dispepsia se ha señalado un régimen frugalísimo habrá logrado su bienestar al cabo de muchos tanteos, errores y privaciones; mas si repentinamente las circunstancias cambian y se ve obligado a salir a campaña militar o a vivir viajando por necesidad, su estómago habituado a una labor ligera le hará casi intolerable o sencillamente intolerable la existencia y los esfuerzos realizados por frugalizarse no sólo no tendrán recompensa sino que le habrán creado una condición directamente contraria a su felicidad.

De igual modo, el buen fumador que, por no carecer de dinero ni de salud, ha podido disfrutar a su gusto de la grata compañía del habano durante ocho, diez, quince años (lo que no es poca dicha) si inopinadamente, por prescripción médica o por carencia de dinero, o por pérdida de la libertad o por encontrarse desprovisto de cigarros en un largo viaje, se ve privado de su goce habitual, sufrirá en una semana hasta enloquecerse o llorar (como lo he observado muchas veces y aún en hombres que hacían un culto del valor). Es decir, que su miseria y sufrimiento será tanto mayor cuanto más holgada y libremente haya gozado, antes, de su placer; o, lo que es lo mismo, que si su goce hubiera sido antes estorbado por pobreza o prisiones o enfermedades, su dolor ahora sería menos intenso y prolongado.

Y esto es así de todas las condiciones y venturas; de los goces de la amistad, del amor, del cariño fraternal, de la lectura, de la ciencia, de la música, etc., y por ello puede enunciarse que ni la belleza, ni la fuerza, ni la riqueza, ni el poder intelectual, ni la aptitud al cariño, ni la aptitud al odio, ni la gloria, ni el valor, ni la salud, son "bienes" no digo absolutos, ni siquiera son condiciones o circunstancias que puedan llamarse "más buenas que malas". En otro capítulo trato de demostrar esta verdad, que

algunos hallarán demasiado amplia y considerarán objetable, particularmente en lo que atañe a la salud y al valor, que a todos parecen oro sin mezcla.

En consecuencia, las reglas que yo acierte a formular no tenderán sistemáticamente a la obtención de ninguno de estos llamados "bienes" y por ello mi primera advertencia al lector será que no envíe ninguna condición ni ningún carácter, y, en segundo término, que sepa, si actualmente sufre, que a él le está reservada tanta felicidad como a cualquier mortal, sin necesidad de que llegue a alcanzar la gloria, la riqueza, la valentía o la ciencia que otros poseen; que tenga siempre presente que sufrir ahora es estar sembrando la semilla del placer futuro.

Todo hombre llega a la felicidad ineludiblemente, cualesquiera que sean sus defectos de carácter (para la dicha y la desdicha ninguna forma de carácter es cualidad o defecto sino que es las dos cosas alternativamente y según las circunstancias), su condición y sus fracasos. Unas veces llegará a ella por realización de sus deseos y otras por destrucción de ellos a fuerza de fracasos, pero llegará a ella indefectible y plenamente con tal de que su existencia se prolongue unos años más y sin otro requisito que éste. De idéntico modo tornará a vivir miserablemente después que haya saboreado algunos años dichosos y también por la sola razón de que gozar es crear las condiciones necesarias para el sufrimiento ulterior, es sembrar dolor futuro.

Olvidé enumerar entre los comúnmente llamados "bienes" el buen humor o carácter alegre y lo he olvidado en mis páginas porque la Realidad lo ha olvidado entre sus "casos" o "creaciones". El carácter alegre no existe; colocadlo en la condición o situación opuesta a aquella en que lo habéis visto alegre y observaréis cuán poco alegre llega a ser. Las personas llamadas "alegres" son generalmente temperamentos cariñosos y cordiales que en la sociedad de sus semejantes se sienten dichosos como el pez en el agua; en la soledad son grandes desdichados por la misma razón que el pez fuera del agua, pero como, naturalmente, no cabe observarlos sino rara vez en la soledad, dado que el observador les haría compañía, dejan siempre la impresión dominante de un inagotable buen humor.

La relatividad, pues, dice a todos: "alegraos si sufrís"; "entristeceos puesto que gozáis", en vista de que el porvenir del dolor es el placer y el porvenir del placer es el dolor.

Indicaremos, asimismo, que la felicidad llega sólo cuando el individuo ha adquirido a fuerza de esfuerzos de trabajo o de esfuerzos de privación de satisfacciones, una abundantísima actividad o una gran frugalidad en todos los deseos afectivos o sensuales y, en fin, que no siempre se es desgraciado cuando uno cree serlo, ni es imposible que seamos felices sin que nos hayamos apercibido de ello; aunque tal cosa no ocurrirá a las personas que constantemente reflexionan sobre su existencia, ocurre con frecuencia que hombres estudiosos e inteligentes observan tan poco su vida interior que emiten con respecto a los períodos de su vida juicios eudemónicos muy inexactos.

La existencia es dura para todos y no puede ser de otra manera; lo único que alcanza a determinar una diferencia considerable entre una existencia y otra con respecto a su balance final de goces y sufrimientos, es la oportunidad o inoportunidad con que llega la muerte. Es una gran ventaja morir cuando se ha disfrutado de todo el período bueno subsiguiente a uno malo; y es el colmo del infortunio que se extinga la existencia cuando se iniciaba el buen período. Vivir poco o mucho nada significa, pues la vida en sí no es un bien, y ningún destino más envidiable que el de quien muere antes de los veinte años.

Casi siempre el brillo de la vida empieza a palidecer desde los catorce o quince años; aunque bajo otros puntos de vista carece de toda belleza ética y estética la niñez y la adolescencia, la existencia donde el Dolor no ha invadido todavía, es lo cierto que esa parte es la más deseable de nuestro pobre destino y que importa un inestimable beneficio que ella cese a esa altura.

Pero la intensidad de la dicha puede ser tan completa a los cincuenta años como a los quince y muchos jóvenes a los veinte años son ya profundamente desgraciados.

El Mundo no es una morada hecha "a la medida" para el hombre o para el ser vivo; la "vida" en general y la "vida humana" son accidentes que han brotado, persisten y pueden desaparecer en cualquier momento, y la ilusión de la adaptación pro-

gresiva de la Vida al Mundo, es una esperanza pueril que se desvanece con sólo detener un instante nuestro pensamiento en esta consideración: que si la "vida" evoluciona en el seno de la Realidad tendiendo a adaptarse a ella, a su vez la Realidad Total paralelamente y con entero olvido de la "Vida" evoluciona también, de tal manera que cuando la primera cree haber dado un paso de adaptación, la Realidad, por las modificaciones graduales o no graduales que constituyen su evolución propia, se ha alejado y la Vida descubre que se ha adaptado a lo que era y ya no es, que se ha adaptado al Pasado sin provecho alguno.

Es infantil creer que la Vida se mueve en el seno de una Realidad inmóvil. La especie "diamante" o la especie "agua", del mundo inorgánico, es un tipo en marcha como la especie "eucaliptus" o la especie "hombre", del orgánico, y cuando la especie "hombre" cree haberse adaptado a las condiciones de aprovechamiento de la especie "agua", ésta ha modificado su constitución y requiere una diferente adaptación que a su vez llega y se encuentra con un nuevo distanciamiento.^{1, 2}

Pero, por otra parte, tampoco el mundo es un infierno, como nos lo notifica Schopenhauer. El Placer no es negativo, es real, tan real como el Dolor. Lo que ha dado pábulo a tal afirmación en descrédito del Placer (aunque lo mismo acontece con el Dolor) es aquel rasgo singular de nuestra facultad afectiva, merced al cual la certidumbre de... (*se interrumpe el texto*).

¹ Empleo el término "evolución" aunque no creo que sea cosa tan segura su gradualidad; el aforismo "natura non in saltis" puede ser cierto y puede no serlo; lo único que es cierto es que el deseo humano quisiera que así fuera, como en muchos otros casos.

² Me consta que mi tecnicismo es muy pobre en ciencias naturales y me duele porque no ignoro que en el mundo de los libros y de la ciencia hay que presentarse, como en sociedad, con el frac del tecnicismo y la verbología clasificante, aunque el pensamiento no parezca expuesto a naufragio por excesiva carga de "ideas".

LOS DÍAS

¿Son felices los niños? ¿Hay períodos de felicidad real en la vida de los hombres?

No me pregunto si la vida es buena o feliz, pues está demasiado frecuentada por el dolor, para que incurramos, después de los treinta años, en ingenuidades tales. Pero, ¿hay épocas o edades de bienestar, de placer prolongado y real?

Muchas veces, viviendo desdichado, han acrecentado mi sufrimiento las impacencias de ser feliz suscitadas por algún capítulo final de Scott donde, como siempre en las obras de este delicioso mago, el protagonista salva la última dificultad y se inaugura en el vivir dichoso, después de larga empresa. Creía entonces en la posibilidad de una dicha real, de cierta duración, mas Schopenhauer continuaba asegurando que no hay sustancia en el placer y sólo el dolor es positivo.

Admiraba mucho entonces y admiro siempre la poderosa mentalidad del metafísico de más vocación que ha existido, pero el mucho sufrir y pocas energías intelectuales de aquel período me privaban de la reacción necesaria para sustraerme al prestigio del célebre pesimista.

Después he visto claramente que fuera de su incomparable exposición metafísica, Schopenhauer como tantos escritores, suele obstinarse en afirmaciones pueriles a las que él mismo no da crédito.

Carece de todo sentido y mucho más de toda verdad su concepto de que el dolor es positivo y el placer irreal y negativo, como también pensaba Voltaire; pretender hallar el contenido de esta afirmación es tiempo perdido porque no lo tiene y, apartándose de toda conceptuosidad, tampoco es cierto que el dolor sea más frecuente que el placer ni más intenso ya que no más real.

TEORIAS

En cuanto a las lacrimosidades indeciblemente tontas y aburridas de Leopardi (redimidas sólo por sus versos, y exquisito estilo) consistentes casi siempre en un interminable lamentarse de la iniquidad y villanías de los hombres —género de pesimismo el más pueril e insufrible— nadie las ha refutado, mas no por irrefutables, seguramente.

Hay tanta bondad como maldad en los hombres, y tanto dolor como placer en el mundo; eudemómicamente, pues, y, quizá, bajo todo aspecto, la vida vale muy poca cosa o nada y entre existir o no existir la opción es indiferente. Toda vida humana o animal, actual o futura, es y será un campo de acción en que alternativamente se instalan y se desalojan el Placer y el Dolor, por ley psicológica de compensación y relatividad y por ley cosmológica de constitución y complejidad del Universo.

Cuando durante varios años consecutivos el dolor ha prevalecido sobre el placer en nuestra existencia, no quedan en la conciencia elementos para reconstituir la imagen del placer; se olvida que se ha gozado en la juventud y se deja de creer en la realidad del bienestar y de las intensidades del goce.

A la inversa, cuando una época buena se ha prolongado desaparece la representación del dolor; se supone inherente el bienestar al vivir y se cometen las mayores imprevisiones y desatinos; el dolor no tarda en volver y es recibido a los cuarenta años con la misma sorpresa y cobardía que a los veinte. Si, por ejemplo, entre los treinta y los cuarenta años hemos disfrutado un período grato y duradero, creemos deberlo a nuestra experiencia, habilidad y valor adquiridos en los malos años. Esto es, en cierto modo, verdad, pero es grande error imaginarse, como ocurre a todos, que esa experiencia, riqueza y vigor intelectual, actividad cotidiana y endurecimiento a las crudezas morales y físicas de la vida, se han adquirido definitivamente. Se pierden, más o menos en el mismo número de años que se requirió para adquirirlos; se pierden con el bienestar como se adquirieron con el sufrir.

El sufrimiento determinó el esfuerzo para adquirir poder muscular o intelectual, para dominar emociones y deseos, para formarse habilidades y hábitos; el bienestar que dimana de esas mismas adquisiciones origina a su vez la pérdida paulatina de éstas. La experiencia, las infinitas nociones generales y particu-

lares, orientaciones y acumulaciones intelectuales de todo género, la noción neta del dolor mismo, se van debilitando, e igualmente las aptitudes morales, el valor, la circunspección; cuando el dolor reaparece nos toma tan de sorpresa, es un tan completo desconocido para nosotros como si recién saliéramos de la cuna.

Hoy, en 21 de diciembre de 1906, me encuentro yo en un estado de bienestar cotidiano casi completo que con lentitud indecible ha venido pronunciándose desde hace algunos años, pero sin merecer el nombre de bienestar hasta hace algunas semanas solamente.

Opino que para el 1º de marzo de 1907 se habrá acentuado con un pequeño matiz que le falta todavía para ser completo sin ser intenso. Cuando llegue a esa fecha diré al lector si se ha confirmado mi pronóstico.

Después, mi estado de bienestar continuará intensificándose y mi actividad actual también, durante un lapso muy difícil de calcular, ciertamente.

Opino que habrá también intensificación de felicidad durante año y medio, desde 1º marzo 1907 hasta 1º setiembre 1908, fecha aproximativa en que alcanzará el más alto grado de placer cotidiano y de actividad intelectual y muscular que puede ofrecer mi existencia; y que inmediatamente ambas empezarán a declinar para llegar dentro de otro año y medio, en 1º marzo 1910, al estado de bienestar completo pero no intenso en que me encontraré el 1º de marzo 1907, dentro de dos meses, en *rebroussant chemin*.

Esa declinación proseguirá, de modo que recorreré de nuevo los estados cotidianos que acabo de pasar en este año 1906, en los cuales ha prevaletido el placer en leve proporción. Así será el año de 1º marzo 1910 a 1º marzo 1911.

Más allá de esa fecha el descenso de bienestar y de actividad continuará durante media docena de años; el año 1912 sería de igualdad de dolor y placer y luego el dolor empezará a prevalecer lentísima pero inflexiblemente hasta llegar a la miseria y sufrimiento incesante que ya he soportado en 1897, 1898 y 1899. Espero no encontrarme para entonces en el mundo de los autores y lectores.

(En páginas sueltas y en cuadernos de la época —1904-6— se encuentran varios conexos análisis, balances y previsiones de hedonismo personal. Se intercala uno.)

¿CUÁL ES MI ESTADO TOTAL ACTUAL?

En primer término debo decir que mi *impresión*, antes de entrar al análisis, es optimista, respecto de mi estado actual, respecto del futuro inmediato, y respecto de lo que ha sido mi vida hasta hoy (32 años de edad)¹ bajo el punto de vista de la felicidad.

Pasado. En cuanto al pasado creo que hasta los 18 años (1874 a 1892) mi existencia fue *buen*a, es decir modestamente mejor que no existir, y en ciertos momentos, de intensa felicidad; desde los 18 años hasta los 31 (de 1º junio 1892 a 1º junio 1905) (13 años) fue *mal*a, es decir, modestamente peor que no existir. Desde junio 1905 hasta hoy ha sido constantemente aunque levemente mejor que no existir.

Resumen del pasado: 18 años buenos, 13 años malos, 1 año bueno; 19 buenos contra 13 malos.

Futuro. Si al bien actual y al saldo de bien pasado agrego mi seria convicción y seguridad de que mi existencia actualmente y durante 4 años (1º junio 1906-1910) será constantemente *buen*a y alcanzará en breve grados de felicidad tan intensos como los de la mejor adolescencia, parece que la disposición razonable de ánimo que corresponde a aquellos recuerdos y a esta perspectiva debe ser la de una alegría activa y animosa.

Es verdad que para un futuro más lejano me pronostico el retorno al sufrimiento, pero como me creo resuelto a renunciar

¹ No cumplidos todavía.

a las delicias y encantos del vivir, prescindo de ese futuro en este balance; si para entonces fuera tanto el infortunio que no pusiera en ejecución este pensamiento, el más claro y sólido que ha concretado mi *inteligencia* sintetizando mi *experiencia*, me veré en la precisión de modificar deplorablemente el susodicho balance.

Examen del momento actual como estado. No calculo mi bienestar por el dinero o deudas que tengo, ni por el nombre o amigos de que disfruto, ni por los enemigos que me he hecho, ni por la ciencia que poseo, etc. Ahora examino directamente mi estado.

Tengo buen apetito y buena digestión; buen sueño; apenas hay *mimitos* (?) de malestar por pereza; mi actividad intelectual y física es casi incesante si bien no intensa.

En 8 junio (24 días después) reconozco la necesidad de cambiar mi criterio de cálculo de la marcha de la evolución individual; esa marcha es un movimiento más lento de lo que yo estoy habituado a calcular, pues yo había calculado el perfecto estado (no intenso) para 5 abril como máximun y recién ocurrirá en 25 junio: 81 días de equivocación en cuanto al principio del estado perfecto (es decir sin temor alguno, citado con gente todos los días en el escritorio sin faltar, ninguna exasperación sexual o de cólera o impaciencia (?), ninguna () de la semana, etcétera.

81 días de equivocación es una enormidad en mi estado actual intelectual. A partir pues del 20 de junio debe contarse una época de 6 meses antes de que la felicidad se intensifique sólidamente, es decir que en 1 enero 907 comienza recién la plena intensidad que tendrá muchos grados de crecimiento, por lo menos 4 de 120 días, es decir 1 año 4 meses: 3 años 6 meses de perfecto estado desde 1 julio 906 hasta 1 enero 1910, y entonces un año vivible (equivalente a 1 junio 905-906).

La trayectoria de la vida se me ofrece ahora en una visión tan clara que torno a preguntarme, como otras veces, ¿puede mejorarse la existencia, prolongar o garantizar el bienestar, acrecentar la actividad, modificar el fatalismo que acabo de esbozar?

¿Hay una relatividad irremediable entre el placer y el dolor, o cabe aflojar esta ley de compensación que toda mi existencia hasta

hoy parece evidenciar? No se trata de hacer feliz la vida sino de hacer predominar un poco en ella el bienestar sobre el sufrir. Cualquier saldo del placer sobre el dolor en el conjunto de cada vida individual hace deseable y moderadamente bueno el vivir, y aún siendo igual la proporción de uno y otro en toda existencia, las quejas como los elogios estarían fuera de lugar.

La Vida es una igual aptitud a gozar y sufrir y el Mundo una posibilidad igual de causas de dolor y de placer. Esta es la primera impresión y quizá la última y exacta.

Crear que la acción del Tiempo, el Progreso Humano, las Ciencias, las Artes y Riqueza, la llamada adaptación del hombre al mundo, pueden hacer que la Vida sea más grata y apetecible dentro de cinco mil años, y que ha sido menos deseable hace cinco mil años, es mera superstición y buen deseo. Creer que las guerras desaparecerán, que el hombre se tornará más amante de su prójimo por la virtud de los siglos, es imaginar que el Odio es un huésped accidental y el Amor un morador privilegiado en la entraña de la Especie.

Tales esperanzas son caprichosas y ajenas completamente a la contextura del Alma como del Mundo. Son puramente buena voluntad de creer. Tan fundado fuera creer que la Especie y el Mundo envejecen con cada siglo que transcurre —cosa que sería bien natural— y que, por tanto, cada día la totalidad de energías para la Acción, para el Placer, para el Amor, decrece en el Universo.

Se dirá: admitimos que tal como está constituida el Alma o la Naturaleza Humana hoy y la Naturaleza Física en que respira aquélla, se mezclan por igual en la existencia el Dolor y el Placer, pero el Progreso evidente del poder intelectual de la especie humana y la adaptación paulatina de la Vida al Mundo deben cambiar el matiz de la existencia.

Creo que actualmente y desde hace cuatro o seis mil años, quizá desde la aparición de la especie humana, ésta se halla en evolución progresiva; nosotros hemos nacido en un momento en que la humanidad crece en complejidad y susceptibilidades (esto es lo que significa el término Progreso, que no implica aumento de bienestar ni de moralidad ni de dominio del Mundo, pues el Mundo también está en evolución de complejidad, de modo

que si bien el Hombre cada día dispone de más poderes personales y más instrumentos creados por esos poderes, el Mundo es cada día más complejo y por tanto más difícil de ser dominado) como podríamos haber nacido en un momento en que se hallara en regresión de manera que el Antropoide fuera nuestro Futuro en lugar de ser (en la hipótesis evolucionista, hoy desacreditada), nuestro Pasado.

Aún abrigando la infantil impresión de que nuestra marcha es fatalmente progresiva in aeternum, de que Futuro y Progreso son sinónimos, aún suponiendo que estuviéramos tan íntimamente en el secreto de las Cosas, y admitiendo que la Especie no pereciera jamás, el crecimiento sería simplemente en complejidad, del Hombre y del Mundo, dos evoluciones paralelas que nunca acortan distancias entre sí, de manera que el término adaptarse o amoldarse carece de todo sentido.

El Hombre evoluciona (por el momento, en progreso) en un Mundo que igualmente evoluciona, de modo que cuando el hombre ha dado un paso para adaptarse al mundo, éste se ha distanciado, ha evolucionado por su cuenta, ha cambiado y la adaptación resulta un non-sensu: se ha adaptado a un estado de cosas que ya no es el mismo.

El hombre es una evolución en el seno de otra; el hombre inventa pero la Naturaleza también y así en mi concepto el radium es un nuevo estado de la materia que no podía haber sido descubierto hace cinco o diez mil años porque ese estado de la materia no se había producido aún.

El radium es el reciente descubrimiento que hace el Hombre de una reciente invención de la Naturaleza.

Hemos supuesto que la humanidad jamás pereciera y que en esa eternidad de porvenir que va a recorrer su marcha será siempre de progresión y acrecimiento de facultades; supongamos, además, que el mundo en que ella actúa está paralizado de modo que al cabo de cien o doscientos siglos más lo domine totalmente. Tendrá la satisfacción de todos sus Deseos ¿pero acaso esto es la Felicidad ni la Moralidad?

La misma relación hay entre el hombre y el mundo que entre los Poderes del hombre y sus Deseos: crecen las facultades (por ahora) pero los deseos también paralelamente, de modo que la

proporción de deseos satisfechos y de deseos no satisfechos se mantiene idéntica.

El Placer y el Dolor, padres del Amor y el Odio, no variarán jamás en el Mundo; por esto ni la Dicha ni la Moralidad cambiarán nunca.

Pero es quizá posible, dentro del ciclo de una vida individual, romper en una leve medida la ley de compensación y relatividad, para alcanzar un poco más de goce que de sufrimiento y desplegar un poco más de actividad intelectual y pasional de la que, de otro modo, desarrollaría el individuo.

Advirtamos que al hablar de felicidad no aludimos a una emoción particular que sería la del "contento" o "alegría" sino a los diversos elementos que pueden formar el placer cotidiano, placeres de la actividad, del cariño, de la ambición, de la pasión, de la sexualidad, de la venganza, etc., etc.

No soy partidario de hacer distinciones entre placeres superiores e inferiores ni creo que las inquietudes del cariño sean menos destructoras de la salud y de la paz que las de la venganza.

Lo único que tiene sentido en materia de dolor y placer es la intensidad y la duración, cualidades que se compensan una a la otra: un placer de una duración A. y de una intensidad B. = un placer de una intensidad A. y de una duración B. Lo mismo en la comparación de un placer con un dolor.

Felicidad es en el conjunto de una existencia haber gozado algo más de lo que se ha sufrido.

Eliminemos una opinión inexacta, según la cual ciertos caracteres son más aptos que otros para la felicidad. Existen caracteres más bondadosos, más inteligentes, más sensibles que otros, pero no más capaces unos que otros para la dicha o la desdicha.

Todo carácter puede ser dichoso en el ambiente y circunstancias que le convienen y en el mundo hay, por igual, ambientes adecuados a todos los caracteres, sin que éstos tengan que ir muy lejos para encontrar aquéllos.

La mujer parece más capaz de felicidad que el hombre, pero sólo es cierto que ella tiene menos deseos y, por tanto, menos

EDITORIAL CERVANTES
 Segunda Edición
 NAVA MARIA CAROLINER - Adolfo de Obiena

EDITORIAL
 CERVANTES
 COLECCIÓN
 ARCHIVOS

25

goces y menos sufrimientos que el hombre. Se la nota más quieta que el hombre porque tiene menos "vida", como el hombre vulgar o medio tiene menos "vida" que el hombre de talento o de genio (artístico, científico, financiero, de cualquier orden).

No hay relación entre la intensidad de vida y la moralidad ni la felicidad. El genio o el atleta, que son las grandes inteligencias, no son más felices ni más buenos que el resto de seres humanos; tampoco son más desgraciados o más malos; tampoco creo yo que haya más propensión a la locura entre los genios y talentos que en el tipo medio. A cada momento tropezamos con gente vulgar o media que cae en la demencia sin haber dado muestra alguna de poder mental, y genios y talentos cuya salud mental es envidiable. Lo que da pie a ciertas impresiones que han logrado boga acerca de la demencia en el genio, es, naturalmente, la ineludiblemente diversa y peculiar conducta y predilecciones del genio confrontadas con las del hombre medio. Es inherente la extravagancia al genio como la vulgaridad al vulgo; ridículo sería no suponerlo. Sólo hay extravagancia en la comparación con el vulgo; la misma proporción hay de locos entre el vulgo que entre los genios.

Pero si no hay relación entre la intensidad de vida y la moralidad y felicidad, la hay estrictísima entre los Deseos, la Sensibilidad, la Actividad y el Poder Mental y Poder Muscular. Esta relación rigurosa debiera ser comprendida por todos como un axioma biológico.¹

No podría haberse acertado con un desatino más grande que el que comporta la fórmula, muy generalizada hoy, de que la cultura intelectual se consume a expensas de los sentimientos. Esto se ha dicho y es un error: en cambio diré yo algo que es una paradoja, es decir una *verdad* extravagante:

Que el Genio de Expresión: el Poeta, el Pintor, etc., los hombres que viven expresando sentimientos, no tienen ni más ni

¹ Dada la índole de estas páginas enunció algunas ideas no siempre como partes coordinadas de una demostración sino a veces como información parcial, a veces para que el lector se familiarice con el conjunto de mis orientaciones intelectuales, a veces como digresión y nada más que como digresión. Téngase presente, como dicen los jueces.

menos sensibilidad, poder emocional, que el Matemático, el Metafísico o el Conquistador.

Más inaceptable parecerá aún esto: que el Atleta tiene tan intensa Sensibilidad como el Poeta o el Músico, o como esa combinación de Atleta y Genio que es, generalmente, el Conquistador.

El poder de atención interior (meditación) y exterior (observación) es paralelo a su poder nemotécnico o de retención, y ambos la atención y la memoria constituyen el poder intelectual y este es axiomáticamente proporcional a su actividad diaria.

Esto es preciso decirlo, pues hay quien cree que un hombre de talento o de genio puede tener poca memoria o ser perezoso. Así se solía afirmar de Coleridge o de Musset. Un hombre de gran inteligencia y de poco trabajo intelectual diario es un *non-sensu*, como el de un gran fumador que fuma poco. Hay mucha gente que ha producido en tres o cuatro años de necesidad más obras que Spencer o Stuart Mill en sesenta de genio, pero en un capítulo de Claudio Bernard, de Kant, de Darwin, de Mill hay más intensidad acumulada de labor mental que en diez volúmenes de esa otra gente. Estos últimos suelen pasar por gente de gran trabajo aunque nadie se tome el trabajo de leerlos.

La suma de trabajo cotidiano de un genio o talento es exactamente proporcional al grado en que son genios o talentos, y así si había más poder mental en Kant que en Hume la actividad diaria de Kant debió exceder a la de Hume.

Lo mismo ocurre con el Músculo; el trabajo muscular de un operario vulgar, de un empedrador, por ejemplo, es muy inferior diariamente al de un atleta distinguido; y por lo mismo los órganos de esa labor cotidiana, los diversos músculos, son más voluminosos y más compactos, en la totalidad muscular de un individuo, en un atleta. El trabajo diario de un empedrador es muy poca cosa aunque parezca que está trabajando todo el día; es un trabajo flojísimo y lleno de interrupciones. Si se compara la capacidad de uno y otro para desarrollar en un solo momento o esfuerzo un máximun de dinamismo, ese máximun excederá también al del obrero vulgar, considerablemente.

Que la actividad mental o muscular tiene que ser proporcional a la capacidad pasional, emocional o sentimental del individuo

Remanet
 DE LA NON ELLA
 FERRELLA

EDICIÓN CRÍTICA
 Susana María Castellanos - Adolfo de Chirca

EDITORA
 Ana Aun

debiera también ser un axioma psicológico, porque los deseos son el combustible de la actividad, y las emociones, sentimientos y pasiones guardan estricta relación con los deseos. Así el hombre que se asigna un ideal de ascetismo, por moralidad o por higiene, y que cada día reduce sus deseos sensuales o espirituales y morales, verá disminuida cada día su actividad total, su atención, su memoria, su reflexión o su poder muscular.

Si procede a la inversa e intenta acrecentar continuamente su actividad muscular o intelectual, verá cómo crecen sus pasiones y deseos paralelamente. Cuando hablo de deseos y pasiones me refiero a todos: lo mismo al deseo de dominio político que al vicio del fumar, a la pasión sexual, al cariño maternal o paternal, al afán por la ciencia.

Todo dolor se compensa con un placer. Y al final, ¿qué hay? No puede contestarse sino que cuando los placeres han equilibrado a los dolores, se vive de pequeños apetitos, como fumar un cigarrillo, ver a un amigo, admirar una obra de arte; hasta que venga un suceso, muy favorable o adverso, y comience un nuevo período de placer para ser seguido de dolor, o viceversa.

Las reglas eudemonológicas que he aislado por mi parte y los métodos consecuentes que he ejercitado son los siguientes:

1) Salir del desgano, es decir realizar un esfuerzo, cualquiera que él sea, tendiente a cumplir una obra útil, como por ejemplo escribir una carta, concluir una labor cualquiera, visitar a un enfermo, ordenar documentos, arreglar un cajón. (Esfuerzo o trabajo es hacer lo que no nos agrada o cuando no nos place.) Mi investigación me indica que hay que sentarse y hacer las cosas, con el objeto de ahuyentar las emociones errátiles, de dispersión, de ira, de resentimiento. Esto tiene dos ventajas: 1º En cuanto sirve para mantener la actividad, que es lo esencial; 2º En cuanto que esa actividad, invertida útilmente, nos favorece de paso con el resultado que obtenemos a la vez sobre labores que nos aguardaban, mientras salimos de esa situación de desgano, que es lo que nos proponíamos. En una palabra, para la realización o terminación de cosas prácticas.

Hay que eliminar el miedo, que nos hace hacer habitualmente todo lo que queramos; el asunto es hacerlo sin miedo, sin interposición del miedo, cuando conviene. Saber que estoy obligado me tiene molesto, y estos pequeños miedos van actuando hasta que la situación de la conciencia se torna insufrible. Cuando se está melancólico sin saber por qué, hay que acometer un esfuerzo que adelante los trabajos que todos tenemos. Por lo demás, a veces lo importante es haber realizado el esfuerzo, y no haber obtenido el resultado. Naturalmente que si se suman ambos resultados la ventaja será doble, con el agregado del contento frente a la superación de una situación molesta, y con resultado útil. El hecho psicológico que hay que tener presente es que con los pequeños esfuerzos se va integrando el caudal de energía espontánea, de dinamismo, hasta llegar a la espontaneidad placentera de ese mismo trabajo que debíamos hacer.

Todo acto mental o muscular es en el momento de su producción el hecho psicológico que reduce el estado hedónico negativo de la conciencia, o sea es la solución de menos dolor para la conciencia en el instante, aunque por sus resultados previsibles fuera de efectos más dolorosos que los que habríamos soportado de no haber cumplido ese acto. Por ejemplo el hombre que parte y se alista en una guerra, al decidir alistarse supone un estado penoso de su conciencia (incertidumbre, tedio), puede tener razón representándose lo que sentirá por efectos de ese acto; y en la práctica puede realmente resultar que la decisión lo conduja al mayor dolor respecto del que habría experimentado no haciendo esa elección. Es decir que todo acto releva a la conciencia en ese momento de un estado afectivo negativo, y se ejecuta porque más doloroso intrínsecamente sería no ejecutarlo. Los efectos prácticos, a su turno, están entregados al azar de las contingencias externas.

En punto a la categoría o naturaleza del esfuerzo, primero creí que cualquiera que fuera en su forma o en su intensidad procuraría el resultado saludable entrevisto, pero después he modificado mi opinión. Vi que si uno se propone esfuerzos de alguna intensidad, es derrotado, porque no los cumple y con esto se deprime aún más. Sigo hoy la ley de los pequeños esfuerzos, de cualquier clase que éstos sean: de privación, de reconcilia-

ción, de modificación de las circunstancias, de opción por trabajar mentalmente. El menudo esfuerzo en todo momento, adelantando trabajo, remendando situaciones, completando escritos o labores materiales, una carta muy demorada, una información prometida; sentarse a la mesa, preparar los útiles o tomar el martillo y la madera; en suma: empezar algo, es el mejor instrumento práctico, el mejor amparo de la felicidad posible. Tal es mi primera norma eudemonológica.

2) La otra regla es mantener viva la noción de solucionabilidad de toda situación mental o práctica. Ejemplo: una pulga en la espalda es una tortura considerable para una persona con mucha ropa, y cuando en las circunstancias abundan pulgas, parece que no hubiera remedio. Sin embargo, sería muy sencillo combatirlas, impregnando de olores fuertes (alcanfor, etcétera) la ropa interior inmediata. Otra situación: cómo se puede sacar la humedad de una pieza. Es un problema difícil, que llega a parecer insolucionable, es decir que excede su costo de esfuerzo a sus ventajas. Porque de esto se trata, naturalmente, de que sean solucionables económicamente; por medio de esfuerzos y costo desproporcionado, en el orden material casi toda situación es solucionable. Mi conclusión es que todo es solucionable, y llamo solución a lo que sólo debe llamarse, estrictamente, así, a lo que con menos costo de trabajo, de privación, de gasto, dé un beneficio de comodidad, etc., que lo sobrecompense. Además de que debe tenerse presente de que todo lo que sea incitar a la acción es bueno; siempre conviene tener máximas y creencias que incitan a la acción, aunque sólo se llegara a la compensación hedónica, ecuación esfuerzo-rendimiento.

3) Hay aún la fórmula de que no se admita el ocio; el ocio no debe existir. (Entiendo por ocio la no reacción ante un estado de pesadez.) O hay goce: distracción, recreo, contemplación agradable, es decir acción; pero nunca tedio, pesadez, desgano, salvo la exhaución fisiológica, que se diferencia netamente del desgano o pesadez y que no debe ser violentada; en la exhaución o verdadera abulia no debe hacerse esfuerzo; hay un estado de anemiación psicológica y fisiológica que anuncia que se debe descansar. Se debe anular el ocio, no el descanso después de un

trabajo logrado, con libre despliegue de fantasía; en una palabra si descanso o recreación, pero no pesadez u ocio.¹ En cualquier situación de una persona, hay muchas cosas por hacer sin las cuales se padecerán molestias. El ocio no tiene cabida en la vida humana ni animal; no tienen estos seres nunca tiempo que perder; tienen tiempo que descansar, complacerse en el esfuerzo logrado, pero no siendo ésta la situación siempre le esperan muchas tareas a cumplir, aclarar sus ideas, corregir sus emociones, ejercitar facultades musculares o intelectuales, cuidar su salud, sus complicadísimas relaciones humanas, etc., sus complicadísimas comodidades o incomodidades materiales, etc. Los autores ingleses y norteamericanos a menudo abominan del fantaseo, que es representarse escenas de felicidad alcanzable, "si alcanzara esto", "cuando obtenga aquello"; por mi parte, me parece plausible una cierta represión —del punto de vista eudemonológico— del fantaseo, la ensoñación, en medio del descanso, del descanso legítimo y cabal, pero no participo de esa reprochación. La fórmula del trabajo continuo... (*Interrumpido*.)

Concreto, en fin, mis reglas:

- 1) Necesidad y conveniencia del esfuerzo, del mínimo esfuerzo en todo momento.
- 2) Todo-solucionabilidad hedónica de toda situación mental o práctica.
- 3) Anulación del ocio propiamente dicho.

La verdadera sabiduría práctica está en llegar, si es posible, como extremo de las máximas eudemonicas, a tener tal ejercitamiento y práctica del esfuerzo voluntario —de privación, de acción, etc.—, que se organice la vida sin dolores involuntarios, se planifique de tal manera la vida que estén previstas todas

¹ Antes los padres entendían que la persona no debe estar nunca ociosa, y lo mismo ha entendido la religión. La persona o está recreándose en forma, o está descansando, o trabajando. La mejor regla es la vida intensa. No rehuir las situaciones que exigen tarea; no jubilarse, no abandonar la profesión, no aislarse (cualquier visita da lugar a multitud de pequeños esfuerzos que no se los soñaba), no dejar de lado estudios e investigaciones (*Nota de 1938?*)

las situaciones, preparado el espíritu para cada intensidad de dolor, mediante el esfuerzo voluntario de trabajo muscular o mental para provocar causas y prevenir efectos, y para el ejercitamiento de soportación.

Porque hay una aptitud, la persona psicológica tiene una aptitud para prepararse a la soportación (ésta significa una situación psicofísica o psicológica de despliegue de energías que se han acumulado para ese momento mediante la prerrepresentación del dolor), de manera que allí no aparece ni el miedo, ni la cólera, ni la desesperación, ni los actos desatinados. Así, por ejemplo, en el caso de una persona que supiera que debe soportar una operación quirúrgica dentro de tres meses, debería ir cada día haciendo un esfuerzo psicológico para representarse la sensación del dolor que le aguarda, como asimismo representarse que la soporta bien; se acumularían entonces los productos de estos ejercitamientos cotidianos y cuando llegara el día de la intervención no sentiría en absoluto el dolor. En realidad el esfuerzo de soportación es la fortificación de la Afección, que es el caudal ilimitado de la soportación, mediante el ejercicio; y además hay que soportar el dolor de trabajo de previsión, por una parte sufrimiento de obtención, de trabajo (por ejemplo para arreglar una casa de suerte que no haya en ella calor, ni frío, ni humedad, ni viento, etc.), usar de todo el poder de la afección para la soportación y también para afrontar el trabajo de previsión; que no haya más sufrimiento que el sufrir voluntario para evitar las situaciones de sufrimiento obligado, o para soportarlo con verdadera anestesia; soportar debe ser tener un caudal de energías para anular en la conciencia, analgésicamente, el dolor, eclipsándolo con la sensación de esa energía. Hay muchos casos de personas analgésicas por el alcoholismo, la morfina, etc., o por taras, pero no es éste el caso; se trata en realidad no de analgesiar, sino de introducir simultáneamente a la ocupación de la mente por el dolor, otras sensaciones de tono positivo, de la energía psicológica, hasta neutralizar la primitiva sensación de dolor. Ya ha señalado Ribot que nadie soporta un dolor, por ejemplo la extracción de un diente, leyendo el diario; algo se hace en ese momento para soportarlo, ¿por qué?, porque el reflejo del dolor (de evasión al dolor)

determinaría la destrucción de la persona; el paciente en la desesperación se arrojaría desde el balcón a la calle; en suma: algo se hace para soportar voluntariamente un dolor; se busca la máxima concentración muscular y atencional (la atención es una especie de contracción).

Yo creo que la situación que se llama valor psicológico, o valentía —no el valor de pelea que es furor, una emoción que excluye las sensaciones— es un procedimiento psicofisiológico analgesiante del dolor y consistente en la máxima contracción muscular y atencional. El mayor enemigo de esta máxima contracción que analgesiaría al dolor, cuyas sensaciones de esfuerzo anularían los procedimientos de fuga al dolor, es el miedo, que es casualmente la emoción de desmontación, de desentonación de todas las energías; queda el individuo sufriendo al par del dolor que siente de sensación bruta y del dolor emocional del miedo a ese dolor.

Yo siempre he pensado que el estado atencional es de absoluta semejanza al estado de contracción muscular; es una viva contracción psicológica —como la otra es somática—; y así como cuando no hay nada que soportar y ejercemos un violentísimo esfuerzo muscular al par de uno atencional, como ocurre en la esgrima— que presenta el máximo de contracción muscular con el máximo de contracción atencional, porque es un despliegue que debe efectuarse instantáneamente, en el décimo de segundo que va de ver partir un ataque del enemigo o de dar un ataque sobre el enemigo, a la acción—, la persona que da ese asalto y está gustosa de ese acto y en condiciones orgánicas y mentales favorables —de comida, de sueño, de ausencia de preocupaciones, etc.—, experimenta un vivísimo placer en ese estado de máximo despliegue de contracción emocional y muscular; —es ese placer en el momento del dolor que hay que soportar, el que aporta una suma, un quantum de tono afectivo y positivo o sea de tonalidad de placer. Y así, cuando la conciencia iba a ser ocupada momentáneamente por el dolor, por ejemplo de una operación o de una extracción dental, esas energías o ese estado de contracción muscular y atencional neutralizarán ese dolor.

El que soporta a perfección, con perfecta preparación un do-

lor, no lo siente; siente operaciones de contacto, de presión, pero el dolor no lo siente. Esto es lo que conviene saber. El estado atencional, ¿cuál es? Necesita vigilar con el estado atencional para el instante en que comienza el dolor; se debe seguir la expectativa para soltar en ese momento la energía. Pero ¿qué otro modo secundario entra en este juego? La energía en ese momento está jugando simultáneamente a estar con el gatillo levantado para operar en el momento en que va a empezar el dolor —y aun momentos antes, aunque no se podría prolongar mucho tiempo sin duda esa expectativa— para quitarle el acceso, junto con la emoción desarticulante, desmontadora, desquiciante de toda la energía que es el miedo. Yo he visto a personas soportar los más horribles dolores de extracción de una muela, sin anestesia, y sin proferir un grito ni una queja —y tratándose naturalmente de una persona de sensibilidad *normal*—; pero esa persona traspiraba intensamente al aferrarse a la silla operatoria; esto prueba que nadie soporta que se le quemé un dedo del pie mientras revisa un libro, pero que puede soportarlo sin dolor si dedicara todas sus energías al esfuerzo. El dolor no es de soportar sino de sentir; el valor consiste en poseer tales energías que hagan al sujeto no sentir el dolor, las mismas energías que le hacen al peleador no sentir el dolor sino después de la analgesia, aunque esta analgesia derive en este caso de otra fuente, de la emoción del furor, no de las sensaciones del esfuerzo; en el caso del paciente de dolor de muelas no se trata de una analgesia emocional sino de la incorporación de las sensaciones de un máximo despliegue de energía intencional y muscular. Cuando una persona va a levantar una pesa de setenta kilos su esfuerzo es exclusivamente muscular, no le acompaña el esfuerzo atencional que acontece en un intenso asalto de esgrima; no tiene precisión de hacer un esfuerzo justo en un instante dado, de un décimo de segundo; no hay esfuerzo atencional que es el esfuerzo psicológico, hay sólo el fisiológico; pero en el caso del esgrimista o del orador hay que emplear ambos recursos, y por eso se hallan en condiciones de soportar, con ese máximo de esfuerzo muscular y atencional, el máximo de dolor.

Este estado de contracción atencional y muscular puede defi-

nirse en un cierto sentido como analgesiante, y en cierto sentido como obstructor de la aparición demoleadora del miedo, de la emoción corroyente, desarticulante y relajante que es el miedo, que es abandono completo del sistema de ajustamiento orgánico. Y así como en la emoción de miedo se llega hasta la relajación de los músculos de los intestinos, de la vejiga, etc., en el esfuerzo de soportación entran en *contracción* (es decir, lo opuesto a relajación), hasta los músculos de la boca, de los ojos, del ceño, de los pies, del brazo. Pero lo esencial es que no es un modo de mantenerse quieto ante el dolor; es un modo de no sentir el dolor —y de no huir de él autodestruyéndose—, por un esfuerzo intensísimo que no se podría ni prolongar ni repetirse muchas veces en la vida; yo creo que quizá no sería susceptible de ser realizado más de una docena de veces al través de una vida, pues se perdería la valentía, sobrevendría acobardamiento ante la reiteración de las circunstancias. Pero es empero, suficiente recurso para luchar contra el dolor en cada vida personal, pues, al fin y al cabo, no hay por qué pensar que las circunstancias que hicieran indispensables esos máximos esfuerzos de soportación fueran más corrientes que las posibilidades de cumplir esos esfuerzos.

Nuestra opinión definitiva, es que lo sabio de la vida consiste en tender a reemplazar en lo posible los dolores involuntarios —causados por los hechos, sobrevinientes de cualquier manera— por el sufrimiento voluntario del esfuerzo de trabajo psicológico, tratando inteligentemente la adquisición de conocimientos causales, y trabajos de preparación de una reserva de energía de soportación para los dolores que no pueden evitarse.

Esto es, por supuesto, en lo atinente a la soportación —llamada valor— para las intensidades dolorosas. Pero debe haber un mecanismo parecido para las paciencias, para la preparación de soportación de los dolores pequeños, de las molestias prolongadas y frecuentes.

Por lo demás, esta norma de conducta eudemónica tiene en vista solamente el caso de dolores provenientes de sensaciones. Si el dolor deriva de emociones, por ejemplo, en el caso de un examen próximo, ya es más difícil cómo ha de procederse de

acuerdo con la economía eudemonológica. Algunos creen que el examinando debe procurar convencerse de que el examen le va mal; que debe responder con indiferencia a la depreciación de los demás en el caso de un resultado desfavorable; que no debe pensar en nada más que en el estudio ni debe representarse nada más que... (*Interrumpido. Se complementa con una página independiente correlativa, asimismo interrumpida.*)

Nuestro problema en toda su efectividad es, pues, el siguiente:

1º Es propio de la estructura de las cosas que cuanto con mayor anticipación tomemos medidas contra un mal más completamente lo remediaremos, mayor suma de dolores futuros nos ahorraremos y menos trabajosas y numerosas serán las medidas que requerirá su anticipada prevención. Hemos ejemplificado esto ya con el caso del diente que comienza a cariarse. Pero véase enunciada con más generalidad y autoridad la noción de lo difícil que es remediar y lo fácil que es prevenir: dice una resolución oficial de la administración sanitaria de Estados Unidos: "Siendo todas las enfermedades contagiosas y casi todas las orgánicas muy difícil de curar y muy fáciles de prevenir, ordénase..." En el orden jurídico se puede sentar un principio en un todo semejante: el más sencillo pleito de desalojo puede durar un año, ocasionar múltiples gastos y exigir el empleo de una buena suma de energías mentales y diligencias; sin embargo todo esto puede evitarse con varios sencillos recursos al contratar el arrendamiento. Lo mismo diremos de la conducta a observar en los primeros días de casado con la esposa, o en la educación de un niño que debe comenzar a los seis meses o antes; es posible en esos períodos iniciales implantar sin trabajo nociones de conducta, hábitos, inhibiciones de muy durable acción.

2º Este es el principio que domina toda la perspectiva práctica de la vida y de tan intenso valor que quien lo observara ejecutando todos los días de su vida media hora de intenso esfuerzo de previsión en sus variadas formas excluiría de su existencia todos los grandes dolores, largos tedios, depresiones profundas, labores excesivas, enfermedades, disgustos, escaseces, todo. La percepción pesimista que al lado de la optimista anida

en todas las inteligencias nos induce a rechazar instintivamente la verosimilitud de un beneficio tan grande derivado de una práctica relativamente poco severa. Sin embargo, en todo orden de cosas los recursos soberanos son simples y fáciles. Así es suficiente vivir en una habitación seca, grande, alegre, con sol abundante y aire puro, hacer todos los días algún trabajo o pequeño esfuerzo, tener buena agua en la casa y mantenerse en relaciones cordiales con todos los que la habitan para librarse de toda enfermedad, tener por no existentes todas las oceánicas bibliotecas de la Medicina y todos los museos de drogas de las farmacias y producir una suma considerable de trabajo eficaz diario. Es suficiente en nuestro país comprar un terrenito, una media manzana en un pueblo próximo a Buenos Aires, diez mil varas a 0,40 la vara y antes de diez años esos cuatro mil pesos se transformarán en treinta mil y el problema económico habrá desaparecido para siempre para un individuo no afligido por el endiosamiento pecuniario. Es suficiente ser realmente justo para tener buena esposa, buenos hijos, no tener pleitos ni enemigos y esa misma virtud será un factor decisivo también para el goce de una buena salud. Con ser las cosas tan sencillas es, sin embargo, evidente que la suma de dolores iguala a la de los placeres en casi todo individuo y esto por falta de fe en principios tan... (*se interrumpe el texto.*)

NOTAS A "CRÍTICA DEL DOLOR" *

— (Hedonismo-Longevismo). "Crítica del Dolor"¹ es la afirmación de que las fuerzas de soportación superan al dolor, o por lo

* Al ser pasados en limpio los abandonados manuscritos de más de treinta años atrás (1906-8), fue instado M. F. a retomar el asunto, a lo que cedió sin entusiasmo dictando algunas notas que actualizan algo aquellos borradores (1938); quedando de nuevo abandonados unos y otras.

¹ El lector dirá qué difícil de contentar es este autor que hasta al Dolor lo critica, con el cual hace tiempo que se contentó para siempre la humanidad.

menos, que el dolor excita inmediatamente una suma, proporcional a su intensidad, de fuerzas de soportación, es decir de actividades voluntarias a las que son correlativas las sensaciones del placer de toda actividad desplegada que, simultáneas al dolor que se está soportando, hacen una simultaneidad del tono afectivo positivo con el tono afectivo negativo, es decir compensan o anulan el dolor.

Esta afirmación es una comprobación de la experiencia humana colectiva, también reconocida por la tradición y expresada en el adagio: Dios da las cargas, pero también las fuerzas; vemos a cientos de miles de hombres morir en España de hambre, frío, privados de todo y sin ceder, pudiendo cambiar en un instante su destino diciendo: nos entregamos y ya está.

Conforme a esta tesis podría asegurarse que no hay ningún suicidio causado por el sufrimiento. El suicidio es un acto maniático, una idea fija de destrucción del cuerpo personal, pero no es hijo del dolor. ¿Qué es lo que hace que evitemos el reflejo de evasión, que estando en nuestras manos dejemos de aniquilarnos? Las sensaciones gratas del esfuerzo de soportación llenan la escena de la conciencia en un doble acontecer mental.

Haciendo la psicofisiología del dolor, ha de verificarse que sobreenvidado el modo psíquico de la afectividad negativa o dolor, aparece instantáneamente el reflejo de autodestrucción, ni más ni menos que como se toma un vaso de agua cuando se tiene sed o se huye del fuego; matar el cuerpo es la huida enteriza; pero, como aparece en seguida el esfuerzo y las sensaciones de esfuerzo de soportación (esfuerzo muscular y esfuerzo atencional que son las dos formas del esfuerzo), no sólo se inhibe el reflejo de autodestrucción o evasión, sino que se hace en la conciencia un campo efectivo casi neutro, de compensación placer-dolor. Aquí el que triunfa es el longevismo; a la persona le convendría matarse cada vez que tiene un dolor y volver a nacer (hedonismo), pero volver a nacer ha de ser un mal negocio; quizá le convenga soportar el largo trecho de vida explotando en toda su virtualidad un nacimiento que es bastante penoso, en lugar de tener que nacer todos los días, matándose todos los días, porque no hay un solo día sin dolor de cabeza, de riñones, espera de que sirvan la comida, dificultad de dormir, etcétera.

Todas las especies hoy existentes son sobrevivientes, con eliminación de millones de especies inadaptadas; todas las especies que han carecido del mecanismo de crear fuerzas para soportar el dolor, se han extinguido; todas esas especies son las que han tenido, además de otras aptitudes, la de sacar fuerzas activas en todo momento en que el dolor ocurre, es decir las que han tenido el mecanismo secundario, puede decirse, de soportación, para anular el mecanismo primario de evasión. Al hedonismo le interesa el Placer, no la Inmortalidad; al Longevismo le interesa la Inmortalidad, y sólo el Placer en cuanto la facilite y promueva; sus razones ha de tener el Longevismo en aprovechar hasta el máximo cada nacimiento; quizás este aprovechamiento deriva de que el nacimiento es siempre ahogado y doloroso, lo que induce a beneficiar de toda la durabilidad de existencia con que nacemos.

—No hay placer ni dolor sin latencia (latencia es apetencia fundamental por cualquier cosa) de apetito por ese placer o de apetito por la no producción de cualquier hecho de detrimentación del cuerpo. El miedo es un deseo, el deseo de no; y el deseo de sí, es la esperanza o alegría. Tenemos permanente latencia por la producción de cosas, y permanente latencia por la no producción; por consiguiente deben ser compensadas, son tantas las cosas que nos hacen vivir como las que nos hacen morir, tantas las que nos pueden alimentar como las que nos pueden desalimentar; el dolor es un susto del instinto de vivir; en el caso de una apendicitis el dolor es la angustia de que se está atentando intensamente contra la persistencia del mecanismo.

El placer está en el despliegue de acción y el dolor en la acción impedida, es la suma de actividad. Des de los músculos de la boca, garganta, encías, y el placer es el placer de esa actividad y no el placer de la cosa misma, en este caso de un placer gustativo. La aplicación al paladar de una cosa que gusta pero que está prohibida (mentalmente, por censura psicológica), todas las actividades de su saborco y deglución, salivación, masticación, no producen placer. Los corpúsculos sienten la materia, no perciben el placer sino una sensación particular.

Todo dolor despierta una serie de actividades de soportación

oño Fernández
 O DE LA NOV AN
 AN FERNAN

EDICIÓN CRÍTICA
 SERVICIO DE INVESTIGACIONES
 ANA MARIA CAMBONÉ - ADOLFO DE OBEDIA

EDITORIA

que como actividades vienen a ser placer, pero que están anuladas en la conciencia por ese dolor, hasta que vencen. El placer consiste en sí mismo en el despliegue de una actividad corporal o muscular.

— Hay un miedo congénito y un miedo por asociación informativa causal. Tal sensación, etc., anuncia que se va a abrir una arteria; sin este anuncio no hubiera despertado ninguna actividad; ahora despierta y nace el miedo. Pero esta asociación puede ser errónea. El miedo congénito es instantáneo con su acción correlativa de evitación. Si no existiera, hubiéramos perecido, es decir que pertenece al Automatismo. Somos sobrevivientes gracias a que tenemos esas facultades, que alguna vez se han incorporado. Si hubiéramos nacido con apetitos confundidos, hubiéramos perecido; tal como está este mundo es necesario que el organismo esté ya preinformado y la reacción sea instantánea. Un chico se pone en la boca un cobre y en seguida se lo saca, no obstante no habérselo puesto nunca antes, es decir sin conocimiento de ninguna especie; se pone en cambio un caramelo, y lo prueba. Sin esa congenidad habríamos perecido, o hubiéramos precisado de madre y padre en todo instante, pero éstos ya antes hubieran perecido a su vez.

La sensación-guía tiene que darse en el primer contacto con el cuerpo, cuando hay tiempo de evitar o rechazar ese contacto olfativo de anticipación, por ejemplo cuando es muy poderoso un veneno. Cuando ese primer contacto de la sustancia con el cuerpo no me pone en guardia, por ejemplo cuando no me repugna a la boca, y, empero, esa sustancia no me hace bien, le quedan al cuerpo aún otros recursos; aun en el estómago, por ejemplo, hay capacidad de devolución, todavía en el estómago puede actuar el reflejo del automatismo longevístico; el mismo mecanismo entra en actividad cuando la ingestión ha obedecido a un descuido o distracción de la boca, encargada de advertir la presencia de cuerpos dañosos, en el caso de conversación, atención fuerte de un tema o preocupación; si la boca estuviera atenta puede decirse que jamás sería necesario el rechazamiento de una comida o bebida por intermedio del estómago, salvo el caso, naturalmente, de un malestar sobreviniente durante la digestión.

— Nadie busca el placer, no tiene sentido esa búsqueda; el placer resulta de los actos, pero no todos los actos humanos llevan al placer. William James reconoce que muchas veces nuestros actos no son de procuración del placer sino que se va en busca de un suceso doloroso; pero hay que cuidar que los actos de ir en busca no sean actos placenteros, de los que podrían en ese momento procurar más un alivio positivo del estado de conciencia sin placer. Los actos se encomiendan a sabiendas al sufrimiento; la persona acepta que sus actos la conduzcan a la situación de sufrimiento, pero esos actos en que va en consecución de un estado de sufrimiento, en el momento en que se desgranan mejoran el tono hedónico de la conciencia, dan placer, son lo que más dolor pueden quitar en ese momento de la conciencia. James expresa que los valdenses, por ejemplo, tras una idea y sentimiento religioso voluntariamente aceptaban todos los sufrimientos —lo mismo en nuestros tiempos los combatientes de España—; pero creo que no sólo no se sufre en estos actos de apariencia tan dolorosa, sino que hay mucho placer. Y no es tampoco el caso de esos enfermos que hallan su goce en el dolor —en cuyo caso también lo que para nosotros los espectadores es dolor para ellos es placer— porque en el caso de los valdenses o de los puritanos expatriados o de los españoles combatientes y de todos los perseguidos, no hay propiamente una psicosis o un estado de perversión o degeneración, como en los masoquistas, sino un estado de heroísmo o de creencia compatible con la sanidad física y moral. Cuando una persona se arroja desde una ventana, se representa el estado de su destrozado con voluptuosidad, y quizá sea voluptuoso; lo mismo en el caso de Juana de Arco resistiendo, frente a la hoguera, a las instancias para que abjurase, o en el de los herejes medievales impasibles ante los procedimientos de la Inquisición. ¿Y el soldado romano cubierto por la lava del Vesubio por no recibir a tiempo la orden de relevo?

No hay dolor sino voluntario, en la misma forma que sostiene Max Scheler que la percepción del rojo, del verde, del amargo se percibe porque lo quiere el sujeto; en el caso de ciertas personas que buscan su propio dolor físico —masoquistas, etc.— podría explicarse esta circunstancia por el reconocimiento del hecho de la doble personalidad, y el placer de martirizar su propio

cuerpo —quemarlo, azotarlo, flagelarlo— podría ser generado por el odio al propio cuerpo, debido a una supuesta desobediencia a las órdenes de la voluntad, o a su propensión a la tentación y al pecado, o porque con él se ha matado a una persona querida, por ejemplo la madre por error a su propio hijo; ese odio a sí mismo, por lo demás es tan normal como odiar a las ratas que nos muerden. En una palabra, que en todos estos casos la sensación es dolorosa, pero la emoción es grata, y las emociones pueden eclipsar a las sensaciones.

—Podrían formularse en Eudemonología muchas normas menores, también de singular aprovechamiento, como las que se han formulado por diversos escritores, por ejemplo Schopenhauer. Dentro de esta categoría se contaría, por ejemplo, la máxima de William James a que adhiere Max Scheler ("El puesto del hombre en el cosmos") en el sentido de que no hay que ir contra los impulsos, sino navegar con todos los defectos que uno tenga; no ir contra el mal impulso sino empeñarse en una tarea noble, con lo cual se van enervando y agotando los otros impulsos. Agregó por mi parte, lo que vendría a ser consecuencia concreta de estas ideas, que no hay que tratar de amar, si no de no odiar. No odiar es suficiente para amar. O sea la supresión de los impulsos de irritación, de resentimiento, basta para que el amor comience. "Querer querer" no tiene sentido, es un error. Basta suprimir de la mente, no atender a las irritaciones debidas a las necesarias fatigas y restricciones que genera el trabajo humano, para que aparezca la simpatía, correlativa de los otros elementos gratos que nacen del trato. No hay que empeñarse en el esfuerzo para amar, o sea querer querer. Lo mismo para querer odiar, hay que suprimir los impulsos del amor hacia esas personas; quedarán los factores de irritación y sobrevendrá el odio.

—Nuevos hechos para una crítica del dolor (1946).

Testimonio de un prisionero de guerra al cual, tras diversas torturas, le aplicaron una bombilla eléctrica en el pie, reputado como uno de los mayores martirios; confiesa que ya estaba tan gastado que este nuevo suplicio no le molestó nada.

Un dentista amigo confiesa que al ahogarse en una pileta (y

ser salvado por casualidad) hizo al principio esfuerzos por recuperarse y luego se abandonó.

Un peón confiesa que en un remolino intentó safarse, hasta que la casualidad le llevó a la ribera; no revela que hubiera desesperación.

La verdad es que diez minutos de padecimiento es mucho tiempo, en el caso de uno ahogándose; pero pienso que esos diez minutos no son de sufrimiento de ahogo sino de tratar de nadar o salvarse. Creo que el ahogo es un instante de dolor, como de un segundo (más sería mucho; tal vez menos; el ahogarse, el morir tiene que ser un ensueño; el último momento es de pesadilla, no tiene relación con la muerte; el paciente pensará en un incendio o hambre, etcétera.

El que cae el mar de noche, sin esperanza —peor es la poca esperanza que la certeza del mal— sufre un dolor insoportable; ¿podrá tener tan poderosa personalidad que no llegue al agua enteramente en delirio? Creo que lo habrá; pero me parece que entra en pesadilla, que ya es delirio, ya acabó la conciencia inteligente.

En lo que se llama muerte fulminante (Justo, Roosevelt) ha de haber un instante de dolor; pero es bien seguro que se trata de un sueño.

En muchos de los dolores hay la simultánea excitación nerviosa para encontrar algún dato, para investigar una solución o remedio, y estas actividades atemperan el sufrimiento.

"Después de experimentar el mayor dolor posible, se encuentra que no era tanto" (Thoreau),

PARA UNA TEORÍA DEL VALOR

2. TEORÍA DEL VALOR-EL ESFUERZO

El valor es el resultado de un proceso de actividad consciente y voluntaria que se desarrolla en el tiempo y que tiene como finalidad la consecución de un fin. Este proceso implica un esfuerzo que puede ser físico o psicológico, y que se caracteriza por su intencionalidad y su libertad. El valor se manifiesta en la conducta humana y es el resultado de la interacción entre el sujeto y el objeto de su actividad.

Lo que hay en la actividad valiosa y la constituye en un todo, es precisamente la intencionalidad atencional y moral; la libertad de controlar el mundo y controlar la propia o ajena; el modo de vivir modo que debe pensarse abstractamente en todos los hechos de nuestra existencia con una sola excepción: cuando se despierta en nosotros una psicopatología intencional del grado voluntario, esa estructura psicopatológica avasalladora y forzosa que la humanidad ha designado y denominado a un tiempo con el nombre de Miedo. Valemos a demostrar, pues, en estos párrafos, aunque parecen demasiado elementales, que el Valor es el fruto de un esfuerzo habitual de destrucción de la emoción Miedo se puede el Valor mismo una emoción.

El Valor no es una emoción, tampoco es un producto de la riqueza biológica de un hecho viviente humano. El valor es un

PARA UNA TEORÍA DEL VALOR

Es un asombro —para el miedoso que investigando el hondo contraste de su ambiente interior ante una perspectiva de dolor intenso, con el ambiente interior del valiente en igual situación, percibe la verdadera estructura de la actitud valiente— descubrir que toda la inmensa distancia hedónica entre su angustia y la tranquilidad de aquél depende de una mera posición activa de su unidad psico-fisiológica, para asumir la cual cuenta con los mismos elementos que el valiente, mediante la cual el dolor cesa de ser dolor de la manera más efectiva, disipándose como bajo un hechizo, y cuya actitud no es más que cierta intensificación de la que asume todos los días de su vida para vencer su pereza muscular o intelectual, para resistir un deseo, o el frío de una hora de invierno.

Lo que hay en la actitud valiente y la constituye en un todo, es puramente la disponibilidad atencional y muscular, la facultad de contraer el músculo y concentrar la atención, o ideación, en cierto modo, que todos poseemos libremente en todas las horas de nuestra existencia con una sola excepción: cuando se despierta en nosotros esa corrupción instantánea del poder voluntario, esa estructura psico-fisiológica avasalladora y funesta que la humanidad ha designado y maldecido a un tiempo con el nombre de Miedo. Vamos a demostrar, pues, en estas páginas, aunque parezca demasiado evidente, que el Valor es el fruto de un esfuerzo habitual de destrucción de la *emoción* Miedo no siendo el Valor mismo una emoción.

El Valor no es una emoción; tampoco es un producto de la riqueza fisiológica, de un buen sistema nervioso. El valor es un

fenómeno de la actividad, un caso de Trabajo, y la diferencia entre un valiente y un miedoso es la que resulta de un "trabajo" no estorbado o estorbado por la emoción del Miedo, por esa defeción de los poderes de actividad llamada miedo. Toda actividad es de atención o de contracción muscular, aun la actividad que se despliega para inhibir una emoción o desatender un deseo.

Toda actividad es activa, es decir aún las inhibiciones son activas, positivas, son despliegues de atención o de contracción de músculos y no un simple no-pensar o un simple no-moverse: comparando la pereza, descanso o inacción con la difícilísima y fatigante inhibición de los impulsos de la cólera, se comprenderá bien cuán positiva, activa es una inhibición. Todo el valor es adquirido por el individuo mediante una cultura especial más o menos deliberada o consciente, no se hereda ni viene regalado en un sólido sistema nervioso. En el acto de valor no hay dolor: sólo hay dolor para el miedo. Si una cierta *erección activa de la totalidad individual* —o sea el valor— no tuviera la virtud de nulificar el dolor, no habría hombres valientes, ni valor. Si los valientes sufrieran en la extracción de un diente el mismo dolor de sensación que los cobardes, no irían jamás al dentista, salvo como van los cobardes, es decir dominados por el *miedo* de consecuencias peores o próximas. El valiente es tan sensible como el cobardé, pero con su actitud de "valor" cierra al dolor de sensación el paso a la conciencia. El valor es absolutamente una cultura y como tal excluye, más o menos, a otras culturas en la medida en que toda dedicación de las energías a una cosa excluye dedicaciones a otras.

Los genios literarios, o científicos, o artísticos, y los atletas eminentes, son necesariamente cobardes para los dolores de sensación por la sencilla razón de que son genios artísticos o científicos o musculares y no genios del valor (héroes), es decir porque no se han dedicado a dominar sus sensaciones sino a estudiar química o música.

Lo que se llama "valor personal" no es valor sino indignación, cólera, vale decir, emoción, y ya hemos dicho que el valor no es emoción.

Aunque, según el autor, todo depende en el valor de un intenso despliegue activo, ello no supone que el valiente sea hombre de gran actividad cotidiana mental o muscular, ni que posea gran

poder mental o muscular. Por el contrario el muy valiente es poco activo, necesariamente, poco inteligente o sabio y poco poderoso muscularmente. Es visiblemente un perezoso en la vida cotidiana, así como el hombre de gran actividad real diaria, mental o muscular, es poco valiente, fácilmente dominado por una sensación de dolor.

Naturalmente preveo que el lector encontrará arbitrarias muchas de estas afirmaciones, porque no estará habituado a observar, juzgar con exactitud los grados y diferencias poco aparentes y sin embargo, considerables que existen entre los individuos en materia de valor.

Esencialmente mi teoría del valor difiere de toda otra tentativa de explicación de este capítulo fundamental de la Psicología. Su novedad reside en la noción de la anulación recíproca de los estados de opuesto tono hedónico que constituye el sorprendente resorte con que cuenta nuestra estructura psico-fisiológica, pues sostengo que el valor no *soporta* sino que *anula* subjetivamente el dolor, y lo anula eclipsándolo en la conciencia con sensaciones de placer, las que el individuo recaba de sus músculos contraídos y de su atención o ideación concentrada.

Y esto sucede porque la conciencia puede siempre clausurarse para un dolor, expulsarlo o anularlo como estado psíquico, provocando o procurándose una sensación de placer, y el individuo puede siempre recabar de sus músculos y de su atención-ideación *sensaciones* de placer (no emociones) porque toda actividad intensa aunque comience o termine por sensaciones de dolor, según que haya pereza inicial o fatiga final, es una fuente de sensaciones de placer una vez puesta en movimiento. Es decir que las sensaciones que el dolor opone a un dolor son sensaciones *gratas* de la actividad muscular-mental y la *actitud de valor* es precisamente una brusca e intensa erección, por decir así, de toda la capacidad activa individual, y no hay más actividad que la contracción muscular y la contracción atencional.

La "actitud de valor" es el estado de erección máxima de toda la facultad activa individual y por la multitud de sensaciones de *placer de actividad* que de esa actitud afluyen a la conciencia, anula como fenómenos fisiológicos las de dolor que se trata de sobrellevar.

Antonio Rembarter
 EDITOR DE LA NOVELA

INTELIGENCIA CRITICA
 Editorial del autor
 Ana María Carralanza - Adolfo de Chirca

EDITORA
 Adh

Dicho esto, ¿existen procesos de actividad, determinaciones y actos en los cuales esa orientación permanente de nuestro lado activo sufra excepción?

Vamos a verlo. Un dolor es voluntariamente buscado y aceptado, una vez declarado útil, bajo tres diferentes estados interiores o de la conciencia.

Por estar ocupada la conciencia por un dolor actual de sensación más intensa que el dolor útil afrontado; o por un dolor de emoción denominada Miedo más intenso también, o por la actitud especial denominada Valor, que es un estado activo, no de emoción, estimulado por una ligera inquietud, o deseo (del acto doloroso útil) engendrado por la consideración de sus ventajas. En los primeros casos el sujeto cumple siempre la ley de evasión a todo dolor actual al afrontar un dolor menor que debe librarse del que está soportando.

Llamo *valor* a aquella disposición individual adquirida —no creo que la herencia tenga en esto participación alguna— a reaccionar emocionalmente ante toda perspectiva o estado de dolor. La reacción se efectúa reprimiendo la acción de huir o de quejarse y este mecanismo no puede ejercerse sino sosteniéndose en otro estado emocional, que puede denominarse estado de animación, oponiéndolo al estado de desanimación o depresión que se llama *miedo*.

Psicológicamente, la animación es grata; el miedo; penoso, ambos en sí; fisiológicamente, la animación o valor es un estado de la cenestesia provocado por el mecanismo central o emocional consistente en una activación general de todos los estados musculares y vasculares; el miedo un estado cenestésico de depresión o relajación.

Mi teoría del valor, sucintamente expresada, es:

Que el Valor no es una emoción sino la libre disponibilidad de la Atención y el Músculo que se traduce en estos términos: ausencia de Miedo; es una situación no emocional obtenida mediante la cultura habitual de la inhibición de una emoción: el Miedo.

Que esa cultura es unilateral, es decir que el valiente tal como se le encuentra en el mundo sólo se ha preocupado de la inhibición del miedo asociado a las *intensidades* de dolor de *sensación*;

el miedo suscitado por una perspectiva de labor intensa o prolongada, por una perspectiva de renuncia a un deseo o hábito, por una perspectiva de conflicto y dolor moral y por una perspectiva de dolor de sensación insignificante pero prolongado, o de simples molestias, no son inhibidos por él. Es decir que el valiente tiene la preocupación especializada de ser superior a cualquier intensidad de dolor de sensación y también de ciertos dolores morales, mas sus esfuerzos no se dirigen a todas las formas de miedo: si tal hiciera destruiría toda su Sensibilidad, toda su Sentimentalidad, toda su Deseabilidad, toda su Inteligencia y toda su facultad Muscular.

Que en el acto de perfecto valor, o sea de un valor completamente adecuado a la intensidad de la sensación dolorosa afrontada, el dolor de la sensación desaparece; en el acto valiente no existe un dolor soportado, sino un dolor excluido de la conciencia, hecho indolente. Sólo para el miedo hay dolor soportado. Acto de perfecto valor es aquél en que no hace aparición alguna el miedo; en la proporción en que éste aparece el dolor es sentido como dolor.

Que la anulación del tono hedónico negativo o tono negativo simplemente de una sensación, del aspecto doloroso de ella, es el resultado de la ocupación de la conciencia por un considerable grupo de sensaciones positivas, de placer, provenientes de una intensa contracción atencional y muscular. Es decir que la actitud valiente está constituida psicofisiológicamente por una fuerte erección, por decir así, de todo el sistema activo —cuyos dos instrumentos son la atención y la contracción muscular— y esta fuerte tensión indispensable para inhibir los movimientos que estallarían violentamente para arrancar al individuo de la situación de dolor voluntario útil en que se ha colocado, es una fuente de sensaciones de placer que anulan las de dolor y son anuladas por el dolor resultando un perfecto equilibrio: de inmovilidad de actitud y de oclusión de la conciencia tanto a las sensaciones del dolor afrontado como a las de la actividad violentísima desplegada con apariencias de inmovilidad e inacción.

Que el valiente no es de ningún modo un hombre que ha adormecido ni siquiera aminorado su sensibilidad de dolor. Hay va-

EDICIÓN CARTA
Sociedad Editorial
Nava Soria, Castellón - Madrid - de Chile

EDITORA

Así
Así

EDICIÓN
MAYOS

riable sensibilidad local para tal o cual zona especial del cuerpo en diferentes personas por algún hecho de estructura particular, pero esto no tiene conexión con el valor: el espesor o endurecimiento de la piel puede hacer menos dolorosa una herida, contusión, una sensación de frío o calor; un diente puede ser pequeño o de poco profundas raíces y su extracción puede originar dolores muy diferentes en personas de diferentes dentaduras. Mas la sensibilidad en conjunto, vale decir el grado de intensidad y duración de dolor de que es capaz cada organismo individual, no es influido por la cultura del valor, ni el valor resulta de la poca sensibilidad congénita. Todo individuo tiene una susceptibilidad de intensidades de dolor proporcionada a su intensidad general de vida y por consiguiente a su capacidad de máxima intensidad activa. La Sensibilidad General puede ser amortiguada pero la cultura del valor no es la indicada para la obtención de este resultado: la destrucción progresiva de los Deseos, es decir el ascetismo físico y moral tiene ese resultado, porque la supresión de los deseos destruye todas las capacidades psicológicas, o psicofisiológicas, la emocionalidad, la actividad muscular e intelectual: mas en sustancia con respecto a la actitud relativa al Dolor nada se gana con el ascetismo, pues si aminora los dolores (y por consiguiente los placeres) también aminora la musculación e ideación, que es todo nuestro aspecto activo y constituye la estructura de soportación del Dolor. Dando un ejemplo de lo dicho al principio del párrafo: un diente puede ser de muy fácil extracción, de modo que ocasionará muy poco dolor en su extracción; pero si no se trata de esto sino del dolor de dientes, puede originarlo tan difícil y prolongado como un diente de difícil extracción. Otro aspecto: un hombre puede ser muy valiente para hacerse extraer un diente, pero será tan miedoso como el más miedoso ante la perspectiva de tener que soportar largas horas el dolor de dientes, encontrándose en un paraje donde no sea posible encontrar dentista; lo que demuestra dos cosas: que el organismo del valiente es capaz de dolores tan intensos o prolongados como el del miedoso, y que los valientes en general sólo tienen la preocupación de reaccionar ante las grandes intensidades de dolor en las cuales haya perspectiva inmediata de supresión pronta por un acto voluntario: sometimiento a una operación quirúrgica.

La Sensibilidad es proporcional a la dosis biológica individual y por tanto a la Actividad; ahora, como la Actividad es el todo de la actitud valiente y como todo individuo tiene una Actividad proporcional a su Sensibilidad, resulta que todo individuo dispone de los mismos elementos de la actitud valiente de que dispone todo otro.

La intensidad a que puede alcanzar el Dolor en una persona siendo proporcionada a su poder total activo y pudiendo el poder total activo de una persona reconcentrarse en un despliegue máximo y breve, resulta que para todo máximo de dolor de que es capaz la naturaleza humana hay en todo individuo la capacidad de un máximo de contracción activa apto para anular ese dolor.

Mas la disponibilidad en un momento dado de este máximo de contracción activa la tiene sólo el valiente; esa disponibilidad se pierde por la interferencia de un mecanismo psicofisiológico específico cuya estructura es la perfecta antítesis del estado de actividad y que se llama Miedo; sólo el que ha cultivado la destrucción de esta estructura, con relación a sensaciones dadas, dispone en el momento de un dolor intenso de toda su capacidad activa, con lo cual obtiene dos resultados: inhibir los movimientos de sustracción al dolor y anular éste como fenómeno afectivo de conciencia, es decir como dolor.

Para darse una noción viva de la virtud anuladora del Dolor que posee la actitud valiente, es decir la actitud de intensa contracción Atencional-Muscular, debe examinarse algún hecho de Atención y tomar nota de la real voluptuosidad que lo acompaña. Todos los deportes son orgías del placer muscular y a veces o quizá siempre atencional, pero en un asalto de esgrima se percibe más visiblemente el factor atención en despliegues de máxima intensidad. La voluptuosidad de esperar un ataque con un máximo de tensión muscular y una concentración de atención que pocas veces llega a tal altura, es evidente, cuando no hay ya fatiga y no se mezclan emociones penosas como el temor de ser vencido o inquietudes como el anhelo del aplauso del público. De ese estado de total y máxima erección de la estructura activa fisiológica nace una lluvia de sensaciones de placer en la conciencia: si ese despliegue activo se emplea en

arrojar una pelota en el saque, con un máximo de energía, se experimenta una profunda voluptuosidad; si en cambio se emplea en cerrar la conciencia a la irrupción de una sensación de dolor, no se siente ésta ni la voluptuosidad de la actividad: no se siente nada, que es lo que pasa en el acto valiente.

Para demostrar que es la violenta contracción activa la que permite someterse a un dolor basta advertir que nadie podría soportar ese dolor con los músculos sueltos y la atención distraída, leyendo tranquilamente las noticias de los diarios, mientras nos están extrayendo un diente. Y para demostrar que es el placer de los estados activos el que permite afrontar y anular el dolor, basta reflexionar que cualquier otro placer intenso anula el dolor, una sensación de dolor como ocurre a quien sufriendo un fuerte dolor neurálgico recibe una fausta noticia, y como en este caso el mecanismo de la emoción puede explicar de otra manera la exclusión del dolor, podemos proponer el ejemplo de la persona que sufriendo un dolor reumático y teniendo al mismo tiempo mucho apetito se sienta, llegado el momento, a una mesa abundante y olvida totalmente su dolor mientras satisface su hambre. El dolor desaparece o lucha con las sensaciones gustativas y del apetito satisfaciéndose (dos clases diferentes de sensaciones) y unas y otras ocupan alternativamente la conciencia.

El miedo y la cólera son los dos hijos emocionales del dolor: es difícil decir cuándo nace uno y cuándo el otro en cada caso de dolor y no estudiaremos ahora el punto; mas es preciso establecer que cada vez que se experimenta un dolor, con cada aparición del Dolor la emoción del miedo tiende a reaparecer y el valiente pronto se tornaría cobarde si no cuidara o mejor dicho si no tuviera la preocupación siempre de reaccionar contra cada aparición del miedo. Por esta consideración y porque creemos que el Valor no se hereda sino que se adquiere y se conserva por el individuo mediante eternos esfuerzos como el Saber o la Bondad es por lo que decimos que el valor es una cultura. Prueba de que es una cultura, es decir, de que supone una dedicación especial de energías siempre renovada, es el hecho de que Saber y Valor se excluyan en cierta medida, porque ambos son cultura, aplicaciones cotidianas de la actividad individual, y en la proporción en que las energías del individuo se apliquen a reaccio-

nar de las sensaciones y perspectivas de sensaciones de dolor (o sea: a inhibir el miedo) le restarán menos energías para dedicar a la adquisición de conocimientos y organización de ideas. Comprueba que es el Valor una cultura la facilidad con que un individuo de escaso valor puede adquirirlo (con pérdida de otras eficacias) en poco tiempo bajo una disciplina severa e inteligente sobre todo.

Que el Valor no es la cultura de la inhibición de toda emoción de miedo sino sólo de las emociones de miedo que las *intensidades* de dolor provocan; no hay o no se encuentra en la vida el valor para las pequeñas molestias, para vencer la pereza de cada día, para renunciar al placer y a los hábitos de ciertos placeres; el valiente rehuye un día de labor, o la privación de un goce lo mismo que el no-valiente; así, si dos hombres, uno de gran valor y otro extremadamente miedoso, ambos igualmente fumadores, ambos enfermos del corazón, reconocieron la urgencia de dejar el cigarrillo, el valiente se intimidaría tanto como el miedoso ante la perspectiva (realmente cruel para el que fuma mucho) de pasar el día de mañana sin un solo cigarrillo y aun es probable que el miedoso fuera más guapo para soportar este largo pero no muy intenso tormento.

Como sostenemos que en general al Valor sólo se le encuentra en el mundo bajo el tipo de valor para sobreponerse a las grandes *intensidades* del dolor, y como opinamos también que el valor es el fruto de una cultura concreta, especializada, es decir valor para soportar (anular, mejor dicho, en el momento de producirse) las sensaciones A, B, C, de manera que presentándose una sensación D, que no ha sido estudiada por el individuo, como la sensación del mareo, del desmayo inminente y otras especializadas, se conduce como un individuo sin valor, es el caso de preguntarse si la intensidad o los diversos grados de intensificación de una sensación se presentan como diferenciaciones concebibles, representables, y si la cultura del valor consiste en representarlas vivamente y si de esta representación vivaz viene como resultado el aniquilamiento de la sensación misma, o si ésta no se aniquila en realidad *anticipadamente*, sino que se eclipsa en el momento dado por la invasión a la conciencia de las sensaciones de un gran despliegue activo como hemos dicho antes.

Que el hombre de gran valor es necesariamente poco activo así muscular como intelectualmente y viceversa el hombre activo es muy temeroso del dolor intenso. Esta proposición no será fácilmente aceptada porque el que no ha hecho un estudio especial de las actividades cotidianas del individuo y comparado diversos individuos, no se da cuenta de las considerables diferencias que existen a este respecto. Hay muchas ilusiones respecto a la actividad: hay gente que se mueve mucho y da la idea de una considerable actividad; hay personas muy puntuales que por esto parecen muy activas, y en fin, los hombres llamados prácticos parecen más activos que los meditativos; para tener una idea de las diferencias de intensidades y persistencias en la actividad podríase proponer comparar la producción de un Chopin en 37 años de vida con la de un Spencer en 80 años: Spencer no se consideraba un activo y yo creo también que no era un gran activo. Y es muy probable que una gran actividad abrevie la vida o sea efecto de una organización que no puede durar mucho tiempo. Si se encuentra bizarra la comparación de Chopin con Spencer —yo no opino así—, compárese a Chopin con Bach o a Shelley con Wordsworth, teniendo en cuenta cantidad y calidad de labor.

¿Es tan diferente la actitud y conducta de las personas ante una sensación dolorosa que no se puede evitar o que conviene afrontar? Porque en unos entra en escena y en otros no el mecanismo desorganizador de la actividad o Reactividad que denominamos emoción de miedo, es decir que se es valiente porque no se siente el Miedo, lo que parecerá demasiada inocente afirmación y no lo es.

En efecto, la creencia general, la que yo como todos he abrigado siempre, es la de que hay hombres, llamados valientes, que están dispuestos para *soportar* todo dolor que les sea útil, es decir que les ahorre mayores dolores o los habilite para goces mayores por su intensidad o duración. Tales hombres no existen: nadie se dispone a *soportar* un dolor, aun el valiente, cuando está deprimido, por ejemplo, sino dominado por el miedo. El valiente no decide *soportar* un dolor; lo que resuelve es *anularlo*, poner todas sus fuerzas en ello, y lo consigue trocando una sen-

sación dolorosa en mera sensación de contacto, de presión, de lesión o incisión, etcétera.

El miedoso desearía hacer lo mismo pero por una parte al representarse anticipadamente el acto, los detalles de esta representación promueven en él emociones de miedo tan fuertes e insistentes que le hacen creer imposible... (*se interrumpe el texto*).

EL ESFUERZO

En nuestra psiquis no hay más que: *imágenes*, incluidas en ellas las sensaciones y percepciones que psicológicamente no son otra cosa que imágenes, y *estados afectivos*, es decir, dolores y placeres que pueden ser: de sensación, de emoción y de deseo.

La Voluntad no es una realidad psíquica, como lo es netamente la imagen y la afección; es una relación, es un concepto, es una abstracción.

La Voluntad es la posibilidad que la afección (deseo, interés, emoción, sentimiento, sensación pura de dolor o placer) tiene de actuar en el mundo de las imágenes y en el mundo de los músculos. Son las dos jurisdicciones directas de la voluntad, pues su acción sobre la emoción, inhibiéndola o evocándola, no se ejercita sino mediante la imagen o el músculo; es un efecto accidental, aunque deliberado o deseado.

La Voluntad es el símbolo animado de la unidad psico-fisiológica, del consorcio alma-cuerpo, y, por ello, admirablemente se presta para expresar la esencia metafísica de la Realidad, como con tanta lucidez lo ha visto Schopenhauer. La voluntad está en incesante manifestación, hasta en el sueño, en tres formas:

Movimientos intelectuales y musculares reflejos de cada instante, respondiendo inmediatamente a las estimulaciones que continuamente afectan nuestro cuerpo y nuestro mundo intelectual.

Movimientos intelectuales o musculares de *esfuerzo*, es decir, efectuados a pesar de un dolor actual proveniente del mismo movimiento, sostenidos por el deseo o interés, es decir, por la consecución de un placer más estimable¹ que ese dolor actual, o por el temor de un dolor futuro más intenso o prolongado que el actual emergente del esfuerzo. Este es el Esfuerzo típico, en él se apoya lo que Schopenhauer denomina Gobierno de la Razón, y su frecuencia o intensidad es lo único que puede corresponder a la palabra "Valor", empleada por todo el mundo con aplicaciones más o menos acertadas o equivocadas.

En la región de las imágenes, en el mundo intelectual, el esfuerzo no tiene otra forma que la Atención.

En el orden de los músculos no tiene tampoco otra forma que la Contracción.

Lo que se llama Inhibición en uno y otro orden (inhibición de ideas, inhibición de movimientos) se efectúa siempre mediante una Atención a otras ideas o una Contracción de otros músculos, siempre *activamente*.

En cuanto a la represión o evocación de emociones, se opera siempre como efecto de un mecanismo de atención o de contracción, tendiente a traer a la conciencia otras imágenes o ideas en lugar de las que actualmente *emocionan*, o a mover otros músculos en lugar de los que actualmente se están contrayendo como *expresión* o *ejecución* de la emoción que nos embarga.

Nos queda, en fin, por hacer una afirmación primordial que no es generalmente bien comprendida:

No hay contracción muscular sin atención intelectual; no hay ésta sin aquélla; no hay estado muscular sin estado intelectual; no hay cambio o movimiento en las imágenes sin modificación simultánea del estado de algún músculo.

Nadie puede pensar o meditar sin *fixar la mirada* (músculos del ojo) y contraer las cejas y a medida que la atención interior es más intensa la contracción de esos músculos es mayor.

Es posible meditar profundamente sin estorbar la actividad de un mecanismo muscular; de igual modo puede desarrollarse una enérgica acción muscular sin obstaculizar la iniciación o la

¹ Más intenso o más durable.

prosecución de un pensamiento persistente. Se puede caminar enérgicamente y al mismo tiempo pensar intensamente. Pero ni un sólo instante cesarán de estar contraídos los músculos de las cejas mientras el pensamiento sea continuado.

Mas ha de tenerse presente que puede meditarse intensamente una idea o contraerse vigorosamente un músculo levantando un peso de cien kilos o caminando rápidamente una distancia de cuarenta cuadras *sin esfuerzo actual*, aunque no sin esfuerzos anteriores que hayan hecho indóloro¹ o habitual esa actividad.

Pero siempre que haya esfuerzo, es decir, que la contracción muscular o la atención interna o externa sea un dolor y no un placer, habrá suspensión inmediata de una u otra actividad.

Podéis caminar veinte cuadras y entretanto ir pensando sin interrupción en un problema cualquiera; pero esto ocurrirá sólo a condición que los dos estados de actividad que os embargan en ese momento, muscular e intelectual, sean gratos, es decir, que en sí (no por las perspectivas emocionales que susciten) sean ambos ejercicios agradables. Apenas vuestras piernas envíen a vuestra conciencia la primera nota de la fatiga muscular os detendréis y entonces si vuestro interés o necesidad de llegar a un punto dado es mayor que el de acabar de resolver el problema que ocupaba vuestra atención interior continuaréis la marcha y cesaréis de pensar entregándoos a la imaginación libre y a la atención exterior libre (no a la persecución exclusiva de una idea); si no os importa llegar a parte alguna y lo que os urge es resolver vuestro problema práctico o especulativo ese mismo día, os sentaréis en el primer banco o retornaréis en el primer tranvía a casa, reanudando enseguida la meditación.

Puede ser que vuestra meditación fuera un paseo intelectual y vuestra caminata un paseo muscular, que hubiérais salido a la calle a caminar y pensar porque teníais ganas de una y otra cosa, porque ese día os habíais levantado con los dos apetitos activos: el intelectual y el muscular, así como otras mañanas os habéis

¹ La actividad intelectual o muscular nunca puede ser simplemente indolora; necesariamente es siempre un placer o un dolor: son la más abundante fuente de nuestro sufrimiento y nuestra dicha, primero como necesidad, luego como hábito.

levantado con ambas perezas y el trabajo ha sido entonces vuestro tirano abominado.

En tal caso el apetito más intenso persistirá cuando el menos intenso haya quedado satisfecho; dejaréis de pensar y continuaréis caminando, o viceversa, según el campo del cual haya partido la primer nota de fatiga que llega a vuestra conciencia. Ello dependerá de la proporción en que estén mezclados, en vuestra profesión u ocupación habitual, la labor intelectual y la muscular¹.

Téngase muy presente que en este caso no habrá *esfuerzo* aun- que haya un ejercicio activo muy intenso.

Sabe el lector que no llamamos esfuerzo a la acción o actividad o trabajo por intenso que sea el despliegue de energía, sino solamente a la acción penosa intelectual o muscular. Prácticamente, lo que entiendo por esfuerzo es todo trabajo mental o físico efectuado a pesar de nuestro deseo de reposo en ese instante, y toda represión de emoción o deseo, siempre que cualquiera de estos actos se realice sin que *en ese momento* uno se vea obligado a hacerlo por una urgencia o exigencia inmediata.

Sabe también que el esfuerzo y toda actividad es siempre muscular o intelectual, aun el control y evocación emocional, y es siempre positivo, lo mismo en la acción que en la inhibición.

Ahora bien, el hombre desde el punto de vista de la voluntad, de la acción, como ser que actúa y reacciona, puede desplegar tres formas de actividad.

1^o Labor o trabajo intelectual² en persecución de una verdad, de una reacción verdadera, de una solución, y en forma de atención externa o interna (observación o meditación).

2^o Trabajo muscular en persecución de una modificación de lo que nos rodea.

¹ Para que un hombre se levante una mañana con ganas de caminar 30 cuadras y pensar sesenta minutos consecutivos sin necesidad de llegar a ningún punto ni de resolver ninguna dificultad urgente, es necesario, según mis computaciones, que haya sufrido durante 6 u 8 años la calamidad del trabajo obligado.

² Llamamos intelectual a toda actividad de las *imágenes*; sabemos que la psiquis sólo reviste dos variedades: imagen y afección. Juicio, raciocinio, creencia, voluntad, no son "simples" psíquicos, sino combinaciones de aquellos dos.

Uno y otro actúan unidos con frecuencia y pueden ser de acción o de inhibición. Nuestra opinión es que el mecanismo es positivo tanto en uno como en otro caso y que reclama igual gasto fisiológico el reprimir un movimiento a que se tiende actualmente como el ejecutarlo.

3^o Actividad muscular e intelectual tendiente a inhibir o evocar una emoción, igualmente positiva aquélla en ambos casos.

Para inhibir una emoción el mecanismo de imágenes y de músculos actúa exactamente como si se tratara de evocar la emoción opuesta a aquélla. El gasto fisiológico es, por tanto, igual.

Téngase presente que hablamos de evocar o inhibir actualmente una emoción, no de prevenir un estado emocional que pueda producirse en el futuro o fomentar de antemano su aparición, lo que es posible propiciar por medios directos, como la evocación o inhibición descritas, o indirectos, de los que se tratará.

Cuando cualquiera de estas formas de acción se ejercitan con sufrimiento inmediato, estamos en el caso del esfuerzo.

Todo esfuerzo deja un *crecimiento* muscular o intelectual, la semilla de lo que se suele llamar un hábito, una tendencia a la acción; psicológicamente, deseo de la misma acción, que antes fue dolorosa y ahora es una fuente de placer.

Cuando decimos que la inhibición es tan activa o positiva como la acción, no implicamos que toda inmovilidad sea activa; la inmovilidad de la fatiga o de la pereza, de la náusea de actividad o de la ausencia de actividad no comporta inhibición alguna actual, naturalmente.

Tenemos, entonces, que la acción, el hombre como acción puede tender: a la adquisición muscular, a la intelectual¹ (acumulación y conservación de imágenes por la atención externa o interna), a la estimulación o disminución de determinados estados emocionales.

Detengámonos un momento en la Emoción.

Emoción es cualquiera de los estados que preceden, acompañan o siguen al deseo, pero cuya aparición no supone desecho algu-

¹ Con fines científicos o artísticos, es lo mismo; siempre es enriquecimiento del capital de imágenes.

EDICIÓN CRÍTICA
SEGUNDA EDICIÓN
CON LA NUEVA INTRODUCCIÓN
DE MATEO CARRASQUELO - ASESOR DE OBRA

EDITORIA
A+B
A+B
EDICIÓN
ARCHIVOS
25

no previo, sino que es causada por imágenes (incluyendo sensaciones y percepciones).

Vale decir que los estados del deseo pueden ser lo que se llamaría recuerdos de estados del deseo¹; estados del deseo causados por estados intelectuales.

DIARIO DE VIDA E IDEAS

3. DIARIO DE VIDA E IDEAS

El caso de la memoria afectiva, el caso de un sujeto que vive en la memoria cada vez que percibe algo, es un caso de memoria afectiva y moral (a lo que todo esto, como ya se ha dicho, se refiere, es a la memoria moral, a la memoria que se refiere a los estados, pero que forma la memoria moral, a la memoria que se refiere a los estados).

1. En el caso de la memoria afectiva, el caso de un sujeto que vive en la memoria cada vez que percibe algo, es un caso de memoria afectiva y moral (a lo que todo esto, como ya se ha dicho, se refiere, es a la memoria moral, a la memoria que se refiere a los estados, pero que forma la memoria moral, a la memoria que se refiere a los estados).

¹ Aquí se suscita el problema de si existe algo que pueda llamarse propiamente memoria afectiva; la solución dependería de la de otro problema: el de fijar la verdadera naturaleza de la memoria intelectual, pues creo que hay problema en ambos casos.

MACDONALD FERNANDEZ

DIARIO DE VIDA E IDEAS

Es como titularía la que se conoce por el nombre de "Autobiografía" de Spencer, el libro de mi mayor deleite, pues en ella se historia cada gran concepción alcanzada por aquella bellísima naturaleza mental y moral (a la que faltó sólo, como faltó siempre a todo inglés¹, la sollicitación metafísica, casi exclusiva de los alemanes, para que fuera la más potente realización de inteli-

¹ Berkeley inclusive cuyo juego de realidad y apariencia no fue más que un curiosismo de inglés que puede pasar del materialismo al espiritismo sin pérdida mental, diremos, sin rubor ni vahido no sólo sin soltar la pared de la Física sino aun, y por cierta perversión, esperando ver *materializada* el *alma* del amigo. Pues los ingleses son espiritistas porque echan de menos a los amigos. La amistad es el afecto de los ingleses, como la soledad y religiosidad majestuoso rasgo de españoles, la conyugalidad y terrenalidad de los franceses, únicos que estuvieron siempre seguros de no haber más mundo que éste, siendo más aun que físicos terrenalistas; el sentido de Humanidad, el de jerarquismo o gubernismo y la certeza metafísica de los alemanes; el de trabajo y pasión de los italianos que hacen trabajar y apasionarse hasta a sus asuntos. Arriesgado a tanto inseguro decir ¿qué sé decir de los argentinos? La argentinidad es hoy el caso de mayor felicidad de tipo humano nacional. Las características ibéricas vienen acentuándose (lo que garante la perduración de la actitud de "grandeza-individual", camino más cierto, y menos expuesto a uso de crueldad, del bien universal que el humanismo organizante de los alemanes) sin la solitariedad y con la religiosidad pura y segura como ninguna de los españoles pero más amorosa que respetuosa, mejor por tanto como es nuestro hogar. Concluyo que esta Nación Argentina es el grupo nacional con más feliz aptitud para desnacionalizar a la humanidad si pudiera suceder, y por acción de cordialidad. Para lo cual deberá previamente presentar en su seno el ejemplo de la gran paz: la paz Trabajo-Capital en la que hay todavía que gastar mucha buena justicia.

gencia humana, embellecida por el más delicado sentido de responsabilidad, honradez y soberbia independencia) al par de la marcha terrenal de su vivir.

El libro del saber propio y ajeno de un individuo podría llamarse éste, pues poco se hablará de mi vida, y seré muy severo conmigo mismo en cuanto afirme como saber de cierto. Incapaz de realizar uno siquiera de esos, todos perfectos, libros de Spencer, ese claro saber, sencilla y orgánica exposición, medidísima ironía, honradez de afirmación (la más preciosa y rara cualidad en libros) y proponiéndome sólo defender de algunos males a mis hijos si toman el camino de los libros (y a los jóvenes u hombres acercados a los libros y por ello más expuestos a errores y dolores que los que por su suerte sólo prestan fe al saber de sus padres y hermanos) y si no logro acompañarles muchos años en la vida como para dejarlos enseñados hondamente en el uso prudentísimo de libros.

Mucho afán tuve siempre por escribir; no obstante es éste mi primer libro, que empiezo en abril de 1918, a los 44 años, y que he empezado muchas veces habiendo extraviado o desaprobado los originales. Quizá éste habrá que extraviarlo también, pues va mal por ahora.

Las autobiografías de Goethe y Spencer son quizá causa de que llegue a escribir; éstas, con Emerson y Bacon, el más grande literato-pensador, me vuelven siempre a la mente la idea del beneficio, para el pobre intelectual, del libro de inmensa compañía que el pobre intelectual tanto necesita después de haberse perdido en el terrible griterío de la inacabable literatura universal tan plagada de falsa afirmación, jactancia, sobreafirmación, segunda intención, tonta coquetería de sentimiento y posesión de verdad y, lo menos malo, error.

El colmo de ese producto ficticio y aberrante que se llama libro es todo Rousseau, el que abandonó sus hijos para escribir sobre educación del niño y dedicó su obra a las madres, que nunca abandonan sus hijos y que siempre supieron mucho más que él sobre la obtención del bien para los niños y cuyos errores, no pequeños es cierto, provienen quizá de filtraciones de las pedagogías de libros y maestros y periódicos que anarquizan su natural seguridad de observación y pensar. No me explico

de otro modo cómo llegó una vez la madre a llamar médico para la indigestión de su hijo y no llama a un sabio de universidad para consultarle la preparación de la sopa y el puchero que hace digerir perfectamente a su hijo. Pues una indigestión infantil es tan clara y sencilla para la madre como la composición y cocción del puchero. Más fuerte es todavía que un hombre de Universidad se decida a dejarse consultar por madres en el caso.

En Buenos Aires sucedió ha poco que un médico cayó grave: varios médicos amigos llegaron a reconocer que no se podía hacer nada. Entonces dos señoras que lo estimaban mucho lo tomaron por su cuenta y determinadamente usaron con él un fuertísimo lavaje de aceite. El médico vivió y vive. El caso es que yo no creo tampoco en el lavaje y más adelante tendré mis apuros para salvar mi negación radical de la Terapéutica entre mi admiración por Spencer y por el instinto de salud de las mujeres, que prestan fe a la Terapéutica en cierta medida.

(Desaprobado. ¡Qué dicente y coqueta actitud de autor!)

Percibo que he empezado mal este libro, con estilo pobre, inferior a aquel de que dispongo cualquier mañana para desearle los buenos días al vecino. Pero no abandono ni rehago: si no veo crecer este manuscrito pronto me desanimaré por otro largo intervalo. ¿Largo intervalo? Ya no me resta ninguno.

Los libros de exposición orgánica acerca de un tópico preciso, se leen muy poco salvo por catedráticos de la especialidad o ventados para contar que han leído libros. Yo tomo en cualquier momento a Emerson, a Nietzsche, a Bacon, a Coleridge, pero necesito hallarme muy vigoroso para dedicar cuatro horas a "Cuádruple Raíz" de Schopenhauer, a "Psicología" de Spencer o James. Casi nadie los ha leído plenamente, salvo catedráticos. Así resulta que esfuerzos tan valiosos no se aprovechan; en cambio las sinopsis de sus teorías que Spencer intercala en su "Autobiografía" son gratamente abocadas y salvarán del desconocimiento general a sus grandes pensamientos, como ocurre con Bacon por sus pequeños ensayos.

Es gran fatiga leer un libro sistematizado y definitivo: lo prueba que no hay quizá entre los millones de la literatura universal dos docenas del libro perfecto.

Me admiro más aun de que haya buenos libros de arte: no sé cómo alguien puede leer y alguien puede escribir una novela de Balzac o de Dickens, tan perfectas.

Yo sólo puedo leer con nunca cansado deleite a Walter Scott y dudo mucho de los que afirman leer a Balzac o a Dickens o a Tackeray. En la niñez se leen los personajes de estos libros, no el libro. Después no se torna a leerlos y creo que con razón. En poesía yo sólo puedo leer y releer siempre a Leconte de Lisle; algún pasaje de Estanislao del Campo, de Poe y de Campoamor a quien se atribuye un verso que creo que es el mejor que se ha escrito y que recuerdo *mal* así:

Quando te veo a mi lado
Prestándome aún de tu amor
Creo que es que Dios ha echado
Sobre mi tumba una flor¹.

Del Campo se le puede igualar con "Empapar en llanto el pelo, del hijo que Ud. le deja", "Creía Margarita..." y otros momentos de tiernísimo giro. Es verdad que Del Campo es por mucho superior a todo el gentío de poetas producidos por América, y él es prenda de mi certeza de que el tipo nacional argentino es superior al yanki porque poesía es alegría, vida cantada, y el funebrismo de Poe lo niega poeta. Es grande el yanki en Emerson y en Mark Twain (más como hombre todavía que como literato). Pero Emerson y Twain tenían a quien seguir o parecerse; Del Campo y Lisle me parece que no.

Es genialísimo Dante en su trágico rigor, religiosidad y moralismo, y es grácil y delicioso Byron beneficiando al mundo con contundir y aventar y batir a plumero tanta tonta tesura y flojera humana sin que nadie advierta que se propusiera hacerlo

¹ Al margen de la cuarteta de Campoamor y sin referencia aparente en el texto consta en el manuscrito esta otra:

Mi madre fue lo que soy.
Yo soy la que tantas son.
Qué triste herencia te doy
Hija de mi corazón.

(como se huele pronto en Balzac, Dickens, Zola). La literatura universal sólo soltó a hacer el bien de su genuina juventud por el mundo a dos jóvenes de verdad: Don Juan y Quintin Durward (todo Scott es un joven pero un joven de un solo amor y puesto en gran seriedad por éste: es a propósito para sostén de almas jóvenes, pero Byron Apolo Desnudo y milagrosamente investible y forzosamente mirable transitando inatajable una tarde por Avenida Mayo, haciendo seguramente tanto bien como escándalo o haciendo el bien del escándalo sencillamente. Hay casi varios jóvenes en "Los Tres Mosqueteros" (obra casi maestra y cuyo Athos anda por lo sublime, aunque no gane yo con decirlo) y creo que la desaparición de unas cuantas Universidades y Bibliotecas, Bancos o Palacios de Justicia, Recintos Electorales, Oficinas de Obligatoria Vacunación y Obligatoria Instrucción y Obligatoria Sufragio (se echa de menos oficinas de obligatoria seriedad), sería de menos perjuicio que la de algunos capítulos de "Los Tres Mosqueteros".

Algún día se admitirá también (ese día en cambio comenzará algún otro fetichismo o convenido endiosamiento) que ese Julio Verne de quien tanto se siente deudor el joven pero que el joven no encuentra ya en la Universidad, era un tejedor de horas de adolescencia con manos tan llenas de bien como vacías y frías las de doscientos famosos literatos de las antologías. Petrarca a veces, Leopardi, Quevedo serio (es horrible), Zola, France, Maeterlink, Fouillé, qué gente terriblemente de oficio.

Bacon y Macaulay me parecen los dos mejores escritores de todo tiempo, éste último tan honrado como fácil, sin sabor alguno de literatura de profesión. Cuando la aristocracia inglesa era feliz (no dudaba de reinar eternamente y con justo derecho y adecuada responsabilidad sin sospechar que autoridad y propiedad ardían cuestionados en muchos espíritus y pueblos) adivino que fue el inglés más feliz e inteligente, que no obstante una y otra condición, escribió libros y no se dañó.

Grato me es beber la palabra honesta y bella de Reclus en su permanente y sereno descontento de la iniquidad social. La soberbia ironía y transparencia del genio de la claridad en metafísica Schopenhauer —a veces concienzudamente engañador— lo coloca

O. Benavente
 AS DE LA NOVELA
 EN ESPAÑA

EMERSON CRÍTICA
 Academia de Letras
 Nueva María Caraballeda - Adolfo de Chiriac

EDITORIA

Alfa

COLECCIÓN
 CLÁSICOS

también por fuerza de pensamiento y libertad de carácter a par con Spencer.

También debo ideas a Lombroso, Darwin, Tarde, Emerson, Thoreau, Quetelet, Comte, Stuart Mill, William James, Marx, Lamarck, Jean Marie Guyau. Dos ideas preciosas tiene el médico yanqui William James: la absolutamente propia de la teoría de la Emoción (simultánea se dice con la de Lange) y la importantísima de pragmatismo que quizá arrancó en aquello de "creer que se cree", de Spencer, idea que se decide mejor en James.

Debo recordar a Erasmo Darwin de quien recibí en juventud leyendo un libro de edición económica italiana "L'Instinto", una de las más vivas impresiones de encontrar una idea en libro: la idea del asociacionismo. De Thoreau y de Edward Carpenter hubo la idea mística, y de Carpenter además la idea crítica de la civilización, que es la idea madre de Rousseau también. De Schopenhauer la concepción perfecta de la metafísica, la estricta metafísica que no es ni filosofía ni mística. De Herbart la idea de la apercepción y la del interés. Con la apercepción de Herbart, la "pseudo concepción", "creer creer" de Spencer, se llega al pragmatismo de W. James. El asociacionismo de los escoceses, el utilitarismo de Stuart Mill y la teoría de la moral de Spencer son ideas madres.

Ya que de ideas hablo diré que el modelo de la no-idea es la pseudo idea de las ideas-fuerzas de Fouillé.

Es poderosa idea la del estoicismo de Epicteto, que es pura y simplemente la teoría del valor y de la felicidad por el valor.

De Linneo, Buffon, Humboldt, Lyell, Marx, Kant, Hegel, Renouvier, Bentham, casi nada he leído, y seguro estoy de que hallaría en ellos ricas sugerencias. En Matemáticas sólo he sido fuertemente impresionado por los estudios de Bernouilli (J) acerca de los grandes números. En cambio leí veinte veces a Goethe, Schopenhauer y Spencer.

Queda manifiesto que un hombre tan ansioso de conocer lo expuesto por otro no ha leído la mitad de lo poco bueno que se escribió. Deliciosa fue para mí la "Jerusalem Libertada", y la "Secchia Rapita", joya de humorismo que no creo tenga igual. Es también poderosa idea la de Swedenborg.

Yo nací para defenderme por el saber y de ello me hice consciente hacia los 18 años cuando comenzó mi dolor de juventud. Entonces ardiente, desesperadamente, busqué defensas en el saber de los otros y las que más fuertes encontré fueron la de defensa de la salud por el pilotaje de la sensación (encontrada en esa joya de saber, la "Educación", de Spencer), y la idea de defensa u obtención de la felicidad por el valor en Epicteto. De esto diré que era lo contrario de lo que buscaba. Yo buscaba defenderme por el saber y Epicteto enseñaba a defenderse por el valor, pero además de darme algún sostén de detalle en mis dolores, me sugirió la idea del mecanismo del valor, tópico en mis dolores, tener una adquisición propia, y acerca del cual se ha escrito casi nada, excepto por un psicólogo, Spelling, al cual me acerco mucho, entendiendo que mi concepción es más perfecta.

Sigo en desorden para no correr riesgo de ciertos olvidos en que no quisiera incurrir. En un libro como éste que para el lector se definirá poco a poco como el libro del saber de un intelectual y de sus sensaciones y experiencias de saber, como el libro de un hombre que no tuvo ni tendrá más defensas que las de un intelectual" (ni siquiera las de un inteligente, que sería mucho mejor, pues intelectuación es degeneración y empobrecimiento de intelección [qué Unamuno estoy]¹). Este libro mío entrará en orden alguna vez, pero tal como es alguien le tomará cariño, si sintió como yo en la orfandad del intelectual el ansia del libro-almohada, del libro sin fin en que se exhibe todo un pobre intelectual que trata de salvar a otro pobre intelectual y que tiene algo que decirle para cada momento.

Querría enumerar mis grandes sensaciones de saber: son tres: la "palanca", la "renta" y la ley de los "grandes números". Son mis tres misterios de cualquier día; cotidianos. Spencer tuvo uno: el de no sé qué tangente o espiral. El misterio de la "renta" me parece que lo ha tocado también a Justo. Para mí la realidad total no es misterio y lo son estos tres que digo. Tuve también

¹ ¿Por qué retornó Unamuno de Mallorca a Salamanca sino porque es un intelectual, no un inteligente? ¿Suicidarse en una Biblioteca en lugar de renacer en las selvas y sol de Mallorca! Lo compadezco como él a sí mismo.

una sola vez una bella extraordinaria sensación metafísica. Cierta noche escribiendo, desde las 9 a las 2 de la mañana, hubo en mí inmovilidad del tiempo *durante* unas tres horas por lo menos. ¿Cómo expresarlo sin contradicción de palabras? Me atreveré alguna vez a decirlo con palabras sin contradicción. Detención del tiempo o mejor dicho no-tiempo en un caso individual es más novedad que la acción mental a distancia muy concebible para mí. Para mí la Realidad es clarísima como lo es para toda mente nacida con vocación metafísica.

Hablé de ideas obtenidas por otras mentes; de mis mejores libros de saber o arte leídos; de mis sensaciones del saber experimentadas que son tres y de mi caso de excepcionarme personalmente a una estructura primaria del Ser o Realidad: mi no-tiempo que *duró* tres horas. Fáltame indicar, por ahora, cuáles son mis adquisiciones personales de ideas. Son éstas: negación de la Terapéutica; admisión de la concepción Rousseau-Reclus-Carpenter de la Civilización como estado de transición y quizá de enfermedad y no como un estado desideratum con el agregado de aportar mi definición personal de la Civilización.

La Civilización es el repudio de la Naturaleza por el Hombre y su proceso es el de la extirpación voluntaria por el hombre de sus órganos que sustituye y se complace en sustituir por instrumentos. Es la guerra del implemento contra el órgano, el esfuerzo del hombre por llegar a ser abiológico. ¿Cómo el hombre sintió rubor o afrenta por su biologismo y cuál es la actitud de la mujer ante esta batalla del hombre por vivir sólo de las creaciones (instrumentos) de su Inteligencia?

Paréceme que para la mujer tan accidente es la Naturaleza como la Civilización. Curiosísima es su actitud; dispuesto estoy a creer que aun Dios y la Religión son para ella accidentes. La mujer es, si hombre alguno la entiende, pura facultad de vivir, una terriblemente segura facultad de vivir, función de vivir sin siquiera instintos, ni necesidad de inteligencia, mucho menos intelectualidad, sin posibilidad de error o pecado, sin que necesite ni le estorben Dios, Naturaleza, Civilización, Ciudad, Propiedad, Gobierno (el Gobierno es uno de los implementos de que hablo, destinado a sustituir a la simpatía y actividad natural del hombre).

Mi teoría de la sensación en cuanto le niego especificidad intrínseca.

Mi teoría psicológica del "valor", que descubro como un mecanismo de la conciencia o de nuestro conjunto psicofisiológico para impedir el ingreso a la conciencia de una sensación de dolor por medio de una contracción vasta de todo el sistema muscular, que ocupa toda la conciencia con sensaciones de esa contracción muscular y excluye a la de dolor. En Ribot y en Spelling hallé principios de la misma concepción. No poseo aún en perfección mi teoría pero al dedicarle su capítulo espero deslindarla cumplidamente. Creo que es muy útil al joven y al hombre tener una concepción precisa del mecanismo del valor. El procedimiento para *soportar* un dolor es sólo un procedimiento para no sentirlo y por eso suelo decir que sólo hay dolor en el trabajo: el valiente, bajo un dolor, siente sólo la fatiga del esfuerzo que hace para no sentir dicho dolor. La teoría es difícil y al principio se me presentó el valor: como un mecanismo de inhibición de la emoción miedo, por lo que podía decirse, prestándose a fácil chanza, que consiste el valor en no sentir miedo. Hablo del verdadero valor, del psicológico, pues el valor de combate o llamado valor personal es meramente la cólera a base de indignación. El llamado valor personal es la medida precisa del sentimiento de la justicia que asiste al sujeto: procede a base de *emoción* muy opuestamente al valor psicológico que procede a base de trabajo o esfuerzo, con exclusión necesaria de toda emoción actual.

Casi todos los filósofos en medio de sus generalizaciones o para aplicarlas han sido seducidos por el problema de la risa y el de la belleza, el de lo sublime y el de lo trágico. Me extraña que el problema del valor no les haya sido incitante.

Se va a encontrar muy caprichoso lo que voy a decir. Hay un signo físico de la capacidad de valor y es el mismo que el de la fuerza de la inteligencia: es la medida de la contractilidad de las cejas. El hombre que puede contraer mucho sus cejas o es valiente o es inteligente, pero si es lo uno no puede ser lo otro. Podrá tener mucho valor de pelea (que no es valor sino cólera) pero no valor psicológico o sea agilidad para excluir de la conciencia una sensación de dolor.

EL LIBRO PARA SÍ MISMO

Un joven que lee quisiera que el autor le dijese varias cosas, por ejemplo:

1º Qué piensa el autor de la Vida, mirada desde el punto de vista hedónico o eudemónico, es decir, del goce y el sufrimiento. Contesto brevemente: que es indecible lo que se sufre en ella; que no siempre vale la pena de ser vivida y con mucha frecuencia no es peor ni mejor que no vivir, en fin, que para algunos suele darse un saldo algo apreciable del placer sobre el dolor en el conjunto de la existencia, saldo nunca muy considerable y que no dimana del carácter, del talento, de la salud, de la riqueza, etcétera, sino del hecho accidental de que la vida termine en momento oportuno, es decir, cuando se ha disfrutado algún período grato de cierta duración o intensidad y no cuando, habiendo sufrido largos años en alguno de los períodos malos que se presentan en la existencia a cualquier edad, se muere en el momento en que el matiz de la vida empezaba a cambiar, pues el dolor es la semilla del placer y el que ha sufrido mucho tiene asegurado mucho bienestar futuro, cualquiera que sea su temperamento o circunstancias.

Con todo, algo se puede hacer para mejorar el aspecto eudemónico de la existencia.

2º Qué piensa el autor de los libros. Que algunos estimulan el esfuerzo y alientan, otros expresan y suscitan sentimientos, otros aportan información y aclaran la percepción de las relaciones especulativas o de las prácticas, pero que no se debe leer sino lo más selecto, aquellas obras en que las mejores cabezas han enunciado sus mejores ideas en el orden más lógico y con los términos más adecuados, como dice Emerson; y que el esfuerzo intelectual propio, la meditación y la observación personal son más fecundos que cualquier lectura, si bien son difíciles a

nuestra pereza. Que lo que dan los libros es muy poco como instrucción (como placer inmediato es mayor su eficacia) pues es necesario ya haber pensado, atendido mucho y acumulado abundante experiencia para entender sus frases y el sentido variable de las mismas palabras comunes que emplean, y comprender sus orientaciones dominantes. Esto aparte de que la vanidad, la precipitación, la obcecación no dejan de aparecer en libro alguno.

Quedaremos, pues, en que algún beneficio puede extraerse de lo mejor que se ha escrito. ¿Qué es lo mejor que se ha escrito? Lo que ha sobrevivido mucho y lo que es recomendado por diez o veinte de los pensadores más indiscutibles. Goethe encarece a Shakespeare y a Sterne; Emerson a Platón, a Montaigne y a Goethe; Schopenhauer a Kant, a Hume; Montaigne a Plutarco, etcétera. La lectura de Francis Bacon es de las más sustanciales, ricas y penetrantes.

Creo que Schopenhauer aconseja una lectura seguida de toda la obra para familiarizarse con la terminología o, mejor dicho, el idioma del autor y el sentido de sus afirmaciones, que no puede dominarse sino cuando se ha leído esa misma afirmación formulada muchas veces en diferentes momentos del libro. Después deben realizarse las lecturas lentas y laboriosas en las que no se pasa a un capítulo sin haber dominado el precedente. Pretender comprender desde el principio es excesivo e imposible esfuerzo.

3º El joven desearía saber qué piensa el autor sobre cada uno de los libros y autores que le han parecido extravagantes, caprichosos, absurdos, ininteligibles y hasta pueriles, aunque famosos.

Ciertas puerilidades de Pascal, lamentaciones tontas de Leopardi con respecto a la humanidad, singularidades de Carlyle, páginas extrañas de Rousseau, observaciones exactas pero a veces vulgares y aburridamente repetidas de La Rochefoucauld, vaguedades interminables de Nietzsche que no acaba nunca de decir alguna cosa, no obstante sus grandes lucideces y el encanto insuperable de sus líneas, ciertas exposiciones de Hegel o de Schelling que parecen deliberadamente ininteligibles y vacías, llenan de perplejidades al lector y le hacen sustraer su confianza a las enunciaciones de los pensadores.

Edición de Fernando Sánchez

EDICIÓN CRÍTICA
SOPORTE EDITORIAL
SANTO MARÍA CATEDRÁTICA - ADRIANO DE OLIVERA

EDITORIA

América

COLECCIÓN
ARCHIVOS

Hay amor propio, a veces, en reiterar afirmaciones que el mismo autor ya no encuentra verdaderas, precipitación y desprecipitación en otros momentos, error muchas veces sincero, mentira deliberada y para servir a ciertos propósitos personales y pasajeros del autor, desequilibrio mental o desfallecimiento intelectual, otras. Además, ningún gran pensador se abstiene de continuar escribiendo en la vejez y cuando ha perdido todo vigor real de pensamiento, unas veces por necesidad de medios de subsistencia, pero casi siempre por excesiva confianza en sí mismo y por el hábito y placer de escribir y pensar.

Por eso no deben leerse los grandes autores sino los grandes libros, que se recomiendan, de esos autores. Darwin, es una de las más excelentes lecturas; Coleridge, de las más sinceras y espontáneas; Spencer de las más imponentes. Se debe leer a Carlos Marx, como a Maquiavelo, como a Swedenborg, a Voltaire, a Thoreau, a Büchner, a Bruno, todo lo universalmente celebrado, en los originales y no en resúmenes hechos por otros, y tomando nota de las afirmaciones e indicaciones principales. También en el detalle de esas grandes obras se atesora abundante instrucción.

4º Con respecto al hombre, al "individuo", a las personas con quienes tenemos que habérmolas en el mundo, la noción práctica que se debe tener es ésta: cada individuo es, en el conjunto de sus eficacias o poderes, muy poca cosa, lleno de debilidades, de impotencia, de errores y perplejidades, lo mismo los grandes hombres que el vulgo, pero en la especialidad que ha cultivado entre sus poderes, es fuerte y temible. El hombre que ha cultivado con preferencia la habilidad comercial, el disimulo, el valor personal, la serenidad, el músculo, la ciencia, etc., es en este terreno, un ser temible y difícil de vencer, aunque fuera de ahí sea siempre el juguete de las circunstancias.

5º El problema del Dinero, hasta qué punto es útil y necesario, y cómo se le obtiene, es preocupación grande en los jóvenes intelectuales que se sienten, en esta materia, casi siempre desvalidos y no comprenden... (falta continuación).

No sé hasta qué punto podrán las presentes líneas servir para otra persona que el autor; para persuadir a otros preciso es repe-

tir y explicar mucho y yo por ahora deseo adelantar en Esfuerzo y en Conocimiento, en las dos Metafísicas, o los dos Imposibles: el Perfecto Esfuerzo y la Perfecta Visión. Tengo que ahorrarme explanaciones pues ante todo me interesa la solución de los dos que provisoriamente llamo Imposibles.

Como lo ignoro todo aun no me siento nada benévolo: y mi malhumor se empeora con el temor o sospecha de que quizá jamás conquiste la Solución, ya porque haya problemas insolubles o porque yo al menos no lo logre.

Los grandes libros, Kant o Schopenhauer, obras de mil o dos mil páginas, son repeticiones infinitas de dos o tres afirmaciones y demostraciones, que cabrían en cinco páginas; ello es indispensable para que el lector domine el vocabulario y acepciones del autor porque las palabras carecen de toda fijeza de significación; la palabra sensibilidad tiene mil acepciones aproximadas pero diferentes siempre según que la emplee Platón, Aristóteles, Leibnitz, Hume, Kant, Schopenhauer, Herbart, Lotze, Mill, Spencer, Berkeley, etc., etc., y toda la tarea de un libro es absorbida casi por el trabajo de tasar convencionalmente el sentido de ciertas palabras, entre autor y lector. Por eso un gran libro es una incansante repetición. Después de fijadas las acepciones verbales, toda una Metafísica, toda la teoría de un pensador puede transmitirse en cinco páginas. Del mismo modo todas las obras de Chopin, Beethoven o Wagner son la enunciación repetida de ocho o diez ideas artísticas a lo sumo.

Estas páginas no pueden ofrecer ese carácter porque no he llegado a dominar ningún problema.

En mis correrías por el mundo impreso cuando he solicitado consuelo, esperanza, instrucción pronta o remedio o alivio inmediato para un malestar, dificultad o preocupación de ese momento, he echado de menos la existencia de un libro que equivaliera a una larga, interminable conversación con un amigo inteligente observador y que estuviera en la plenitud de su vigor intelectual y experiencia.

Una conversación que no eludiera las repeticiones y la pobreza de estilo ni esquivara la confesión de flaquezas, de miserias y

de escepticismos de parte del autor, pero especialmente un libro que tuviera la peculiaridad de ser interminable.

El joven, el hombre que acude a un libro porque sufre y ansía ser alentado, o instruido en recursos prontos y sencillos para amornar (no aspiro a curar sino sólo a suavizar y facilitar) males o busca que le sean recordadas o formuladas algunas ideas e impresiones de la vida apta para robustecerlo en sus decisiones y en su resignación, el hombre que sufre dispone de muy pocas energías para una lectura intensa, ordenada y penetrante.

Si el autor clasifica sus ideas en un orden estricto, si no repite sus afirmaciones y las enuncia de diferentes maneras, sino que desarrolla su exposición como una demostración geométrica en que la menor distracción obliga a reconstituir todo el pensamiento, nosotros dejamos al libro en la primer página y esperamos un momento de plena energía intelectual para volver a él, lo que ocurre muy pocas veces al año y aun en todo el curso de nuestra preocupada y frágil carrera.

Debe saber el lector que ni Kant, ni Spencer, ni Coleridge, ni persona alguna han sido individuos en quienes el poder de atención y meditación pudiera prodigarse. El trabajo miscelánico de la vida real en ellos como en todos deja muy pocas energías a emplearse en intensos y continuados esfuerzos de atención, y, además, en ellos como en todos, la vida tiene largos períodos durante los cuales se sufre por fatiga de existencia, por "vida enferma", períodos que duran años y en los que casi se eclipsa el vigor intelectual o el muscular, en el caso de un atleta. Por eso Napoleón perdió tantas batallas como las ganadas, por eso todos los escritores geniales tienen tantos capítulos y aun obras sencillamente inservibles (lo que no parece porque son destruidas u olvidadas) y por ello se observa constantemente que un Edison o un Mascagni repentinamente se eclipsan y diez o doce años después vuelven a ocupar la atención universal con nuevos inventos u obras.

Computado, pues, así el término medio de poder atencional de una vida privilegiada quizá puede asegurarse que nadie es capaz, reuniendo en una cifra sola todos los minutos e intervalos de atención continua, de más de una hora de meditación o investigación diaria.

Hay otra figura literaria de la humanidad que parece también un justifico genial, además de genio artístico. Es Dante. Pero no me entrego a esta impresión porque no fio en entender bien escrituras algo antiguas. El valor de las voces y giros y las acepciones circunstanciales, es de ilusoria interpretación. Me parece temerario fiar en entender el lenguaje de Hipócrates, Platón, Galeno, Petrarca, Dante. El hombre varía poco o nada en tres mil años pero las palabras que usó sólo hace trescientos años cambiaron muchísimo de acepción. Se trata de convencernos de que Anaxágoras o Hipócrates tenían las más infantiles y desatinadas teorías. Yo creo que Aristóteles y Spencer, si entendiéramos a perfección, como aparecemos entenderlo, el lenguaje de Aristóteles, nos parecerían contemporáneos. Así pues no porque el hombre varíe gran cosa sino porque su idiomática varía como su traje y no como su psicología y biología (casi invariable en tres o cuatro mil años) es porque creo que sea tiempo perdido (con riesgo de mucho error) leer a Homero, o a autores que escriben en un idioma en formación como se dice del italiano de Petrarca y Dante.

El afán de creer en un rápido constante progreso que nace de la vanidad y anhelo de creer que nosotros, los que vivimos "hoy", nos hemos distanciado mucho de los griegos o egipcios, que el Presente es de más calidad que el Pasado, nos hace caer en el ridículo de traducir con sentido infantil las palabras de un Pitágoras que se dice entendía que los números regían el cosmos. Probablemente quiso decir o dijo lo que se dice hoy buenamente que la condición numérica es universal. Se dice que un niño de escuela hoy sabe más que Anaximandro. Es tontería. En tiempos de Aristóteles existían rateros especializados como hoy en apoderarse de los trajes dejados en la ribera por los bañistas, lo que indica un grado de relajamiento social igual al que hoy conocemos. Debemos figurarnos que las relaciones de vecindad, una tertulia social, una algarabía demagógica, eran hace cinco mil años en Babilonia por el estilo de las nuestras. No hay que hacer tanto ruido con el microscopio, las locomotoras, el fonógrafo. Ellos no revelan intensificación de la inteligencia sino cambio de gustos, la adoración de las maquinillas que hoy tenemos con pérdida, en compensación, de otras aptitudes. Yo creo que un hombre de

la naturaleza ve tanto con sus propios ojos como un hombre de la civilización con su microscopio y telescopio. Para saber si un pescado está corrompido o un vaso de leche tiene agua añadida, a un hombre de la naturaleza le basta con mirarlos, a un hombre de la civilización le es menester una maquineta.

Pero aparte de ello creo que la civilización de Babilonia y la de Buenos Aires no deben ofrecer perceptible diferencia de grado. Lo prueba el género de hurto aludido en Aristóteles, tipo bajo de delincuencia, alevé y misera, indicio de profunda descomposición, disconformismo social. Todo ello siempre que traduzcamos e interpretemos exactamente el texto de Aristóteles.

La pólvora, la brújula, la imprenta, la mentira periodística, política y profesional, la iniquidad social, la protesta y disconformismo en la convivencia, el *capital* inmoral y el *trabajo* impuro y forcejeante, serían la vida babilónica como la portefaña. Había tanta civilización como hoy, horridez del delito y ciertas perversiones y grandezas morales también algo alocadas como sus abyecciones.

No es que la civilización sea una enfermedad, quizá (Carpenter), aunque no es un desideratum quizá, sino que está enferma quizá en ciertos momentos y naciones. Estos "quizá" son mi confesión de que no estoy seguro de ninguna de las tres afirmaciones.

SINOPSIS

El contenido de este libro puede concisamente enunciarse así: El pesimismo y el optimismo son errores. En una primera impresión la vida y el mundo no ofrecen nada fijo que pueda hacer inherente a la existencia mayor goce que sufrimiento o viceversa. Las probabilidades, en su vasto número, pueden reputarse

iguales, y la Inteligencia o la acción personal, siendo meros eslabones del determinismo universal, pueden a primera vista considerarse tan despojados de eficacia causal como otro cualquier hecho o fenómeno de la realidad. Es decir, son causas eficaces pero también son efectos esclavos.

Con todo la Inteligencia o la Acción pueden posesionarse de "verdades" y de "cosas", y entre esas verdades, la observación favorecida por las circunstancias puede hallar alguna tan útil (es decir cuya aplicación proporcione con poco esfuerzo mucho beneficio) que tenga la virtud de inclinar la existencia hacia el bienestar aunque sea de una manera poco considerable.

Dada la complicación de las cosas, la fragilidad del pensamiento y la dificultad de establecer y mantener la soberanía de la inteligencia sobre la conducta, el resultado con el sentido de hacer la existencia más buena que mala será siempre muy limitado. Sin embargo, cualquier método que asegurara en el conjunto de la existencia unos cuantos días más de bienestar que los de infortunio, haría la vida deseable.

ALABUENIA

4. PARA UNA TEORÍA DEL ESTADO

Como se ha visto en el curso de la investigación, el tema de la política se vuelve en este caso una cuestión de tal índole, política, económica, ideológica, etc. El F. se ocupa de ella en todo su ámbito, en el momento que le toca, como muestra el artículo titulado "Estado y libertad" de la obra "El mismo de la novela del anti-estado", 1977, donde el autor establece un vínculo entre el tiempo y la historia de la cultura, así como la presencia de ciertos elementos paradigmáticos, como el espacio, el tiempo, el arte, el lenguaje, el poder, etc. El F. se ocupa de la política en el artículo "Estado y libertad" de la obra "El mismo de la novela del anti-estado", 1977, donde el autor establece un vínculo entre el tiempo y la historia de la cultura, así como la presencia de ciertos elementos paradigmáticos, como el espacio, el tiempo, el arte, el lenguaje, el poder, etc. El F. se ocupa de la política en el artículo "Estado y libertad" de la obra "El mismo de la novela del anti-estado", 1977, donde el autor establece un vínculo entre el tiempo y la historia de la cultura, así como la presencia de ciertos elementos paradigmáticos, como el espacio, el tiempo, el arte, el lenguaje, el poder, etc.

El autor, al abordar el tema de la política, se ocupa de la historia de la cultura, así como de la presencia de ciertos elementos paradigmáticos, como el espacio, el tiempo, el arte, el lenguaje, el poder, etc. El F. se ocupa de la política en el artículo "Estado y libertad" de la obra "El mismo de la novela del anti-estado", 1977, donde el autor establece un vínculo entre el tiempo y la historia de la cultura, así como la presencia de ciertos elementos paradigmáticos, como el espacio, el tiempo, el arte, el lenguaje, el poder, etc.

ADVERTENCIA

Como se ha dicho en general en la Introducción (tomo I), los temas de los escritos reunidos en éste, entre ellos Estado, Libertad, Política, Economía, interesaron a M. F. a lo largo de toda su vida, ni más ni menos que la Metafísica. Desde sus artículos iniciales, alrededor de los veinte años, por ejemplo "La desherencia", 1897 (tomo I), hasta anotaciones finales, se transparenta testigo y teorizador de la realidad social de su tiempo. En cuadernos, libros, cartas, opiniones periodísticas, conversaciones, aparece el desvelo por el sentido y límites del Estado. Incluso en páginas netamente humorísticas o literarias no deja de recordar su fe en la persona o libertad y su recelo de la coacción o reglamentación, su sospecha del Estado como antilibertad y anti-persona. Así, en el brindis precisamente ja Marinetti exalta la beldad civil o libertad: Individuo Máximo en Estado (Gobierno) Mínimo, y por el mismo tiempo reitera su convicción en un editorial de la "Revista Oral" y hasta en la "Carta abierta argentino-uruguaya" donde la fluencia de bromas no le impide testimoniar su antiestatismo: "... soy el único habitante que se ha impuesto la absorbente ocupación de cumplir todas las leyes dictadas cada semana, lo que me da aire tan triste y desbaratado que constituyo para los congresales un espectáculo lacerante, irrisorio, un asedio de remordimientos y malos recuerdos de tanto legislante disparatar" (1925).

El anarquismo, individualismo, socialismo o antiestatismo de M. F. requeriría un examen. En un editorial de la "Revista Oral" (1925) incluido en "Papeles de Recienvenido" (1967) confiesa, por ejemplo: "En aquel tiempo yo era socialista y ma-

PARA UNA TEORÍA DEL ESTADO

Macedonio Fernández
MUSEO DE LA LINGÜÍSTICA
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

EDICIÓN CRÍTICA
SEGUNDA EDICIÓN
ANEXO MARÍA CARRISARON - ADOLFO DE CHIERA

EDITORIA



terialista, hoy soy anarquista spenceriano y místico". También interesaría estudiar su vinculación con el nacimiento del Partido Socialista y su amistad con Juan B. Justo, a quien recuerda en "No todo es Vigilia..." y en una colaboración en la citada "Revista Oral", además de su correspondencia ("Epistolario", tomo II). Estos aspectos han sido en parte estudiados por Enrique Fernández Latour y por Dardo Cúneo¹. En cartas a Marcelo del Mazo, Roberto Bosch, Raúl Scalabrini Ortiz o Gabriel del Mazo aparecen asimismo temas políticos y económicos.

Quedaría un novelesco tema investigable: alguna vez se habría propuesto M. F. influir en la cosa política, impulsar una corriente de opinión y hasta imaginarse identificable con un Presidente de la República o un mentor presidencial. Sobre esta ¿jocosidad? aventura presidencialista, aludida alguna vez por Fernández Latour o Borges, proporcionan cierta información inédita las aludidas cartas a Marcelo del Mazo y algunos papeles reunidos en esta sección.

Se agrupan aquí escritos, en su gran mayoría inéditos (a menudo interrumpidos), con ideas politicoeconómicas en distinto estado de desarrollo y que abarcan unos treinta años (1917-1945; en general sin fecha aunque no es difícil inferirla del propio texto). Se los distribuye en tres secciones, conforme a este criterio: I) primera guerra y posguerra mundial (1917-20), con prevalencia de consideración doctrinaria teórica; II) el mismo período y el mismo pensamiento, pero con alusión visible a una acción política práctica; III) segunda guerra mundial (1938-1945).

¹ E. Fernández Latour, "Un episodio epistolar entre Juan B. Justo y Macedonio Fernández", en *La Nación*, 5-2-1956, y "Macedonio Fernández, candidato a Presidente", en *La Prensa*, 9-1-1966; D. Cúneo, *El romanticismo político y Juan B. Justo*.

I

Uno de los textos reunidos en esta sección lleva un título que explica la intención general: "Para llegar a un juicio de previsión acerca de la guerra mayor y el estado de cosas que se seguirá." A la faz prevalentemente crítica de unos papeles la complementa la doctrinaria o constructiva, a menudo entremezcladas. De este período sólo aparece publicado un artículo en "Gaceta del Foro", diario jurídico-judicial.

GUERRA MUNDIAL I

Cuando el programa de la civilización estaba casi realizado, pues sólo quedaba a cumplirse la ambición última y más genuina, la maquinación más inteligente de la civilización: en verdad, cuando ya habíamos casi alcanzado la imposibilidad fisiológica de respirar un aire no filtrado, cuando desinfectábamos el beso de nuestros hijos y era conquista próxima la necesidad de la desinfección del aire para uso de la respiración humana.

Cuando ya un gran número de nosotros lograba a veces prolongar hasta la duración de una semana sus lapsos de no visión del cielo y algunos podían contar con la deliciosa continuidad entre el techo de sus moradas y el de un pasaje subterráneo a lo largo de la ciudad de modo que la traslación del hogar a la oficina no imponía la molesta necesidad de una percepción no buscada de la techumbre celeste.

Cuando se iba a ver cómo un hombre cualquiera alcanzaba la eximia dignidad de estar en aptitud de morir rápidamente al aspirar inadvertidamente una bocanada del aire de la Tierra.

Cuando ya era justo motivo de rubor encontrarse después de la mayor edad con el apéndice o con las adenoides, o el cartilago nasal aun no extirpado por un profesor de ablaciones, un médico de conciencia.

Cuando se había observado con cuánta sabiduría traía siempre nuestro cuerpo tres o cuatro órganos para su más temprana posible extirpación médica.

Cuando no había muerte sin nombre y ya no se era ese hombre natural de tan pocas enfermedades y tan ingenuamente acer-

tado para hallarle remedio. Cuando se tenía un nombre juiciosísimo para todo malestar y un malestar diferente para toda función vital puesta en ejercicio, de modo (que) a muy poco costo toda familia se procuraba por acción del médico la posesión del nombre de la enfermedad padecida por el deudo con la anticipación precisa para una inhumación consciente.

Cuando el gobierno del mundo pasaba variadamente de manos de un periodista subvencionado a las de una esposa de ministro sindicado.

Cuando el socialismo reformista gobernaba desde treinta años en algunas naciones sin que nadie se sintiera perplejo por ver cómo la reforma gobernaba y su gobierno nada reformaba.

Cuando todo era tan satisfactorio y algún trust del pan ya había actuado gloriosamente creando en 24 (horas) el hambre para todos igualmente en una ciudad previa deliberación del directorio.

Se propone y comienza la guerra entre naciones.

Singular extravagancia: ¿acaso no podían exterminarse entre sí dentro de cada país sus habitantes, entre conocidos? Bastaba para ello dividirse con nombres opuestos, y así se venía practicando muy bien: sufragistas y antisufragistas, *autonomistas* y *home rule*; obreros por millones y sus patrones en Petersburgo, ácratas y policíacos en Italia y, en fin, los mejicanos, admirablemente superando a todos con una dedicación de años y años, si bien es verdad que subvencionados para ello por un trust u otro de la grande Inglaterra y la grande Norte América. Los Balcanes . . . , Turquía, China, que al venir a saber que hay modelos de gobierno mejores unos que otros han encontrado en ello un motivo que les faltaba para entrematarse. Se podía haber seguido así, sin andar preguntándose qué hacían en la otra frontera.

Pero, en fin, en vista de la guerra internacional, no ha podido atenderse a todas las otras y se las suspende hasta momento de menor preocupación en la frontera.

La balcanización de Europa.

Triunfa el inteligente balcán, y Europa adopta su modelo de diversidades nacionales.

Simulando una discreta sorpresa de que tal ocurra, la humanidad se hace la guerra.

Y es en verdad picante ver con cuánta finura se finge sorprendida cada nación de hallarse en guerra con la vecina, si considera que una y otra no tienen ciudad que no sea una maciza fortaleza. Ciudades fortificadas por dondequiera en la pacífica Europa.

Si esta gran guerra era indispensable para acabar con la civilización, alabada sea, pues las hermosuras del mar, del bosque, de la olorosa tierra, esperan cariñosas, después que desde siglos las abandonamos por esta civilización del ladrillo, de los purgantes, del mal oliente derecho pleitado a papel y tinta, del do ut des, del contractualismo miserable, del espantoso "entierro" por la espantosa "Compañía de pompas fúnebres".

La luz de los tiempos se está desplegando y soltando: muéstrase ya cuál es el nuevo trabajo que venía hirviendo en el corazón de la humanidad y que hombres y gobiernos con toda inconciencia y toda docilidad sirvieron echando al mundo esta gran guerra sin vislumbre alguno de la íntima entraña de lo que hacían y haciendo por lo mismo obra perfecta.

El que hoy quiera cosas chicas es hombre muerto.

PARA LLEGAR A UN JUICIO DE PREVISIÓN ACERCA DE LA GUERRA MAYOR Y EL ESTADO DE COSAS QUE DE ELLA SE SEGUIRÁ

Iniciada en julio de 1914, hoy, después de una duración de cuatro años y con participación real del 80% de la Humanidad, la Guerra Mayor está aun en ritmo de crecimiento. ¿Qué sig-

nifica este milagro de que una guerra tan vasta, y tan continuamente intensa, se halla aun en programa de ampliación después de una persistencia de cuatro años? Que aún hay un margen de *decrecimiento* para el debilitado y ya casi extinguido valor del Dinero, del Derecho. Cuando la Humanidad toda esté en la guerra, el Dinero será un artículo sin vida en el ambiente internacional; conservando su función en el nacional.

Significo en el concepto Dinero la fuerza de los contratos del capital, del Derecho, y al utilizar en esta acepción arbitraria la voz Dinero quiero facilitar la recepción de mi pensamiento, quiero hacer saltar lejos el error que la frase tradicional "L'argent fait la guerre" ha dejado en las mentes, en cuanto éstas aplican a una guerra universal lo que sólo es cierto de una guerra parcial.

Tanto como es valioso el dinero en una guerra de pocas naciones, es sin valor en una guerra universal, experimento que hace por primera vez hoy la Humanidad.

Cuanto más extenso se hace el régimen de Guerra tanto menor es el margen de Comercialidad que queda. A una nación rica en capitales y pobre en hombres y en preparación bélica le es dado triunfar proveyéndose de material, provisiones y hasta hombres por medio de su Dinero y así habría podido por ejemplo vencer Bélgica a Turquía.

Pero cuando la guerra es universal toda nación es respecto de toda otra o enemiga o aliada (pues no cabe que ocurriera que guerrearán todas las naciones cada una por su cuenta y con otra solamente: también en este caso no habría casi con quién comerciar) y no se comercia con el enemigo y tampoco con el aliado como las diversas sucursales de un trust no hacen verdadero comercio entre ellas aunque hagan contabilidad de permutas ocasionalmente.

Establezco una verdad general, que a cualquiera se le descubre apenas echa una mirada al asunto, y que no excluye pequeños comercios entre aliados por intercambio de aquellos productos de las escasas actividades que en una guerra firme quedan fuera del orden directo o indirecto de lo bélico.

Es pues urgente que desalojemos de nuestro espíritu la ilusión del Dinero que hay en el mundo y del Dinero que tenemos nosotros, puede llegar el momento en que un fusil valga su peso

en oro y una esterlina valga su peso en azúcar, y que un hombre valga y posea lo que él solo, directa y materialmente puede defender y retener por su inteligencia, valor, fuerza, provisiones, atrincheramiento individual e implementos mecánicos de destrucción.

NO EXISTE PROBLEMA SOCIAL-ECONÓMICO

Nunca ha podido existir problema económico social, ni lucha o conflicto de clases espontánea.

Existe universal malestar, creciendo desde más de un siglo y sin novedad importante en sus características, reproduciéndose como ya muchas veces en la vida de los pueblos, el que consiste en un conjunto de efectos económicos, sociales y psicológicos de causa "política", que reobran entre sí y sobre su propia causa con variadas alteraciones y extensiones.

La causa política es la inflación estatal.

La lucha de clases existe por artificial y deliberada suscitación originada por las preconizaciones de inteligencias sobresalientes y originariamente sinceras (Fourier, Marx, Bakunin, Lasalle, Turati, nuestro Justo, H. George, Engels, Proudhon, Kropotkin). Es de extraordinaria dificultad discernir si estas preconizaciones de Error han sido alguna vez necesarias o útiles en sí, o como "medios", o como extremos opuestos a otro extremo.

En cambio es cierto que todas son el desarrollo de un solo "error": el hacer de un objetivo moral (el altruismo social) un objetivo jurídico-político; el de intentar sustituir una conducta de ejemplo y preconización por una conducta a "coerción", sea en la lucha (acción directa material, anarquista), sea en el éxito: obtenido el poder político legalizar, hacer ley de la doctrina socialista, doctrina de solidaridad, es decir de caridad, coercitiva.

Es también cierto que toda esta vastísima preconización, incitación, y aun las violencias, parcialmente, han beneficiado la conciencia moral de la humanidad. Es también cierto que el no-conformismo socialista ha traído empobrecimiento económico general de diversos modos: 1º por su modo de lucha, la huelga, que es legítimo y benéfico como actitud individual pero que como acto dirigido y colectivo está sujeto a menos acierto, por injusta o inoportuna aplicación, que como iniciativa aislada de cada individuo (el individuo cuida y estudia mejor su propio interés circunstancial y procediendo así hace bien a todos) y origina, venciendo o vencida, resultados artificiales trastornadores, precios artificiales del trabajo, análogamente a cuando la ley impone tasas obligadas al "interés" o a la mercadería. Además, aunque esto no debe tomarse en cuenta, la huelga es en sí un hecho de improducción, lo que cuando se decreta con acierto conduce a más producción por más justicia (económica, diremos) del precio del trabajo, pero cuando se decreta sin acierto, si vence, conduce a improducción porque impone precio injusto al riesgo y renta del capital. El individuo procediendo aislado, sin agremiación, acierta más y el resultado es económicamente natural.

2º por los triunfos "políticos" parciales obtenidos, que se han traducido en malas leyes, es decir, en leyes de socialización obligatoria que en estricto análisis son de "caridad obligatoria", como las de impuesto progresivo, e impuesto al mayor valor, de jubilaciones o pensiones obligadas, salarios, precios, horarios fijados por ley, impuesto único al inmueble, etc., etc., todas antieconómicas por inicuas o por científicamente falsas.

3º y principal, por haber fomentado la tendencia y marcha hacia la inflación estatal, la usurpación del Individuo, la traición del Estado a su representado el Individuo, el inmenso daño económico de la sustitución de lo natural (psicológicamente, porque el móvil de una actividad por representación, mandato, delegación, no puede tener la intensidad y lucidez del individual directo) por lo artificial, del Individuo por el Estado.

Es sorprendente, aunque podía verse, que el no conformismo socialista por lo mismo que aspiraba a la legalización de un máximo de coerción permanente y final, el máximo de Gobierno, ha repugnado a la coerción en los medios, aparte de

que sentía más cercano su triunfo, que podían esperarlo los anarquistas, desde que de *motu proprio* el Estado seguía marcha de inflación.

Inversamente, el no conformismo anarquista, nacido en buen momento, cuando la marcha del Estado hacia la inflación urgía una oposición extremada, ha usado la violencia como medio para la no violencia como fin, error psicológico absoluto.

La preconización Marx ofrece también su particularidad; profetizando la universal trustificación del capital que ni existía mayormente en comienzos, ni ha crecido apreciablemente, ni se realizará nunca, ni conviene al capital a la larga, incitó la grandiosa agremiación universal, trustificación del trabajo, único trust que ha triunfado, que ha tenido realización, que ha obtenido leyes aprobatorias, y leyes penales para la agremiación capitalista, hasta que por fin la libre España da el paso decisivo, pide la batalla, repugna de las postergaciones y equívocos y se yergue Barcelona gritando su derecho al lock-out, harta de oír y soportar el derecho al boycott y a la huelga (huelga, lock-out, boycott, represalia son todos derechos legítimos si todos co-existen; pero si uno de ellos se excluye, se arrebata, cesan los otros de ser derechos, son delitos, son alevosías) y dando ejemplo al mundo, que lo imita (en Estados Unidos, etc.).

Pero los capitalistas catalanes cuya intrepidez y lucidez falta a Wilson, a Alfonso XIII, a Yrigoyen, a Lloyd George, y deja poco lucimiento a la valentía por imitación de Lerroux, no deben inculpar a los obreros sino al Estado usurpador y a los políticos y partidarios de la inflación estatal universal (pues el Estado español es de todos los de la Tierra el menos usurpador del Individuo, de la libertad —contractual— si bien ha sufrido la mala influencia de los demás).

El lock-out de Barcelona es un hecho memorable, el verdadero comienzo de una era: paralelo en significación, y su opuesto, al maximalismo ruso. Esa actitud novísima, que será la pauta de la política del capital en toda nación, ¿por qué vicisitudes pasará?

¿No presenciaremos la derrota del Capital por dos enemigos curiosamente unidos: el Trabajo y el Estado? El maximalismo casi puede sustanciarse como eso: la unión del Trabajo y el Gobierno contra el Capital para suprimir finalmente las dife-

rencias económicas e intensificar las "políticas" por el absoluto Gobierno y sumisión de gobernados.

El Capital sería castigado por su propia obra, porque, aunque quizá estoy juzgando mal, parece que el Capital si no es el autor del gran mal del siglo XIX y XX: la inflación estatal, se complació en ello, estimándolo de su conveniencia, y pidió al Estado tantas leyes y favores perniciosos e inicuos como las ha pedido el político de los obreros.

El obrero debe reflexionar que ha de caberle castigo análogo pues no es sólo el Capital sino el Trabajo que han incitado la inflación estatal que es la ruina de todos.

El pueblo es un eterno maximalista; lo que no se explica es que el Comercio, que tanto aprovecha, gusta y comprende de la Libertad, no haya trabajado seriamente contra el proceso de usurpación que iba arrebatando una a una todas las iniciativas del Individuo y entregándolas a Parlamentos, Ejecutivos y hasta al último concejillo municipal.

Si el Gobierno ha de legislarnos el fumar, el beber, el jugar, ¿por qué no entregarle las tierras, casas y herramientas para que sólo él disponga lo que se ha de hacer con ellas?

Así está entrado ya en el 99% de la humanidad el credo maximalista, que no tiene más novedad que ser la integración franca de lo que ya estaba casi completo, el maximalismo "plutocrático", según calificación usual en parte o en mucho falsa.

Si el ciudadano yanqui consiente que se le legisle el beber ¿qué tiene que decir contra el maximalismo?

Pero en el estado apremiante y madurísimo de la presentación maximalista universal, lo que urge es saber: ¿Es posible evitar el estallido maximalista? ¿Es ventajoso evitarlo? ¿Es posible, sin el sacudimiento causado por un triunfo maximalista, hacer comprender al Estado actual que su inflación es la fuente del mal?

La posibilidad a investigar es la moral, pues la material sería una traición al pacto de democracia que todos hemos consentido y ostentado. Además, la resistencia material es imposible y pernicioso.

Si en la Argentina en un momento dado nos convencemos de que una manifiesta mayoría de la población es maximalista, he-

mos empeñado palabra de que como demócratas debemos acartarla de hecho si no la podemos convencer de que está en error.

De eso se trata: ¿es difícil en sí o por el estado de ánimo actual, la demostración de este error, del perjuicio para todos?

Otra cosa sería si creyéramos que esa mayoría obra intimidada. La "Liga Patriótica" está clamando de continuo que se trata de intimidaciones de minorías. Muy bien: esto implica ratificar el credo democrático: pero puede ser afirmación partidaria, parcial, o bien puede que mañana no sea exacta: que mañana sea una efectiva gran mayoría que sin presión actual pida el cambio de arriba abajo, la entrega al Estado de todas las facultades del individuo.

Es de desesperar que pueda convencerse al Estado de que enquiñándose en la estricta teoría funcional que la ciencia política le define en la serenidad del estudio y de las generalizaciones, todo se remedia por sí.

Hay que convencer también a obreros, consumidores, pequeños comerciantes y rentistas, es decir el 95% de la humanidad, creyente sin excepción en el Estado providencia. Hay que convencer a todos los militares, a todos los policías, a todos los cleros: todos están con el Estado providencia que comercia y ara, fija precios de mercaderías y salarios, arbitra huelgas como juez forzoso, legisla las ventanas, los muros, las velocidades, las tarifas, las diversiones, los vicios, decreta vacunas, desinfectantes, purgantes, prohíbe profesiones, diploma honestidades y sabidurías, revisa ascensores y motores, certifica capacidades (hasta la de manejar un automóvil) y obliga a votar, vacunarse e ir al colegio con tal o cual delantal y comprando tal o cual texto irremplazable de sabiduría (que aunque irremplazable se cambia cada tres meses con un costo mayor que el de la alimentación del niño, y un contenido de insoportable vaciedad y perniciosidad que ejemplifica francamente cómo degenera en manos del "estado" toda función que usurpa al individuo y cómo degenera todo lo que sin derecho se hace obligatorio, cómo el maestro reverenciado de la libre enseñanza se vuelve un fabricante de "textos" de *todo el saber*, desmoralizado por la "oficialización" de su bella vocación).

Pero es la doble milicia: el Ejército (incluso Diplomacia) y

la Policía (incluso Justicia Criminal), las dos funciones primarias y quizá únicas genuinas y legítimas del Estado, la que ha sufrido y sufrirá más en su moral y en sus conveniencias porque conforme al pronóstico de Spencer cuando el Estado se posesiona de funciones que no le competen abandona las propias y todos sus favores son para aquéllas.

Cuando se discute el Presupuesto vemos cuán a la ligera se tratan sueldos militares y policiales (salvo después de los sustos *maximalistas*) y cuánto se esmeran por el sueldo y las inmunidades de un Juez de Comercio o Civil (funciones poco genuinas), el de un jefe de ferrocarriles, aguas corrientes o correos del Estado (simples industrias, no funciones, totales usurpaciones al libre comercio).

Un comisario que (en teoría) cuida la tranquilidad de casi una ciudad, de una parroquia de 80.000 habitantes, con una labor, riesgos y carga de odios considerable, más la tarea difícil e inteligente de mantener alta la moral y disciplina de 500 subordinados de todos los temperamentos, tenía o tiene menos de la mitad del sueldo de un Juez de lo Civil que acompañado de bien rentados auxiliares (Secretarios, Asesores, Fiscales, Consejo de Educación), tiene la ventaja de poder favorecer honestamente con designaciones a numerosas personas, sin el cuidado de la disciplina de un vasto personal ni los enojos y riesgos del trato directo con una vasta población cosmopolita y resolviendo a menudo con vasta literatura jurídica la vital cuestión de saber si el pasador de una puerta debe arreglarlo el propietario o el inquilino, asunto que el Estado se preocupa mucho de que se defina por un funcionario suyo, pagado por toda la población nacional. A todo esto es el comisario quien tiene función genuina estatal y el juez o el jefe de aguas corrientes (o "Ministro" de Aguas Corrientes) quien no la tiene.

Ese Juez, como laudador contractual en una sociedad civil libre, tendría un oficio de vocación, con el resultado de que él ganaría más en honorarios que con los favores aun los hoy preferentes del Estado, y sus clientes ganaría más también en justicia, tiempo y costo, y la moral de aquél se beneficiaría de un ejercicio de confianza y de elección, propia y ajena, espontáneas.

Alguien se burlará o rebelará contra esta concepción sistemá-

tica pero no estamos teorizando por investigación sino para el tratamiento de una urgencia universal extraordinaria que no tiene otro que: la verdad funcional del Estado.

Una lucha de clases económicas es la más vacía e imposible de las suposiciones.

Una degeneración funcional del Estado es una hipótesis muy probable. Puesto que el Estado existe puede enfermarse; las clases no, porque no existen.

Clases económicas, es como en física el arriba y el abajo, o como en el partidismo político los opositores y los oficialistas, o como en una mesa de juego los ganadores y los perdedores. ¿De qué lado de una mesa de juego se sientan los que se dedican a jugadores perdedores?

El trabajo contra el capital es el trabajo actual contra el trabajo anterior, es el trabajo actual contra los ahorros de ese trabajo considerados en el futuro (capital), es el trabajo contra sí, contra su propia finalidad que es el capital. El capital es el símbolo de la marcha declinante del hombre por la edad con cuyo avance llega a la improducción sin cesar de ser sujeto consumidor. El capital es tan biológico como las edades en cada ser vivo.

El Capital es: la infancia, de gran consumo y ninguna producción, la vejez, de ninguna producción y algún consumo, la enfermedad, improducción y consumo costoso. Cámbiese, por orden del Estado, naturalmente, la Biología, y la Economía Política a Propiedad y Renta se irá sola. El capital sin renta es un nonsensu económico y biológico; el salario contra la renta es el salario actual alto y el ahorro de ese salario sin renta.

El capital sin renta es antibiológico: ahorrar del salario para que después no rente es como librarse de las *sensaciones* penosas de una dispepsia sin recobrar la facultad de digerir, o bien declararse curado a condición de no comer. Estar por el trabajo y contra el capital es estar por la parte del salario que se consume y en contra de la que se ahorra: pan hoy y hambre para mañana.

Escrito en la mañana del 20 enero 1920 lo que digo del lock-out genial barcelonés, en "La Razón" de esa tarde leo el título

de un telegrama: "Bando del Gobernador de Barcelona ordenando la vuelta al trabajo."

¿Hay después de esto alguna esperanza de que sin un estallido maximalista despierte el Estado y el pueblo de su obcecación de gobernarlo todo y ser gobernado en todo?

¿El Gobierno manda que el obrero trabaje y el capital rente, que el comerciante venda y que el parroquiano compre?

Un patrón, comprador de trabajo (actualmente, pues muy probablemente en su juventud principió siendo vendedor de su trabajo, como Devoto, Mihanovich, Barthe, Menéndez, Polledo, Demarchi, 95 en 100 de los ricos actuales) estudia su capital, renta y riesgos en momento dado, y por razón de los salarios (escasa oferta de trabajo) o por otra decide suspender su compra de trabajo. Los obreros piden que el Gobierno fuerce al patrón a reabrir la fábrica, ni más ni menos que si un almacenero, retirándose un cliente sin comprarle azúcar, llamara al vigilante para que lo oblique a pagar y llevarse un kilo de azúcar.

Ya está el Inspector Oficial en la Fábrica: los "libros" de comercio se revisan y dice el Gobierno: los salarios son "justos", los riesgos y beneficios del capital son aceptables: ábrase la fábrica.

Ante tales normas tiene que venir progresivamente esto otro: aquel patrón quiebra luego; el Gobierno estudia y resuelve; si este patrón pagando salarios justos, con riesgos y beneficios aceptables, como lo he decretado, ha quebrado, es porque los créditos (alquileres, capital prestado, materia prima) no eran justos: redúzcanse a un 50% cancelatorio, como se pone precio a la carne.

Los favores injustos que los Gobiernos acuerdan hoy a los obreros pueden tener mucho de simulación de preferencia por el obrero, pero su sinceridad no es dudosa en cuanto a la infatuación en que se hallan los Gobiernos de que a ellos les compete resolverlo todo. El "bando" de referencia, y la prohibición del alcohol en los Estados Unidos, no dejan esperanza.

Esos favores de hoy al obrero son correlativos de las numerosas injusticias pedidas y obtenidas antes del Gobierno por los capitalistas, como cuando el Estado ponía sus gendarmes y soldados en reemplazo de los trabajadores huelguistas, lo que es

tan injusto como justo es que encargue a su milicia salvaguardar al obrero que esté conforme con el salario que otros rechazan.

Con tanto extravío y nerviosidad en el ambiente general de ideas, la verdad es que hoy abomina la Humanidad de la simple noción de venta de trabajo, alquiler del brazo, y que una cosa es la concepción científica del problema y la solución, bien sencillos, y otra su ejecución paulatina, precedida de intensa difusión y exposición de la teoría simple del Estado.

Lo que hoy repugna bajo el rótulo de "explotación del hombre por el hombre", es objetivamente lo mismo que antes; cuando Franklin era "aprendiz" en taller, ennoblecía; la bella relación de servidor y patrón, de soldado y jefe. Pero subjetivamente no es la misma hoy. ¿Por qué la relación obrero-patrón, comerciante-cliente, profesional-cliente, es hoy una relación enferma y protestada, y antes sana y conforme?

Es ésta la relación que está hoy cuestionada, la relación económica, como hace dos siglos la relación política gobernante-gobernada. Entonces esta relación estaba en revisión en el aspecto "gobierno heredado". Todo el malestar se imputaba a ello y toda la solución era gobierno elegido. Gobiernos elegidos son hoy todos en sustancia y el no conformismo tiene el mismo o mayor volumen con otra imputación causal.

Este estado de espíritu universal es compuesto: ideas (erróneas), sentimientos (injustos).

Las ideas son dos: la anárquica, que niega todo lugar en la sociología al Estado, es decir al órgano de coerción de la Mayoría, y en su generalización más alta a la coerción misma en toda esfera: social, familiar, pedagógica; la socialista, que parcialmente se interesa sólo en el gobierno (coerción) económico, pero cuyo principio es la sustitución de la espontaneidad por la coerción y no consiente, lógicamente, exclusiones de esferas de aplicación. Si el individuo en su espontaneidad es egoísta e incapaz como sujeto económico, debe serlo como padre, como educador, como creador artístico, como investigador, como productor económico (aspecto distinto del de usufructuador económico: usufructuador egoísta, productor incapaz).

¿El resultado es el maximalismo, la comunidad civil espartana, la tiranía espasmódica de la demagogia de Atenas? ¿Puede el so-

cialismo mantenerse con permanencia en la coerción (Estado) para sólo lo económico y aplicada al solo aspecto del egoísmo del individuo como usufructuador de bienes, sin tocar al de su capacidad como productor de ellos, ya que no a todas sus otras fases?

Las vicisitudes del pensamiento social desde la guerra, y la aparición del maximalismo ruso, han hecho sentir a todos los consejeros sociales actuantes de esta época, anarquistas, socialistas y juristas (liberales; *minimum* de gobierno pero *minimum* necesario) cuán oscuras e incompletas eran las ideas que tenían definitivamente adoptadas. El diluvio del Hecho ha desbordado las conciencias: todos los pronósticos y fórmulas de sociólogos, financieros, economistas, políticos (salvo los de estudios más serenos del tiempo de Smith, Mill, Ricardo, Franklin, Spencer, y del "laissez faire" francés) han quebrado.

Cada ley, cada orden nuevo de actividad que asume el Estado, es un nuevo empobrecimiento del individuo y cada fracción de libertad o iniciativa arrebatada al individuo, es todo un nuevo capítulo de empobrecimiento nacional.

Como desde hace un siglo se inició inesperadamente un proceso de inflación de las facultades del Estado, mejor dicho de anemia, decapitación del individuo, la humanidad debe hallarse más pobre, aun antes de la gran guerra y del conflicto agudo social, que en 1820. Y hoy más pobre que quizás en ningún tiempo de su existencia. ¿Qué capital posee hoy la Humanidad? Una migaja debe ser para 1.600.000.000 de humanos. Dado lo que King señala en Estados Unidos ("La Prensa", enero 26-920) que será de las naciones "pobres". Sin querer ser original ni fantástico creo que hoy en su espantoso empobrecimiento, dislocación pasional social y tiniebla de ideas, Europa está en el indefinible umbral de un rápido regreso al medioevo o de un lentísimo esfuerzo de proseguir el ritmo histórico en que estaba. Ambos procesos serán terriblemente desorganizadores de la salud y aptitud de felicidad del hombre europeo y es de prudencia y de beneficio permanente para toda la familia humana que el hombre europeo y el espectáculo de la Europa se proscriban (por persuasión, no por ley) en América, durante un período de observación.

El maximalismo ruso, que tiene la posibilidad de tomar la dirección de toda Europa y Asia quizás, es un simple grado más

del maximalismo sindicalista-plutocrático en que ya vivíamos. No se puede ir mucho más allá en la destrucción de la iniciativa individual del grado a que ya habíamos llegado en Europa (excepto España en algo) y en América con la danza legislante de sus Parlamentos, Concejos Municipales, Decretos, Jurisprudencia, Reglamentos. ¿Qué ley, qué resolución, qué prohibición, pueden imaginar los maximalistas que ya no tengamos? No puede tener interés el maximalismo en dominar o ser imitado en América, y nosotros no estamos en aptitud de juzgar si un hecho social tan espontáneo y general en Europa como el maximalismo es simplemente la mejor inspiración social para una situación como aquella. Es justo que el maximalismo ruso se exaspere de una conspiración internacional contra él, como es justo que en América se llegue al furor contra él si intenta obligarnos en tan distinta situación a asumir sus fórmulas.

Las grandes mentes directoras de Lenin, Trotsky y tantas otras que estarán surgiendo, por su talento y por la experiencia hecha deben ser más escépticos que nosotros respecto a la sanidad de una teoría social maximalista. Deben pensar que es útil ocasionalmente en aquel estado de cosas y que es más útil para ellos y para todos que América no haga el ensayo.

Con un *máximum* de legislación en América, sobre todo en Estados Unidos, tan grande como el de Europa, nosotros no necesitamos el trance maximalista para emprender la destrucción gradual de la tiranía legislativa y ejecutiva porque no sufrimos la terrible estrechez económica de allí. Así como no hemos necesitado ni debido mezclarnos en la guerra, no debemos hacerlo en el maximalismo y seremos respetados en ambos casos.

LA POSGUERRA Y EL ERROR

El maximalismo —ensueño profundo del Pobre universal, que compone hoy la casi total humanidad; hay un maximalista en

cada pobre y un pobre en cada hombre del Transvaal al Japón, de Buenos Aires a Nueva York— es el horizonte inmediato, la batalla de mañana; es todo el sociologismo efectivamente existente en las conciencias, vaciadas por los hechos de todo marxismo, anarquismo, georgismo —tres teorismos vacíos ellos mismos— como pronto lo estarán del gremialismo, cooperativismo, mutualismo, y, los capitalistas, del trustismo, y enamoradas de una sola cosa: la Tiranía Total (no la tiranía científica limitada en principio a lo económico que es el socialismo), el Maximalismo, al cual han preparado el terreno —por lo demás siempre existente— cien años de prédica socialista y contra la cual no han servido los paralelos cien años de prédica anarquista, preconización útil como anti-socialista pero que se estrella, como la socialista, en la vieja teoría civil liberal, siempre triunfadora de ambos, aunque a tiempos dañosamente influida y puesta en alternada perplejidad por ambos.

Añadiré que la inconsistencia de la teoría anárquica absoluta, la terrible flacidez de sus argumentadores, contrastando con la belleza de la idea misma y su total verdad actual, en lo extra estatal, y futura, aun en lo hoy estatal, ha contribuido, por desencanto y confusión traída al alma popular, a favorecer la obsesión por la tiranía, si bien siempre habrá sido y será benéfica por su contenido esencial anti-egoísta —que es el mismo por el camino opuesto, que el del socialismo, habiendo éste elegido el camino menos “educativo” por ser menor su fe en la benevolencia natural del hombre y mayor su fe en la coerción-gobierno.

En fin, diré lo que ya diversas voces (Baker, Warburg, etc.) vienen anunciando: que nunca ha sido mayor el empobrecimiento actual y el en preparación ni mayor la ilusión de prosperidad siendo precisamente una misma la causa de esta ilusión de riqueza y de la pobreza efectiva: el emisionismo. Como el alcohol o todo excitante: hace la ilusión de fuerza y la debilidad subsiguiente. Si no mediara el emisionismo sabríamos que estamos pobrísimos y nos concentraríamos en “producir”; por el emisionismo agotamos las existencias de productos dedicándonos entretanto a la especulación y al juego. Es lo que Warburg no ha aclarado, en lo que conocemos de sus opiniones; pero está en todas las “Economías Políticas”. Baker se ha referido a la libertad: pero se ha

olvidado decirnos qué libertad quedaba después de la inflación gubernativista que una política plutocrática y obrerista desorientada y enferma hacía crecer desde un siglo. Baker quiere que volvamos a la libertad, a la iniciativa individual de antes de la guerra. ¿Restaba alguna?

Voto obligatorio, instrucción obligatoria, vacunación obligatoria, celibato castigado, matrimonio obligatoriamente perpetuo, abstención de alcohol obligatoria, tamaño obligatorio de ventanas y chimeneas, forma obligatoria del peinado, vacunación antiftífica, desratización y desinfección obligatorias, prohibición del juego, del agio.

¿Por qué no lo querrán en algunas partes? ¿Por qué el votante cotidiano que es el hombre civilizado hoy se suele resistir? Es mucha psicología la que hay que hacer para entender este remilgo, esta coquetería que el abundoso sufragante contemporáneo resulta haberse reservado para con el maximalismo.

Me parece que el homo sufragante —créame que no sé latín— no está seguro, como sería su obligación y capacidad innata, de su infalibilidad, en este caso. Es un desdoro este minuto de vacilación. Lo votamos o no lo votamos, es lo único que debe permitirse-preguntarse, ya se trate de un hecho astronómico o del maximalismo. Un ateniense ya habría votado antes o después que Sócrates y estaría ahora en su domicilio con el recibo de alquiler en una mano y en la otra, y en los ojos, el boletín de cómputo del sufragio en desarrollo en la plaza.

El maximalismo no se irá sin batalla, decisiva y próxima. Viene a litigio para sustituir al maximalismo “pluto-obrerista” que llevábamos puesto sin sentirlo, sin incomodarnos desde unos cien años, desde que se inició el ritmo de depresión del liberalismo, justamente cuando nacía Spencer magnífico doctor de libertad, y Stuart Mill, su igual en esto.

Para la libertad, para el liberalismo, para el fecundo Individuo, la infecunda autoridad, ejercida por Ricos, o inicialmente, nunca durablemente, por Pobres; ejercida por elección o por herencia; colegiada o unipersonal; ejercida como quiera, más allá de su genuino motivo de existencia; Guerra y Policía, supresión de la

fuerza de agresión externa y del uso de fuerza por el individuo en el seno nacional — es el mal.

Ambos maximalismos tienen una víctima común: el Individuo, la Libertad.

Extraño error de las plutocracias o de los Sindicatos —difícil de decir cuál de los dos gobiernan más desde hace un siglo y cuál tiene menos culpa en la inmolación de la Libertad— extraño error de estos dos términos del economismo que debieran, por ser exclusivamente grupos económicos, poseer el sentido axiomático que tiene siempre de la libertad la Economía Política, y el Comercio, éste en que vienen cayendo de la inflación gubernativa.

Difícil es dar explicación no superficial de este ritmo que fue para Spéncer tan inopinado e irritante y cuya cronología (no me atrevo a exponerla como causalismo por insuficiencia de juicio) sería: 1º Esterilidad del suelo de Europa para su acrecida población y consiguiente tendencia a la guerra y a re-examinar el fundamento de la Propiedad; 2º En vista de la guerra, robustecimiento del poder del Estado, aumento de ciertas actividades de "improducción inmediata", militarismo, burocracia, política profesional, periodismo patriotero e instrucción pública patriotera ocupando el lugar de la información y enseñanza útil inmediata, y consiguiente empobrecimiento inmediato de todos; 3º) Por el estado de guerra tan extenso y prolongado mayor empobrecimiento y en fin empobrecimiento por el empobrecimiento o sea por la discordia social, confusión de ideas y desaliento que de la pobreza derivan hasta el punto de que hoy con 4 años de guerra y 2 de discusión y porfía social somos en verdad pobres todos en la humanidad, aunque, engañados por la abundancia fiduciaria y prolongándose esta condición de cosas, como es probable, un año más, tendremos una Humanidad sin capital o poco menos.

Por ello aumentados los Pobres aumenta su poder inmediato y tenemos el maximalismo, la destrucción del Individuo a pedido de los Pobres.

Persistiendo múltiples situaciones de guerra nacional, otras de guerra civil (Irlanda, China, Rusia), se añade ahora la guerra social, y un número quizá mayor de actividades están todavía en la Destrucción y en la Improducción, pasando en parte de la improducción de la guerra a la improducción de la Policía, de

soldados a gendarmes con igual improducción y destrucción y mayor desgaste moral.

No es Improducción una guerra justa —sea de defensa o de agresión, pues la agresión puede ser justa y económica como cuando un grupo ficticio político llamándose nación se atribuye cualquier latifundio internacional de medio continente fundándose en algún leguleyismo histórico, sobre todo si lo cierra a la vida comercial y acceso de toda la humanidad en el terreno civil—. Pero como la fuerza no es educativa, la agresión justa predispone a usar la injusticia. En buena moral todo hombre y toda nación tiene el derecho a hacer el bien al prójimo aun por la fuerza si no fuera que la fuerza que la benevolencia mueve destruye a su propio motor y lo suplanta pronto por la malevolencia.

La guerra justa es un trabajo económico: no crea valores, salva los existentes que es lo mismo, pero siempre la sigue empobrecimiento momentáneo, pues múltiples actividades de producción pasan a la acción de defensa de lo producido.

Para el país que guerrea con justicia debe seguirse una mejora moral, pues la guerra es la más extensa e intensa de las cooperaciones y la cooperación es siempre educativa aunque a veces se erre en su uso; y la concordia social es una de las valiosas "causas" económicas, pues vemos la miseria general que viene creciendo con la inarmonía social, producida ésta a mi parecer por el exceso de gobierno o más directamente dicho por la reducción del campo de libertad, de iniciativa individual.

La Posguerra ofrece pues: emisionismo con excitación del juego y especulación y abandono de la producción, pérdida de calidad moral y material del trabajo, acción espasmódica y despiciada del Capital por aguzados y enfermizos apetitos de ganancia y extrema dificultad e incertidumbre de ganancias reales, pueril credulidad en toda clase de novedades particularmente sociales, en las virtudes de todo cambio socio-político con preferencia hacia la intensificación del gobierno que ha de remediarlo todo.

La humanidad de la posguerra se nutre de Error. Aparte de mentiras alegradoras que se lanzan para aliviar el estado de los espíritus, como los curiosos hallazgos de vetas de petróleo o de carbón y aun de cascadas y de bosques que la tupida población

de regiones como Bélgica o Inglaterra no había notado en siglos, del extracto de tortuga para curar la tuberculosis y la portentosa venta del invento por 1.600.000 \$ m/n a un yanqui, otra cura de la tuberculosis hallada en Italia, la trasfusión de la sangre perfeccionada, la sustitución de sangre por sal, aun, la supresión universal de la fiebre amarilla dentro de 5 años, el mazout . . .

El Estado debe ser meramente el mínimo renunciado de libertad, porque el mayor bien económico y psicológico es la libertad, o porque el bien por coerción casi nunca compensa la degradación psicológica que la coerción inflige a la persona coercida y a la coerciente, la que se traduce en degradación de la persona económica de ambos, del hombre como creador de valores.

El Estado, como el Individuo, tiene derecho a todo para el bien, pero la coerción rara vez tiene por fruto el bien. Toda coerción material o moral puede usarse legítimamente por el individuo sobre el individuo y sobre la mayoría, y por ésta sobre el individuo si conduce al mayor bien de los más . . .

La "fuerza" (coerción) social se pone en uso en dos modos: por iniciativa original del Estado —cuya única razón de existencia es ser el órgano único de la fuerza colectiva— y para fines que sólo el Estado escogita, y por iniciativa del individuo y en ejecución de decisión de juez obtenida por ese individuo.

La fuerza de motu propio estatal tiene dos aplicaciones: una que nace de la existencia de otros Estados (iniciar o repeler una agresión, impedir tal o cual inmigración o importación, contratar una alianza o un empréstito), otra interna: penar delitos.

Señalamos pocas funciones al Estado y quizá para el Estado ideal las circunscribamos a menos.

Prestar fuerza a las sentencias es el otro modo de uso de la fuerza social.

El Estado es el depositario-administrador de la fuerza social. Su causa de existencia es la conveniencia de que todo uso individual de fuerza sobre el hombre o su propiedad desaparezca.

El Derecho es la ciencia que estudia la conveniencia o inconveniencia de sustituir la fuerza individual por la colectiva, es decir,

la conveniencia o inconveniencia de la existencia del Estado (teoría del Estado) y el procedimiento de accionar para obtener una prestación de fuerza por el Estado para un fin individual.

El Derecho es, pues, la ciencia de la fuerza social o de la no-fuerza individual.

Para el Derecho la mayoría es el otro individuo, y por tanto el otro egoísmo sin más freno que un juicio de utilidad; la mayoría emplea contra el individuo la fuerza; el individuo emplea contra la sociedad la convicción, la ciencia del Derecho; esta convicción no es de moralidad, pues la fuerza colectiva no es sensible a la moralidad como no lo es la corriente de un río o el huracán, sino de utilidad para la mayoría. El Derecho es el individuo que frente a una fuerza amorosa, pero inteligente no opone fuerza ni sentimiento; demuestra a la fuerza colectiva que tal o cual coerción que ésta hubiera de ejercer sobre él es de inmediato o a la larga un mal negocio para ella misma.

La ciencia de la utilidad y nocividad *para los más* del ejercicio de fuerza *por los más* sobre el individuo, es la ciencia natural utilitaria del Derecho, la única esperanza del individuo. Es, pues, la ciencia de la Libertad.

En otros términos: si alguien o algunos hacen un estudio de todas las consecuencias materiales y espirituales, pasajeras, ocasionales y permanentes para todos, los más o algunos de los miembros de una sociedad, del ejercicio de fuerza colectiva sobre el individuo y balanceando cuantitativamente (es decir por el número de individuos a quienes los efectos alcanzan y la duración y multiplicidad de estos efectos) la cantidad de conveniencias e inconveniencias total (moral, material, económica, psicológica) que en el seno social (con indiferencia de los sujetos pacientes o beneficiarios) se acrecería por ese ejercicio, como se calcularía el aumento cuantitativo de agua, o aun de enfermedad o salud en el seno social de la ciudad de Buenos Aires después de una lluvia o de un motín, o de una elección), esos estudiosos harían ciencia del Derecho y si se presentaran a la Fuerza Social, a la fiera inteligente con su demostración, el egoísmo de los más sería . . .

La Ciencia del Derecho no persigue que la sociedad no haga lo que quiera, sino que no quiera lo que no le conviene. La ciencia del Derecho no nombra el individuo cuando parlamenta con la sociedad: no irrita a la fiera ociosamente, le reseña lo que más le conviene y la sociedad, ese eterno enfermo de fuerza, sigue dócilmente la fórmula científica, el tratamiento: la sociedad se somete dócilmente a su conveniencia.

El Derecho no es la ciencia de lo justo y de lo injusto (que es la Moral) sino de la utilidad para los más de lo justo y de lo injusto. Es antijurídico todo acto del más fuerte sobre el débil que no conviene al más fuerte: y estos actos son de dos clases: las acciones u omisiones de la sociedad movidas por sentimiento de compasión hacia el individuo y dañosos para la mayoría; los actos u omisiones... (*Interrumpido.*)

— *Bastarse a sí mismo.* — Se cree en la bendición de cualquier cambio de gobierno y se terminará por desear e implantar una sola: la de la tiranía en toda la tierra, que probablemente será lo mejor como terapéutica de urgencia. La ola de error de la posguerra era inevitable, pues creo que esta guerra es la más anti-económica y antibiológica —al tiempo que quizá la rápida guerra franco-prusiana es un modelo de guerra útil— y por tanto seguida de ingente mal y por ello de multiplicación del Error.

La humanidad abandona sus mejores salvaguardas: aun los ricos, los gobiernos y los cleros quieren destronar: la Propiedad, que es el hombre mismo, y amasar con el odio el amor, pues cuando nunca se vio más enemistad entre los hombres se espera verlos llevarse bien en un comunismo de bienes y trabajo; cuando nunca se vio más desganado al hombre para el trabajo se espera verlo trabajar más sin egoísmo, es decir sin Propiedad. La Libertad que antes de la Guerra era muy poca, durante ella desapareció y no sólo no se la echa de menos sino que se hace la teoría necesaria para que no vuelva más. Leyes absurdas como la prohibición de la negación de trabajo, huelga, y la negación de capital, boycott; la conversión en delito de la prédica de la huelga, la prohibición de la asociación del capital (trust) y de la asociación del trabajo (gremio). Mayor absurdo aun cuando sólo se prohíbe uno de los dos.

La misma magnífica Inglaterra se desentiende de la Libertad: y el absurdo del "bastarse a sí mismo", de producir todo cada país como si la guerra y el bloqueo hubieran de ser la única faz futura de la convivencia internacional, entra en Inglaterra con aduanas y protección, derechos prohibitivos. (Esta palabra nos recuerda también que el *prohibicionismo* asesta último agravio a la libertad en las supuestas liberales democracias, muy inferiores en libertad a la que goza el habitante de España. El hecho de ser el alcohol el único prohibido lo hace doblemente ridículo, antieconómico e injusto.) De modo que el principio tan gritado durante siglos de la división del trabajo, cuyas virtudes hallo dudosas, se abandona en su mejor aspecto: la división de la "producción" internacional. Todo lo que tiene de destructor para la psicología y belleza física del hombre la división del trabajo —que facilita arraigo al despotismo, pues trueca en máquina al 95% de la humanidad— tiene de económico y de pacifista la división de la producción entre las naciones según diferentes facilidades geográficas, étnicas, etcétera.

Ya cuando promediaba la proeza máxima de la humanidad blanca que los Estados Unidos, con acertada o errónea interpretación de su destino, prolongaron y luego terminaron cambiando la suerte ya definida, alzando el dado ya posado y volviéndolo de cara, quitando dos veces la victoria: primero a Alemania, que no la debía a los Estados Unidos, y luego, por el absurdo (bien calculado) del armisticio, a los Aliados, que se la debían; ya a mitad del duelo, en la hora final de la excitación e inicial de la depresión, la conciencia general batida confusamente por restos de excitación y primeros caimientos, enferma de esta mixtura, fue cayendo a errores, y el primero fue el anticatólico y antiuniversal error del bastarse a sí mismo económicamente. La gran Inglaterra bloqueada, aturdida por una condición que era su terror histórico, el único pensamiento de siglos que hacía palidecer su bella arrogancia, empezó a conversar para sí, dentro de la gran psiquis inglesa, estas palabras de "error": "Bastarse a sí misma", negación de la unidad de la tierra, de su diversidad dentro de esa unidad, de la división del trabajo internacional.

No son los rusos, los españoles, los italianos (ácratas) los que han inventado ni comprenderán la libertad: son los ingleses que

la han construido con finas, múltiples invenciones sucesivas durante trescientos años de instrumentos legales de libertad. (Lo que se entiende menos es que los españoles, la gente más libre del Estado que hubo nunca, sea la más quejosa de él; gustan tan poco de lo de ellos que porque la libertad es muy española la aborrecen en nombre de la libertad y han conseguido así una liber triste frente a la enérgica y esperanzada inglesa; pero son los españoles de ahora no los que conquistaron en semanas un continente que ha prosperado más en cuatro siglos que (...) o Australia en manos de los ingleses en doble tiempo; otra contradicción).

La guerra que preparó Inglaterra contra Alemania por el probado método de la "impreparedness for war", ha maleado gravemente la fe general en la libertad bajo cuyo régimen Inglaterra tuvo el máximo de concentración y desigualdad individual de la riqueza con el mínimo de disconformidad de los desheredados.

Y ahora la posguerra crea una economía política de preguerra, porque el empobrecedor dogma de "bastarse a sí misma" cada nación que todos persiguen (...) sólo se justifica y es útil a una nación si se siente en inminencia de la guerra: sacrificar las ventajas de que cada nación (según) clima, hábitos y circunstancias trabaje lo que puede dar más barato a los demás, y eluda trabajar lo que exige mayor esfuerzo y rinde menor calidad o cantidad, es preparar un período de acentuación de la permanente pobreza de la humanidad.

EL DISCONFORMISMO QUE HAY Y EL QUE DEBIERA HABER

Creo que no será muy falible la síntesis que voy a intentar del compuesto mental que totaliza el disconformismo del obrero de

hoy, incluso el comerciante ínfimo, los pobres (obreros no agremiados y poco persistentes), empleados oficiales y privados inferiores, soldados y policías en gran parte, cleros, políticos menudos; y la enorme población mundial que vive fuera de la ley, excluyendo el criminal demente o sanguinario o muy abyecto, en suma, casi toda la humanidad, el 95 % de cualquier nación europea y quizá de los Estados Unidos o de la Argentina el 90 % ya.

El revolucionario (es ese 90 %) quiere su bien, pero pide su mal: su egoísmo es sano como el del capitalista, su pensar está enfermo, como lo está para colmo del caos el de algunos capitalistas, jefes de Estado, jefes de Iglesia; el clero, en la Argentina, reunido en congreso social, ha usado ya el término: "explotación". Combatiremos la explotación que haga el capitalista del obrero. Nada dice del caso de explotación del obrero agremiado sobre el capitalista aislado. Por tanto no admite posible esa explotación, y el clero, pastor de hermandad humana, no acudirá a defender a ese capitalista hermano.

1º Basamento del disconformismo universal es la idea deslumbradora que expresan estas palabras: "La humanidad es riquísima; el total del capital acumulado es un inmenso tesoro".

Se induce, entonces, que si el trabajo de la humanidad le ha permitido consumir y ahorrar los famosos capitales incontables, hoy concentrados cruelmente en 15.000 personas, entre 1.700 millones, el trabajo es inmensamente productivo; un día de trabajo rinde un valor económico de 50 m\$ n argentina, de los cuales 8 percibe el obrero y 42 el capitalista, por ejemplo.

Piénsese qué magnitud de error y qué magnitud de adherentes a ese error e imagínese qué puede contener la ola.

2º Todo el fenomenismo económico no debe ser natural sino oficial, estatal coercitivo, y si el desideratum de producción máxima y justicia de su distribución exige que el Estado gobierne no sólo la producción y propiedad sino el matrimonio, la conducta, los placeres, vicios y pensamientos del particular; el Estado, que "sabe" más que el individuo, todo lo "puede" reglar.

¡Es el maximalismo! Sí, todo el maximalismo, es decir sólo un 50 % más que el maximalismo que ya soportáramos, pues la humanidad estaba ahogada en legislación y decretos antes que se supiera de Lenin y Trotsky, en tanto que el inflacionismo estatal,

creciendo desde hace cien años, usurpando la libertad de conducta y contrato del Individuo, es una aberración indisculpable, que viene acumulando una obra nefanda de empobrecimiento psicológico del Individuo y económico de la Sociedad.

3º Cree además el obrero; que el patrón trabaja menos que él, y que el capital rinde un 50 % anual, si no mucho más, y sólo debiera rendir por trabajo del patrón, riesgos e intereses un 12 % anual, quizás. Ese 38 % de injusticia económica debiera ir totalmente al productor, que es él, el obrero. Y esta rectificación distributiva debe imponerla el Estado por leyes y funcionarios, es decir, por coerción.

En otra oportunidad, si se permite, expondré en Gaceta del Foro: "El disconformismo que debiera haber", que es el disconformismo anti-estatal, cuyas fórmulas tienen que ser característicamente jurídicas, fundamentadas en una teoría psicológica-económica del Estado, y cuya defensa universal debiera dirigirse y practicarse sistemáticamente por los hombres del Derecho coaligados, como debe estarlo la producción y toda la sociedad, para el recobro por el Individuo de todas las libertades de conducta y contrato que el Estado le ha arrebatado, cada una de cuyas usurpaciones es un vasto renglón de empobrecimiento general.

EL DISCONFORMISMO INDIVIDUALISTA

En el quantum generalizado actual de influencia estatal tan disconforme hállese el Individuo con el Estado por lo que éste le usurpa, como el Estado con el Individuo por la modesta porción de libertad que éste aún no le ha renunciado.

Y sólo cabe decir tanto, en referencias al Individuo ideal; porque el real, el 98 % de las poblaciones está por el Estado y contra

el individuo. El Estado y los individuos están de consuno contra el Individuo (es decir contra las pocas personas que llámense Spencer, St. Mill, J. Mill, Ricardo, A. Smith, Turgot) bajo el curioso sentimiento de la capacidad natural para nada de los hombres y la capacidad adquirida para todo del funcionario, que por nombramiento de ayer pasó de las filas de los egoístas, perezosos e ignorantes por naturaleza, a la de los altruistas, diligentes y sabios por nombramiento, de pacientes de coerción a agentes de coerción.

Tan adormecidas están las conciencias que las voces de estudiosos que se han oído ahora (E. Ramos Mejía, E. Lobos, Baker, Warburg) no revelan sentir disconformismo alguno con el maximalismo actual y ya viejo del Estado y sólo tienen preocupación para ese poco más de maximalismo que es el Maximalismo.

Estamos tan superlegislados que si el maximalismo llegara a regir, acreditaría bella y juvenil inventiva si lograra tejernos un total de restricciones más vario e intenso que el actual.

Aun más; si imperando el maximalismo se contentara con una obra de maximalismo económico con acción ilimitada, dejándonos toda la libertad de conducta y la porción de libertad de contrato (contratos de uso, servicios por servicios, etcétera) que por sistema no le interesara, el Individuo, por tanto la Humanidad, saldría ganancioso en la suplantación del Estado actual, maximalista difuso, por el Estado-Maximalista-Económico. Contempláramos entonces un doble experimento de profunda instrucción: la reglación ilimitada de lo económico generaría prontamente el empobrecimiento de cada sección de actividades del hombre alcanzadas por el virus de la coerción, por la ley, decreto, edicto, ordenanza; por otra parte, veríamos el ennoblecimiento del seno social, el individuo mejor padre, esposo, ciudadano; más artista, poeta, sabio; más inventivo, más héroe, más dócil al bien cuantas menos "leyes" el bien tenga.

¿El juego simultáneo de estos dos procesos es imposible en el tejido de incidencias, reflexiones y refracciones que hacen del seno social el teatro de mayor señorío de la ley de multiplicación de efectos?

¿No nos prometería vivísimo espectáculo, no sería felicísima

inspiración parlamentaria así con las masas que muestran ser universal de maximalismo, transando con el maximalismo económico y sacando mucho más libre que hoy al Individuo de todo otro terreno?

El Individuo, por ejemplo Beethoven, por ejemplo Herbert Spencer, ¿tiene en verdad un interés en este pleito de capitalistas y gremios tan maximalistas unos como otros? El espesor de una "Colección de Códigos, Leyes, y Decretos", de cualquier nación "civilizada", ocupa más espacio que la caja de caudales de estos altísimos enriquecedores de la humanidad. La suerte que les ha cabido en el presente régimen significa que el Individuo no tiene por qué aceptar el llamado de aliado que le hiciera el Capitalismo para este duelo.

No veo dilema forzoso en mi primera pregunta, pues el "determinismo económico" el "materialismo histórico" ya cursaron su curso; si fuera verdad, Beethoven nada habría hecho para la humanidad.

Podría, aún más, sacarse una segunda concesión de inmenso valor negociando con la nueva fe; si obtuviéramos que el maximalismo fuera sólo "económico" y, además, que en lo económico admitiera producción y uso individualista bajo propiedad comunista, no se perdería el impulso individual insustituible, enriquecedor de las poblaciones. Quedaría casi el derecho de propiedad, y en cuanto al vicio de propiedad no nos preocuparía su ausencia del mundo. Su prohibición importaría, como la del alcohol, un ligero rasguño a la lógica individualista. Preferible sería que no se prohibiera ninguno de los dos, porque así en los niños sometidos a profusión de órdenes familiares como en los pueblos llovidos de leyes, prohibir es fomentar.

¿La sociedad, la convivencia, la coercio-vivencia actual es digna de defensa?

Sí, contra uno y otro maximalismo. La actual coercio-vivencia es indigna de vivir.

(Gaceta del Foro, marzo 7 y abril 6-1920)

EL BUEN DISCONFORMISMO

Dijimos que el error genérico que alimenta la vasta ilusión de los obreros es la convicción hecha, la certeza de que la humanidad es rica. Sabido que esta creencia existe en casi toda persona, no hay más que un paso más que dar para certificarse que el 95% de la humanidad habrá de venir a ser maximalista-socialista-anarquista. Junto estos conceptos tan distintos porque hoy no tienen acepción distinta tales rótulos. Sobre todo y desgraciadamente no ha quedado, si alguna vez lo hubo, un solo anarquista respirando sobre la faz de la tierra para esperanza de todos.

Si la humanidad es rica, es decir si el sobrante de su producción sobre su consumo es considerable no puede ser sino por ser inherente al Trabajo (muscular, intelectual, mecánico) gran productividad, por el milagro de que nuestra fisiología sea máquina privilegiada, diferentísima de toda especie animal, cuyos capitales no constan en Boletín alguno, de producción fácil y consumo módico. No teniendo estudios en Economía, me atrevo a asegurar que no se encontrará un solo técnico de esta ciencia que crea rica a la humanidad, que crea posible distribuyendo *per capita* todo el capital creado o apropiado, en todas sus posibles formas, entre los 1.700 millones de humanos, asignar a cada uno la posesión de un valor económico de 40 pesos oro argentinos. Es el costo de un traje con ropa interior, sombrero y calzado, la defensa y sólo por seis meses contra la sola sensación del frío, entre las muchas que tiene el hombre; es lo que tiene todo cordero a los tres años de nacer en capital (¿natural o creado?) en lana para la misma defensa, aproximadamente.

Ya sé que los financistas, espíritus alegres (los astrónomos también nos corren de vergüenza con sus cifras-moles, pero se divertirían mucho mejor si cuidaran este pequeño detalle: no usar más

que las billonadas de tiempo o las de espacio excluyentemente, porque si para una distancia incommensurable hay una celeridad ídem, todo es ubicuo y simultáneo) nos disparan cifras como la de 400.000.000.000 \$ m/n arg. que representaría esta Gran Guerra en todas sus formas de inversión, destrucción e improducción.

Con cifras semejantes, con la extraordinaria productividad y poco costo que se atribuye a las máquinas; con el misterioso potencial económico que se atribuye a la Inteligencia (invención, ideas, planes de organización) y, en fin, con la inclinación —si existe esta concentración anunciada por Marx— en pocas manos que la hace más visible, es justificado el arraigo de la ilusión del pueblo.

A ella le opongo los siguientes desengaños:

La humanidad es necesariamente muy pobre porque considerando sólo un período histórico y civilizado casi, de 3000 años desde Pericles, cuando la humanidad bullía de comercio, con los griegos, fenicios, egipcios, etc. (hablo sin esmerarme en exactitudes) más o menor como hoy, y atribuyéndole un promedio de población de 1.000.000.000 de personas, debiéramos hallarnos ahogados en riquezas si el término medio de sus individuos repetidos en cien generaciones hubiera realizado una producción sólo un 10% mayor que su consumo.

De otro modo diríamos que si, como lo cree el obrero, el capital en explotación devengara un 50% anual de productividad, del que, supone el obrero, sólo un 20% va a salarios, riesgos, desgaste, etc., y un 30% es líquida utilidad patronal, ese capital industrial se doblaría cada 3 años y en un par de siglos nos ahogaríamos en capital. Y si así fuera, ¿cómo se concebiría que existen inmóviles en los Bancos y se ofrezca al 5% anual todo el dinero que se quiera en locación?

Por otra parte, el supuesto de la pobreza connatural a la humanidad, y sólo remediable por el progreso del individualismo económico-político, tiene confirmación deductiva en la verdad compleja siguiente.

Las poblaciones humanas son "coeteris paribus" tanto más pobres económicamente, y el Individuo tanto más pobre psicológicamente cuanto más crece en variedad la función estatal.

El crecimiento en variedad por asunción de funciones espúreas,

aunque se hace acompañar siempre de decrecimiento de intensidad en las funciones genuinas (Spencer), otro mal en sí, arrastra aumento del quantum total estatal que es el mal genérico.

El grado de civilización, de ennoblecimiento de la humana convivencia se muestra en su *mínimum* de Coerción, es decir, de Estado, Gobierno, Mayoría, y camina hacia la perfección cuando la variedad espúrea va siendo sustituida por la intensidad en función genuina. De esta situación mejorada la sociedad retoma su marcha hacia la absoluta no-coerción, muy remota aún.

Es ya casi una perfección que el Estado se defina por la coerción "militar" y la "policial" sin otra alguna función y muy cerca de ella se hallaban las sociedades que se distinguen por su sentimiento individualista, como la española y la inglesa, cuando se inició hace medio siglo el raro ritmo coercionista, reglamentista, del cual el maximalismo es el *clímax*, que provocó la soberbia indignación de Spencer. La sociedad a *mínimum* de Individuo es el maximalismo, que como plan de convivencia de lo super orgánico sería la abolición de la Humanidad; ésta degradaría a un tipo quizá hasta infra-humano, meramente zoológico, de agrupamiento, desterrando el concepto noble de "sociedad", aun el de convivencia. Sólo quedaría una coercio-vivencia indigna de vivir.

Pero los grandes grupos nacionales actuales como el inglés, el argentino, el norteamericano, han revelado tal progreso de su adhesión a la convivencia a *máximum* de Individuo —salvo momentáneos compromisos con el delirio legisante universal— como para esperar que la humanidad en general nunca estuvo más lejos de renunciar a la libertad y no tardará después de hacer frente mental y materialmente al maximalismo, en retomar su camino hacia la Libertad, que es lo único que hace histórica e historiable a la humanidad.

El proceso hacia la No-coerción es la sola Historia; la especie humana la sola con historia es Humanidad porque es sociedad en cuanto sus miembros se unen y obligan para un *máximum* creciente de cooperación asegurada por un *mínimum* decreciente de coerción, hasta la supresión de esta mácula de la humana sociedad.

Por otra, la confusión de ideas e inestabilidad y exacerbación sentimental del presente deben circunscribir nuestra preocupa-

ción a alcanzar este ideal provisorio: ya que la coerción, el Estado, continúa siendo útil, démonos satisfechos con que se aplique sólo a aquello en que es útil: a saber, la actividad militar nacional (Ejército y Diplomacia Militar —Alianzas—) y la policial (supresión del uso individual de fuerza) incluso Justicia del Delito y de los estados de Posesión.

La no-coerción es una perfección teórica imposible, pero influyente y orientadora; una idea que incidirá con la práctica, como el encuentro de las paralelas en el infinito. Pero fijar y perseguir el quantum de coerción de que en el estado actual del hombre psicológico no se puede prescindir es practicable y debe procurarse.

El Estado es el órgano de la mayoría para el uso de fuerza sobre el Individuo, sea por iniciativa motu proprio del Estado sea a petición de uno o varios individuos contra otro u otros en beneficio exclusivo de los peticionantes fundados en ley o contrato, obteniendo sentencia de Juez y obteniendo éste prestación de fuerza por el Poder Ejecutivo a beneficio único del litigante vencedor.

Preguntémonos en qué casos y materias le es definitivamente útil o más útil que costo y perjudicial a la mayoría usar de fuerza contra el individuo y minoría.

Preguntémonos también si alguna vez y cuándo le es definitivamente útil al individuo pedir prestación de fuerza social ejecutiva por sentencia contra otro individuo.

En un seno social cualquiera hay infinitos derechos no accionados, contratos y documentos incumplidos, vencidos y líquidos, cuyos titulares optan por no traducir en fuerza, así como hay infinidad de coerciones materiales y morales que se ejercen sin derecho y no llegan a los jueces de los Delitos. En el hogar, en la escuela, en la calle, talleres, gremios, cuarteles, infinitas presiones y coerciones se desarrollan a diario, algunas mucho más crueles que las que motivan ostentosas sentencias penales.

Probablemente, cuanto más inteligente es un pueblo más son los derechos que no se accionan.

La Libertad (causa causada como todas) ha causado mejor acompañando el enriquecimiento colectivo de Inglaterra y ha hecho olvidar el daño moral y material de la desigualdad económica.

Menos sufrimiento, no preferencia por métodos, naciones, sistemas gubernativos, debe ser lo que interese a todos. El individualismo no tiene culpas aquí; es preciso; pero una redistribución del capital natural en nada lesionaría a la noción y hecho fecundo de la Libertad, es decir del *mínimum* de Gobierno, renunciar a todo lo que hay de inapto y empobrecedor en las intromisiones del Estado en lo individual.

Gobierno fuerte (es decir sin minucias de trámite, control y distribución de responsabilidades) y *mínimo* sin prédicas, intromisiones, fomentos y contrariaciones de lo que hace y gusta el individuo; un momento de nuevo arreglo del capital natural y después de eso nada más que impedir la fuerza individual en el seno social, y la agresión externa, o sea Policía, Justicia del Delito y Fuerzas Armadas. Más funciones y facultades en el Poder Público son infantiles y empobrecedoras en el estado actual de la civilización.

La Ley, la coerción estatal no ha tenido nunca la eficiencia y emoción de la espontaneidad de un millonario yanqui que suprime la herencia y aun la propiedad dando sus bienes, y no sólo a sus vecinos y compatriotas sino a cualquier población de la tierra; en cambio el Estado, como las Religiones, crean instituciones de beneficencia parasitarias, adulteradas, costosas y egoístas. Así el comunismo si es fecundo, no empobrecedor, vendrá por la espontaneidad, no por la Ley.

Los desniveles económicos individuales son más importantes por el *sentimiento* que hieren y por la *inteligencia* (de lo económico) que adulteran, que por daño económico y lesión real de lo justo. Es de igual o mayor sentido económico el criterio productivista que el de nivelación: no es la riqueza de unos y la pobreza de otros sino la pobreza de todos la que reinó siempre en la humanidad (aun en los Estados Unidos de Norteamérica hoy, que deslumbran y equivocan tanto la esperanza económica de la comunidad humana), pobreza más o menos igual a la de cualquier especie animal y que en la humana nace más del desperdicio de actividades dedicadas al mal trabajo, a la simulación de trabajo y al trabajo de mentira profesional, política, libresco, periodística, comercial, bursátil, de adulteración de cosas e ideas y del delito y casi-delito, de la prevención y represión de éste,

que del ocio y la injusta distribución. No es el lujo, los vicios tan legítimos y tan sanos como el respirar y nutrirse, ni la concentración de riqueza en pocos individuos lo que es empobrecimiento, sino la excesiva porción de actividades de Destrucción e Improducción, y la incomprensión económica y sentimental que la caprichosa distribución de la riqueza engendra en la mente del pobre y del rico. El pobre cree que puede haber una humanidad de ricos o casi ricos, cree que el capital en actividades rinde inmensos lucros y que con sólo la igual distribución se operaría el cambio feliz; ninguna especie animal será jamás rica pero cierto grado de comodidad económica, de soportabilidad económica, tendrá la humana si suprime la Improducción y la Destrucción mental y material.

II

(ADVERTENCIA)

En este capítulo se agrupan páginas sueltas que parecen referirse a una (ya aludida) posible acción de tipo político, a la que, acaso, al menos como consejero o teórico, no sería totalmente ajeno el propio autor. Este designio abarcaría dos fases, acaso simultáneas o acaso la segunda resultado de la transformación de la primera: acción pública discreta pero concreta para influir sobre la opinión; y acción novelesca, o sea expresión literaria de un propósito político, transfiriéndose quizá a la literatura la eficacia de la acción.

Borges y Fernández Latour han recordado el proyecto de una novela fantástica situada en Buenos Aires, empezada a escribir entre M. F. y sus amigos jóvenes con el título: "El hombre que será Presidente". Fernández Latour la da por iniciada y precisa intenciones: "El argumento consistía en lo que hubiéramos querido realizar: inundar la ciudad de artefactos de nuestra invención destinados a hacer la vida cada vez más incómoda e indeseable para que, cuando la desesperación general llegara al colmo, interviniera Macedonio, todopoderoso restaurador de agradios y placeres y, por eso mismo, anulador instantáneo de toda aspiración rival de la suya a la Presidencia de la República". (Compárese este método de conquistar el Poder con el propiciado en "Museo de la Novela de la Eterna" para la conquista de Buenos Aires para la Belleza.)

De las páginas reunidas, "Ante la nueva Presidencia" parecería las frases iniciales de una declaración o manifiesto, y "Dijo el Presidente que", un pasaje de aquella supuesta novela, corroborado quizá por la palabra Capítulo que aparece en el manuscrito en la parte superior. El resto se percibe fácilmente que son exámenes de la actualidad política y económica, nacional y

mundial y crítica de lo que se supone correcta teoría del Estado. El trasfondo de posiciones políticoeconómicas es semejante al del capítulo precedente doctrinario y corresponde a la misma época, pero la exposición va más a un supuesto público o a dirigentes de opinión.

La unidad y continuidad del pensamiento individualista o anti-estatista de M. F. es evidente a través de unos sesenta años. También es verdad que una vez escribió: "Es posible que en orden a lo sociológico me encuentre equivocado, es decir, que mi casi completa incredulidad en los beneficios y necesidad del Estado sea inadecuada a la faz social de la psicología del hombre"¹. (Revista Oral.)

¹ Testimonio de E. Fernández Latour: "Tenía horror del gigantismo y del detallismo estatales y de la legislación progresivamente allanadora de los derechos del individuo. Era frecuente su protesta contra el 'reglamentismo legal', así lo llamaba, que le parecía excesivo ya en esa época (la de Marcelo de Alvear, sin embargo, que nos deparó el gobierno casi ideal del liberalismo) ... Deseo ferviente de Macedonio era, en efecto, el de un valiente Congreso que, desafiando tendencias que ya entonces buscaban, fuera puntos de vista diametralmente opuestos, el predominio del Estado, fuera capaz de dictar una ley derogante de centenares de leyes que le parecían otras tantas trabas al bien del individuo (único tramitable, pues el otro, el social, concebíalo como mera resultante o añadidura)." ("Un episodio epistolar entre Juan B. Justo y Macedonio Fernández".)

Política es dos cosas: actividades para el apoderamiento personal del poder social llamado público (es decir coercitivo), y modo y fines en el uso del poder público una vez conquistado.

El mayor bien, moral y material, del mayor número, el bien más extenso y duradero es el fin teórico y bueno del Gobierno; y en esencia ha sido efectivamente siempre, en la práctica, en la historia, la aspiración íntima de todos los gobiernos y gobernantes ya fuera su técnica de uso del poder la deliberación y el control de un Mitre o Washington o la tiranía de un Napoleón o Rosas, Urquiza, igualmente capaces y bien animados unos y otros. La técnica de adquisición del poder público es quizá de moralidad indiferente ya se use el procedimiento de la deliberación y el "programa", ya el personal y de logia o camaradería, pero parece deber primar la apreciación de lo personal pues es por el instrumento de personas que los programas se cumplen o no se cumplen. La técnica de "programas" y la de "personas" son, igualmente, anchas al principio y angostas al final: ya se prometan realizaciones de ideas, ya cargos y colaboración en el gobierno, siempre el ofrecimiento es exagerado y el cumplimiento menor. Por esto parecería el mejor tipo de gobernante el del hombre sobresaliente buscado para gobernar sin haber hecho profesión de la política; pienso al contrario que esos hombres no sirven: el político de toda la vida es el mejor gobernante: una larga vida en vasta comunión con una vasta multitud de hombres es la que sirve para conocer y *querer* el mayor bien del mayor número.

El mayor y más duradero bien del mayor número puede ser realizado mejor en ciertos asuntos por la libertad o individua-

lismo o iniciativa individual que por la coerción o gobierno. El desideratum parece ser sustraer cada día una mayor región de las acciones humanas a la coerción-gobierno, y quizá sea preferible un *mínimum* de gobierno tiránico a un *máximum* de gobierno deliberativo.

Pero todo es circunstancial: *mínimum* o *máximum* de gobierno son el desideratum alternativamente; lo fijo es el fin: *máximum* de bien. El fin del gobierno es sólo importante en cuanto el gobierno sea necesario al fin de la humanidad; en muchas cosas hasta la existencia de gobierno es contraria al fin de humanidad y en muchas el gobierno es imprescindible al fin de humanidad. Todos los gobiernos que entraron en la presente guerra se hicieron inmediatamente tiranías espontánea y consensualmente. El gobierno personal de Wilson es una tiranía en toda intensidad, una tiranía completa, es decir en la técnica (que es la orden personal) y en la extensión, pues todos los fines humanos son hoy gobernados por Wilson: la comida, el sueño, el trabajo, el domicilio, todo puede ser materia de órdenes de Wilson; no me refiero a influencias indirectas, sino a órdenes directas.

La actual guerra será pronto un Pasado de 4 años de más influencia que un Pasado de 100: nacida entre naciones más o menos liberales o demócratas fue conducida por gobiernos en tiranía y quizá termine por naciones en anarquía. De modo que al mal de destrucción e improducción de la guerra se acumularán los de destrucción e improducción de un estado de anarquía, y estas dos etapas acumuladas de mal tendrán que ser seguidas y reparadas por un estado humano de *máximum* de trabajo, de productividad del trabajo y *mínimum* de ocio, improducción, error y destrucción; la tiranía es el *máximum* de eficiencia con *mínimum* de desperdicio en deliberaciones, control y publicidad y debe suponerse que será característica de la política y el gobierno inmediatos a la Guerra y al caos social (mal llamado anarquía: ésta es un ideal). La Guerra y el caos social llevarán a la humanidad a un *máximum* de pobreza y será función de las múltiples tiranías-gobiernos de las naciones un *máximum* de organización de la producción, de eliminación del ocio, de las ocupa-

ciones de improducción (burocratismo, comercio, profesionalismo, política, deliberaciones, voto, periodismo, etc., en sus fuertes porcentajes de exceso).

Los políticos serán personalistas y tiránicos y los gobiernos también. Probablemente se aplicarán a: hacer trabajar a los ociosos, hacer trabajar más a los trabajadores, hacer que el trabajo sea de producción y no de destrucción o improducción, hacer la organización de la producción cuyo fin esencial es evitar las superproducciones de unos productos u otros. La superproducción es una especie de destrucción de trabajo, es una especie de improducción. Se aplicarán también los políticos a la distribución en justicia de los productos, a la justicia económica, pero la preocupación de producir primará sobre la de justicia de su apropiación; o quizá por un estado de profundo decaimiento y desconcerto se obsesionarán los pueblos con los problemas de "propiedad" y descuidarán la producción; se tendrán pocas cosas y mucha deliberación acerca de a quién pertenezcan. Habría en este triste estado que tiranizar también en esto; cortar la discusión ético-social y obligar a la producción.

Sea mejor o no la política de "personas" que la de "programas", los suscritos, sin entender que deban detenerse en la composición de las ventajas de una u otra, y juzgando que la alternativa debe resolverse circunstancialmente, optan por rodear a la persona más apta que encuentran para la futura presidencia de la República, y sin que ello importe programa obligado adhieren al Gobierno productivista: gobernar sólo en cuanto sea directa o indirectamente necesario para la mayor producción. Gobernar la moralidad o justicia económica de la apropiación de los productos... (Interrumpido. Al dorso hay una lista de 47 nombres de personas que se supone concordantes con las ideas o empeñables en alguna posible acción política.)

¹⁰ Por efecto de dos sucesivas decepciones políticas del pueblo: socialismo y radicalismo, debido a la conducta personal de sus jefes en el éxito, conduciéndose como plutócratas aquéllos en sus placeres (temporadas balnearias en Mar del Plata de Bunge, Bravo, Ibarlucea) y en su espíritu mercantil (viñedos, estancias,

rascacielos) y evidenciando éstos grandes apetitos, desafortunadas rencillas infantiles y grandiosas frases insufribles, la indiferencia y repulsión por la política es la regla en el 95 % de los sufragantes del país. Pero, en el pueblo, sufragantes y abstenidos, se ha pasado de aquella decepción a una inmensa nueva esperanza: el maximalismo, contra el cual sería imposible luchar si no fuera fácil la demostración (que nadie intenta científica y fríamente) de su inconsistencia económico-psicológica.

2º Hoy, en 1920, el 95 % de los votantes del país no tienen convicción ni compromiso; aunque algunos lo tuvieran, faltandoles convicción están dispuestos a hacer poco caso de compromiso. Quieren "éxito" seguro del partido, a falta de grandeza de móviles del mismo. Además, el voto secreto permite hoy no incurrir en riesgo alguno (de pérdida de empleo o ulterior imposibilidad de empleos) a una persona que se afilie secretamente a un grupo que le convenza del éxito, continuando ostensiblemente como adherente de los actuales partidos. Esta doblez es la regla pues nadie por ello se siente inmoral, debido a que nada le presenta de moral que merezca lealtad. Es como la promesa hecha por un bandolero que os secuestra. Tenemos pues: que 200.000 votantes están sin compromisos y que una afiliación secreta nada les hace perder.

3º Por grande que sea la terquedad de muchos maximalistas (por envidia, venganza o indignación mal fundada) de desear la revolución maximalista *sabiendo que su éxito durará poco y que a todos incluso ellos dañará económicamente* (aparte de los sinceros que creen que el maximalismo es doctrina sólida y benéfica), sabiendo que los perjudicará siempre preferirán que la revolución, o cambio no violento, sea de efecto durable y de beneficio para todos.

4º La "Liga Patriótica" no es democrática ni es maximalista: para ser democrática tendría que circunscribirse a afirmar que combate al maximalismo por la causa de que estando en minoría quiere antes de llegar a ser mayoría, ejercer el gobierno. Yo sostengo que hoy la mayoría en todos los países (exceptuada hoy apenas, pero no mañana, la Argentina, y quizá Francia, por su embriaguez explicable, anhelada 50 años, de ver vencida a Alemania, felicidad profunda aunque pueril) es maximalista. Un

pueblo y unos hombres que han empeñado la fe pública de ser demócratas, de acatar a las mayorías, son falsos a su palabra. En las democracias es indigno, es traidor, impedir que la mayoría gobierne: se le debe entregar el gobierno hidalgamente y combatir la idea con todo tesón y claridad, hasta convencer a una nueva mayoría: gobernar es el derecho de las mayorías, es la palabra empeñada; y hacerse mayoría (por persuasión) es el derecho de las minorías. La "Liga Patriótica" no es anti-maximalista porque defiende incondicionalmente, sin examen, sin análisis, al actual tipo de gobierno o de Estado, universal y en la Argentina, y ese tipo actual de gobierno es desde hace un siglo un maximalismo, porque usurpando funciones e iniciativas que competen al Individuo, que sólo el Individuo puede desempeñar con ventaja para todos, constituye un máximum usurpante de Gobierno. Este maximalismo plutocrático (provisionalmente lo distingo así) ha invadido todas las esferas de la fecunda acción libre individual ocasionando forzosamente un empobrecimiento profundo de todos con apariencia de riqueza (que impresiona por la concentración del capital, y el lujo, y por el maquinismo imponente). Esta tiranía, de repúblicas y monarquías, de Ejecutivos y Parlamentos, tan empobrecedora de la "economía" y de la "psicología" de los individuos, es innegable que ha tenido el consenso de las mayorías reales de todos los países, pues todos los pueblos en todos los tiempos, excepto quizá el español, y, en sus buenas épocas, el inglés, quieren y desean el máximum de Gobierno.

ANTE LA NUEVA PRESIDENCIA

A Todos

No pidáis que las cosas sean baratas. Si queréis comprenderme pensad que en un artículo hecho, una mesa, hay: *trabajo* del que

hizo la materia prima; plantación y corte del árbol; *trabajo* del que la transportó; *trabajo* del que hizo el mueble; *trabajo* del comerciante al menudeo que la lleva a su negocio, la expone, cuida y hace limpiar cada día, y *trabajo* del carrero que la llevó a la casa del cliente que la compró. Pedir que una mesa sea barata es pedir la reducción de los jornales de cinco o seis clases de trabajadores. La mesa que habéis comprado es una rama de un árbol, de un pino que estaba en las selvas de Misiones. Allí os darían una gran rama por cinco centavos, y aquí es una mesa que vale \$ 20, es decir 400 veces más. El corte, transporte, cuidado y manufactura de esa madera son \$ 19,95, la madera \$ 0.05.

Diréis que podrían ser baratas las cosas sin reducir los jornales reduciendo la ganancia del capitalista. Creéis verdaderamente que el mueblera que vende una mesa hecha con una rama traída desde Misiones gana mucho vendiéndola en \$ 20, pagando \$ 400 de alquiler, 600 de empleados, patentes, impuestos, luz, avisos, 200 de intereses de capital, y seguro de incendios. Si se supone que el comerciante compró la mesa en \$ 15 y la vende en \$ 20, comprando al por mayor y pagando interés podemos suponer que gana \$ 4, lo que es más de lo normal. Si renunciara a un peso de esta ganancia, es decir si renunciara a la cuarta parte, al 25% de su ganancia, lo que es mucho renunciar...

(El obrero cree que el patrón) tiene derecho a un salario menor pero además a un premio de riesgos, más un interés para su capital, aproximadamente, un 10% anual por prima e interés. Cree, además, sinceramente, que el trabajo del patrón es de muy superior *calidad* al suyo, aunque aparente negarlo. Por mi parte creo que no hay tal diferencia de calidad sino que el patrón trabaja más.

Pero... se le ha convencido de que el patrón obtiene normalmente de su capital un 40 ó 50% de interés anual y, además, que por el procedimiento de los "trusts", última novedad más vieja que el comercio fenicio, este enorme rédito se dobla. Ante la observación de que más del 50% de los comerciantes e industriales quiebran, responde que ello es incompetencia y abandono.

Si se le señala que el industrial tiene todo el capital que quiere en hipoteca al 6% anual, y sería inconcebible que existieran capi-

tales abundantes al 6% anual al lado de capitales al 50% anual (bajo las insignificantes deducciones de una prima de riesgo y un salario de patrón inferior al de obrero) ya se confunde y apartará el tema insinuando que hay muchos gustos diferentes entre los hombres capitalistas.

¿Por qué no habrá entre esos gustos el de ser muchos patrones generosos con los obreros, si otros muchos avaros y crueles?

No hay para qué seguir. El obrero es inocente: ha aportado más de 150 años de oratoria y folletos de mentira económica, y a nadie se le ha ocurrido que enseñarle la verdad económica, como se enseña la regla de compañía, o el lenguaje algebraico a niños de diez años en un mes de verdadera instrucción, es el antídoto de aquello, en lugar de soñar con vastas represiones sistemáticas, o entretenimientos legalizados del Estado en cuanta diferencia surja por salarios y horarios o, en fin, en encerrar a todos los obreros de un país en infinitos cuarteles de trabajo a son de mando.

¿Por qué no se ha pensado en esto? Porque ha sido tan enorme la preconización de error que no sólo los obreros, sino los políticos, los cleros, los funcionarios y hasta los capitalistas dudan de la teoría del libre contrato, de la propiedad, de la renta, de la herencia.

La verdad sencilla es:

Que el Individuo inviste de autoridad al Estado para que éste lo sirva, y no es el Estado quien concede la libertad al individuo para ser servido por él.

Que entre las invenciones del Individuo para el mejor servicio del individuo está además del Estado, la propiedad y la herencia, que no son concepciones artificiosas del Estado preocupado de hacer de providencia de las masas ignaras, sino laboriosas e inteligentísimas concepciones del fecundo y enérgico individuo que compone las *masas ignaras* y que inventa lo mejor, lo que no se le había ocurrido a ningún jurista de gabinete, porque el individuo inventa lo que siente que le hace falta día por día, sea la tenaza o los interdictos o la letra de cambio. Noción profundamente desviada es la difundida por la predicación solidarista, mayorista o socialista de que el Estado hace *concesiones de "li-*

bertades" al individuo, y los mismos capitalistas han llegado a creer que si al Estado se le ocurre que el comunismo... (falta continuación).

— No confundamos favorecer al proletariado con aumentarlo; hay que disminuirlo y aumentar las actividades de producción a consumir directamente por la familia productora, no fomentar las pérdidas de tiempo o actividades inherentes a innumerables trueques del dinero de salario por todos los artículos y servicios que a su vez necesita el asalariado. Sin una proporción mayor de trabajadores y más consumidores de parte de su producción, las fábricas de 300, 500 y más operarios se tornarán cuarteles y los operarios en políticos de las aventuras a que los tienta el verse tantos juntos. Las actividades de improducción, como son en gran parte las comerciales, pueden ser suprimidas, como conviene, en un 30 %, y esos pequeños comerciantes irían obligados a la producción útil; desaparecería en un 30 % o más el sobreprecio que en estos trueques tiene que dispendiar el productor no consumidor y las molestias de salir a comprar, elegir, discutir precios. Sobre todo un inmenso bien moral: la continuidad de la vida de familia. Se habla de lujos pero no se advierte uno; qué mayor lujo que encontrar cuatro almacenes en cada manzana y un vendedor de cigarrillos cada cincuenta metros. Cuántos locales, cuántos gastos que pagará el obrero.

— El patrón-obrero-asalariado sería el ideal.

(Con la) prohibición de trusts y libertad de huelgas y gremios o viceversa... ¿quedaba alguna libertad en el país del extraordinario Franklin?

Para hacer una frase hoy que tanto "bien positivo" hacen las frases, especialmente las de Wilson, Churchill, Clemenceau, Lloyd George, frases que de por sí abaratan el pan y acrecen la libertad, podemos decir que no quedaba más libertad que la de prohibir, reservada a competencia por parlamentos y cuerpos municipales.

Y hay quien en España, el país del individuo menos legislado, y en la Argentina, cuyo individuo es menos legislado que el yanqui aunque más legislado que el inglés actual quizá, que el

español ciertamente, hay quien pide más parlamentarismo, más concejalismo, creyendo que es pedir libertad; que echarse encima un parlamento, infinidad de legislaturas y cuerpos municipales delirando leyes a porfía es darse guardadores de su libertad. Es pedir rey, es dar, no darse, libertad.

Esa democracia yanqui llovida de leyes que abominarían Franklin, Bentham, Mill, Spencer, Joumans, ha resuelto no guardarse más libertad que la de votar, singular torcedura de las cosas, pues votar es esencialmente delegar libertad y se explica así que cuanto más decae el sentido de libertad en los individuos más se cuida la difusión y libertad del voto en el cual está todo comienzo de renuncia de la libertad. Un grado más y no suerable de torcedura y diabolismo en el fenomenismo político de la libertad lo tenemos en el voto obligatorio, final delirante de la libertad democrática y última y cómica andanza de la Libertad, comicidad y nonsensu tan insospechados que nos encuentra hasta sin una frase con que lo definiéramos. Intentando sustanciarlo, podríamos arrimarnos a la intimidación de tan graciosa aventura diciendo: que el voto es la libertad de ceder la libertad y el voto obligatorio es la obligación de usar de la libertad de ceder la libertad.

La novela de la Libertad ha terminado con un fin bien triston y no se llama *El alcalde de Zalamea* ni lleva la firma de Felipe II el inaguantable tirano según los aguantadores lectores de cuanto se escribe en francés, y admiradores delectables de cuanto se decreta en el último concejillo municipal yanqui, poniendo tamaño a los pantalones y precio al azúcar y al salario.

Votar es ciertamente acto de libertad, como contratar, pero siempre que no haya una Constitución para limitar lo que el Estado puede hacer por orden del votante o un Código Civil plagado de prohibiciones e interpretaciones forzadas de lo que se puede contratar. Es útil obligarse a lo que se contrata o a lo que decreta una mayoría votada, pero siempre que se deje al individuo contratar todo cuanto quiera contratar y siempre que las mayorías o los gobiernos no provean y dispongan sino acerca de materia o interés que sólo por mayoría o gobierno pueda regirse bien, que individualmente o por contrato no pueda regirse mejor, materias muy *limitadas*, como digo.

He aquí pues sólidamente preparado el recibimiento al maximalismo y nadie puede llamarse a novedades.

—Imagínese que un gran trasatlántico llevando a gente rica, refinada, ultracivilizada, encalla en una isla desierta (las hay todavía, tengo informes de sus aborígenes, y en cuanto a lo de remotas islas, lejanos países, todos lo son, si los demás no se les acercan) encalla (se puede repetir porque es situación que dura hasta que se agotan los telegramas entre “encalló” y “zafó”). Nacería un Estado (después del reparto de cuentitas de vidrio, estampas, alcohol y catecismos a los naturales, que todos son naturalmente maridos reñidos: tienen locura por las islas desiertas).

Puede creerse que un grupo selecto humano encargaría a alguno de ellos que les prescribiera vacunas, abstención de cocaína, instrucción obligatoria, no hacer apuestas, no escribir ni leer libros licenciosos, no matarse sino por el Estado, no negociar entre ellos sin consultar el precio del trabajo o de las cosas al Gobierno, no usar los servicios de gente no diplomada por el Estado, no trabajar los domingos, ni después de las 7 de la tarde, no divorciarse y volver a casarse, no casarse sino con intervención del Estado, no vagar o trabajar, no pelear entre ellos con mutuo consentimiento, etcétera.

Ese grupo humano decidiría: distribución igual originaria de la riqueza natural de la isla; libre negociación y trabajo de los productos, no herencia patrimonial sino de sólo los productos, parcial y duradera sólo hasta la edad del hijo y condición de salud que le permita sustentarse; una fuerza interior para impedir y castigar el único delito: el empleo de la violencia entre mayores de edad sin consentimiento, o de la intimidación y desmoralización sobre menores e incapaces, y una fuerza exterior profesional, técnica, contra... otro buque que naufragara en la misma orilla...

—De las “camarillas” a las “mayorías”. La inclinación criminal de las “mayorías” a hacer su víctima en el individuo aislado, única víctima que les es asequible, pues la lucha con otras camarillas o mayorías es incierta y laboriosa, viene pronunciándose

desde un siglo. Y hoy con la Gran Guerra y el trustismo del Trabajo (gremios, huelgas) y del Capital, y la posesión gubernativa de los sindicatos —que será su ruina y que forzará el advenimiento de una tiranía militar universal, más sana que la capitalista y la obrerista porque la vocación militar tiene más afinidad con la función de “Gobierno” que la vocación de Producción— asume una intensidad máxima. “¡Aquel hombre está sólo!”, es el alarido de las mayorías...

— *Las carreras de caballos en la República Argentina.*

1º Constituyen como fenómeno total (pecuniario, social, actividades externas e internas de estudio, labores, experimentación biológica hípica, psicología colectiva de la opinión y el error) el hecho de mayor volumen nacional. Las tres pasiones de los argentinos son: el hogar, los negocios y el juego de carreras.

2º Las carreras en la Argentina comportan un movimiento total directo e indirecto de dinero de 300.000.000 m/n anual, igual a un tercio del promedio anual de la exportación total argentina.

3º La pasión de los argentinos por las carreras los mantiene en el desprecio por la política, con lo que certifican su buen gusto.

4º La Argentina tiene los mejores caballos, los mejores jockeys y compositores y los más inteligentes y audaces criadores del mundo.

5º La tiránica prohibición de las carreras en Estados Unidos prueba que aquel país tiene menos sentido de la libertad, y debe haber repercutido en un aumento del alcoholismo y de los linchamientos, de la mentira política y periodística, de la industria de inventar religiones, etc., en aquel país.

—... Estos quinieleros usan también su dinero y su actividad (que la Constitución ha proclamado sagrada siempre que no impida a otro una actividad igual) procura al particular (que usa su dinero en apuestas) el placer del juego, como las joyerías y modistas el placer del adorno, las imprentas y conciertos el placer del arte, los jueces el placer de leer la redonda literatura de sus sentencias resolviendo medianerías y quién debe deshollar la chimenea de la cocina, el propietario o el locatario, etcétera.

Pero ahora se arrestarán 100 quinieleros por día, número igual al de salteamientos de cada noche, que se ejecutarán cómodamente...

DIJO EL PRESIDENTE

Dijo el Presidente que:

1º En una nación tan inteligente y vivaz de sentimiento (inteligencia y emocionalidad son estrictamente correlativos) como la Argentina, un hombre de fuerte inteligencia aprovechando el actual estado de intensa decepción de los espíritus en política, la gran libertad de juicio de la población, el arraigo que ha tomado en cada ciudadano el placer de votar para premiar o castigar con el voto, la ninguna fe de las gentes en las promesas, posturas y programas embarullados e insinceros de los políticos, la mundial oscuridad de ideas acerca del problema social, que siendo tan sencillo casi nadie lo entiende y nadie lo expone en pocas y sencillas palabras, el gusto general de la población por la política no hinchada y chillona pero sí coloreada de alguna fantasía e ingeniosidad, la irritación acumulada en todos por el abuso del entrometimiento de la Presidencia actual en el libre movimiento de las lidias obreras como en la libertad de los negocios, precios, salarios, exportación —sin que se desconozca al presidente Yrigoyen muy interesantes facetas como Presidente (mucho más como caudillo) y notables otras de paciencia y habilidad en el tratamiento circunstancial de los vaivenes obreros y de otros problemas cuyos frutos han sido superiores a los recogidos por otros gobiernos— el deseo de que se presentara una política sencilla, franca, que fuera capaz de favorecer el bienestar económico en grado que todos lo sintieran y sin embargo sin enredar al Gobierno y confundir a la población con reformas graves muy difíciles de ser bien estudiadas, mucho más difícil

de ejecutarlas bien y que por la inquietud y desaliento ocasionados por los grandes cambios paralizan el trabajo, la producción y los negocios, generando por de pronto pobreza, y que en las últimas consecuencias pueden no ser ventajosos —podría hacerse Presidente con sólo la dedicación concentrada de un año a hacerse conocer, comprender y seguir.

Esto explica por qué el Presidente había dicho que estando sin dinero y no teniendo vocación, gusto para el ejercicio de la abogacía, quería ser Presidente "por ganarse la vida" porque no le costaría más trabajo hacerse Presidente desarrollando una actividad que le era grata, que atender seriamente su Estudio un año, con violencia de sus gustos. Y si se le preguntaba qué haría como Presidente diría que aunque Milton nunca dijo para qué quería Luzbel el Cielo es seguro que era para hacer felices a sus amigos, trabajar reunido con ellos y procurar dar a la vida de todos mayor gracia; mayor inspiración, soltura; disminuir —por la sola acción del ejemplo y de la libertad— la sofocante manía pecuniarista, la manía reglamentista de los Gobiernos y Congresos.

2º Dijo también que como lo había comprendido Estanislao Zeballos, y expuesto con elegancia y sencillez Exequiel Ramos Mejía, no existe el conflicto social capital-trabajo. Pero también debía decirse que todo lo que haga el Estado para reglamentar el contrato capital-trabajo trae confusión y pobreza y además que la propiedad del capital natural en forma perpetua e ilimitada y con origen de mera casualidad, o de violencia, o de engaño, o de favor oficial, no sería consentido por la sociedad futura. Que en realidad el capital natural debiera ser explotado por todos y la palabra propiedad no debiera existir más que para sus productos. Para la tierra y riqueza natural no debiera haber la palabra propiedad sino productividad. Que el maximalismo no tiene de bueno más que esta idea siendo todo lo demás manía tiránica, manía de gobernar que también viene creciendo en las democracias y plutocracias.

3º El único fin del Estado es defender a la colectividad de la fuerza exterior y al individuo de la fuerza del individuo. Fuera de esto, la Nación, el Estado, la Mayoría de la Población, no tienen derecho a mezclarse en lo que hace el individuo. El precio

del trabajo, el de la mercadería, el libre comercio y exportación, los horarios de negocio, trabajo y diversión, el libre uso del dinero en negocios, en juego, en placeres, la conducta, la higiene, la instrucción del individuo, no son asuntos en que deba mezclarse el Estado y cuanto más interviene en ellos más mal se hacen las cosas.

Ejército y Policía, con normas elevadas e interviniendo en lo que realmente les compete, son los verdaderos fines del Estado. No debe emplearse al Ejército en las cuestiones obreras e internas, ni el Estado debe prohibir ninguna clase de propagandas aunque sean contra el Estado mismo. La libre emisión de ideas por desatinadas y perversas que parezcan es el mejor camino para que prevalezcan las mejores ideas. La asociación de gremios y de capitales debe ser libre y el Estado no debe sustituir nunca a los obreros en huelga. Debe garantizar de agresión y asegurar que nadie sea privado de trabajar o no trabajar según se le antoje. El Estado no debe tener industrias, ni vender mercaderías, ni prohibir tales o cuales contratos.

Se fija la mayor edad en los 20 años: la conscripción, el voto y el desempeño de cualquier cargo público se rigen por esta edad, y los padres pueden habilitar para todo acto civil o comercial a algún hijo por simple escrito o por testamento desde los 18 años.

El Ejército-Armada contará con varios miles de instructores permanentes (tenientes, subtenientes, cabos y sargentos, pagados, vestidos y domiciliados por el Estado; con sueldos moderados; para instruir la conscripción) y soldados de oficio. Habrá conscripción voluntaria; sólo la habrá obligatoria para los que se contraten en la profesión militar.

La Policía será científica y social, sin facultad de previsión preventiva ni instrucción de sumarios. Levantará y mantendrá el censo de individualización...

III

La nueva guerra mundial obliga de nuevo a M. F. a ahondar sus reflexiones y verificaciones sobre los fines del Estado y del Derecho. Da renovada y entusiasta expresión a la vieja fe en la primacía del Individuo (que corresponde más al concepto de "persona" que se divulgará más tarde) y la Libertad, preexistentes al Estado o Coersión, y la complementa con nuevas preocupaciones como la banalidad de la Civilización o Paz, la ley del Capital Natural, el trabajo de Improducción, la Ciudad-Campo...

LA VERDAD SOCIAL-JURIDICA

Llamemos Estado al cuerpo de facultades, responsabilidades y personas principales, y los subalternos que éstas necesitan y designen para auxiliares suyos, que determinan, ejecutan, decretan, legislan y sentencian todo cuanto se ha de hacer cumplir, si no se acata o se infringe, por la fuerza *material* de personas e instrumentos de fuerza retribuidos y adquiridos con dinero de toda la comunidad.

O llamémosle Gobierno. Un Gobierno debe asumir tanto menos funciones —pero ejercerlas con igual firmeza o fuerza— cuanto más culta es una comunidad: la inteligencia y la benevolencia genérica son lo que llamo cultura. La República Argentina está, con otras nacionalidades, en el más alto grado de cultura que se descubre hoy en la escena política universal. Debe pues tener gobierno mínimo, pero siempre fuerte. Llamo fuerte no al severo sino al expedito, libre de trámites, es decir libre de prolijas consultas con la población que lo ha elegido; pero no secreto, susstraído a la publicidad ni exento de Responsabilidad. No una responsabilidad pormenorizada, de rendir cuentas cada noche, sino de conjunto y al fin de período.

El Gobierno es tanto más elegante cuanto más simple, más fuerte y más público; y su suprema elegancia es amar la individualidad civil, el Individuo frente al Gobierno. Y la elegancia del individuo es la libertad civil.

Un Gobierno que reparte cartas, compra y vende azúcar o harina, inventa Loterías, va a misa en un país donde casi ningún ciudadano lo hace, conmuta penas, autoriza rifas y hasta se ocupa de postergarlas, persigue al ciudadano que juega, bebe o toma cocaína; presta dinero hasta en prendas; contrata músicos, tenores o escultores o peritos en la fabricación de laticinios extran-

jeros, no es Elegante, además de ser costosísimo y terriblemente estorbador, petulante, hinchado y más molesto que los mosquitos. Un Gobierno así es una vasta y necia draga de empobrecimiento de la comunidad. Y no hace lo que le toca hacer.

¿No sería el primer paso lúcido, en la actual oscuridad de interpretación y de rumbo no sólo en los pueblos sino en sus asesores más especializados y dignos de confianza, reconsiderar la inflación jurídico-económica de las funciones del Estado que viene creciendo, en un retroceso histórico inexplicable, en todas las naciones a partir del período de esplendor político —y en todos los órdenes— de la Inglaterra de Spencer y Mill en el siglo XIX, en que ratificando el pensamiento inglés histórico infundieron en el pensamiento universal que la esperanza y altura política de la civilización habrá de ocurrir en una progresiva reducción de las ingerencias del Estado? ¿No es el Estado y su vocación, la vocación profesional de político, más probablemente que el Capitalismo (pues hasta los "trusts" se alían y entienden pacíficamente, cortésmente, mientras sus respectivos Estados se entienden cada vez menos), la que causa no sólo el empobrecimiento y discordias por guerras sino el empobrecimiento de la mala paz, por profusión de actividades de simulación, de improducción y de destrucción de verdades y de cosas, de adulteración?

Soy antiestatal; toda civilización verdaderamente avarzada en lo sincero es verdaderamente antiestatal. Pero el Estado tiene que existir con plenitud en cierto momento en que se dicte: 1º El Estatuto del Capital Natural; 2º El Estatuto de la Fraternalidad Internacional únicamente consistente en el libre comercio, apropiación e ingreso de personas y capital extranjero, que es lo único que da derecho a una nación para ser respetada internacionalmente en su soberanía.

La primera incumbencia de un Gobierno es disponer con inmensa preocupación y estudio cuál debe ser el destino, la ley del Capital Natural de un país. Debe acudir a los más especializados en ciencia del Estado para saber esto, como para saber cuáles son las facultades y funciones útiles del Gobierno, qué es aquello en que debe suplantar al Individuo.

Las fronteras son el latifundio del dominio eminente: si yo no soy latifundista en lo privado o el derecho civil, no puedo serlo

en lo internacional. Y si hay naciones que tienen leyes de excepción contra el inmigrante, actividades y apropiación de personas y capital extranjero, la guerra podría excusarse. La Nación no es para los jueces, ni para los maestros, ni para los políticos, periodistas, capitalistas, obreros, militares, religiosos, versificadores, autores, catedráticos, burócratas: es para todos los que en ella estén. Sólo el Estado es para los nativos.

La propiedad de los capitales naturales y de lo que se haya obtenido por medio de permuta de los capitales de trabajo (productos) es un acomodo útil, no un dogma ni una moral: es simplemente más útil que perjudicial y mientras así resulte, en la medida de propiedad ilimitada y eterna actual, o en alguna más restringida, es ininteligente protestar de ella, como sería ininteligente protestar de su supresión o modificación si en circunstancias generales nuevas muy improbables la comunidad fuera más útil que la apropiación individual del capital natural.

Aún más: mientras sea útil la propiedad en general nadie debe avergonzarse de ser propietario, aunque la haya obtenido por la fuerza o por la suerte (defendida con fuerza), siempre que el desposeído de ella no la explotara o el que se la arrebatase trabaje más. Es éste el único interés de la sociedad y el interés de la sociedad es el derecho porque el derecho es la fuerza y la sociedad es la fuerza. Tratar de justificar a las Mayorías con argumentos jurídico-morales como si las mayorías no fueran la fuerza y el derecho, como si las mayorías fueran minorías, es contemplar la posibilidad de que alguna vez las mayorías sean al mismo tiempo minorías.

Lo que el individuo debe (por la fuerza) a la sociedad es trabajar. Digo mal: producir. Y no se pregunte el individuo si éste es un deber moral o no moral. La moral no es nada: mientras él se pregunte si hay moral o no hay moral vendrá el agente de la sociedad a hacerlo trabajar. Si se deja que algunos no trabajen y que muchos más no hagan cosas útiles, productos u obras de carácter (educación), de ciencia, de arte, es porque no se puede atender a todo y porque mucha vigilancia, control, es también mucha actividad improductiva. Por eso se tolera la suerte, lo aleatorio, la herencia no calificada por el trabajo, la ociosidad. Si el lector duda, pregúntese qué le pasaría si a bordo de un

buque inundado se negase a trabajar en las bombas. Entonces vería lo que es la mayoría y la sociedad, el derecho: fuerza y nada más.

El individuo haga de sí y lo suyo lo que quiera, y nada de los demás sino por convención libre entre mayores de edad.

La Libertad es la Beldad Civil, el aire civil del mundo. Pero no existe sino meramente jurídica, no humana, económica, si previamente no se fija la Regla de la Riqueza Natural: que es de todos y no es comerciable. El Estado, hecha esta regla, no debe entrometerse en nada sino en la Seguridad Externa, y, en lo Individual: que no haya coerción alguna sino la del Estado, y esto sólo para evitar coerción individual sobre personas y cosas y coerción exterior. Fuerte (sin discusión externa al personal gubernativo, aunque con opinión libre de todos) pero Mínima en asuntos, su única misión es hacer lo que el Individuo no puede: Guerra, Tratados, Policía, Justicia Penal. Tiene el monopolio de la coerción: es un Prestador de Fuerza.

¿Persuasión o Fuerza? En vez de declarar la guerra (por ejemplo Alemania a Polonia), ¿no hubiera sido mejor una propaganda incesante que obligara a los gobiernos? ¿Pero si por otra parte es una fatalidad que toda paz caiga en la banalidad y el empobrecimiento interno por la banalidad?

(Advirtamos que no damos tropezones con las palabras "comunismo" y "fascismo" porque todos los Estados son actualmente comunista-fascistas, dos modos de errarle a lo único bueno: mínimo de Estado.)

Así aparecen el Estado Elegante (simple, mínimo, fuerte) responsable a fondo no en controles de minucias, y el Ciudadano Elegante.

Yo propongo hacer rica a toda la humanidad al mismo tiempo que declaro que la humanidad tiene la mitad de la disponibilidad de Riqueza que puede tener y le sobra la mitad de riquezas y de actividades que hoy tiene o despliega.

Niego en Fisiología y Psicología la diferencia entre vicio y necesidad, y en Economía Política, paralelamente, la diferencia de jerarquía y mérito entre necesidad y lujo. No son las cosas

de "vicio", de "lujo" y de perjuicio (armas, venenos, por ejemplo) las que están de más, sino las actividades invertidas en simulación de trabajo, trabajo no útil y trabajo de destrucción, o sea ociosidad (que es lo menos, si es que existe salvo obligada), simulación, trabajo de improducción y trabajo de destrucción, fundamentalmente la Mentira (política, moral, profesional, periodística, libresca). La mitad de las Actividades de la humanidad es trabajo destructivo, inútil o simulado; el simularlo es un trabajo y muy estúpido.

Ninguna población nacional necesita trabajar más; basta para una vida llevadera que todo el trabajo sea de producción y se renuncie a trabajar en Destrucción, Improducción, Simulación trabajosa de Trabajo y Adulteración material, intelectual, espiritual. Un quinto de todas las actividades de una población civilizada es sólo útil: cuatro quintos son nocivos o inútiles.

Las guerras prueban que la Humanidad vive con cualquier cosa, con mucho menos de ese 1/5 con que vive en la Paz tan pobre como en la Guerra y más depresora de la Persona, de la Sentimentalidad.

La palabra Proletariado hace creer en un mundo de productores; no se ve que más trabaja y produce la familia del proletario que éste, a quien la familia allana todo para que él no tenga nada que hacer sino sus 8 horas. Y así todavía los dos trabajos útiles sumados no hacen casi 1/5 del total de Actividades Útiles, Inútiles y Dañosas de una población. El trabajador es un consumidor de trabajo ajeno, que paga, y de trabajo de su familia que está pago en su jornal.

El Comercio Internacional, como el Proletario estricto, casi no existen. Además de ser poco, el Comercio Internacional es el causante de eternos pleitos y guerras de naciones. Todo comercio internacional que no sea de Sobrantes debiera prohibirse como traidor al país. Poco se necesita y justifica el intercambio mercantil entre naciones, poco y por pocos períodos compensa la negociación y traslación de mercancías. (También, así, el de migraciones: cualquier nación con estimular y proteger a madres e infantes tiene pronto la población que le conviene.) ¿Cuál es la nación que puede pagar caro, es decir hacerse traer desde el

otro lado del mundo lo que ella no puede producir? Ninguna nación, sólo algunos ricos en cada nación. Los riesgos, gastos, desmejora, tiempo de traer maderas a Buenos Aires desde Finlandia o pasas o tejidos de India, etc., no pueden pagarlos poblaciones nacionales que siempre vivieron y viven hoy más que nunca pobres. ¿Y por ese comercio insignificante hay que sostener Guerras y Diplomacia? Es el tejemaneje forzado de las mercaderías que hace que yo me ilusione de que está bien pago el petróleo que atravesó la mitad de Europa y la mitad de los mares para mi lámpara, desde Bakú a Buenos Aires, y que me es más barato, me digo embaucado por las propagandas, que iluminarme con materias del país; entretanto la población de Rusia escasamente pudo consumir petróleo.

La lucha por Precios, o comercio, que absorbe tantas actividades que nada producen, es enteramente ajena al interés de una nación; que un comerciante gane lo que otro pierde es cero para el país y el trabajo útil del que ganó y el que perdió no representa ni un par de botines. Esta lucha es otro de los grandes renglones de desperdicio de trabajo no productor. (Hay que contar no sólo el trabajo que el comerciante pudo hacer de producción sino el que consume en idas y venidas, propaganda, etc.)

¿Y si estuviéramos ante una Opción por veinte años de Soluciones Militares en todo el mundo? ¹

Pues dijo el joven:

Por cierto yo prefiero un año de vida en el Emden, en el Scheer

¹ Otra redacción:

¿Y si estuviéramos nosotros los "banalistas" de América ante una opción europea y asiática por Veinte Años de decisiones militares?

Qué dijo el joven:

Ciertamente un año de vida de Capitán del Emden o de Almirante von Scheer, y aun de los marinos ingleses que los desafiaron, vale por 30 años de electoralistas de Washington, o de trapiondas financistas, del Exchange o de Wall Street, o de falsete periodístico redentor, o de conferencismo y autorismo sin mensaje. Pero por lo menos si no tenemos Entusiasmos no los finjamos. Que empiece médicamente nuestra Virtud por no fingirlos. Tenemos conocimiento de que sólo el Entusiasmo vale, pero no tenemos aun entusiasmo.

y aun en los barcos que los persiguieron, que muchos años de esta Mala Paz que llaman bendita, hecha casi toda de mentir hartante en el libro, la cátedra, el comité, el periodismo, el financismo, el funcionarismo, haciendo el mal a ciegas, forzados unos por otros, sin maldad, por fatalismo de engranaje y deseando todos una Ley, un Poder que los salve de hacer lo que saben malo y estéril y les brinde la posibilidad de hacer placenteramente sólo bien y verdad.

Probablemente las muertes violentas por delincuencia e imprudencia culpable y prevista casi en Estados Unidos después de su intervención en la Gran Guerra suman mensualmente más que las que ocurrieron en los meses de esa intervención bélica. Y esto es la Bendición de la Paz.

Probablemente los dispendios de actividades y dinero de una campaña electoral presidencial plagada de falsedad, deformación de toda verdad, enredo total de la opinión pública política y económica, suman, aparte del daño permanente a la Opinión Pública, más que el dinero o trabajo con que se podía dar una casa modesta a cada familia trabajadora. Y después de tanta ansiedad en falsete porque sea Wilson, o Hoover, o Coolidge, o Roosevelt, resulta que todos se equivocaron junto con todos los financistas aliados a ellos y metieron a 100, a 130 millones de humanos en una Desocupación de 12 ó 15 años, hicieron un país de mendicantes totales o en parte. Para alguna calamidad semejante sirvieron también los gobiernos de las democracias europeas con las cegueras de sus grandes políticos abrumando a Alemania.

Volver de los barcos o las trincheras a la dulce Paz, es decir a los treinta años de taller o fábrica o minas al fin de los cuales 95 obreros en 100 no tienen una modesta casa propia. Y todo esto no por fatalidad del economismo natural, por fatalidad de nuestro natural biológico en relación con el natural físico terraqueo, sino porque la Civilización mala sin maldad impele, lleva a 4 personas de cada 5 a ocuparse en simular enseñar, simular estudiar, simular hacer, simular verdad de conducta o conocimientos, crear estorbos, trámites, solemnidades no serias, diplomas, privilegios; destruir conocimientos, adulterar cosas, rivalizar por precios y no por producción, despojarse unos a otros de posiciones o bienes; ingerencias destructivas o ignorantes de la

calamidad gubernamental en los precios, condiciones de trabajo, horarios, pensiones forzosas, materiales, fabricación, comercialización, salud individual, instrucción, limitaciones o fomentos de producción...

GUERRA MUNDIAL II

En el curso de 1940, el periódico *Argentina Libre* realizó, por sugestión de Luis Emilio Soto, una encuesta sobre: "El intelectual frente a la guerra europea". Las preguntas eran:

I. — ¿Debe tomar partido el escritor americano y, particularmente, argentino, frente al caos europeo? ¿Debe limitarse a ser espectador en presencia del confusionismo dirigido que está ganando terreno entre nosotros? ¿Qué actitud le dicta su sentimiento de responsabilidad ante la conciencia pública?

II. — ¿Cómo concilia el escritor los deberes de la inteligencia con la neutralidad decretada por el país? ¿Debe permanecer al margen del movimiento de ideas universales cuyo ejercicio es, por otra parte, su función específica dentro de la comunidad social?

III. — ¿Qué consecuencias tendrá el conflicto europeo en la vida cultural de nuestro continente?

CONTESTACIÓN DE MACEDONIO FERNÁNDEZ

Sí: este trance abrumador de Europa interesa y obliga a todos. Pero:

No tenemos ni un dato auténtico de lo que ocurre en la presente guerra, ni de sus preliminares; los corresponsales, que constituyen la única "Corporación del Público de Accidentes" que consigue llegar antes del accidentado al lugar del suceso, nos han tomado a todos los humanos como una plebe ingurgitadora de ilustres tragaderas.

Nadie, ni de los actores ni del público universal, sabe si esta

guerra es un accidente involuntario del estado típico del armamentismo, en que hay constante riesgo de ataque, por dudas, temor al ataque del otro; o si es una guerra de envidias y ambiciones de grupos gobernantes estilo "motín sudamericano" con que tanto nos avergonzaba Europa; o si es realmente una gran guerra: sea una opción bélica consciente por fracaso de la paz de esterilidad, trivialidad e interno aventajarse, explotarse unos a otros, una guerra preparatoria de un ambiente en que pueda plantearse una verdadera paz interior, una convivencia rectificada, y aun una definitiva paz universal; o trátase del empuje de una ideología del álea de la fuerza que quiere desalojar a otro álea también, el de la propiedad romana que rige hoy, y que es álea porque sus vaivenes no guardan ninguna relación con la productividad noble de las personas que logran acapararla; o sea que se trate de una sustitución de imperios, que es fatal al instinto de crecimiento, pero un duelo estéril, empobrecedor y entristecedor para toda la humanidad.

No es imposible que esta guerra sea la última, si dura mucho; si poco, toda la humanidad quedará sumida en temor e incertidumbre: se abandonará todo y dos o tres años después tendremos la verdadera, y quizá última, opción bélica universal.

Aun sin la ayuda de los maestros corresponsales, los pueblos nada saben. Pero los gobiernos quizá tampoco, de esta guerra ¿cómo podemos tener opinión nosotros los americanos!

Ennoblecamos nuestra convivencia cada nación en su interior, o dispersémonos en solitarios. Que valga la pena de vivir juntos; trece millones de seres humanos, que se quieren bastante bien y se hacen daño mutuo bastante activamente, no nos hemos juntado para contemplar el vivir de una multitud burocrática estéril, escuchar el falsete de la vocinglería electoralista y del bajo periodismo, soportar los abortos burocráticos de leyes por docenas, asistir al Teatro Colón y al sorteo de la "Jugada de Dos Millones", etcétera.

Menos gobierno, más individuo; menos apropiación, más producción; tengamos genuina paz y ya la defenderemos. Esta es la civilización del mal sin maldad; prohíbese el mal u obli-guese a hacerlo con maldad; sin ella es una estulta insipidez el

hay para este grave mal? ¿Para no ser banales sólo hay: participar en la guerra o demostrar el idealismo latinoamericano? En vez del imperialismo la comunión: un nuevo sentimiento.

Un golpe histórico notable de América sería la disolución de las fronteras —no como divisiones político-administrativas— en la forma de ciudadanía americana, con derecho internacional público y privado uniforme y en lo posible uniformación del derecho de fondo (civil, comercial, penal). Es decir libre ciudadanía para todas las naciones latinas (tanto mejor si Estados Unidos diera el ejemplo); supresión de las aduanas y de toda forma de lucha económica.

Si a los 500 años de descubierta América se hubieran suprimido todas esas instituciones inútiles, parece que el resultado de despojar a las fronteras de todo su atavismo de limitación, odio, rivalidad (política, económica, racial) para convertirlas en delimitaciones de circunscripciones administrativas y procesales, cada una con su resplandor histórico y cultural, valdría un esfuerzo superador y significaría la posibilidad de dar intensidad y hondura a la vida personal, el desterramiento de la banalidad. Y que fuera Argentina, país que ya en antiguos tratados tendió a la uniformación jurídica y al reconocimiento de la validez de actos y procedimientos extranjeros, el que diera el ejemplo de abrir espiritualmente sus fronteras.

El espectáculo interior de vivir en un paisaje de comunidad añadiría una reacción más a la entonación personal de la vida de cada nacional; por tanto enriquecería su conciencia. En cuanto a una animación en nuestra convivencia, se debe comprender que si se quiere tomar un arranque hay que salirse de las series internas y buscar estímulos y manantiales externos; por ejemplo se debería encontrar la fórmula de que toda la población visitara anualmente la Cordillera de los Andes, el Lago Nahuel Huapi, las cataratas del Iguazú y la selva misionera, etc., junto a la supresión de las ocasiones depresivas, como las temporadas líricas oficiales, los diplomas, muchas de las formas de la exhibición personal vana, muchos de los aspectos de la crónica social (que es el lujo del lujo y merece doble impuesto: a la fiesta y a su crónica), el exceso de literatura inferior, del sensacionalismo periodístico en falso sentimental, de la actitud y el tono de reci-

tación. Difusión del espectáculo de la infancia en todos los momentos de la vida; navegación de mares y ríos como oportunidad de espectáculo de contemplación de la vida animal entregada a sí misma libremente, etc. Con revolver la psique no puede salirse de su estado de languidez o banalidad; hay que forzar actos y multiplicar percepciones; aumentar las oportunidades de lo útil y disminuir las oportunidades de los lucros (por diferencia de precio); *hacer* mucho y *negociar* poco, mínimo de Estado y de "fiestas hechas", máximo de Individuo y de hogar; etc. (La supresión de la herencia cambiaría mucho en la entonación de una convivencia humana).

En nuestro país —como en casi todos— no hay ningún fanatismo, pero se simulan varias docenas. Yo quisiera que hubiera uno, pero uno solo: El Fanatismo de la Abundancia, de la sana y duradera prosperidad, no de la Prosperity de especulaciones y financismos.

Yo he leído hace muchos años que había un teórico e industrial efectivo, Solvay me parece,¹ belga, que sostenía que es poco importante la distribución aleatoria de la riqueza y todo importante el máximo de productividad útil por habitante. Y después he leído algo de Tecnocracia del norteamericano Howard. Yo vengo a ser uno que llega a tiempo pero tercero, porque el tren de la Prosperidad se ha demorado en partir. Hay por tanto que empezar prestamente a no llegar más tarde. Propongo pues la siguiente fórmula de la convivencia económica humana:

Hay que desistir en gran parte del urbanismo y de la división del trabajo, dos fetichismos de la civilización álgida, y tomar por base estas reglas de la convivencia:

1) La mayor prosperidad y comodidad moral en la sociedad humana es proporcional al mayor número de horas promedio cotidiano de estar los padres con los hijos: mínimo de Calle, máximo de Casa.

2) Y para obtener esto, el único camino es que no exista ninguna persona que sólo viva para el jornal, es decir para vender

¹ Verosímilmente Emilio Solvay, químico industrial y filántropo belga (1838-1922).

trabajo por dinero y comprar mercaderías con el dinero. El 50% de todo el consumo de un obrero y su familia debe ser de producción directa y para esto cada hogar debe tener un área de terreno cultivable.

Para cumplir cabalmente este arreglo social-económico vengo proponiendo desde muchos años la Ciudad-Campo. Esta ciudad a su vez vendría que se constituyese de dos o tres calles tendidas a lo largo de ribera marítima, fluvial o lacustre, o en torno de bosques o de amplias praderas, demarcando también zonas para trabajos extensivos y para aldeas de fábricas. Lo más importante a lograr con esta ciudad-campo es sin duda la prolongada vida de hogar.

La desaparición de las grandes ciudades contribuiría más que toda otra cosa a enrarecer las guerras. Y la abundancia de productos sería tal que nadie se preocuparía de quejarse de diferencias de riqueza; aunque se produjeran, porque soy partidario de la absoluta libertad de comercio que no sea del capital natural, que debe estar fuera del comercio. Los hombres que allegan grandes riquezas son generalmente bondadosos, generosos, pero muy injustos en sus dadivosidades: quisieran el bien pero no saben o les fatiga cumplirlo; con la desaparición del 50% del concepto y la inapropiación del capital natural los desniveles de fortuna individual serían insignificantes. Y en cuanto a la herencia, además de que es una institución apenas existente pues casi el 90% de las herencias moderadas y pequeñas desaparecen en la manipulación de su transmisión e imposición y antes de la trasmisión en la conspiración¹ sobre la voluntad del causante, la única duradera es la del haber tenido el cariño y el trato constante con los progenitores, como este trato y cariño es también la única instrucción y educación efectiva. Los príncipes de la riqueza que llenan bulliciosos las ciudades son brillantes, espléndidos, muy interesantes, pero una ciudad-campo de 5 a 10 millones de hogares es mucho más interesante.

Dirán ustedes: ¿Y una casita para el Superior Gobierno no habrá? Si es por casitas, van a sobrar, pero, ¿qué hará un Gobierno en una ciudad-campo?

¹ Como se oye, no me aflige el cion-ismo.

Y aquí concluye este por ahora extracto de mi próximo libro agradeciendo por anticipado todo género de adhesiones y objeciones y no sin reservarle a Eduardo Keller Sarmiento el diploma de primer vecino de la Ciudad-Campo. Lo primero un artista.

En las ciudades, y la civilización en general, todo sirve o se sirve con muerte; hasta al hablar por teléfono el teléfono puede matarnos; al abrir un radio para oír música la corriente eléctrica suele matar.

Adelantaremos un nuevo esquema de las incitaciones reales y fantásticas del tema de la Ciudad-Campo, para que unos ya se den a soñarlo y otros nos ayuden con sugerencias, propaganda y cualquier ímpetu de concurso. Los "Papeles de Buenos Aires"—haciendo propia la idea del Pensador Poco que ya brindó el tema (aunque no podemos creer hayáis leído y menos recordéis números anteriores)—empezarán a dar los primeros pasos para la realidad adorable y futura de esa ciudad.

Esta anticipación hacia la perspectiva de una suprema belleza civil como sería el entrañable inmenso conjunto de una ciudad de 2.000.000 de chacras, en propiedad, trabajadas familiarmente, y varios miles de fábricas en torno a las cuales se agruparían los que las trabajaran, extendiéndose desde las márgenes del Plata hasta las faldas de la cordillera, o, quizá más hermosamente, tendiéndose en una o dos líneas de edificación en las riberas del lago Nahuel Huapi, se lanza pues desde ahora para que tenga ya el efecto moral de dar ánimos y brío para renunciar a la insipidez del vivir juntando pesos, puestos, votos, estatuas o premios.

Mientras nuestro Urbanista traza orientaciones y planos y el Economista estudia su especialidad, un visitante de la redacción nos ha obsequiado con las siguientes sugerencias: *INVITACIÓN A LA CIUDAD-CAMPO*. Y en ésta, a la "Afiliación Vivir Siempre".

Todos los inventos y aptitudes son de ventaja circunstancial, no esencial: el caballo se necesitó para tirar del auto empantado y el pintor para cuando se ha descompuesto la códac de colores; los dos perances son frecuentes y las aptitudes y seres

anticuados siguen de uso frecuente. Quizá ha habido algo de preventivo en la existencia de los caballos; estuvieron preexistentes por siglos en preparación de la primera descompostura de auto (o carencia de nafta), o sea, del primer auto, que la descompostura hace auténtico.¹

Pensador Poco tratará en próximo número un temita como éste: *"Ya tengo mi hectárea en 'Beldad Civil', la primera ciudad-campo." Ensayo desde ahora la editación de un sumario de mi estudio: Ya tengo mi hectárea en Ciudad-Campo. El acta de nacimiento económico. Cómo contener la vulgar y abundante furia de Mandar y la idem idem furia de Apropiación. ¿Cuál es mi hectárea de recién nacido?, reclama el recién nacido. Su fecha de nacimiento, estado, nombre de los padres, en su casa lo saben. Lo que no saben es cuál es su hectárea innata. Madres y padres, cómo os han puesto las patrias guerreras. La revolución de los padres.*

Hay muchos modos de ser un Bien. Y diferentes. El fervor de A por el despejamiento de la iniquidad económica y el fervor de Z por la virtud de milagro que atribuye a la soberanía del Voto, son auténtico Bien, igualmente, y valen incontestablemente como incitación ética y como espectáculo de una devoción social.

Porque la Entonación es todo en lo social y en lo individual, y no hay ningún arreglo económico, jurídico, social, que dure un

¹ Al par de esta rehabilitación del caballo frente al auto —que recuerdo la de Arthur Clarke en "Los secretos del futuro"— también como Pensador Poco en "Papeles de Buenos Aires", M. F. otra vez ensaya la simétrica rehabilitación del auto frente al caballo:

"Cuando los excesos de hipódromos y carreristas pesan demasiado en una situación económica nacional momentáneamente muy pobre —cuando reina abundancia son un esparcimiento, gusto, vicio, como cualquier otro y no debemos meternos con él— fulminar las 'Carreras' por el resorte del Ridículo. ¿Cómo? Haciendo correr a 75 km/hora un automóvil a lo largo del alambrado interior, de modo que en su veloz desplazarse los caballos parecieran estar marcando el paso, ridículamente, sin avanzar. Creo que este espectáculo mataría en una Risa Total el gusto de ver carreras."

día y sirva para algo, sin Entonación. Hemos tenido épocas en que camarillas de engraidos gobernaban cada rincón de lo social y no había más ley que ellos, aunque la organización política argentina era perfecta.

Yo no soy partidista de nada y por eso veo el bien y los defectos de todas las actuaciones y partidismos y sólo veo lo cierto en las fulguraciones y transparencias de la Fuerza del Carácter operando en la Vocación de lo social. No perderé la oportunidad aquí de hacer esta frase: todo en la historia es el Carácter; las teorías no muevan ni rinden. Repetiré que hemos tenido en nuestro pasado no lejano épocas en que brillaba externamente la perfección de la Forma Jurídica del Estado y no se hacían sino iniquidades; media docena de camarillas combinaba y lograba la supresión de todo el Derecho. También veo lo que no había visto: un Ministro del Entusiasmo y un héroe del Voto Libre.

Apenas creo en la fecundidad y beneficio esencial que pueden esperarse de acciones gubernísticas en el modo político y aún en el económico, si no fueran de extrema simplicidad, de un mínimo de órdenes y prohibiciones. Apenas creo, si creo algo, en las ventajas de las ciudades, pero creo que todo espectáculo de fervor social, acertado o equivocado pero intenso, auténtico, es un bien, una riqueza social, moral, que cubre todos sus inconvenientes.

Nosotros no tenemos vocación de grandes ministros entusiastas, o de apóstoles del Voto. Nuestra vocación ya proclamada es la "Beldad Civil" o ciudad-campo, donde no se necesitarán las ideas de esos grandes caudillos A y Z; a todas las ideas teóricas les damos poca importancia pero sí necesitamos su ejemplo, su fervor. ¿En qué función? En la de "vecino genial" de la ciudad-campo "Beldad Civil". Ser entusiasta, ferviente, amorosa, prolijamente buen vecino, genio del ser vecino ¡qué fecundo y qué abrumador Cuidado!

Hay en la misteriosa presentación en nuestro seno social de estas dos personalidades vocacionales argentinas un Aviso y una influencia casi mágica, una limpieza de pampero en el ambiente de la inmensa, casi totalidad de la población de la Argentina, de un pueblo hoy sin soledad, no más en la soledad en que lo

deja la encuellada, cínica o descariñada postura gubernamental. Si la humanidad está condenada a tener gobiernos ¡que sean mágicos de intimidad con la población, por lo menos!

Todo el fárrago de estériles burócratas e inspectores de legislación de precios, salarios, trabajo, es forzoso porque hay apropiación ilimitada y negociable del suelo, bosques, aguas, minas, faunas, de ese suelo. Por eso hay que reglamentar el trabajo. Pero si para todo proletario hubiera en propiedad un terreno y una habitación inicial para casa, cercos, semillas, el proletario se defendería fácilmente de la falta, o regateado, del trabajo, y mediante la huelga individual o por grupo, libremente, suprimiría toda injusticia en el salario. No caería en la esclavitud de estar forzado a vender su trabajo barato, lo que equivale a injusto. Holgar y trabajar (lo suyo) al mismo tiempo hace invencible al obrero entendiéndose que aquella habilitación sea gratuita extraída sin indemnización del existente capital acumulado.

¿Qué ha quedado de tanto reformador, gran mariscal, fundador religioso o social o del arte de curar? Destrozos y todo olvidado, o bastardeado. Invitemos a avecindarse en la primera ciudad-campo al Ministro de Política Económica. Yo ya tengo mi hectárea en ella.

Antes nos quejábamos de la Vida; hoy suponemos que lo malo no es intrínseco de ella, que es el Sistema de la Propiedad. Y no queda más esperanza que esta fórmula; que para que la casi totalidad humana no sea pobrísima como siempre lo fue, lo único que procede es suprimir la diferencia mínima consistente en haber cada mil familias pobres una rica. Todos pobres —o mejor todos ricos— así volveremos a quejarnos de la vida en sí misma.

El que no es sensible al plan de una cordial y bella Ciudad-Campo-Patria, es un pobre de espíritu, un pobre diablo sin rumbo.

La Ciudad-Campo de Dos Millones de Granjas y cien mil Fábricas no es Consuatable, destruible ni sitiabile.

Concluye con las Guerras, reduce las Patrias a lo que deben ser: una fraternidad o nada; reduce el comercio —que hoy es necesario pero que nada produce— a una mitad de lo que hoy es; reduce el profesionalismo diplomado, la Instrucción Pública; las intromisiones del Estado; el periodismo de propaganda e imposición de opiniones todas egoístas; la Terapéutica bullanguera y teatral; el Cinematógrafo y los Espectáculos "hechos", sin la colaboración de todos; los aspectos, negocio y propaganda del profesionalismo político, religioso, proselitista; todas las sensualidades y exhibiciones personales en un 90%.

Con todo lo cual aparecerá una humanidad toda de ricos.¹

No se contente todo el mundo con encontrarle a esta guerra la ventajita siquiera de la fundición de las estatuas; esta sabia conscripción no será, es de desear, la única ventaja de la Guerra: lo que todos debemos esperar y quizá con alguna probabilidad es la reducción del poder público.

UN BUEN DÉSPOTA ²

Imagino lo que haría útilmente un buen Déspota en una población nacional que se halla incómoda por vacilaciones de rumbo, como la nuestra, la de Hispanoamérica y quizá la de varias naciones civilizadas no beligerantes. Pero, es claro, habiendo conseguido antes que 1 en 10 nacionales lo crean a uno el mejor hombre. (Pues para *ser obedecido*, no para *ser*

¹ La ciudad-campo aparece también encarecida en cartas a Gabriel del Mazo ("Epistolario").

² Artículo aparecido en "Papeles de Buenos Aires" (nº 5, mayo de 1945) como colaboración de Dionisio Buonapace, personaje familiar a la revista, creado por M. F.

por la fuerza o electoralmente *Presidente*, necesitase tener un convencido en cada diez personas, o digamos algo más de un millón de nuestros catorce millones de habitantes; en éstos hay 1.400.000 votantes, pero en estos votantes no quizá un (1) convencido, como llamamos al que cree que el votado gobernará mejor. Tenemos, pues: que en una población civilizada no se consigue imponer, hacerse obedecer, sino cuando hay 1 en 10 que cree que alguien gobernará mejor.).

Este Gobernante haría seguramente y antes de toda otra resolución, esto: estructurar el ambiente social de manera que los *egoísmos* puedan desplegarse enteramente sin necesidad de dañar a otros (con mentira, adulteración, destrucción material, impedimentos, desalentación) y la maldad (envidia, odio, es decir, daño con placer de dañar, en tanto que el egoísmo mero cuando daña lo hace sin placer de dañar) fuera constantemente perseguida, impedida.

Los hombres, en las civilizaciones más cultivadas, casi todos están ansiosos de poder ser egoístas sin dañar a nadie. La persona dice: "Yo lo que quiero es el sombrero de ese hombre, pero no quitarle el sombrero a ese hombre, no que sufra cuando se lo arrebató. Si puedo poseer el sombrero sin despojar a otro, sin que nadie sufra, mi contento será mucho mayor; pero como no puedo comprarlo ni hacerlo, se lo arrebataré." O: "Yo quisiera comprar barata tal casa, pero para que alguien me la venda así debe hallarse en padecimiento de dinero; me gustaría adquirirla barata y que el propietario me la vendiera cara: los dos tendríamos gran gusto." Como esto no es posible, envilezco mi alma cuando deseo saber de un "ahorcado" que necesita desposeerse de su "inmueble". En cambio, el malvado quiere hacer sufrir.

La Civilización se caracteriza por la profusión de las actividades de mal forzadas por la estructura social, y la poca maldad, la poca voluntad de mal, el mal sin maldad.

Yo soy un hombre de la civilización; yo soy ese hombre de la civilización, un egoísta bueno; así, en el ejemplo que propuse: no soy tan bueno como para retenerme de hurtarle al viajero que estaba adormilado el rico sombrero que se ve junto a él en el asiento; pero sí bueno como para alegrarme mucho de saber

después que el sombrero no le gustaba y lo habría arrojado por la ventanilla un rato más tarde. En cambio, el malvado, que los hay, se alegra de hurtar ese sombrero y de haberle causado un buen disgusto a su víctima; yo no soy ni envidioso ni vengativo, soy típicamente por esto un civilizado; me alegra que todos los tengan y retengan sus sombreros. Y si no lo poseo y no se lo puedo quitar al otro, me gusta que se luzca con su lindo sombrero.

Quien dé este bien de conciencia ha hecho todo lo que puede hacer de bueno un Gobierno. La obra de ese Gobernante debe ser: hacer trabajar útilmente a todo el mundo y no estorbar la actividad de nadie, ni tampoco su ocio bien ganado. Yo escribiría estas fórmulas complementarias, sin tecnicismo:

- 1) La única legítima propiedad es la que el propietario tiene todo el coraje necesario para defender por sí, coraje que es indicio de la honesta adquisición de la propiedad.
- 2) Porque todo poseedor de propiedad por virtud de su personal trabajo o por virtud de un azar natural, tiene la suficiente energía, se hará matar siempre si alguien lo quiere despojar.

(Entre los perros hay muchos más valientes que otros, pero ninguno tan más valiente que otro que se anime a sacarle el bocado de la boca. Lo mismo en la psicología humana. Por ardidés, por alevosía, por sorpresa, se podrá; pero en un ataque franco nadie le saca a un hombre su casa. En cambio el que la ha obtenido por dolo o por imposición, no por su trabajo, no estará resuelto a hacerse matar por ella, no sacrificará su vida en el furor de ser despojado de ella.)

A diferencia de aquellas fórmulas, en una sociedad bajo otro convenio, como la nuestra actual, los más están poseyendo lo que no les pertenece, lo que no corresponde a su buena actividad, de manera que todos se defienden igual, porque entonces es legítimo eso, lo que se llama *moral* lo ha aceptado.

Toda mi vida quise ser ese *Déspota*. Yo quisiera ser ese *Déspota*. Me atengo al precioso proverbio español: "Hágase el bien y hágalo el Diablo".

OTRAS NOTAS ¹

— El encuellamiento de la Democracia. Todo Gobierno debe tener al menos un Ministro del Entusiasmo, aunque todo el resto del personal Gobernante no piense más que en si conserva o si cambia de planchadora, único acontecimiento político, y todo lo que haga la espesa masa burocrática sea inventar impuestos, postergar rifas, inventar días feriados, indultar, descubrir centenarios.

— La mayor antigüedad en el mundo, y la más asqueante después de 6 u 8000 años de practicarse por todos los políticos inferiores —no por los jerarquistas francos como los prusianos— es adular al Pobre para vivir de él. El mando en la Tribu era de sencillez noble. Mando porque me obedecen y me obedecen porque desde la infancia el hombre adquiere automáticamente el tabú correspondiente de obediencia; porque soy el más viejo, con más esposas, hijos, nietos, biznietos, el que tiene más parientes y más años.

— La Elección no es más que un símbolo de la Igualdad, es un derecho *común* a todos, una apariencia de ser hermanos el Millonario, el Mandón, y los Pobres y Mandados. Debemos aceptarla por ahora porque algo de fraternal tiene. Después exigiremos al Gobierno que salga de la Elección Libre, que los elegidos libremente nos entreguen la verdadera Libertad e Igualdad:

1) Que no se metan los gobiernos en la vida individual libre del hombre honesto.

¹ Anotaciones entresacadas de un Cuaderno de Todo y Nada, 1946.

2) Que todo hombre nazca con derecho a usar para trabajarla personalmente una fracción útil de capital natural (tierra, bosques, pesca, aguas, minas) y pueda optar cuantas veces quiera por trabajarla o por contratar su trabajo a salario. Toda fracción que no está trabajada por hombre o familia puede ser ocupada sin pedir permiso a nadie por cualquier hombre o familia que habite el país. La restante tierra, una vez que todos tengan la suya, puede ser arrendada por el Gobierno a los particulares o compañías nacionales siempre que no falte a ningún habitante su lote si lo quiere.

Esta sería la idea principal, que requiere otras reglas especiales.

Todo lo demás sería de libre apropiación y negociación, excepto el Capital Natural que nadie puede dar ni quitar. Del capital existente no natural se tomaría lo necesario para dar a cada persona lo mínimo para instalarse y trabajar.

Esto es sí Libertad, Fraternidad, mucho más importante que las Elecciones, que nos salvaría del Caos Universal de la Guerra.

Si el Gobierno de hecho que tenemos nos diera esto poco importaría que no nos diera el voto y que se quedara eternamente mientras respetara esto; sólo así hay humanidad y nación. Las elecciones no son para tiempos de caos, pero la Opinión Libre sí y sobre todo la absoluta Libertad de Gustos, Creencias, Conducta y Negocios del Hombre Honrado.

— No necesitamos Príncipes del Dinero y de los Puestos Públicos, pero los soportamos bien si se hace lo que pedimos. Yo quiero obedecer y aconsejar a mi pueblo en Asamblea.

Yo quiero un noble obedecer a una entidad noble; la Asamblea de todos, y un noble aconsejar, pero para obedecerla siempre aun contra mi consejo. Invito a una Asamblea sólo para encargarme de ejecutar lo que ella delibere y mande.

Invitación a un acto de Asamblea Nacional Soberana, como única vía de salir el país del caos de pos-guerra, de una Guerra Civil de los Argentinos.

Asamblea Nacional Soberana que dé las bases de un Partido sin candidatos, con la Patria Cívica y Económica, como único y venerado candidato.

Un Partido que concurriera a una Elección netamente Libre y Limpia sin lista oficial, sin candidatos, sin comité pero con organización.

Ante el caos posible, la humanidad tiene ansia de Simplificación, Claridad y Libertad Esencial, es decir Mínimo de Gobierno, de Coerción.

Para mí la Humanidad es libre: 1º cuando se tolera en ella la división y exclusivismo de Patrias, pero sólo condicionales...

Al Estatuto de los Partidos contestaría yo con la Elección de Sobremesa. El Electoralismo es la ocupación de hacer hablar las esquinas. Las esquinas electorales hablan mucho. Pero no piensan.

- Todos aquí temen al Caos; y más se le teme entre los dirigentes y la población de Estados Unidos.

Si no queremos guerra civil de los argentinos aceptemos la Invitación a Votar que ha prometido formular en breve el presidente y exijamos nuestro derecho a contemplar y participar en un grande y noble espectáculo de lucha leal, limpia y libre entre los dos grandes dirigentes que ya se divisan en primer término: el dirigente económico-cívico ministro P. y el dirigente cívico-económico caudillo popular R.B.; el uno que juzga más urgente lo Económico, el otro que quiere primero la Libertad Cívica y deja para el Gobierno Electo proveer de inmediato a lo Económico-Social.

Tenemos derecho a que se despliegue esta contienda.

Y, además, ésta y sólo ésta nos salva del caos. El caos daña a todos; un gran Cambio sin caos puede o no ser ventajoso, pero tiende a beneficiar porque revela elasticidad, vivacidad de los espíritus que no se contentan con la eterna Repetición. Los sistemas de economía social y de gobierno pueden ser todos buenos según épocas y países; el comunismo es tan inocente como el propietario; se ensaya uno, se ensaya otro y más o menos es lo mismo. Pero que haya entusiasmo, pasión social, siempre vivifica. Un gobierno de fuste puede tener más pasión social que algunos gobernillos electorales que hemos tenido.

Pero el caso es que los convivientes sociales tengan sentimiento social de justicia económica y libertad. En la duda, es me-

por la Elección porque ya en sí hay algo de Libertad y de Comunidad, Igualdad.

Pero lo más importante de todo es el saber Gobernar Poco, pues no hay que perder la esperanza de que alguna vez Nadie gobierne.

PARA UNA TEORIA DE LA SALUD

5. PARA UNA TEORÍA DE LA SALUD

La salud humana es un fenómeno complejo que involucra aspectos biológicos, psicológicos, sociales y culturales. Este capítulo explora los fundamentos de una teoría integral de la salud, considerando la interacción entre estos factores.

El concepto de salud ha evolucionado desde una visión puramente biológica hacia una perspectiva más holística. En 1948, la Organización Mundial de la Salud (OMS) definió la salud como "un estado de bienestar físico, mental y social, y no solamente la ausencia de afecciones o enfermedades". Esta definición ha sido ampliada y refinada a lo largo de los años, incorporando aspectos como el bienestar emocional y el equilibrio con el entorno.

Una teoría de la salud debe considerar la interacción entre los factores biológicos, psicológicos, sociales y culturales. Los factores biológicos incluyen la genética, la fisiología y la bioquímica. Los factores psicológicos abarcan la mente, las emociones y el comportamiento. Los factores sociales se refieren a las relaciones interpersonales, el apoyo social y el entorno comunitario. Los factores culturales influyen en las percepciones de la salud y las prácticas de cuidado.

La promoción de la salud requiere un enfoque integral que considere todos estos factores. Esto implica fomentar estilos de vida saludables, fortalecer el apoyo social y abordar las desigualdades en salud.

ADVERTENCIA

Es difícil decidir si la Salud (Higiene-Terapéutica) o la Libertad (Estado) es el tema temporal más investigado por M. F. a la par del metafísico. (El tema artístico, en cambio, a pesar de la importancia que alcanzará en su vida y obra —hasta firmar “M. F., artista de Buenos Aires” y no “Metafísico” o “Pensador” de Buenos Aires— parece más tardío.)

Lo fundamental de estos escritos proviene de alrededor de 1917-20, pero el tópico Salud aparece en anotaciones inéditas muy anteriores (de 1904, por ejemplo) y no es abandonado hasta sus últimos días. Obviamente, se trata de su pasión por la Biología, de la que la salud es sólo un subtema. Esta pasión se refleja no sólo en innumerables anotaciones de los Cuadernos de Todo y Nada”, en parte ya publicadas, sino en numerosas cartas (acaso el tema más reiterado) y en numerosos escritos artísticos (como “El Zapallo que se hizo Cosmos” o “Este es el boliche . . .”, incluidos en “Papeles de Recienvenido”).

Jamás cursó estudios especializados. Recuérdese que en carta (1926) a Juan B. Justo, médico, tras decirle que le quedan como problema la sensación-guía (Biología) y la posibilidad biológica de la Terapéutica, agrega que quizá no avanzará en ellos porque necesitaría un año de hospital, pero teme distraerse del único misterio, el metafísico. En cambio, fue infatigable en observar y sobre todo observarse como viviente, y dio testimonio de haber llevado hasta sus últimas consecuencias su convicción pro-higiene y anti-terapéutica, habiéndose guiado inexorablemente por el criterio de seguir las indicaciones de la sabiduría instintiva del cuerpo, es decir la sensación-guía como único recurso de salud y supervivencia.

A aquellos escritos se agregan algunas páginas de quince o

más años después, unos y otras sin fecha rigurosa. Se trata a veces de fragmentos con interrupciones o proyecciones extraviadas, incluidas por suponerse que aunque a veces no se alcance a captar la totalidad del pensamiento dan idea de los problemas en que trabajaba el autor.

"Habría también otro capítulo casi desconocido: 'Macedonio y la biología'. Macedonio ha teorizado con mucho acierto y originalidad sobre la salud y la terapéutica y muchas de sus visiones han sido corroboradas por la ciencia oficial". (Carta del médico Julio César Dabove a Enrique Fernández Latour, 1941.)

J

QUE EL ABOGADO TENGA UNA SUYA DE QUE OCUPARSE

Que un abogado tenga una salud no afecta al difundido sistema de los diplomas reverenciado hoy. Lo que es privativo de los médicos es el aparecer cinco minutos en casa del enfermo sin ser su pariente ni relación y sin que se espere de él que hable del tiempo y de cómo está de imposible el servicio doméstico.

Que se enferme de la salud a veces tampoco es privativo de los médicos, aunque en esto ya se advierte la fuerza del diploma: según la estadística disponen para sí de más enfermedades y de menos vida que los profanos, lo que se explica porque no hay profesión de práctica más antihigiénica que la médica y porque el médico es el enfermo a quien menos se puede reanimar con la "fe en la ciencia" que es la única obra clara de ese profesionalismo en el estado concreto del enfermo. Descarto el consejo higiénico del médico porque hartado de repetirlo en vano ya ni se le ocurre que tenga algo que ver con su visita al enfermo.

La fe en la higiene marcha en razón inversa de la fe en la terapéutica y es lógico: no se puede tener fe en ambas pues son opuestas; en realidad la terapéutica es una de las más vastas y temibles secciones de la anti-higiene.

Si nuestra biología tuviera fe en la Terapéutica muy pronto despacharía todos sus instintos: unas gotas, una inyección, exterminarían el castigo de varios años de violaciones higiénicas.

II

MI NEGACIÓN DE LA TERAPÉUTICA

Niego toda terapéutica, científica, doméstica y curandera, externa o interna, química, física, solar, botánica, hidroterápica; preventiva o curativa; de régimen, de clima, alimentación, ejercicios, cirugías; y todo cuanto suponga lo que el vulgo cree y la Universidad quisiera creer o hacer creer como objeto posible de la llamada Medicina, a saber: el estudio de procedimientos "anuladores" de un desorden fisiológico.

Afirmo que la concepción misma de "acción terapéutica" es en sí un absurdo: que es imposible procedimiento alguno mediante el cual un desorden orgánico sea reemplazado por un estado de orden orgánico, como si las causas crónicas o accidentales de ese desorden no hubieran existido o sus efectos pudieran limitarse. El vulgo cree, y la Universidad cree o afirma, que se puede curar una enfermedad, y por curar entienden precisamente eso, es decir, no que el enfermo cambiando su conducta hacia la higiene cese de acumular causas de enfermedad sino que (mediante una droga, baño turco, baño de barro, de sol, dieta absoluta aunque haya apetito, etc.) cesen los fenómenos de desorden correspondientes a los actos o accidentes de desorden consumados, total o parcialmente y pronta o lentamente. Esto es lo que promete la quinina, el purgante, el mercurio, el yodo, la tuberculina Kódi, el anti-rábico Pasteur, la inyección Behring.

Mi concepto es: que ningún mecanismo vivo puede ser influido por procedimientos cualesquiera para que se limite la suma de efectos morbosos de una causa anti-higiénica cualquiera y que ante un estado de enfermedad, efecto siempre de una violencia higiénica, lo único que cabe hacer es no acumular nue-

vas inconductas higiénicas y dejar desarrollarse hasta su agotamiento todos los efectos de la suma de inconducta o de la intensidad del accidente anti-higiénico ocurridos.

Al definirme en esta actitud me encuentro en un doble disenso con el pensador de quien mayor luz he recibido, de quien he sido más asiduo: Spencer. Me aparto del principio general de Spencer de que las opiniones universales tienen un promedio de verdad, y de su afirmación particular (que él practicó usando opio, y una curiosa forma de ejercicio físico de intención más terapéutica que higiénica) que la terapéutica tenía valor práctico. En cambio, me encuentro de acuerdo con las tres mujeres, madres discretísimas, cuya inteligencia general y especializado instinto médico más me ha impresionado. Una de ellas, por cariño a un médico muy digno, usó habitualmente, sin embargo, la pepsina, pero vivió siempre terriblemente enferma y en tres ensayos de observación médica que intentó, acobardada con sus males, recogió los más dañosos resultados. Quizás el médico (Dr. N.) aconsejó la pepsina por ser poco dañosa e inspirar en cambio como toda medicación una sugestión de esperanza. También reconozco que las otras señoras tenían momentos de sometimiento a la opinión universal y por lo menos caían en el fetichismo de los purgantes usándolos poco y con los niños, impresionadas por los atracones de éstos. Pero nunca hubieran usado cloral para dormir o amargos de botica para abrir el apetito, etcétera.

Pues bien, rompo la disyuntiva afirmando que Spencer y aquellas señoras cuando usaron medicaciones se equivocaron y se hicieron mal, y que si en lugar de ser filósofo y señoras hubieran sido médicos viejos con veinte o treinta años de práctica no habrían usado purgantes ni opio. Las señoras cedieron al ambiente que abrumó sus bellas inteligencias: ¿Spencer obedeció al principio general suyo de que las opiniones universales contienen una media de verdad? No probablemente; debe haber hecho larguísima observación y estudio directo fisiológico y compulsado los principios generales biológicos.

Pero veamos: los economistas fuertes, especialistas, aseguran que las concepciones económicas y financieras de Spencer eran

equivocadas¹. Yo creo esto posible, pues la especialización intensa me inspira más confianza que un vasto poder intelectual en sus tópicos que no ha especializado. Aunque Spencer sea un cerebro mucho más rico y privilegiado que Schäfte o Schmoller, éstos saben más en economía política.

Sin embargo, atenta la complejidad singular de desórdenes morbosos que el organismo de Spencer presentaba, según detalla en su autobiografía, creo que debe haberse especializado mucho en higiene y terapéutica, de modo que encuentro muy difícil explicar que yo no siga a Spencer en este punto.

En verdad diré que Spencer tenía no una idea sino una manía en adhesión al opio; explico por un aspecto enfermizo de Spencer su creencia (seudo-creencia) de que la droga opio hacía bien a la enfermedad insomnio. Dispéptico crónico y por tanto neurasténico (o viceversa), tuvo fallas en su trabajo intelectual aun en asunto que tanto estudió y tanto le interesaba como su enfermedad.

Yo argumento esencialmente así:

¿Cómo cree Spencer que el hombre dio con el opio como benéfico para el insomne? Seguramente que no fue por sensación directa; ninguna sensación le dice a un hombre primitivo que use opio para su insomnio. Fue por experimentación: un hombre tomó opio accidentalmente y se quedó dormido; cuando se vio alguna vez con el sueño difícil usó el opio en vista de aquel experimento casual y se durmió. (No durmió, pareció dormir, como explicaré después.)

Ahora bien, mi argumentación va así. La vida en salud va dirigida por sensaciones directas; si no sintiéramos hambre pareceríamos en pocos días; el corredor si no sintiera cansancio continuaría corriendo hasta caer muerto; lo mismo del sueño, la sed, la actividad, el calor y frío, etc. La vida en enfermedad debe tener igualmente un pilotaje de sensación que pida expresa y claramente tal cosa o tal otra. ¿Lo tiene? Sí: la enfermedad pide inmediatamente ante todo quietud, no gasto, y es

¹ También W. James y otros especialistas en Psicología no prestan mayor atención a Spencer como psicólogo.

ésta la condición¹ inmensamente principal. Pide también frío o calor, fricción, alimento o dieta o vómito, etc., etc., pero nunca pide bromhidrato tri-oxidado de cualquier cosa o argo-neutrol o dioxiamido tri-nitroarseno benzol. Y todo lo que pide es para que la *cantidad de enfermedad* que corresponde a la *cantidad de anti-higiene* no se aumente, no para que se acorte porque ello es imposible.

Si alguien estuvo a punto de morir de larga exposición al frío, no se le cura con calor igual en cantidad; se le procura el calor para que no siga enfermando de frío, el calor que siempre debió recibir regularmente del ambiente. Si cae en pulmonía por aquel frío no se le cura manteniéndolo en un horno; se le dará todo el calor que su sensación pida.

Había en la Argentina un médico extranjero que quería hacer tomar a todos en drogas toda la cantidad de hierro que en su vida habían ingerido por deficiencia de nuestro suelo. Según él, toda la enfermedad de un argentino estaba en no ser suizo como él.

ELOGIO CONDICIONAL DE LA MEDICINA O TEORÍA DEL "COSTO" MORAL Y GÁSTRICO DE LA MEDICACIÓN

Es el arte o ciencia de ayudar a la Enfermedad contra la Naturaleza del enfermo hasta llegar a la redacción técnica perfecta de un certificado de defunción.

En algo no es deficiente, y aun es perfecta la Medicina: en la elaboración de su tecnicismo. Te hundiremos con ayuda de la Enfermedad, dice la Terapéutica a la Naturaleza del paciente, pero caerás con todos tus nombres.

¹ Este descanso es terriblemente perturbado por la intervención médica en todos sus detalles, siendo la condición capital de "curación".

En la primera visita el médico, con infinita prolijidad, busca definir el tipo de aliado con quien va a contar: la enfermedad. Esto es el diagnóstico. Tu nombre en el próximo certificado ya lo tengo, piensa luego con alivio. Si la enfermedad es leve o el organismo fuerte la tarea será grande; pero si la naturaleza del cliente ha sido honrada con la presencia de un verdadero incendio patológico, de una Difteria, por ejemplo, se siente el médico tan deprimido por la insignificancia de la ayuda que puede necesitar ésta, que es capaz de irse a su casa y dejar impunemente que el hombre sane.

El arte del Boticario tiene por norma: ¿cómo hacer de toda enfermedad una Dispepsia? El de la Terapéutica, más amplio, cómo hacer de todo hombre un mártir.

Todos los enfermos entregados a la Medicina son candidatos futuros ciertos de dos Especialidades: Nerviosas y Estómago. Los terroríficos procedimientos quirúrgicos y venenos nerviosos que los completan (cloroformo, morfina) conducen a la Demencia científica y los rutinarios y variadísimos agentes farmacópicos a la Dispepsia Científica. Toda la otra Medicina Farmacópica es una labor de Demencia provocada y Dispepsia provocada, o Demencia y Dispepsia Experimentales.

ESTUDIO DE LA SALUD Y ENFERMEDAD EN LA VASTA, VARIADÍSIMA EXPERIENCIA DE SÍ MISMO

Observándose se conoce toda la medicina, tal es la variedad de pequeños e intensos matices de salud y enfermedad que va con la vida de todo individuo.

Yo anoto las siguientes observaciones:

Que en primavera experimento una sobreexcitación intelectual y física, disposiciones a grandes proyectos de actividad.

Que en primavera mi salud es frágil.

Que el sueño disminuye mucho en duración y quizá en profundidad a medida que se alargan los días o acortan las noches, lo que confirma mi teoría de que el accidente astronómico terrenal de la noche es la causa del accidente fisiológico humano del sueño.

Que suelo experimentar momentos de extraordinaria salvación al disponerme a la comida, cuando paso un período de mala digestión. Salvaciones muy saladas.

Que paso períodos de verdadera hambre de dulces.

Que a veces mi organismo rechaza los dulces con la sensación de que me van a hacer mal; y que al ir a tomar un dulce o tomándolo se agravan ciertos malestares.

Que repentinamente pasé del mate amargo al dulce ligero, espontáneamente hace tres años y no he vuelto por ahora (otra vez volví) a la exclusiva inclinación al mate amargo. Ahora comienzo tomando mate amargo y al final algo dulce.

Que desde hace 15 años quise declinar rápidamente mi apeñamiento genésico y en 1917 he pasado 10 meses sin experimentar la menor impulsión o tentación.

Que en períodos en que comía y dormía mucho adelgazaba mucho; he limitado al sueño y alimento y he engrosado ligeramente. Estoy convencido de que mucho de mi sueño era falso-sueño y mi alimentación no era nutrición, pero lo importante aquí es estimar el efecto benéfico que puede tener limitar el falso sueño y la satisfacción del falso apetito: siendo éstos efectos de un estado orgánico malo, ¿suprimiendo los efectos de éste sin atacar la causa misma se recoge algún beneficio? Sí, aunque no ha de ser mucho a la larga contribuirá a reformar el estado del órgano cuyo mal estado causa ese otro mal del falso apetito o falso sueño.

Se observa aquí la efectividad de una regla que vengo investigando: que un modo irregular o abusivo de usar de una función causa una enfermedad del órgano de esa función: y este órgano así enfermo pide en forma de sensación que se siga practicando aquella irregularidad que lo enfermó: por haber comido demasiado en ciertas épocas bajo exigencias circunstanciales se daña al sistema digestivo y el sistema digestivo dañado crea la sen-

sación de una apetencia falsa de alimento que conduce a comer mucho y a seguir dañándose.

Soy mucho más sensible a la humedad que al frío: apenas pasa el viento de sur u oeste a este o norte experimento frío de pies y enfriamiento en la nuca, rasgo extraordinario, pues con mucho pelo y en verano se me hiela la nuca. Ahora, manteniendo por abrigo calor en la nuca, los efectos del frío en la nuca que en mí son (capaces de) cortarme la digestión, etc., se suprimieron; es otro caso de estudio igual al ante-anterior.

Existe universalmente la idea de una terapéutica, es decir, de sistemas, de procedimientos *no-higiénicos* que deben aplicarse en toda enfermedad producida, es decir, de reglas que no son las mismas que se prescriben para no enfermar, y mi idea es que con un enfermo debe hacerse lo mismo (y ninguna otra cosa benéfica puede hacerse) que debe hacer toda persona para no caer en esa enfermedad y en cualquier otra. Si para no enfermar no se requieren remedios tampoco para cesar de estar enfermo deben requerirse.

El vulgo cree a veces, y se equivoca, que hay recursos jurídicos con cuyo empleo el hombre deshonesto puede vivir en idéntica situación jurídica que el honesto y reparar los efectos de su mala conducta. No hay más que un camino para que cese cuanto antes una mala situación jurídica producto de una mala conducta: y es comenzar de lleno y en seguida a hacer vida honesta, a decir la verdad y cumplir con todos, aun en el mismo pleito en que se ha incurrido ya. Los efectos de una mala conducta anterior no se pueden curar: hay que soportarlos hasta que naturalmente se agoten, es decir, hasta que se cumpla la medida de efectos que corresponden a la conducta mala anterior, y mientras se están soportando estos efectos se debe desde ya empezar a hacer vida justa para no ir acumulando nuevos efectos malos de nueva conducta mala. Es todo lo que se puede hacer: lo que no hay en este mundo es *remedio* para nada: la idea misma de remedio jurídico o médico es viciosa y producto de una naturaleza moral viciada, es decir un debilitamiento o apartamiento del derrotero divino de la totalidad moral de la Realidad. No considero estrictamente identificable el fenómeno

salud y el fenómeno jurídico: esta comparación facilita la comprensión de mi punto de vista, nada más.

Me formo la noción de una Higiene todopoderosa no sólo para eludir toda enfermedad de las que se suponen nacer de recargo o irregularidades en las funciones cotidianas del organismo, como una dispepsia, anemia, insomnio, neurastenia, etc., sino de las que se imputan a contagios, contactos, es decir, de aquellos factores a los que se atribuye la singular e inicua eficacia de ocasionar que una persona que vive higiénicamente pueda ser enfermada por otra que vive sin higiene, y den nacimiento a enfermedades agudas o crónicas.

Al mismo tiempo entiendo que esta Higiene es la única posible Terapéutica, y creo que todas las enormes actividades que se gastan buscando remedios para las enfermedades son radicalmente perdidas, salvo en cuanto acabaron por servir para aclarar y confortar la noción de que el camino único de vuelta a la salud es el mismo que de conservación de ella en razón de que toda terapéutica, aun admitiéndola eficaz para hacer desaparecer el conjunto de anormalidades de una enfermedad, sólo lo logra a costa de sacrificios y perturbaciones orgánicas tan costosos como la enfermedad misma, en tanto que la terapéutica de mera higiene no sólo es la vía de más pronto regreso a la salud sino que no comporta daño alguno, ni dolor, y aumenta todos los poderes orgánicos.

Cuando no es además tóxica y deja quebrantado el aparato digestivo; en la otra mitad el antídoto es otro veneno que daña al organismo permanentemente (pues todo daño y violencia hecha al organismo es permanente) y queda siempre totalmente en pie la duda de si abandonando el organismo a sus propias reacciones no se habría salvado también el paciente. Esta es la gran incógnita, el verdadero problema de la terapéutica. De una manera general, la incógnita de la Terapéutica (como en otras ciencias prácticas: la Pedagogía, la Criminología, por ejemplo) se plantea en forma que parece eludir toda comprobación o rectificación. El verdadero problema de la Terapéutica es éste: ¿cómo saber si el enfermo a quien se ha tratado terapéuticamente no habría sanado lo mismo sin el tratamiento? ¿Cómo saber si

no existiendo Policía y Cárceles habría más o menos delincuencia? ¿Cómo saber si no existiendo Jueces se cumplirían más o menos honestamente los contratos? ¿Cómo saber si no existiendo Gobierno habría más o menos orden social? ¿Habría más o menos pobres si no existiera la filantropía social?

Para responder a este difícil interrogante empezaremos por establecer que reconocemos la legitimidad de una terapéutica que llamaremos instintiva o de sensación, lo que significa que confesamos que no todo lo que se debe hacer con un enfermo es higiene pura sino algo más que debe llamarse terapéutica, indudablemente, pero en razón de una inspiración semejante a la de la higiene.

La Terapéutica importa la creencia de que las enfermedades pueden curarse y curar no significa dejar de sufrir alguna vez de una enfermedad que ha comenzado sino: dejar de sufrir o experimentar una enfermedad que corresponde a violaciones higiénicas ya cometidas. Nosotros no creemos que nadie pueda librarse o acortar los males en que se ha incurrido, que se han merecido fisiológicamente; cometida la violación higiénica se debe...

1º El problema principal práctico en terapéutica es: dado un síntoma (sensación), y si se lo satisface asiduamente, ¿queda la enfermedad como no existente?, ¿continúa avanzando?, ¿retrocede y desaparece?

2º Desatendido deliberadamente un síntoma, por ejemplo frío en lo genital (adaptación) y producida la adaptación (desapareciendo la sensación por desatención) ¿qué sucede?

Cuando se ha experimentado una picadura de pulga, o de mosquito, inmediatamente se siente gran necesidad de rascar y esta necesidad parece útil; esto se refiere al principio de que en todo malestar o contratiempo fisiológico hay un primer instante en que aún puede hacerse mucho útil, ya que no se ha impedido el contratiempo mismo. De igual modo que hay un ritmo en que puede anularse el mal comenzado, así en materia de privación de función: sueño, alimento, movimiento; el caso

del placentero despereamiento de un miembro que ha estado inmóvil forzosamente debe hacer suponer que el mal es recuperable. Si cada mal queda por sí hecho, no debiera nunca haber más hambre o más sueño o más ganas de fumar o de actividad por el hecho de que se haya estado privado de sueño, etcétera.

Es bueno señalar que con los vicios ocurre lo mismo que con las necesidades: la privación intensifica el deseo y placer posterior.

Todo es diabólico en la naturaleza humana: no sabe el hombre si hace una cosa por la razón que en ese momento se ofrece a su acto en su psiquis, o si lo que desea hacer crea esa razón.

Hay una dosis de diabolismo en todo; por ejemplo: dice Spencer que la bondad genera la bondad; y dice también que la caridad genera la concepción de que ella es debida y el mendigo insulta al que no se la presta. Otro diabolismo: se clama hoy por socialismo, por más solidaridad, y la realidad es que hace un siglo que estamos socializados: exceso de Estado es socialismo. Otros: los laxantes causan estiptiquez; los narcóticos generan excitación; cuanto más uno está en ayunas más sabrosos son los vicios, por ejemplo champagne, cigarrillos; cuanto más incapaz es un hombre para vivir cordialmente con los otros más sueña y proyecta organizaciones asociativas; cuanto más pesado de digestión o sueño más activo mental o físicamente me siento al principio; a veces no sé si tengo sed, si es ansia de respirar, etcétera.

Pro-negación de la Terapéutica: cuando hay anemia cerebral crónica el solo hecho de andar descalzo debe producir una más abundante nutrición del cerebro.

Si la viruela traída por un español a una isla en que no se la conocía exterminó su población, la bubónica absolutamente exótica para nosotros y que se presentó aquí hace veinte años cuando nadie conocía (ni hoy tampoco) su causa y su remedio, debió acabar con toda la población de Buenos Aires.

Si un flemón es un esfuerzo de la naturaleza por curar un mal, ¿por qué se abre el flemón o se le aplican fomentos, si la naturaleza empezó su obra sin ayuda alguna?

II

TEORÍA DE LA SALUD (Negación de la Terapéutica)

La inclinación al aspecto negativo por el cual la Medicina se concibe y conoce como el estudio de la Enfermedad, antes que el de la Salud, se ha burlado de mí induciéndome a iniciar lo que debió ser una teoría de la salud por una teoría de los remedios.

Mi hermano Adolfo solía decir: preocupándonos tan voluntariamente de remedios y de la enfermedad acordémonos de que hay también esa casualidad o accidente que se llama la salud.

Debo a Carpenter la sugestión de entender la salud como positiva. No desarrolló el concepto (que yo creo haber trabajado y hecho avanzar en mí con alguna originalidad) salvo con algunas referencias a la vitalidad de los zulús que indicaban que Carpenter se hallaba maduro para ahondar vastamente la riquísima concepción. No conozco más que una obra suya: quizá haya ido mucho más lejos que yo o alcanzado perfección en otras.

Montaigne tiene la valiosa observación de que la Medicina libra batalla a la enfermedad en el mismo terreno en que ésta se presenta, es decir nuestro cuerpo, que promovido a campo de batalla queda debidamente arrasado (empero Montaigne presta fe a la cirugía, en lo que digo que yerra, pues es tan artificial, tan medicación la cirugía como todo otro intento de atajar y suplir a la naturaleza). Podría glosarse que la higiene

es el arte de intrigar a remedio y enfermedad de modo que riñan antes de alcanzar nuestro cuerpo, como lo logran buenas dueñas de casa con visitas mal avenidas.

Cuando se lea lo que digo más adelante acerca de la gran significación biológica de los conceptos "ejercicio" y "fatiga", se admitirá que no es jocosidad sino aserto formal de lo que añado ahora: que proscribire sólo para los enfermos el uso de remedios, pues para el sano todo es bueno incluso los venenos, según oportunidad y medida. En cierto modo el secreto de la salud es la fatiga, voluntaria, y el secreto del recobre de la salud es el descanso. Con Schopenhauer estoy en esto y con el hondo y elegante decir de Bacon: en la enfermedad el cuidado y en la salud la acción. Encarece Schopenhauer arrostrar fatigas y cambios cuando nos sentimos sólidamente sanos, pero cuidarse de tal cuando enfermos, pues entonces "los órganos no son susceptibles de endurecimiento", es decir, añadiré, de fortificarse por ejercicio y fatiga sino, al contrario, sólo de sanarse por sabio reposo.

El hombre que se encuentra en período de crisis de una enfermedad crónica, o que ha caído bajo una enfermedad aguda, está tan pobre de virtualidades y vigores que es imperdonable aturdimiento añadirle una carga más con drogas, friegas y baños, interrumpiéndole el sueño para que ingiera una dosis de alimento (la palabra *ingiera* me estimula; la medicina tiene la habilidad de poner nombres enfermizos a los funcionamientos sanos: así dice que una persona "ingiere" tanto alimento con lo que parece que alimentarse fuera una actividad típica de enfermos) y peor todavía para que trague un brebaje, dándolo vuelta, tomándole pulso y temperatura, abriéndole la boca, molestándolo con preguntas y ocasionando la interrupción de todo el trajín de la casa con su aparición en ella a la que hay que atender absortamente.

Al fin dice: ¿*Ingirió* el enfermo la *dosis* de alimento que le *receté*? (tres palabras de hospital para una función sana). ¿Y *tomó* los sellos y gotas? Para el anti-alimento (pues todo lo que ingresa al estómago sin función de alimento es un anti-alimento, un anti-estómago) usa el verbo de la alimentación.

Debiera decir al despedirse: ¿He logrado desordenar los trabajos de la casa y sacar de su descanso al enfermo durante veinte

minutos? ¿Y puedo retirarme confiado en que hasta mi vuelta ustedes no se olvidarán de fatigar al enfermo con una gota cada hora; tres sellitos cada tres horas, la inyección desde el tercer día alternándola cada segundo día con una reducción de la misma en un quinto; pulso y temperatura bien anotaditos y tomados con calma (la calma del enfermo no: la de la anotación)?

¿Puede la Facultad vender tres minutos de ese sueño, de ese descanso que le quitan al enfermo, que es toda su salvación en la seria y profunda y habilísima batalla que está librando su organismo?

Ciertamente aborrece esta obra el médico y si lograra hacerse creer de la gente de la casa procedería de otro modo. Pero la gente de la casa ¿cómo ha caído en tan terrible negación de la Naturaleza?

El hombre enfermo está en su *mínimum*, como dice Thoreau el esperador de Dios, aludiendo a la Naturaleza en mañana invernal. Tocarle es derribarlo.

Procuraré sistematizar este estudio.

1º ¿Hay herencia de enfermedad? No, ni de predisposición, pero se nace con exigencias de salud diferentes según la salud y estado de salud de los padres. Cumpliendo estas especiales exigencias no hay diferencia de longevidad y exención entre el hijo de enfermos y el hijo de sanos.

2º Toda semilla vital cae al seno matriz con un programa biológico integral, quiero decir con la posibilidad de vivir eternamente y de crecer indefinidamente. Su programa es apoderarse de toda la materia del mundo, y la eternidad.¹

3º Desde el seno matriz está en el teatro del mundo el germen: ya es susceptible de ser disminuido en su virtualidad integral.

4º Pero quizá es pequeño el mal que puede recibir el germen de las imperfecciones del organismo madre para proveer a lo que pide el germen en alimento, temperatura, etc. Es pro-

¹ Cf.: "El Zapallo que se hizo Cosmos".

bable que en la lucha entre el germen y el organismo madre éste sufra mucho más que aquél.

5º Niego también la mayor influencia generalmente atribuida a los primeros años sobre los años posteriores en el destino de salud y enfermedad del individuo. Creo que en cualquier edad una suma de violencia o de obsecuencia a la función natural tiene el mismo efecto de disminución o enaltecimiento de las capacidades de vida. Suele creerse que lo que se hace con el niño desde la concepción y durante los 2 ó 3 primeros años tiene soberana repercusión: es cierto pero no porque las impresiones y modificaciones orgánicas se fijen con más fuerza por mayor plasticidad del organismo joven, sino por lo mucho que se hace con el recién nacido y lo poco que se hace con el hombre. El hombre no se somete a régimen casi nunca y sólo en algún detalle; con el infante se hace lo que se nos antoja. Su alimentación, su eliminación, su sueño, su aire y luz, su posición y movimientos, son nuestras tiranías. Si esta tiranía es *inteligentísima* nada podrá amenazar la vida y salud del niño. Hágase lo mismo con un hombre de cincuenta años durante tres años, impóngasele una higiene perfecta y se le asegurarán treinta años más de vida a menos que se entregue de inmediato a una sistemática anti-higiene para destruir la obra de sistemática higiene que le impusimos.

6º Se está dispuesto generalmente a creer que las enfermedades "avanzan" y no se concibe lo mismo de la salud. Pues la salud también avanza. Haced tres años de salud y tendréis treinta años más de vivir; haced tres años de diabetes o cáncer y tendréis treinta años más de diabetes o cáncer, o bien pereceréis mucho antes por cualquier violación de la higiene estricta con que se puede vivir con esa enfermedad. En el momento en que el médico diagnostica diabetes el enfermo se encuentra en un determinado grado de diabetes: la sangre presenta tal o cual grado de anormalidad en su composición, el hígado presenta tal o cual grado de destrucción, etcétera. Si se encuentra un médico ideal con un enfermo ideal; si aquél prescribe *todo* el régimen que conviene a ese grado de diabetes y el enfermo lo cumple todo ¿qué ocurrirá? ¿Continuará *avanzando* la enfermedad aunque más lentamente? No creo que bajo esa hipótesis ideal

responda un médico que pueda aun "avanzar" la enfermedad. Imagino que afirmará que todo avance del mal cesará. Pero queda una segunda pregunta. La diabetes o cáncer o tuberculosis no avanza más ¿pero continuará el paciente eternamente enfermo de diabetes en el grado en que era enfermo en el momento en que inició la perfecta ejecución del régimen? También mi respuesta es aquí optimista; observando el régimen y la higiene general pronto cesará de ser un diabético, pues si así no fuera habríamos de admitir que una herida sufrida por un hombre de 50 años no habría de cerrar nunca. Entendemos, pues, que la salud es activa.

7º Es de higiene tomar alimento todos los días y varias veces dentro de cada día. Todos los días de la vida debe hacerse esto. Pero si alguien pasa un día sin comer, no muere al día siguiente. Del mismo modo, debe masticarse bien cada bocado: un hombre come todo un día sin masticar bien ningún bocado. Pero, no por ello será un dispéptico desde el día siguiente. Viceversa, un dispéptico declarado empieza hoy todo lo que el dispéptico debe hacer como higiene especial: no por ello cesará desde mañana de ser un dispéptico. ¿Qué significa esto (que quizá parezca insustancial)? Que la salud es activo-positiva y lo es también la enfermedad. La actitud general es la de creer que sólo la enfermedad es activa. No es así; sino que a medida que usted se atiene al régimen especial del diabético y a la higiene general cesando de herir sus órganos con actos antidiabéticos, las contrariedades y dolores del diabético no ocurren, pero además llega un momento en que cesa de ser diabético. Si así vemos el decremento y desaparición de una enfermedad veamos cómo crece la salud y qué significa ello.

8º La salud se origina por la acomodación de nuestra conducta a nuestra estructura, cualquiera que fuera la salud y estado de salud de nuestros padres (y tenida cuenta de la conducta observada con nosotros en el seno materno, a la que no debe atribuirse exagerado influjo tampoco). La estructura y virtualidades funcionales se heredan pero ellas no son enfermedades sino modalidades anatómico-fisiológicas que tienen exigencias especiales cumpliendo las cuales el hijo de enfermos (todos somos hijos de enfermos en mayor o menor grado) vive tanto con tanta salud

y desarrollando tanta actividad como el hijo de padres menos enfermos y además cada día de vida higiénica le gana positivamente salud hasta igualarlo, y superar, con el hijo de padres sanos que no tenga la suerte o sistema de hacer vida higiénica. Los eugénicos suelen concluir con que no hay otro recurso para tener salud que ser hijo de padres sanos: pues bien, el hijo de enfermos puede proveerse de padres sanos, forzando la frase, haciendo higiénica su propia vida; o expresándonos menos llamativamente, el hijo de enfermos puede hacerse padre sano. Viceversa, varios años de vida antihigiénica (no reparada por años ulteriores de vida higiénica) destruyen pronto las favorables condiciones con que fue concebido el sujeto.

Hablo de condiciones favorables, no de salud. Debiéramos hacer la hipótesis de que en su estructura microscópica el germen en el momento de caer al seno matriz es la exacta expresión del estado de salud y enfermedad del padre o de madre y madre: una fotografía compuesta y reducida de la cifra o fórmula o esquema higiénico-patológico del conjunto padre-madre. Se dirá que vivir es deteriorarse, que padre y madre con una edad de 30 y 28 años, por ejemplo, ya han hecho más de la mitad de su vida, están ya bastante cerca de la muerte y por tanto ya tienen un 60% de enfermedad y un 40% de salud y por tanto el germen nacería avanzadamente enfermo. De este modo en 2 ó 3 generaciones toda especie se extinguiría.

El que cree en la herencia de la enfermedad podría escapar a tan desastrosa confutación sosteniendo que nuestra suposición de que vivir es deteriorarse es antojadiza: que el hombre regularmente es tan sano a los 30 años como a los 2.

Pero entonces nos embotellamos en este dilema: o la edad nada significa en el aspecto higiénico-patológico y a los 70 años los órganos son los mismos que a los 2, o el dato de la edad significa mucho en ese aspecto y no significa nada en cuanto a la función reproductiva. Si lo primero ¿por qué no vemos con frecuencia a un hombre de 70 años vivir otros 70? Si lo segundo, admitimos que todo germen es concebido absolutamente sano cualquiera sea la salud de los padres o mejor dicho cualquiera sea la edad y, por tanto, la salud de los padres.

Buena parte de los humanos son hijos de padres que a la fecha de la concepción tenían 40 años o más. Toda persona de 40 años presenta ya decididas destrucciones de órgano o función, claras manifestaciones dispépticas, consuntivas, nerviosas, dérmicas, vasculares, artríticas, que no presentaba a los 15 años...

9º Coeficiente de herencia e individuación. Me refiero al viejo problema que para Guyau y Spencer son los valores respectivos de "herencia" y "educación", entendiéndose por educación toda modificabilidad del individuo por su total vivir individual.

Todo el problema se ilumina prontamente con este enunciado axiomático: si el individuo hereda, el individuo anterior *hizo herencia* y el individuo actual no puede ser menos capaz de hacer herencia —pues aun la facultad de hacer herencia debe transmitirse por herencia— y hacer herencia ¿qué es sino destruir la herencia recibida? Luego pues la herencia recibida no es ninguna fatalidad: cada día de nuestra vida individual destruye o confirma un algo de herencia recibida.

Luego pues hay que hablar de herencia y desherencia¹. El individuo es modificable; las modificaciones son transmisibles: las modificaciones transmitidas son destruibles. El individuo hereda del individuo no de la especie pues de lo contrario todos los individuos serían iguales y aun todas las Especies; no habría especies. Decir que el individuo hereda del individuo no de la especie significa decir que sólo es asunto de la Herencia las modificaciones comenzadas con el individuo anterior. Es como si la Herencia tuviera el curioso y único afán de eternizar lo efímero.

"Anterior" nace con un aparato digestivo perfecto que le legó su antecesor; en cuatro años de vida de trinchera, o de pillaje, o por el uso de drogas, destruye su estómago; es luego padre e inflige a su hijo su estómago dañado; no le trasfiere el perfecto estómago que le fue congénito. Todo esto es susceptible de una aritmética y es muy razonable concretar esta aritmética cuya fórmula es fácil y cuyas conclusiones concurren a fundamentar mi higienismo optimista.

"Actual" y "Anterior" se valen, como 1 vale 1. Si Anterior se

¹ Cf.: "La desherencia", en "La Montaña", 1897 (tomo I).

procuró a sí mismo una dispepsia de tal graduación, una dispepsia de segundo grado por ejemplo, con cuatro años de comer mal, Actual que nació exactamente con la dispepsia de segundo grado de Anterior se librerá de ella con exactamente —supuestas iguales todas las otras condiciones, como repite Spencer— cuatro años de bien comer; y después de estos cuatro años Actual no tendrá el estómago que tenía Anterior cuando lo concibió, sino el estómago que Abuelo tenía cuando concibió a Anterior. Lo mismo para una tuberculosis, neurastenia, reumatismo.

Y todo esto hablando bajo un entendido: el de que no se hereda una enfermedad sino una estructura. Que viviendo Actual en el mismo ambiente y circunstancia que Anterior generará dispepsia. Si Abuelo nació en el campo, hijo de campesinos, y viviendo cuatro años en populosa, oscura y sucia ciudad, se hizo tuberculoso y luego fue padre de Anterior, que nacido en la ciudad vivió los cuatro primeros años en el campo (y supongo los cuatro primeros si) (*se interrumpe el texto*).

HIGIENE OPTIMISTA

No se trata del optimismo como higiénico sino de una higiene de grandes esperanzas, de una concepción según la cual nuestra salud y longevidad dependen de nuestras previsiones y esfuerzos ilimitadamente y sin excesivo costo de privaciones y molestias o trabajos.

El optimismo es efecto y no causa de la salud y aun es sustentable que forzar concepciones risueñas o inhibir en todos los casos los sentimientos de tristeza y temor para crearnos una actitud mental que deba denominarse optimismo sea un procedimiento vicioso, desfavorable al conseguimiento de la salud.

El común sentir aconseja que se deje llorar y recordar o encoñerizarse a quien pasa por un trance de pesar o agravio. Y el común sentir aconseja luego procurar distraer de sus recordaciones y pena al dolorido pero sin extremar esta procura.

Encuentro algo artificiosa, por excepción tratándose de Spencer, la insistente opinión acerca de la importancia para la buena digestión del acompañamiento de emociones gratas durante la comida. Este aserto particular de Spencer es aplicación de su idea más general de la importancia física de los factores morales —que recuerda siempre a los médicos a quienes inculpa excesiva obsesión por los factores e influencias físicas—. Este principio general debe ser verdadero pero el aserto particular acerca de situaciones de simultaneidad entre un estado moral y una función física no es precisamente aplicación de aquel principio, y está incluso en otro diferente y que no condice exactamente a lo que sugiere Spencer.

Una habitación limpia y hermosea hace bien a un enfermo, pero no se trata aquí de una emoción concomitando con una función. Por otra parte la cólera o tristeza quitan el apetito que ya se tenía despierto; pero una alegría no da apetito ni sueño. Si la persona a quien una noticia penosa recibida al sentarse a la mesa quita el apetito, insiste en comer por viciosidad de la función gustativa, esa comida le hará mal pero no por haber comido estando triste sino por la violación higiénica general de querer comer, o de querer dormir, a la fuerza —sin la sensación-guía (la sensación auténtica, no la mera sensación bucal que no es hambre, que no es la sensación del aparato digestivo)—. Es aun posible que a ciertas personas una mala noticia, aunque las entristezca o encolerice, no les quite el apetito y sería una ventaja en la lucha por la vida sentir apetito no obstante sentir cólera o tristeza o fatiga.

Todo esto es una disquisición encaminada a denunciar cierta posible confusión, pero como regla debe seguirse la indicación de Spencer de que el dispéptico debe buscar y aprovechar toda ocasión de comer en grata compañía en la seguridad de que bajo tales factores morales es probable que se le despierte el apetito y siempre que éste se despierte digerirá bien cualquier manjar que apetezca.

Es más bien el apetito el que suscita alegría que viceversa.

Spencer señala la concepción principal de la sensación-guía pero no sé que se haya detenido a abordar la objeción o restricción a que se presta el asunto, que habrá estudiado Spencer pero no escribió acerca de ella. Y es ésta: cuando se recomienda no comer sin apetito, no dormir, no trabajar sin sensación que provoque a ello, se parte de la noción de que el organismo natural anuncia por una sensación la disponibilidad del órgano respectivo para entrar en función, y se dice que sin esta sensación el individuo animal habría perecido pues no habría satisfecho la función.

Pero si el individuo natural se salvó siempre así, antes que los sabios encontraran y preconizaran esta verdad, ¿por qué se cree necesario recomendar su observancia?

Dos deben ser las razones: 1º porque estas sensaciones-guías pueden adulterarse o perderse debido a violencias infligidas a la función u órgano (ejemplo: el frecuente comer alimentos adulterados o la privación de satisfacer el deseo de nutrición); adultera el órgano el cual a su vez se expresa erróneamente en las sensaciones que son su aporte específico a nuestro compuesto sensorial; 2º porque la fuerza de sugerencias, error propio o ajeno nacido en la especulación intelectual, puede inducir al individuo a desoír la indicación de la sensación.

El asunto es sutil y complejo. Quizá estas dos razones tan accesibles, sometidas a un severo examen, no resistieran. Habríase de demostrar primero cómo se degrada una función y cómo la característica de una función degradada es suscitar las sensaciones opuestas a las que debiera; cómo un estómago incapaz en el momento de digerir se expresa en una sensación de apetito y el estómago de un organismo no nutrido o hambriento se expresa en una sensación de repulsión al alimento o repleción. Es explicable que un estómago incapaz de digerir no suscite sensación de apetencia ...

III

MEDICINA¹

Hay comicidad notable en el apuro de todos los médicos en figurar pronto en la lista de los que se han pasado a la Dietética. Lo más picante de ello es que en ese apuro hay semejanza con la agitación alegre de convidados que corren al llamado ¡A la mesa!. Otra comicidad es que ya se presentan los tres grados de toda innovación chillona: 1º No proclamar la supresión de un mal universal: el de la calamidad medicinante y cirujante, hasta haber encontrado una equivalente calamidad que la reemplace: la de dudar de la garantía de nuestras sensaciones del Apetito. Un remedio cura hasta que se encuentra otro que lo reemplace; entonces recién se hace la proclamación y recuento de los daños que hizo el remedio o la "operación" que se procede a destronar. 2º Descubrir, como todo proselitismo nuevo descubre, que todos los grandes médicos desde Hipócrates presentían y declaraban la Dietética. El segundo momento de esto es el opuesto: para hacer aceptar la nueva escuela médica, sociológica, económica, se la autoriza con el presentimiento de todo el pasado; una vez aceptada, esta auto-negación de originalidad ya no se necesita, y resta méritos; entonces se afirma que se trata de una radical, y recién hallada, todomoderna verdad. 3º Ya se inventó el "hecho monstruo" necesario; así como para la vacunación se inventó el ridículo suceso de que un marinero varioso llegado a una isla desierta (desierta y remota son los adje-

¹ De entre numerosos comienzos de exposición y apuntes sobre biología y terapéutica, alrededor de 1938-40, se han reunido unas cuantas páginas para mostrar la continuidad del interés de M. F. por esos temas.

tivos que van juntos; ¿remota de dónde, de cerca o de lejos?) infestó y exterminó a toda su población; así ahora se aterroriza con el hecho de que la navegación japonesa padecía hasta el exterminio de escorbuto y con sólo dejarle al arroz que esa navegación comía las cortezas se salvaron los navegantes y la Historia del Japón. Los elefantes para vivir 100 años ¿comerán des-corticado o corticado? Pronto padeceremos de hartocorticación: una lista de enfermedades —como el ridículo cáncer por asoleamiento— nos libraré de cáscaras y del sol artificial de botica.

La Dietética viene con modo y oportunidad tragi-cómica, también: nos acontece cuando hay más hambre en el mundo la ciencia de desechar y elegir alimentos.

Suele justificarse la terrible Medicación como *más benigna* que la Cirugía, y así la Dietética como *más benigna* que ambas: todo procedimiento rechazado por la Sensación Inmediata es un Mal y lo es exactamente en proporción de la intensidad con que nuestra Sensación lo rechaza, siendo indiferente su clase: químico, quirúrgico, dietético; comer *lo* que guste, *cuando* nos guste y *cómo* nos guste, es lo que guía y salva a los Billones de las vidas vegetales y animales juntamente con todos los actos, incluso el no-comer, en que seguimos nuestras Sensaciones.

La teatralidad —con ser toda mentira— del Oficio Médico, es lo único que cura por la tranquilización de la fe en tantas aposturas, discursos, conferencias, congresos, estatuas. Pero va con el gran costo psíquico de habituarnos a no confiar en nuestras sensaciones. Como generalmente donde está lo peor está lo mejor, la profunda piedad de algunos profesionales es otro y más neto, sin costo, beneficio de lo médico. Pero con todo la Actividad Médica opera en el mundo como uno de los más costosos sacrificios de *salud* de la raza, de *mortificaciones* inútiles y destructivas y de jornadas de *trabajo* para costear sus honorarios famosos. Se lleva $\frac{1}{4}$ de los ingresos del desdichado Hombre en las poblaciones más refinadas, y $\frac{1}{4}$ de su poder vital. Equivale a una guerra cada cinco años o, mejor dicho, demuestra que la Paz es —por obra de todos los factores egoístas, entre otros ése y otros profesionalismos en parte— tan destructora como la Guerra, con más insipidez de taller, de monótono u universal entre-robarse y entre-mentirse y de pérdida de la Aventura y de la Naturaleza.

La Terapéutica es un gran error que cuesta mucho a la Vida. En el caso del enfermo J., cuyo absceso al pulmón proviene, según los médicos, de la acumulación de pus originado en una infección a las amígdalas, yo sostengo que el organismo estaba muy destruido. En el caso de los fenómenos que hacen definir a una enfermedad como proveniente de la acción de gérmenes vivos, muy estudiados, se saca conclusión y se dice: esta persona muere de gripe; pero es que lo mismo se hubiera muerto sin gripe. El gigante de la Terapéutica es la bacteria; a la Medicina siempre le ha gustado decir: tal persona se muere porque tiene 17 pestañas y no 18, o porque tiene una oreja fría y la otra caliente; yo lo que quisiera saber es dónde veranean las bacterias de la gripe, por ejemplo.

Dondequiera que una persona experimenta una exposición al frío, por ejemplo en medio de una transpiración, se encuentran los gérmenes de la gripe; al producirse la enfermedad, se la atribuirá a los insignificantes fenómenos que estos gérmenes producen y se la definirá: gripe, sin atender a todos los fenómenos circunstantes. Los grandes enemigos son: el hambre, no dormir, falta de aire, grandes fatigas, frío o calor, falta de agua.

Si hubiera tanto contagio —si cada enfermo hiciera diez— ya la humanidad hubiera desaparecido muchas veces. ¿Y cómo viene una epidemia de cólera y se va a los tres meses? Quiere decir que había un 10% de personas en las cuales las bacterias podrían encontrar terreno para vivir. Pero lo que hacía mal era la mala química del agua, pero no la mala bacteriología; claro que ésta también tenía su influencia, en dosis *masivas*. Pero si decimos: la enfermedad se produce por origen químico, es que no es lo mismo que cuando las bacterias, sino que se produce por agua mala, es decir falta de agua. Además, cuando el agua es mala hay aviso del organismo todo, se siente mal olor; pero en el caso de las bacterias, no.

Así como las ratas no penetran a una casa de cemento armado, así las bacterias no entran en un cuerpo sano, un cuerpo con buen sueño, buena alimentación, buen aire, buena agua, que no ha sido debilitado desde que nació por grandes heridas, quemaduras, pavores, emociones terribles, hambre, sed, envenenamiento.

Yo creo que las personas nacen sanas, si se les da el ambiente de sus apetencias; sólo que unas necesitan ambientes más delicados, más perfectos que otras. El hijo del tuberculoso nace siempre necesitado de aire puro, asoleado, seco; si lo tiene vive lo mismo que el hijo del no tuberculoso, despliega la misma actividad, etcétera.

Si los elefantes no se guían por la sensación, ¿cómo han vivido si no tienen Universidad ni análisis bioquímicos? ¿por qué no va a vivir el hombre, que en todo su fisiologismo es un animal? ¿cómo se dice que la sensación no es guía perfecta, ni aproximadamente perfecta? ¿qué diferencia hay entre un animal que vive cien años, con inteligencia y sentimiento, actividad muscular y mental, y el hombre?

Elogio de la Medicina. No es una imitación del "Elogio de la Locura" de Erasmo, sino más bien un Elogio de la Ignorancia, la Avaricia y la Crueldad de cierto profesionalismo; atañe a cierto *ejercicio profesional*, el de la Medicina, no a los hombres de ciencia de los laboratorios, de la observación y la meditación, que investigan y descubren funciones y leyes de la Fisiología sin pensar en que sus conocimientos, que más bien los conducen a negar la Terapéutica de todo género, sean explotados como procedimientos de salud por el profesionalismo diplomado que no investiga.

Las industrias de los alimentos y bebidas, y las diversas ramas de la Medicina, preparan un recibimiento tan cruel a las generaciones que comienzan, que parece que ambas terribles actividades son dos grandes planes espartanos de exterminio de los que nacen sin excepcional vitalidad, de los débiles; constituyen las pruebas del frío, el ahogo, los golpes y las fatigas adoptadas por Esparta.

Una fuente de abundante mortalidad son los "remedios nuevos": probablemente matan unas 1000 personas diarias en el mundo. El tratamiento profesional de las enfermedades agudas de niños y jóvenes debe causar inmensa mortalidad: por la edad

y por la enfermedad está doblemente frágil el organismo joven y cualquier medicamento, operación, violencia dietética, etcétera, le pone fin. Teniendo tan omnisciente médico como el que tenemos en nuestro cuerpo es triste que cada sarampión, escarlatina, tos convulsa, viruelas, fiebre gástrica, nos ponga a merced de la desgraciada intervención profesional, que cuando nos salvamos nos deja lisiados y con corta vida. Así se explican muchísimas muertes tempranas y muchos tarados mentales; con la enfermedad y el tratamiento se perdió una herencia sana.

Lógica. Como muchos enfermos, aun sin medicación ni cirugía, ni régimen, mueren y algunos (no muchos) con medicación, sobreviven, la Terapéutica vive, aunque muchos más con medicación mueren y muchísimos sin medicación curan. Pues yo creo que una estricta estadística, y aún el sólo hecho del prolongado y activo (físico y mental) vivir del elefante, probarían: que la medicación es una carga más sobre la enfermedad y la no medicación una menor tarea de la salud para la recuperación, y por ello el número de sobrevivientes sin medicación es tan elevado como el de sucumbidos con medicación.

Como en cambio creo que la Higiene sencilla tiene mucho que hacer en mil cuidados con el enfermo y la negación de la Terapéutica no arrastra la de la Higiene sino, al contrario, conduce a redoblar ésta con cuidados abrumadores en prolijidad para la familia y suavísimos para el enfermo (mucho fatiga ajena por lo mismo que se trata de ahorrar al paciente toda fatiga que no sea el trabajo fisiológico automático e inconsciente de autocuración).

Se ha llegado a tal suma de conocimientos en fisiología, química, etcétera, que la Medicina puede producir, provocar cualquier modificación grande en una enfermedad, pero ninguna útil.

Terapéutica es por mi definición todo procedimiento de intención curativa recibido con desagrado, y por lo menos sin agrado, lo que en ambos casos significa que no hay antes Apetito por ese acto, sensación, procedimiento, en nosotros, en nuestro cuerpo. Tenía anotado con lápiz borrosamente esto: Terapéutica es por

definición lo que va contra el gusto del cuerpo con pretensión de curarlo. Leída la nota yo mismo creí que decía: Terapéutica es la p^a (partida, abreviatura) de defunción del Gusto o Apetito como sensación-guía directora absoluta e infalible del fenómeno Vida.

Sólo una billonésima parte de todo lo que hasta hoy supo vivir, vegetal y animal, sólo cierta fracción aun de lo Humano mismo, usó la Medicina. El boabad vive 3000 años, la tortuga 200, sin hacer nunca algo contra su gusto y si mueren al fin —al fin y no al principio— es porque hicieron muchos de sus gustos y les faltó la satisfacción de algunos; les faltó comodidad, posibilidad de satisfacer apetito y gusto, no les faltó la certeza de estos apetitos y gustos.

Una de las cargas más dispendiosas, y destructiva directamente (además de la acción destructiva del dispendio, honorarios, botica, radiología, análisis, que obligan a mayor trabajo, fatiga, dolor, que la enfermedad) por acción química, etcétera, y por molestias de todo género al paciente (matándole el descanso y el sueño para tomar drogas o para recibir al médico y sus exámenes de lengua, garganta, pulso, auscultaciones) es el universalismo y profesionalismo medicinal curativo. El preventivo en forma de saneamiento del agua, suelo, etcétera, es útil sin daño, aunque terriblemente costoso y aparatoso mientras haya diplomas. Quizá un tercio de todo el trabajo humano se invierte en pagar, recompensar esta destrucción al par de esta enorme cargazón y daño del teatral catedrático oneroso y profesoral; hoy el estudio apasionado de miles de investigadores en fisiología y terapéutica, que saben muchísimo, y quizá por influencia espectacular de las proezas de grandes honorarios muy conversados, hace la ciencia más estudiada y sabia por consiguiente, pero nunca servirá para curar ni para prevenir útilmente en el campo en que las Sensaciones Biológicas guían todos los apetitos de la salud y de la enfermedad que satisfechos conducen a la curación.

La Terapéutica es la más pronunciada de las pretensiones imposibles que integran la aspiración genérica de la Civilización. Esta es esencialmente la pretensión del hombre de hacerse afisio-

lógico, la vergüenza de tener un "cuerpo", de tener órganos naturales.

Pudiéramos inaugurar un proverbio: "En todo, no del todo"; no dormir, no trabajar, no comer, fumar, beber, amar (sexual), nunca del todo; es decir renunciar en los actos a la compleción, a la agotación, es de sabia higiene; renunciar al último bocado, al último cigarrillo o sorbo último.

El manjar que te prohíba el médico sea el que tomes primero, cuando tu apetito es más franco, y el que te ordene y no te guste quede para último, es decir para omitirlo al último; pero obsérvate bien si netamente te gusta y netamente te disgusta uno y otro; toma al primero tal como te guste, caliente o frío, salado o no, con otras cosas o solo, con mostaza o sin.

La habituación a los manjares o alimentos que no gustan, es decir recetados, las heridas y hemorragias quirúrgicas, en fin, todos los tormentos de la Terapéutica, tienen una sola ventaja casual, eventual: la mitriditización: atenuar el mal del envenenamiento masivo, etcétera; pero las habituaciones sólo deben emplearse cuando la persona está sana, fuerte; el enfermo, débil, no puede endurecerse, tolerar nada. No es pues el enfermo el que puede tomar remedios y hacer regímenes.

Otra verdad biológica es que todo alivio se paga y que todo lo que *alivia* (terapéuticamente, no higiénicamente), aspirina, morfina, hipnóticos, *agrava*. Esto también es cierto en lo social: toda usura aceptada alivia agravando. (En lo Mecánico no, pero en el fondo cae en el orden, en lo higiénico.)

Lo más artificioso de la artificial Civilización (para mí es tan natural como la Naturaleza) es la sustitución de la información por la Sensación, por la información por Inducción o Conocimiento, en Fisiología (salud); otra es la sustitución de la Libertad por el Gobierno absoluto, quizá. El civilizado desatiende *algo* de sus sensaciones, el primitivo no desatiende nada. Esto se ve

en casos como: la curación de muchos dolores reumáticos por el simple enderezamiento de la planta del pie, que usa un médico de éxito; esta sensación de una planta del pie violentada habitual no ha sido atendida; la Inducción ha llegado 1500 años después de que se la empezó a desatender. Y como así llega tardía en todos los casos (cuellos que oprimen la respiración, cinturones que preparan la hernia, uñas encarnadas...) es mejor volver a la Sensación que avisa desde el primer día, y reeducarnos en ella.

6. PARA UNA TEORÍA DEL ARTE

TEORÍA DE LA NOVELA
TEORÍA DE LA HUMORÍSTICA

ADVERTENCIA

A partir de 1921, la experiencia estética se hace preocupación creciente en M. F., como se patentiza en sus cuadernos de notas, en sus cartas, en sus artículos; llegando a dudar de que sin plena posesión de la teoría estética alcance el artista a cumplir su función específica (arte consciente, luego concienzual). A esa creciente preocupación por Bellarte o Belarte no es ajeno el estímulo de sus amigos jóvenes de "Proa" o "Martín Fierro", como lo ha reconocido. Tanto más que el humorismo, la novela lo preocupa como teoría y como realización. También la teoría del poema, la Metáfora. Lo fundamental de sus investigaciones aparece en "Doctrina estética de la Novela" ("Revista de las Indias", 1940). y en "Para una teoría de la humorística" ("Papeles de Recienvenido", 1944). Téngase asimismo presente los conceptos sobre arte concienzual y sobre poesía en la metafísica-estética del poema a la Luna ("Poema de poesía del pensar") y en la introducción y final de "Poema de trabajos de estudio de las estéticas de la siesta"; y las concordancias con escritos diversos como "Evar Méndez", "La Idilio-Tragedia", "Esquemas para arte de encargo", "Cirujía psíquica de extirpación". Y, desde luego, los prólogos estéticos en "Museo de la Novela de la Eterna" y la correspondencia.

PARA UNA TEORÍA DEL ARTE ¹

Belarte debe llamarse al Arte, para excluir netamente la sensorialidad, cuyo oficio y cultivo debe llamarse Culinaria. Yo propondría como mejor nombre del Arte el de Autorística.

Todo el Arte (Belarte) está en discusión en un todo. Yo soy, pues, más bien un rutinario que un novador en el dudar seriamente de él.

En Arte, mayor confianza merecen las obras de duda de arte que las de certidumbre de arte ². Y entre las que son siempre sospechosas (formas que pretenden ser de arte) están las estilizaciones, el simbolismo, la caricatura, toda la decorativa, y los intentos de síntesis descriptiva de una zona, ciudad, carácter humano. Ejemplo muy candoroso la colaboración de diario que se titula: "Cierta paisaje", cuyo subtítulo sintético dice: "Aguas, sombras, árboles, pájaros". Si ya no se sugiere naturaleza sino la ciudad de Brooklyn se dirá: "Torres, mástiles, faros, chimeneas". O por el contrario se será muy prolijo y se dirá, como en un cuento: "Una tragedia rural a orillas del Duero". Aparte de lo pretencioso de creerse autor capaz de encerrar en sus columnas una tragedia, cumbre del Arte, quizá nunca realizada, es encantadora la pretensión definidora, clasificante, de ese título.

El Arte no es un fenómeno de Belleza; ésta, si existe, es la

¹ Fundamentalmente inédita. Algunos conceptos se superponen a los de la subsiguiente Teoría de la Novela, pero se ha preferido la repetición a la desarticulación de un pensamiento concentrado. (Alrededor, o a partir, de 1927.)

² Cf.: La doctrina de dudarte, dedicada a S. O. en *Destiempo*.

natural, de ambas Naturalezas: psíquica y física. El Arte es un fenómeno de Autorística, más personal y típica que la Autorística del saber, o Ciencia. Y la Autorística —que no copia mentes ni cosas— típica, o el Arte, nace de emoción impráctica y suscita emoción impráctica, nunca de sensación y para sensación.

El Arte es emoción, estado de ánimo, jamás sensación. Por eso he llamado desdeñosamente Culinaria a todo arte que se aproveche de lo sensorial, por su agrado en sí, no como signo de emoción a suscitar. Así, es Culinaria toda versificación, en el ritmo, en la consonancia, en las onomatopeyas y en las sonoridades de vocablos y ritmo de sus acentos.

Belartes llamo, únicamente, a las técnicas indirectas (no directas: copia o imitación) de suscitación de estados psicológicos en otras personas, que no sean ni los que siente el autor ni los que aparentan sentir los personajes en cada momento. Los "asuntos" son extraartísticos, no tienen calidad de arte, y deben ser meros pretextos para hacer operar la técnica, por lo que extraña en Porto-Riche, y más aun en Goethe, la banalidad del pueril catálogo de asuntos. Fuera de la técnica no hay arte; la invención del "asunto" es un juego inocente frente a la riqueza de tramas y temas cotidianos. La vida es la todo-posibilidad; no hay carácter, acto ni suceso material que no sea tan posible como cualquier otro, y la socorrida "congruencia" de carácter, "verosimilitud" de acto o suceso, desesperado argumento para defender el realismo (que no es arte porque no es mera técnica, sino información que incumbe a la ciencia), son cosas que nunca existieron en la vida y menos pudieron percibirse a través de lo escrito.

Y en cuanto a la *comunicación* de emociones, es vano esfuerzo pretender tocar directamente el alma de otro con exposiciones o combinaciones realistas, con signos caligráficos inertes, frente a las eficacias plenas del gesto, los movimientos y los acentos de una conversación común emocionada; lo único posible y artístico es la *suscitación* de las emociones.

Todo el Arte está en la Versión o Técnica, es decir en lo indirecto, y el horror del Arte es el relato y la descripción, la copia como fin en sí, la imitación del gesto y de las inflexiones de voz; en fin, hacernos ir al teatro para ver allí lo mismo que vemos en

la calle y en casa, los cuentos de familia y los espeluznantes crímenes de las crónicas policiales de los diarios.

Voy a ordenar mejor mi exposición, pues mis ideas originales han parecido enredadas a personas que cuando las encuentran en Dickens o en Bergson las hallan claras. Que no les gusten, está bien, pero que las encuentren en otros, es un apuro para mi originalidad.

Diré una cosa sobre innovación y rutina de innovar. Casi siempre lo que se llama innovación consiste en ponerse todos de acuerdo para imitar a uno solo. Así ha sucedido en todas las épocas, en ciencia y arte. Hoy en literatura reina obsesión con los *personajes*, y yo mismo algo haré de esto, porque si uno no hace lo que todos se duda de su originalidad. Los franceses sienten más que nadie el problema de la novela; en todo lo demás no recobran su originalidad hasta que no aparece un nuevo gran poeta o filósofo norteamericano: Poe, Emerson, William James, Whitman, a quien imitar.

El estado de emoción artística no debe tener: 1) ninguna instructividad o información; 2) ninguna sensorialidad; 3) ninguna otra finalidad que sí mismo. Dicho en otros términos: un arte es tanto más Belarte; 1) cuanto más consciente, es decir respondiente a un plan voluntario de técnica, no a un entusiasmo por el "asunto" y por contar el autor lo que siente; 2) cuanto más pura, más exclusiva su técnica; un arte es una sola técnica excluida para los demás. Quedan fuera del arte las combinaciones de técnicas, cual son el teatro dramático, el verso, el recitado, la oratoria, el canto con palabras, la ópera, el ensayismo que se enreda con didáctica y ciencia; cuanto más artes diferentes se asocian menor es su poder; el cine mudo y sin membrete o leyenda es un tipo de arte puro precioso, como la palabra escrita o hablada sin gesto, inflexión ni lujo de bella voz; 3) cuanto más técnico e indirecto; debe ser *versión*, mejor dicho *procedimiento*, nunca enunciación ni comunicación; 4) cuanto menos volumen de "asunto", menos gruesa motivación; la tragedia sin muerte, suicidio, adulterio, incesto, infamia, deformidad física, es la única. Si hay un asunto trágico eminente, es el idilio-tragedia del amor y su cesación por olvido; sin muerte y con olvido

vivir los que se amaran es más tragedia y más muerte que muerte. En este ejemplo la trama y asunto no existen; 5) cuanto menos grato a los sentidos es su órgano, instrumento o sistema de signos, como en el caso máximo de la escritura.

El fin último de todo acontecer de la realidad es una emoción, no una instrucción ni una sensación-agrado. Hay que definir la emoción para el Arte, que es sólo emoción, aunque no toda emoción es arte ni belleza. Bajo el análisis, la emoción es un complejo de sensaciones, pero su origen es central-mental, y el de la sensación es periférico, bruto. Lo periférico es nulo en arte, aun incluyendo las sensaciones, que tanto se han dramatizado, de la sexualidad y sus terribles acucias y conflictos muy intensos, pero enteramente ajenos al arte, como a la ética (que es toda la emoción de simpatía y la acción que ella provoca; la ética es la trasposición del yo, el disyoísmo).

Queda el problema de si hay belleza natural. Yo no lo creo. Todo lo que se llama belleza natural es finalista, teleológica, es decir práctica: alusiones a la salud, la bondad, facultades de agilidad, fuerza, etc.; a todo lo que sostiene la vida. Sólo hay belleza artística, por expresión estudiada, y tanto más artística cuanto más indirecta, cuanto menos realística, menos copia, menos información.

He llamado Culinaria a todo arte del placer-sensación, y en Belarte por eso llamo Culinaria a todas las obras de pretendido arte, que recurren a la sensación. Niego el compás en música, cuanto más en literatura. Ésta no puede tener "ritmo". Se pretende demasiado fácilmente que pueda haberlo en la prosa por el hecho de que hay cadencias, caídas de acento; equiparo el compás en música a la simetría en plástica, bonitez despreciable. El socorrido "compás en el andar", simetría en las cosas, compás del latido del corazón, son hechos insignificantes en el universal espectáculo de descompás y asimetría de la realidad.

En punto a sensorialidad, y aplicada mi tesis a la pintura, mi ejemplo es siempre de exención total de sensorialidad y hasta de antisensorialidad: el retrato de un anciano, ajado el rostro y descolorido, de facciones no gratas, en que no está ausente sino contrariada toda sensorialidad, sin las simplezas de belleza natural de líneas y colores, y aún de expresión sentimental anti-

pática; sería un tipo de arte puro —aunque no indirecto como debe ser el arte— sin agrado alguno sensorial. En cambio, el paisaje y la marinita muy bonitos son un recurso para ilusionar de emoción de arte lo que no es más que agrado del tema; pero el tema o asunto es ajeno al arte; cuanto más pobre es el tema —colores, líneas, asociaciones primarias, magnitud trágica, enredo, hechos— tanto más posible es el arte.

Hay tres maneras de negar lo estético: afirmando con Guyau que el sabor de un bocado o de un sorbo de agua fresca es *bello* o tiene ingrediente estético; afirmando con Emerson que el mundo y el espíritu son belleza; o diciendo, como me atrevería a decirlo, que toda percepción de *belleza natural* es un juicio teleológico, práctico, cuya emoción es genérica, no específica: es la alegría de observar medios adecuados a fines o a la economía de esfuerzo: la percepción de los signos de: salud, sexualidad, benevolencia, inteligencia, fuerza.

Sólo llamo belleza a la emoción que sólo la inteligencia (no la vida o realidad) puede crear en tercero, por medios indirectos, no por el camino directo del raciocinio ni por el camino de emociones comunes no estéticas, de la copia o realismo.

Debe aspirarse a una Estética de mínimo de motivación o asunto, tendiente a la pureza de una total omisión de motivación que caracteriza a la Música (no se dice por qué gime: si porque perdió dinero o porque recuerda su pasado), y aun poniendo a prueba el genio artístico y la autosuficiencia de la Artística o Belarte con la preferencia por afrontar artísticamente el asunto incoloro y aun antipático. En cambio, en el relato que vamos a necesitar usar, todo es motivación y por lo mismo nada es arte. Estética de Horror al Asunto y de Obra de Arte de Encargo¹, es decir artista que trabaja o asunto hallado y encomendado por otro, y aún el artista no debe aceptar sino asuntos insípidos o antipáticos, pues a más asunto, a más gruesa motivación, menos arte. El Arte de Encargo sería un ejemplo y mostraría el ridículo de la valoración y jerarquía de los asuntos.

El modo de los poemas de mera metáfora o tono, sólo tiene de artístico la metáfora; el tono no se trasmite, ni el arte debe

¹ Cr.: "Esquemas para arte de encargo".

buscar transmitir nada. Trasmisión de tono —Belarte—; trasmisión de creencia por tono o raciocinio —Ciencia—; ¿no es fantástico creer que hay trasmisión de tono por la Palabra o Prosa, fuera de la Música y Danza?

El Arte no es:

1) La emoción de habilidad exhibida; la caída a tiempo (compás) en danza, tras un movimiento difícil cuya ejecución se esmera en aparentar facilidad o celeridad, y que ha sido extendido deplorablemente a la música no danzable y al verso no improvisado, creyendo que es un ingrediente artístico la cadenza que sólo en la danza y en la versificación improvisada es muestra de facilidad, de facultad, pero no despierta emoción artística genuina. Lo que en la danza hay de artístico es la emoción de concordancia, de colaboración humana, lo que no tiene nada que hacer en una sonata o en un verso trabajado: el verso improvisado tampoco es arte, pero tiene el agrado de toda exhibición de habilidad.

2) Las "Paciencias" (tejidos, miniaturas, etc.) no son Belarte y hasta son repugnantes netamente como uso vil de habilidad, fuerza de voluntad o facultades.

3) El realismo mero es insuficiente; el realismo con plan de unidad, es decir con marcha sentimental, *desenvolvimiento* bajo *unidad*, si se prueba que hacer sentir esta marcha y unidad es posible, tendría defensa incorporándolo el realismo serio o humorístico a la esencia general del Melodismo.

4) La copia del mundo, y del vivir, sean musicales, pictóricas o literarias, no son Belarte. Explotan una eficacia espúrea: lo asociativo, que no es artístico¹.

¹ Las asociaciones, que tanto se hacen funcionar en belarte de la Prosa, son de dos géneros: las no intrínsecas, por ejemplo la franja de "poesía" que acompaña comúnmente a las solas palabras Luna, ventana, sendero, rocío, tarde, y las casi intrínsecas, como el de los jiros que la mayoría usamos bajo un sentimiento, por ejemplo: "nadie te querrá como yo", "parece un sueño", "nadie me creerá pero es así", "nunca me arrepentiré", "bastante te he dicho que no me importan tus burlas", "nunca soñé", etc. Unas y otras no son Arte, son una subalterna explotación de asociaciones y de inflexiones.

El Realismo es la mentira del Arte, el verdaderismo es lo más fementido pues lo verídico sólo existe por documentación y se llama Historia. Realismo es para mí todo el arte que no es pura técnica, lo mismo el *Quijote* que un poema de Poe, salvo sus metáforas, o *Madame Bovary*, o *Werther*; Proust o Pirandello. El Arte está sólo en la técnica de suscitación de estados que no están en la vida, ni en el lector ni en el autor, sin esa técnica. Y su error es el relato, la descripción, la copia para ver la cual nos llevan al teatro, a ese máximo de miscelánea realista con personas vivientes por personajes, gestos, acentos, trajes, mesas puestas, alcobas, montañas, deflagraciones, relámpagos, para ver allí lo que en la calle vemos todos los días. La Música no es sollozo ni risa, y cuando llora no hace llorar; el bandoneón cuando "gime", el violoncello cuando rechina ira, el terrible órgano (catástrofe realista de la Música, como el teatro de la Literatura) constantemente trémulo y debatiéndose en ahogos impresionantes, no son Arte. La psicología humana busca el realismo, pero con otra justificación, no en busca de Arte.

Las tentativas de alucinación de realidad en el Realismo son eficaces, pero no artísticas; al contrario, parece que van directamente contra el Arte que es por esencia lo sin realidad, lo limpiamente inauténtico, exento de la miseria informativa, instructiva; pero todavía ha de intentarse, antes de sentenciar definitivamente, saber si no se hace artística por el hecho de que toda copia prolija de algo implica adoración, admiración, reverencia, y estos sentimientos darían la Emoción de Arte en el Realismo, la emoción de asombro, veneración del mundo. En este caso lo mismo sería describir un dormitorio que una escena trágica¹.

En fin, para el arte realístico queda aún una posible teoría justificatoria: la que llamo de Melodismo. Denomino así a todo lo que es *desarrollo* en la *unidad*. Sea por medio de notas musicales (y es toda la Música), sea por ordenación de sucesos y matices crecientes y decrecientes de ellos y de la elocución. La Música es un arte sin "motivación". Quizá es el arte ideal y sólo Belarte lo que procura estados sin motivación: cuanto más gruesa, abundosa es la motivación (el por qué de una alegría, la causa-

¹Cf.: Zola.

ción terrenal de una tristeza) menor es el arte. El adulterio, el amor corporal entre hermanos (*La Ciudad Muerte*, de D'Annunzio), el conflicto de amor de padre e hijo, de madrastra y entenado (*Fedra*, de Racine), la muerte involuntaria, por ominoso azar, por la misma mujer, del hijo por la madre, el largo infortunio de la inocencia, de tan alabados y clasificados asuntos de novela y teatro, son abominación de Belarte. (La idea de clarificar y jerarquizar asuntos de arte es una desgracia; es deprimente del arte imponerle y valorizarle asuntos cuando su valía está en la ejecución, la versión de un inauténtico e insignificante suceso, que apenas debe sentirse, como el compás de una obra genuina de música). El arte sin autenticidad es el arte auténtico. La no-autenticidad es el signo de un arte auténtico.

En resumen: no es del arte la Belleza natural —que no existe en estricta Estética—, ni la Copia (Realismo), sino la Autorística pura.

Arte de un solo órgano: artes simultáneas combinadas —danza y música, literatura y seudomúsica de sonoridad, rima y medida que no son música tampoco— son monstruos, imposibles psicológicos, porque psicológicamente no se funden, ni se perciben distintos simultáneamente, ni se confirman o enfatizan mutuamente en el sentir psíquico, aunque se asemejen o repitan en la percepción intelectual, es decir en frío; son inestéticos.

Arte consciente en el artista, es decir con posesión clara de toda la teoría estética de su arte y obra, no de espontaneidades y de “no sé qué” —“no sé por qué misterio me parecieron lágrimas”, “no sé cómo se me ocurrió o tuve esa inspiración”—.

Arte de trabajo a la vista, es decir para lector consciente, y hecho con recursos ostensibles. De asunto mínimo, sin jerarquía de valores de asunto al modo infantil que se complació Goethe en especificar, como luego Porto-Riche; sin inventivas ni valor de asunto; ni propugnación de tesis cualesquiera, ni explicaciones ni interpretaciones de su obra brindadas al público, ni persecución o alegaciones de Autencidad; con sólo el valor de la ejecución o versión al punto de ser recomendable que los asuntos fueran “de encargo” y lo genuino del artista su versión de arte; o con asunto tan incoloro, trunco, contradictorio y omitido es lo

posible (nada más cándido que valorar la inventiva de asuntos en mundo y vida tan cargados de variedad de sucesos que basta asomarse a una casa de vecindad o a las nubes para estar cierto de que no se puede competirles en variedad) que el lector nunca sepa el cuento y lo sienta enteramente.

Arte sin realismo o copias de ningún género, pues así como ritmo y metro no son más que compasito y el compás no es más que división igual de tiempos a reloj, así el realismo es todo copia y aquello del “temperamento” del artista que tamiza la copia no es más que frase. Repito que cuanto más grueso el asunto y la motivación menos arte, y no digamos nada del asunto bonito, el paisajito de agüita con barquito, la carita; lo más yermo y marchito, la tierra monótona y seca, el rostro ajado, senil, desgastado, tientan a la verdadera facultad artística. Todo es autorístico, y la prueba es que el feo y perverso rostro, el dolor o destino cruelísimo, se ven o leen con placer.

Del “asunto” en Arte. Mis aventuras —desventuradas todas para una ambición de nombradía en la carrera pública de literato, no así para un vivir e investigar de esteta— con el asunto del *asunto en arte*, son tan fuertes, inopinadas, que constituirían ellas mismas un asunto de novela género biográfico. Pero, además, pasaba una tregua en mis dudas de que la Literatura fuera una Belarte, cuando creí encontrar el asunto supremo de arte. Todos han leído a algún catalogador de los “asuntos” dramáticos. Pues bien, todos los enumerados con esta calidad son módicamente policiales comparados con el mío. Todo asunto en que inter venga la muerte, la traición, el parentesco, la rivalidad, los celos . . . , es policial. La Muerte misma, en sí, en la realidad, es policial, o, por lo menos, teatral. No tiene sentido alguno para el individuo; es un no suceder nada, y sin embargo para los novelistas y dramaturgos que debieron profesar la inmortalidad es un preferido asunto en novelas y dramas, cuando está tan distante de la significación y grandeza del Olvido.

Buscando alguna vez asuntos de novela y creyendo entonces en el *asunto* en Arte, encontré tres tan bellos (sic), intensos y nobles, que creo firmemente que por lo menos dos de ellos superan en emoción a cualesquiera hasta ahora encontrados, y fue

después de esos dos hallazgos que aseguraban éxito extraordinario de asuntista artístico, de novelista, que descubrí que el Asunto carece de toda valía de genuino Arte, es extraartístico, es decir que una misma persona halló los supremos asuntos de arte y la nulidad estética del hallazgo.

Mi primer asunto hallado, aunque de valor menor, ya era para callarlo, es decir venía con él el tropiezo de todos mis hallazgos en asunto, además del radical de todo asunto en arte que descubrí después; mis tres asuntos con tanto regocijo encontrados venían con esta redhibitoria, oculta, de clamar Secreto para ellos.

Es así muy simple: casualmente vine a ser espectador no visto de una escena en la conducta de un artista indigna de artista; un poeta, en reputación, contemplaba la actuación miserable de un número de hormigas, comiendo, tironeando, repartiéndose el cuerpo muerto de una gran mariposa. Podía anular la escena o no contemplarla; siguió por varios minutos mirando el espectáculo. Por fin, efectivamente, sintió la situación para él, artista, y arrojó agua sobre la mariposa. Bien está, ¿pero antes? ¿Lo cuento o no lo cuento? Todavía no lo sé; yo debí interpelarlo; quizá me diría que lo hizo con gran esfuerzo; quizá aun que por rebusca estética, por disciplinarse en espectador artista del Horror, de la Pesadilla que constituye la mitad del Ser y la Vida, y que es tan inteligible y significativo como su contenido o modo de Belleza.

En fin, parece que no deslumbraré a nadie con este asunto; veamos los dos fortísimos otros. El uno está tratado en la novela ("Eterna"): un hecho memorable en la vida de Dulce-Persona; el otro es el secreto de la Eterna, secreto tan alto que ni aun el arte tiene derecho a su confidencia y será secreto para el Arte.

Mi tesis, digo nuevamente, es el Arte sin asunto, o sea que la motivación o causación de un Sentimiento debe desterrarse del Arte, como lo logra la Música, que es la *belarte* tipo (una Literatura o Prosa sin asuntos y sin sonoridades y asociaciones superaría a la Música en pureza), y debe lograrlo la Prosa o Literatura, o sea que el Arte se envilece con la declaración de un motivo de un Sentimiento o Emoción y que algo no componga o sea Arte hasta que no logra la suscitación de cualquier emoción sin el concreto insignificante del por qué, por una bolsa o por una pasión, se está sombrío o desesperado o se está feliz. No

importa esto que usemos tampoco la imitación de acentos o gestos del sentimiento, los sollozos o gritos de triunfo o de ira; no los imita la verdadera Música; podría probarlo el hecho del compás en sinfonías y sonatas, siendo que los sentimientos no tienen compás aunque tengan gradaciones, saltos y llamamientos, arrebatos, fuertes y pianísimos, lentos, progresiones, acelerados.

Artística de la palabra — Belarte palabra o "prosa"

Hay Dogmática o Doctrinaria de la Palabra, y hay Artística de la Palabra. Sostengo que el arte literario o *belarte* de la Palabra (pura, es decir exenta de pretensiones musicales, pictóricas, de gesto y de inflexión, de agrados sexuo-sensoriales, de asuntos "fuertes" y de manejos alucinatorios, de realidad, y de pretensiones didácticas, científicas, sociológicas) debe aspirar a obtener en el lector únicamente aquellos estados de ánimo que ni la Vida ni otra *belarte* puedan suscitar, y por esto debe ser arte de técnica pura, es decir sin asunto, ni verdad, ni comunicación de emociones del autor ni de sufrimientos o felicidades exhibidas en los personajes, ni pretensión a inventividad o fantasía, es decir a superar la realidad.

La Prosa busca, pues, mediante la palabra escrita, que tiene el privilegio de hallarse exenta de toda impureza de sensorialidad, la obtención de estados de ánimo de tipo emocional, es decir ni activos ni representativos, o sea la ley estética, cumplida sólo con la palabra escrita, de que el instrumento o medio de un arte no debe tener intrínsecamente, en sí mismo, ningún agrado, lo que no pasa con los colores en pintura, los voluptuosos acordes en música, etcétera. La palabra hablada, sin sonoridades, inflexiones, bella voz, gestos, vale lo mismo que la palabra escrita para la Prosa, pero siempre la voz humana tiene alguna sensorialidad; victorioso queda el insípido garabato, gusanillo del papel, que se llama escritura, que ningún arte posee, absolutamente libre de impurezas.

La palabra es el instrumento prominente de la información, de la instrucción, de la ciencia; es esta misma palabra la que, sin instruirnos y sin sensorialidad debe obtener estados de ánimo

enteramente exentos de *noción*. Las palabras de una demostración en geometría son las mismas que las de una página de prosa, pues excluyo de la prosa las interjecciones y frases interjectivas, tanto como de la exposición matemática. He aquí uno de los problemas de la estética. La caricatura de este socorrerse el arte en recursos desdeñables de interjección, sonoridad, onomatopeya, consonancia, ritmo, es la condescendiente invención del *lenguaje poético*, cuya pretensión íntima es la muy desatinada pero muy utilitaria de eximir de pensamiento y pasión al autor literario en gracia al uso de este lenguaje sustituidor de la virtud artística.

El relato, la descripción, los "caracteres", son obra extraartística, infantil. El relato que yo justifico, aunque en modo subalterno, meramente como subserviente, utiliza el interés que los relatos pueden tener como informativos, porque dan oportunidad para el estudio sobre los acontecimientos de la vida y la comparación de los caracteres, las soluciones o desenlaces de las tramas de la vida, decisiones éticas, y hasta también para complacencias de enamoramientos del lector con el personaje, interplacencias de enamoramientos del lector con el personaje, interplacencias de ellos ajenos, espurios en Arte, pero que mantienen al lector al alcance de la insinuación y conmoción de existencia que el autor le viene preparando a su propia certeza personal; esta emoción de inexistencia en el lector es lo que se propone lograr el artista. Uso el relato informativo, y hasta complacedor de los ensueños de pasión o vanidad del lector, que usa el periodista, pero el artista no se propone lo que el periodista, no procura la "información" de vida sino la socavación de la certeza de vida en el lector.

Excluyo de la Prosa, como he excluido de todo el Arte, todo realismo o arte de copia. Y aun llamo realismo al género literario fantástico, pues es copia de lo interior, de las imaginaciones, que copiar la percepción exterior o la imagen interior es lo mismo. Copiar, narrar imaginaciones, ensueños, pesadillas, no es arte; hay un millón de pesadillas en cada cabeza humana y ningún interés en exponerlas por escrito. Entonces, ¿qué queda para la Prosa, suprimida la narrativa, la descripción, los *caracteres*, las imitativas fonéticas, las doctrinas e ideas (porque hay una ciencia del Arte pero no hay Arte donde haya ciencia expositiva), las enseñanzas, las propagandas, las sabidurías, y todo el género

de la sensorialidad? Debe quedar lo que sólo con palabra escrita y con la palabra escrita autorística se puede obtener.

El arte literario tiene tres géneros puros: la Metáfora o Poesía (que incluye lo Fantástico Tierno, no las futilidades de invención del Ensueño y la Imaginación), la Humorística Conceptual y la Prosa del Personaje o Novela. Son las solas belarates puras de la Palabra, o Prosa. Desecho el realismo y lo grotesco así humorístico como serio, pues encuentro que hay un grotesco tierno, sentimental abominable pero del gusto de la gente de mal gusto que se muestra en frases estúpidas, falsetes, como éstos: "La madre, a quien apuñaleaba su hijo, díjole, muriendo: 'hijo, ¿no te habrás lastimado con el filo?'" ; otro caso: la madre muerta a quien el hijo pasando sobre su cuerpo pisa en el corazón mientras aquella profiere: "Camina sobre mi blando cuerpo, que no hieras tus pies". El grotesco que pretende ser humorístico y lo es tan poco como sentimental, es el grotesco de sucesos estrambóticos, realístico y por tanto inartístico.

La Metáfora o Poesía es el logro de una autenticación del sentir del autor; por eso, para mí, es dudosamente artística; pero al menos no es Efusión. Lo que vanamente y puerilmente se intenta con las interjecciones y con los gruesos asuntos trágicos: autenticar un sentimiento del autor, no se logra con ello; sólo se logra con la Metáfora, que por eso he llamado interjección conceptual, porque sólo el que obtiene una distante y sutil pesquisa de semejanza acredita con ello haber sentido. En el lector la emoción autorística es la de esta autenticación, además y aparte de la emoción que siente por el hallazgo metafórico que se le propone y que no había nacido en su espíritu. Otra verdad de arte es venerar las Diferencias antes que ser fácil en las Semejanzas; aunque todo es la Metáfora, lo peor es su uso ocioso, el fácil comparar.

Esta situación del lector, de sentir lo que no había sentido en presencia de las cosas gracias a la semejanza hallada por el autor, marca la leve pero decisiva distancia que hay entre sentir originalmente y sentir a invitación y formulación de otro por suscitación mental, distancia muy pequeña como lo es también la que separa al músico del auditor; a éste debe faltarle muy poco para ser el autor de lo que escucha a proposición del autor.

El que sintiera una sonata de Beethoven exactamente como el autor, musicalmente no le sería inferior, estrictamente. Pero ocurre muy rara vez que el más caracterizado auditor sienta como un gran autor musical.

La Novela, cuya doctrina he desarrollado otra vez,¹ usa de los personajes operados o funcionados, no para hacer creer en ellos (realismo pueril), sino para hacer "personaje" al Lector, atentando incesantemente a su certeza de existencia, por procedimientos que tratan de hacer desempeñarse como "personas" a "personajes" para, por contragolpe, hacer personaje al Lector. Es lo único artístico obtenible con la palabra de la prosa a personajes, único fin que no puede lograrse con otra belarte. Por eso alguna vez estuve tentado de excluir como mero asociacionismo (psicología) a la Metáfora, y aún a lo Fantástico Tierno, en cuanto estos dos géneros de lo Metafórico no se encaminen a impresionar de absurdidad, de irrealidad, a la Realidad, a lo External, cuya inflexibilidad y autonomía respecto de nuestro Deseo es aborrecible: nos hace personajes delgadísimos, importantes, del Universo el Realismo filosófico, y lo mismo el artístico.

Igual y paralelamente a la Novela, que se propone con un relato subalterno siempre en Arte, un descuido espiritual del lector, entretenido en aquél, para desconcertar su certidumbre de existencia y de personalidad, el Humorismo Conceptual, el único que es tal, produce el instante de creencia en la racionalidad del absurdo.²

Llamo pues Prosa a la Literatura, excluyendo *por su forma* el Verso y *por su fondo* lo Fantástico puro, no lo Tierno que en esencia es una gran metáfora, como toda la obra de Gómez de la Serna. Lo Fantástico puro es realismo psíquico, interior, es contar ensueños, y entra en la exclusión que realizo de todo copiar, incluso el copiar ensueños o fantasías; de todo realismo,

¹ Conferencia radial (1930) y "Doctrina estética de la Novela" en *Revista de las Indias* (1940), incluidas a continuación. Cf.: prólogos estéticos a "Museo de la Novela de la Eterna".

² "Para una teoría de la Humorística", en *Papeles de Recién nacido y Continuación de la Nada* (1944), incluida más adelante.

serio o humorístico, como no artístico. Pues la irrealidad del Lector es lo que busca así la prosa seria a personajes o personas de arte (Novela), y la prosa conceptual del absurdo (Humorística o Ilógica del Arte); absurdidad creída, inteligible, por un instante en el lector (Humorística), o provocación de noción de irrealidad del mundo por un instante en el lector (Novela). Con otras palabras: creencia en la racionalidad o realidad de lo absurdo (Humorística) o provocación (no comunicación, porque el autor, en el verdadero Arte, no está en el estado de ánimo que procura crear en el leyente) de un instante de creerse el propio lector irreal, inexistente. En resumen: la única Literatura o Prosa artística (no hay "prosa" didáctica, científica, que es un mero marchar de palabras que ninguna elegancia puede revestir, aunque se hable condescendentemente de elegantes expositores, etc.; ¿hay elegantes martillos de un carpintero o soplidos de un soplador de flauta o de botellas? La palabra y el martillo son instrumentos de trabajo muy simpáticos pero vivenciales, teleológicos, terrenales) es la que tiende no al realismo sino a irrealizar al Hombre o al Cosmos, es decir: la Prosa no tiene otro fin artístico que el metafísico obtenido, perseguido no discursivamente sino por *impresión* de absurdo creído, o de auto-inexistencia creída, luego de una preparación; no racionante, progresiva, preanunciada hasta una Conclusión, sino sorpresiva.

Esencias, o bien nieblas, para el problema de la poesía y el compás

Compás (Música, Poesía) y Simetría (Pintura, Arquitectura, Danza, Escultura) considerados como lo específicamente anti-estético.

Ritmo y Asimetría, como específicamente estéticos, es decir iguales con la Vida por su desigualdad o irregularidad.

Ritmo, equivalente a Prosa, a Sonata pura, es libertad de movimiento y posiciones, como Asimetría en Pintura, etc., como la Vida y el Mundo. El ritmo es la no regularidad, y no un compás laxo, como se pretende para confundir.

El compás es tan antimusical como antiliterario, porque es antiviable o antivital. Sólo en la Danza es artístico el compás

porque la ejecución a compás es una de las dificultades que tiene que vencer el movimiento humano corporal voluntario, o, lo que es lo mismo, es una de las "facilidades" que tiene que ofrecer en espectáculo ese movimiento porque el solo placer estético procurado por la contemplación de la danza es el de percibir el máximum de movilidad con el mínimum de trabajo. Y esto porque (pues sin Emoción expresada no hay belarte aun que haya emoción suscitada) los movimientos correlativos a un estado emocional son los más fáciles, perfectos, elegantes, económicos, concordes, de los que la persona física humana puede ejecutar. Los movimientos de trabajo voluntarios pero no emocionales aspiran pero no logran nunca esa perfección. La Danza viene a ser un movimiento humano voluntario de trabajo que por la "facilidad" lograda previamente emociona por su reminiscencia con la "facilidad" típica de los movimientos que una emoción genera inmediatamente.

¿Hay algo más destemplante de la esperanza del Arte que la pasión por la simetría que notamos en los acomodos de muebles, cuadros y chucherías de nuestras, y todas las, casas? Pues el compás es lo mismo: es el modelo de lo subalterno (aquí sacó la mano por la ventanilla de mi artículo para que no me atropelle el escritor que viene tras de mí, pues voy a parar).

Excluyo la Versificación como ajena al arte literario y a todo arte, porque además de pretender ser demasiadas artes juntas, no es ni Prosa ni Música, pues el compás y la rima son antimusicales. La versificación y la sensualidad del sonido han hecho recitadora a la Literatura. Destinada a responder a la profunda consulta del alma, al pedido de invención y compañía, ha contestado con las miserias del recitado; y casi todo lo que se ha eternizado de lo escrito es el desesperante obsequio de los recitados de la gente subalterna que invadió el Arte. ¡El alma recitada y recitadora! Es lo más feo que pueda haberle ocurrido al alma o a una belarte; es lo que los atletismos de canto de los tenores, para la Música. ¡Qué enemigos les han salido a estas belartes!

La belarte perfecta es la Prosa, pues todas las otras se valen de instrumentos estéticamente viciosos por ser sensorialmente agradables, aun cuando la Música puede aspirar a disputarle esa

perfección por ser la belarte exenta de "motivación", signo de superioridad. El instrumento de cualquier belarte debe ser un "monotono". Sólo la Prosa lo tiene, pues con la universal práctica ("universal práctica" tiene pretensión interjectiva, es "viciosa"; "práctica universal" es prosa genuina, aun en obra no artística) de la lectura, los signos escritos casi no evocan sonido.

Se ha afirmado que el verso es un fenómeno musical que participa de una ley de la Música, que es el ritmo, a su vez venido del palpar del corazón. Y su asunto, como el del Arte en general, es primariamente el amor, también fisiológicamente entendido. Disconforme me siento con todo este pensamiento.

Sorprende que se haya pensado autorizar un modo de una belarte para usarlo también en otra. Es una alegación desprestigante antes que autorizante, pero además ese ingrediente del verso que es el ritmo tornaría dudoso de valor, entendido como compás, vergüenza de la Música como los Axiomas son la vergüenza de las Matemáticas y el silogismo de la Lógica. El verso es sólo literario en su prosa, es decir en sus conceptos o imágenes y en la progresión sentimental de que conceptos e imágenes son meros signos, instrumentos; en lo demás es ciertamente fenómeno musical *si el compás lo es también*, lo que no creo; y si el compás no es genuinamente un hecho musical, como procuraré demostrar, el verso, prosa fracasada, sería a la Prosa lo que un solo de tambor, de castañuelas o de repiqueteo de dedos en un vidrio de mirar llover (...). Lo cómico que le ha pasado al verso es doble: que queriendo salvarse por Música, ha tomado de ésta lo peor: el Compás, y ha inventado una estúpida suposición de Música: la Rima, con la que a ningún músico le habría ocurrido apestar la Música.

PARA UNA TEORÍA DE LA NOVELA¹

Don Enrique Del Ponte, director empeñoso de "Radio Cultura", técnico universitario, hoy en Buenos Aires el más fino y exigente director, acaba de adelantarse al tema novelesco de mi conferencia con una cariñosa fantasía acerca de mi persona. Estando en estos días muy atareado, ni para la semana que viene —es el plazo para compostura de relojes y zapatos y para curar los males que se curan solos, que los que no se curan solos se llaman última enfermedad— me comprometo a procurarme todas las cualidades de inteligencia y sentimiento que el espíritu artístico del señor Del Ponte me descubre.

Pero sepa el público que lo ocurrido es que sabiendo el señor Director que yo andaba con ideas, por una conferencia dada al Centro de Estudiantes de Farmacia y Bioquímica, quiso que antes de que se me acabasen o cambiasen o mejorasen de autor por ser atribuidas a Bernard Shaw, Freud, Bergson o Chesterton —que son las cuatro personas que como se sabe pensaron todo lo que a otro se le pueda ocurrir hoy— las expusiese en su progresista "Radio Cultura". Y yo que necesito desocupar lugar para ideas que hallaré en diciembre...

¹ Aparecen varias redacciones, parcialmente superpuestas y ninguna quizá definitiva, además de anotaciones sueltas correlativas. Por orden: 1) conferencia radial sobre teoría de la novela auspiciada por el Centro de Estudiantes de Farmacia y Bioquímica —al que pertenecía el hijo mayor de M. F., de su mismo nombre—, en 1928 ó 29; 2) conferencia ampliada sobre el mismo tema, por "Radio Cultura" (noviembre 28/930); 3) "Doctrina Estética de la Novela, o sea ideas estéticas del peluquero, del modisto, del manicuro y del masajista de una bella dama... de ajedrez", en "Revista de las Indias" (Bogotá, julio 1940). Se opta por esta última versión, incorporándole la introducción circunstancial leída por "Radio Cultura" y algún breve texto omitido en la última versión.

Voy a reproducir, ampliando y coordinando, doctrinas de una anterior conferencia, porque se me ha consentido debutar dos veces en radio, en consideración a que soy de épocas más despaciosas que éstas, en que el tiempo haraganeaba mucho, y tanto, que los trenes de entonces no estaban en una estación todavía media hora después de haber llegado. He aquí más o menos cómo me arreglé para comenzar aquella conferencia:

Invisible, novelesco, quizá inexistente, pero lo mismo querido auditorio: Discúlpeame que con retardo de minutos inicie la conferencia; esperaba a ver completo el público, mas no aparecía el primer oyente y naturalmente supuse yo que la restante concurrencia, agolpada en alguna parte, tenía que privarse respetuosamente, aritméticamente, de llegar antes que él. Es como cuando no pudo empezarse el decretado censo de los argentinos que vivían esperando la llegada de un conferencista francés o alemán que les dijera instruyéndolos qué era nuestro país, su porvenir, su historia, su psicología y costumbres, al día siguiente de desembarcar. No se encontró para encabezar la lista al primer argentino que creyera y esperara y la lista no tuvo con quién comenzar (y con eso la numeración censal fallaba). Ahora los amables estudiantes que me han invitado a hablar, lisonjeándome con decirme que me encuentran irremplazable, además de que no tienen otro para hacerlo hablar hoy, me explican que el público de radio es invisible. Todos los debutantes somos ridículos y esto que me pasa me convence de que no se debe hacer nunca cosas por primera vez; en mis tiempos con una sola vez no principiaba nada; ahora con la primera vez los diarios ya están en la cuarta edición. Me queda la tranquilidad de que no tendré apuro para terminar, pues el público de radio es como si ya se hubiera ido desde el principio, cambiando por mejor onda.

Y bien; iba andando noches pasadas por esas calles —que les pongan nombre si quieren que uno sea exacto en las novelas realistas— cuando me asaltaron (parece mentira; a pocos pasos de una comisaría) dos ideas de estética literaria. Generalmente son tres o cuatro para asaltar, pero las ideas a mí no me tuvieron miedo; sabrían que me hallaba desprevenido y hasta temo se piense que apenas habrá sido una. Fueron dos. La primera la

diré aquí, y la segunda, la que quede de menos hoy, la elegiré cuando me regalen (no me faltan enemigos) los 70 tomos de alguna enciclopedia y un ancho telón para taparla.¹ Para guarecerse de ideas, de ser asaltado por ellas, es vano mudarse cerca de una comisaría; tampoco creo que las bibliotecas públicas con estatuas y con la exclusividad del don de tedio que vaga en el recinto como privilegio suyo y con aires de silencio y reverencia, hayan sido creadas para garantizarse de ideas.

Después de tanta vida pasada en la escuela elemental, luego colegio nacional, aulas universitarias, y además en leer todos los días todos los libros, todos los diarios y oír todos los discursos, queda uno desprevenido para tener ideas.

La idea que voy a exponer es absolutamente mía: nadie la encontró antes que yo en otro autor. La expongo dirigiéndome al público en general, pues en cuanto a los artistas de este ardiente, inquieto y rico ya en realizaciones arte de Buenos Aires, nada pretendo enseñarles.

Haré sólo la afirmación, sin la demostración de mi tesis. He aquí mis ideas generales de arte, y particulares al arte literario.²

Llamo bellartes únicamente a las *técnicas indirectas* de suscitación, en otra persona, de estados de ánimo que no sean ni los que siente el autor ni los atribuidos a los personajes en cada momento. Los "asuntos" son extraartísticos; no tienen calidad artística; son meros pretextos para hacer operar la técnica, y me parece singular banalidad en Goethe y común banalidad en Porto-Riche, el pueril catálogo de los "asuntos". Fuera de la técnica no hay arte: la invención de asuntos es un juego inocente frente a la riqueza de temas y tramas de la vida cotidiana; y el esfuerzo de *comunicar* emociones, por tocar directamente el alma de otro con exposiciones y combinaciones realistas, es pobrísimo en eficacia frente a los recursos espontáneos

¹ Versión "Radio Cultura": "y la segunda, la que quede de menos hoy, la diré cuando diciéndolo me quede otra sin decir, pues me contento con que cada día me quede otro a venir".

² En la versión "Radio Cultura" se dice inmediatamente después: "Contando con pocos minutos haré sólo la afirmación sin la demostración de mi tesis. Yo creo que la novela, en la contextura que hasta hoy ha tenido, la que llamaré "novela de asunto", es insostenible, infantil; y la única que puede llamarse artística es la que definiré "novela de los personajes". Adelantado esto, generalicemos primero".

del gesto, los movimientos y los variados acentos de voz de una conversación familiar emocionada. Todo el arte está en la Versión o Técnica, es decir, en lo indirecto, y el horror del arte es el relato y la descripción, la imitación del gesto y de las inflexiones de la voz, como fin en sí; hacernos ir a la platea para ver allí lo mismo que vemos en la calle y en casa, los cuentos de familia y los monstruosos o espeluznantes crímenes de las crónicas policiales de los diarios. La música no debe llorar para hacer llorar: el bandoneón que gime, el violoncello que rechina simulando ira, el órgano constantemente trémulo y debatiéndose en *ahogos*, no son arte.

Diré de otro modo: un arte es tanto más belarte: 1) cuanto más consciente, es decir menos hijo del entusiasmo por un "asunto"; 2) cuanto más técnico e indirecto: debe ser Versión, nunca enunciado; 3) cuanto menos abultado en asunto, menos gruesa su motivación. La tragedia sin muerte, adulterio, suicidio, infamia, es la única. Si hay un "asunto" eminente único en arte, sería el idilio-tragedia del Amor y su cesación por Olvido, sin muertes, por imperfección, agotamiento de la facultad de simpatía: *vivir con olvido* los que se amaron es más tragedia que muerte. En este ejemplo la trama, "asunto", no existe; 4) una belarte no existe si no tiene una técnica imposible a todo otro arte, una sola, y sólo ésa se usa. El verso, el recitado, la oratoria, el canto con palabras, la ópera, el teatro dramático y el ensayismo literario enredado con didáctica o ciencia, son espurios. Cuanto más arte diferente se combina menor es su poder. El cine mudo y sin membrete es un tipo de arte puro precioso, como la palabra escrita o hablada sin gesto, inflexión ni lujos de bella voz; 5) una arte es tanto más pura cuanto menos grato a los sentidos es su órgano o medio de comunicación: el retrato de un anciano descolorido, marchito, es un tipo de arte puro *aunque no indirecto como debe ser el arte*, sin agrado alguno sensorial; los desagradables signos de la escritura son también puros de toda sensorialidad; 6) lo sensorial nunca es belarte. Llamemos desdenosamente a lo sensorial con pretensión artística, una Culnaria.

Considero a la prosa en sus dos géneros, humorístico y serio, como siempre intelectualista, con la expectativa del concepto y

la expectativa del relato, como los dos instrumentos para suscitar súbitamente otro estado de ánimo ajeno a lo esperado y al relato. No me parece belarte la literatura de comunicación al lector de los sentimientos del autor o de los personajes. Conforme a ello, ¿cuál es la técnica de la prosa o literatura no realizable por ninguna otra belarte?¹

La observación del poder instantáneo de la prosa humorística escrita, de esos pobres signos escritos que provocan de súbito la convulsión de la risa, me indujo a pensar que la literatura que llamaré sería —pues la de Pasión que se contrapone a la Humorística no puede ser de pura técnica como ésta, y me refiero a la humorística sin suceso, de mero concepto— debiera ser igualmente pronta y clara en su efecto y no tan dudosa como ante la crítica aparecen sus obras.²

La humorística con asunto no es técnica; todo asunto que no es un mero pretexto, que tiene la infantil pretensión de que el lector lo crea, crea por instantes que está ocurriendo, es nulo para el arte; y aun me gustaría que toda novela comenzase con estas palabras: “supongamos que sucede esto y aquello”, y seguir el relato; la humorística debe ser puramente sorpresa intelectual y no caso cómico de la vida.

Ahora, ¿cuál es el suceso³ psicológico en el lector que debe obtener la prosa sería —y sólo puede obtenerlo ella y no la vida— en el curso de los sucesos de relato que son el pretexto?

Aquí, amable público de ávidos lectores de novela, tengo que desengañaros: por muchos siglos creéis haber leído infinitas novelas, habéis gozado, íntegramente absorbidos, de mil tramas, “asuntos” y páginas, pero no habéis leído una sola novela, porque aquellos renglones no daban lo que llamaré lectura *hecha*,

¹ “Radio Cultura”: “¿cuál es la técnica de la prosa o literatura distinta a la de toda otra belarte (bellarte), distinta aún a la Vida?”

² “Radio Cultura”: “La observación del poder instantáneo de la humorística escrita, de esos monótonos signos que provocan súbita convulsión de risas (sólo llamo humorística a la de mero concepto, sin sucesos), me indujo a pensar que la literatura que llamaré novelística por el uso de personajes —la de pasión o prosa poética tiene su técnica en la metáfora— debiera ser igualmente pronta...”

³ “Radio Cultura”: “efecto psicológico en otro que debe y sólo puede obtener la prosa?”

sino meras alusiones sin técnica a temas que os agradaban y que con sólo nombrarlos —esto es lo único que hacían— desataban de fantasía emocional.¹

Aun más tengo que deciros, con desengaño vuestro e ingratitud mía: a ninguno de los agitados personajes de las novelas sensoriales (y largas como a mí me gustaban: hoy sólo hay el cuento; ¿por qué cambios climáticos o astronómicos ya las novelas no se puede seguir las?)², a ninguno de aquellos personajes le sucedió nunca nada en ninguna de las esquinas y recovecos de la más urdida trama. Porque ¿sabéis qué es sucederle algo a algún personaje?

Y aquí está el sensacional desenlace de mi teoría contra los desenlaces y lo sensacional. A un “personaje” como tal sólo puede acontecerle un suceso; y toda la literatura, y toda la técnica del arte de las novelas debe correr, debe dedicarse a que le suceda ese único acaecimiento posible a un personaje. Los personajes tienen existencia de un solo o para un solo suceso: lo único que puede acontecerles como tales, pues en todo lo demás están solamente representando a tal o cual persona humana, que es a quien le pasa todo; lo único, es: que por una técnica exquisita, sutilísima, el gran artista los pase súbitamente a la Vida. Así, todo en el Quijote es asunto, belleza natural no artística, arte no consciente, humorístico y serio, espontáneo producto de entusiasmo —que el asunto produce en el autor— no de técnica. Es la más grande de las casi novelas, mucho más psicológica que las menudencias de psicoanálisis de los novelistas del nólogo interior, pero no es belarte: es producción humana de belleza natural, realismo psicológico.

Mas en una misma obra máxima de arte no consciente se inauguró la prosa técnica o consciente. Leed nuevamente el pasaje en que el Quijote se lamenta de que Avellaneda publique una inexacta historia de él; pensad esto: un “personaje”

¹ “Radio Cultura”: “Os dejaban a vosotros hacerlo todo; gozábais vuestros propios tesoros de imaginación sacados de la pereza por unas cuantas palabras”.

² “Radio Cultura”: “o tiernas, lo mismo ‘Los tres mosqueteros’ o ‘Graziella’ o ‘Werther’”.

con "historia". Sentiréis un mareo; creeréis que Quijote vive al ver a este "personaje" quejarse de que se hable de él, de su vida. Aun un mareo más profundo: hecho vuestro espíritu por mil páginas de lectura a creer lo fantástico, tendréis el escalofrío de si no seréis vosotros, que os creéis al contrario vivientes, un "personaje" sin realidad¹.

Este estado de ánimo, el mareo de la personalidad en el lector, sólo la literatura, la intelectualista, no la científica, puede darlo, y es el primer hecho de la técnica literaria. Varios otros casos de la literatura que parecen análogos no tienen ni el sentido profundo ni la eficacia concisa de estos dos renglones de la genuina belarte de la prosa. Calderón en su infantil confusión de ensueño y realidad, Shakespeare explotando los sosías, y lo mismo los fáciles y repetidos simbolismos que se usan en el cine, no son técnicas, no tienen categoría artística.

En suma, una novela es un relato que interesa sin que se crea en él y retenga al lector distraído para que opere sobre él, de tiempo en tiempo, la técnica literaria, intentando el mareo de su sentimiento de certidumbre de ser, el mareo de su yo².

He terminado, y mucho me alegraría modestamente que algún lector diga más tarde por ahí en mi elogio: "para lo poco que sabía del asunto, bastante habló, porque no es gracia hablar de lo que se sabe".

¹ "Radio Cultura": "un 'personaje' con 'historia'", biografía de un personaje; sentiréis un mareo al escucharlo quejarse de que se hable de él, de su vida, con detalles equivocados. Aun una conmoción más desconcertante: hecho vuestro espíritu por mil páginas de lectura a creer lo fantástico, tendréis el escalofrío de si no seréis a la inversa vosotros, que os creéis al contrario vivientes, un personaje sin realidad, fantasma metido en una novela: que os están leyendo en alguna muerta página".

² "Radio Cultura": "Este estado de ánimo, el mareo de la personalidad en el lector por contragolpe de la asunción de vida en el personaje, sólo la literatura intelectualista, no la realista, puede engendrarlo: ningún otro arte, ni aun la realidad, lo pueden. En suma, una novela es un relato que interesa sin propósito de que se crea en él, para que mantenga el lector distraído, y opere sobre él la técnica literaria intentando confundirlo en su sólido sentimiento de certeza de realidad, de ser. Es al mismo tiempo única aventura de personaje, única aventura de lector."

PARA UNA TEORÍA DE LA HUMORÍSTICA¹

Solemos usar una típicamente defectuosa fórmula del Preguntar que sólo puede conducirnos a innumerable tautología: "¿Qué es Metafísica?", "¿qué es Lógica?", "¿qué es Chiste o Humorismo?". No me preguntaré qué es Chiste: el tema (de psicología humana) que estudio son estos dos hechos: a) hay muchas personas que experimentan placer (emocional) cada vez que toman conocimiento de un acto, situación, aptitud o condición de placer o felicidad actual, probable o conducente a placer o bienestar, *en otro*; b) cuando este placer (simpático) es motivado por un hecho no esperado o cuando se prevenía, temía, lo contrario (un infortunio ajeno), ese placer va acompañado de risa (soltura respiratoria por la simple causa de que lo precedió suspensión respiratoria); este ímpetu de respiración recuperada adiciona un placer respiratorio. Cuando ello ocurre en hechos reales se le llama *cómico*; cuando se provoca la situación por signos verbales que alguien usa para crear en el oyente un hecho psicológico de creencia en lo absurdo, yo le llamaría *chiste*, y el sujeto del hecho sería el oyente y el dicente sería el espectador del tropezón concienencial por él provocado.²

Esto es todo lo que quiere decirse en este largo y monótono escrito, que también algo aporta. Tres defectos que ustedes perdonarán.

¹ Incorporada como sección de *Papeles de Reciénvenido y Continuación de la Nada*, edición 1944, y no republicada en la edición 1967.

² Déjeseme prometer para algún día el trabajo coherente y sistemático sobre Comicidad, Chiste y Humorismo. El material y la doctrina casi están; faltan la disciplina y el orden, virtudes a veces útiles e importantes y que la economía mental del lector estima altamente.

En mi ansiedad antigua por un arte puro, por una perfección de no realismo, me he encontrado con esta definición última: Sólo es belarte aquella obra de la inteligencia que se proponga no un tópico o faz de la conciencia, sino la conmoción del ser de la conciencia en un todo, y que para ello no se valga nunca de racioncinios.

La Belarte Conciencial, única digna de la lucidez actual de la conciencia del hombre, que, en su grado presente de agudización, de iluminación refleja, queda intocada, ignorada por todo lo que se ha llamado hasta hoy "arte" —y que bien mirado es un juego pueril—, ha hallado su órgano completamente puro por su perfecta insipidez intrínseca, que es la escritura. No veo esperanza de que otro órgano pueda conducir a otra belarte; no cavilo qué otro órgano podría ser absolutamente asensorial, insípido.

Poseedora desde ha siglos de este signo que tiene de divino una perfecta asensorialidad, la humanidad no ha hallado hasta ahora, sin embargo, el noble uso artístico, genuino, de la Palabra. Al contrario, con una verdadera abyección se ha complacido en despojarla de su esencialidad con la predilección por las palabras sonoras y su ridículo acompasamiento en ritmo y rima, y la rebusca infantil de las más manoseadas asociaciones de "palabra" a "impresiones de vida". El empeño ha sido macular con la vida la palabra y enaltecer las copias con servilismo vital.

Yo creo haber encontrado que sin doctrinas, explicaciones, y principalmente sin racioncinios, pueden crearse dos momentos, únicos genuinamente artísticos, en la psique del lector: el momento de la nada intelectual por la Humorística Conceptual, mejor llamada Ilógica de Arte, y el momento de la nada del ser conciencial, usando de los personajes (Novelística) para el único uso artístico a que debieron siempre destinarse, no para hacer creer en un carácter, un relato, sino para hacer al lector, por un instante, creerse él mismo personaje, arrebatado de la vida. No pudiendo aquí desarrollar mi teoría general de Belarte, y especialmente de la Novelística, y debiendo cumplir con el propósito de dar una teoría de la Humorística como cultura del momento de "nada intelectual", no como realística de sucesos de chasco, diré que así como los personajes o "Personas de Arte"

asumen el destino único y nuevo de producir, por contragolpe, el susto de inexistencia en el lector —que no es persona de arte sino persona de existencia—, así en Humorística los sucesos, el suceso mínimo necesario, no se proponen la creencia en el sucedido sino sostener una expectativa de *entender* y derivarla instantáneamente a un segundo de creencia en lo absurdo. (Para ser cachado por lo dicho: de tres a cuatro de la tarde en mi domicilio, que es un vagón de tren que parte, toda persona será bien recibida, sin enfado.)

I

Los estudios plenos de la comicidad, el chiste, el humorismo, debían explicar el fenómeno fisiológico de la risa, el hecho de que esa risa sea un placer y la esencia inteligible del hecho o formulación mental que debe causar aquella risa; pero también debíase explicar qué signo afectivo deben tener siempre esos hechos. Esto último es lo que creo se ha olvidado uniformemente. En profundos estudios que se han hecho desde Kant, Schopenhauer, Spencer, Bain, Kraepelin, Bergson, Lipps, Volkelt, Freud y otros, se llegó a dar acertadamente mucha luz sobre la estructura esquemática mental de la causa psicológica de la risa, pero enunciándola sólo intelectualmente: no han visto que el signo afectivo constante de la temática de la risa es que la esencia del sucedido sea alusión a felicidad. Se ha estudiado el movimiento de las imágenes, se ha estudiado también el aspecto afectivo (axiológico), la psicogénesis del placer de lo cómico, la relación con el sueño, la conciencia o inconciencia del proceso cómico, los procedimientos de fabricación de lo cómico, etc., pero no se ha investigado cuál es la razón esencial que explica, no la risa ni el mecanismo psíquico de ese placer cómico, sino el signo afectivo de la causa de ese placer, la condición *hédonica* fundamental sin la cual ese placer no se produce.

Sea que se trate de "una afección que nace de la reducción repentina a la nada de una intensa expectativa" (Kant); o de "la percepción repentina de una incongruencia entre una idea y el objeto real" (Schopenhauer); "un esfuerzo que de pronto se

resuelve en nada" (Spencer); "una idea elevada que se presenta como mediocre" (Bain); o "lo mecánico calcado sobre lo viviente" (Bergson); falta siempre el elemento o condición específica de lo cómico: que el suceso sea feliz o de algún modo aluda a felicidad.

Encaminemos la exposición con ayuda de textos de Bergson (*La Risa*): "La risa se produce todas las veces que en lugar de la reacción inteligente y adaptada que el individuo debía mostrar, tiene una reacción automática e inadaptada"; "El procedimiento cómico debe definirse: lo mecánico calcado sobre lo viviente"; "Las actitudes, gestos y movimientos del cuerpo humano son risibles en la exacta medida en que este cuerpo nos hace pensar en un simple mecanismo".

Aquí se insiste en definir lo cómico por un género de equivocación: un error como ingrediente dominante de todo momento cómico. (De paso observemos que nuestra vida está hecha de tramos de actividad automática que no nos causan risa.) ¿Pero acaso no valen tanto los muchos otros géneros de equivocación? Por mi parte, añado dos elementos y preparo así la definición de lo cómico: Toda equivocación, pero que no haga daño (el hecho cómico debe resultar inofensivo aunque puede haber habido la posibilidad de mal) y que implique la intención de prudencia y de acierto para un bienestar propio o ajeno y por ello se ejecute con satisfacción actual sentida. Esta satisfacción o contento, acompañada a un acto equivocado pero sin peligro y más bien por exceso de prudencia útil que por imprudencia, es el ingrediente *grato* esencial que explica que también la emoción por él despertada sea *grata*. En suma, apporto que lo que se ha olvidado siempre era lo esencial y lo más ostensible: el placer de lo cómico y su risa es justamente lo que constriñe a buscarle una explicación originaria de placer: debió pensarse que debía tener un correlato temático también de significado grato. ¿Por qué la sustitución de lo viviente por lo mecánico nos va a causar placer? Es una equivocación, como la de una persona que pone el pie donde no hay escalón y se derriba; una emoción placentera debe ser originada por una temática de placer. La risa cumple —según Bergson— la función social de reducir lo mecanizado, lo *hecho*, lo cristalizado, lo automatizado, porque la vida tiene leyes distintas de lo inor-

gánico y mecanizarla es imperfectizarla. Pero el que, por causa de esa mecanización, se cayera de una escalera donde falta un peldaño, no nos causaría comicidad, y no es suficiente decir para ello que es porque ha intervenido la emoción. Lo mecánico se sustituye veinte veces a lo viviente y no nos causa gracia si no contribuye a la felicidad. Es más, debería darnos, en general, tristeza.

El sentimiento de comicidad es así uno de los del orden de la simpatía, en muchos casos casi equivale a una manifestación de ternura, y por tanto es más que igualitario, es admirativo o por lo menos enteramente altruístico: es el sentimiento de aprobación de una conducta equivocada por exceso de prudencia y de busca de la felicidad. Cómico es todo, y sólo, una percepción inesperada de felicidad ajena. No es incompatible con la emoción ni "a producir el efecto cómico concurre siempre la intención implícita de humillar, y por ende de corregir"; ni "hecha para humillar, ha de producir una impresión penosa en la persona sobre que actúa"; "no llenaría sus fines la risa si llevase el sello de la simpatía y de la bondad" (Bergson). Yo me río de un niño que, muy agitado y resuelto, dice que se va a suicidar y sale corriendo y en ello entra en un comedor y empieza a comer. Su causa es la felicidad con que el chico cambia de resolución, optando por lo más agradable.

Comicidad es el caso particular de simpatía con la percepción de aptitud o felicidad, que se distingue por la inesperada percepción, precedida de un estado de interesamiento o atención. Si no hubiera esta sorpresa, se trataría de una alegría de percepción de felicidad, con lo cual reprobó la teoría de que lo cómico se funda en el sentimiento de superioridad, o deseo de humillación, o contemplación del hecho cómico como desde un palco, etc. Toda percepción de felicidad o aptitud o de ánimo fuerte ajeno es agradable. Pero esa percepción puede venir a veces sorpresivamente y entonces toma el carácter levemente convulsivo de la risa; así que la comicidad no es más que una de las formas de la percepción de aptitudes para la felicidad. Es decir: lo inesperado o sorpresivo no es indispensable para la alegría de percepción de felicidad, pero sí para la comicidad. O sea: a) hay percepción simpática de felicidad ajena esperada;

b) hay percepción simpática de felicidad ajena inesperada. Esta es la cómica, que habitualmente se acompaña del estado convulsivo por retención respiratoria que se denomina risa. (Hay dolor convulsivo como hay placer convulsivo, por ejemplo el dolor emocional.)

Lipps, Bergson o Freud, por ejemplo, intentan explicar la técnica o procedimiento de lo cómico, incluso el movimiento de las imágenes y de la atención, y procuran reducir a una teoría general la fórmula de la comicidad, pero no explican adecuadamente, me parece, la causa, no de la risa, sino del placer de lo cómico, del placer del sentimiento de comicidad, no en su mecanismo psicológico sino en su signo afectivo.

Al analizar Lipps la fábula de Fedro "El parto de los montes", atribuye el placer ligero que nace, a que la natural preparación del alma para la concepción de un objeto, prepondera o excede a la pretensión que el objeto presenta por su naturaleza a nuestra capacidad aperceptiva. Se espera algo grande, porque así lo exige la grandeza del fenómeno natural, es decir, yo me preparo y dispongo mi capacidad natural a asistir a un gran espectáculo. Y, en vez de lo que yo espero, se me da algo pequeño e insignificante. Así la explicación de Lipps¹. ¿Pero bastaría ello sólo para explicar el placer de lo cómico? ¿El solo contraste entre lo esperado ("eratque in terris maxima expectatio") y lo acontecido ("peperit murem") es suficiente explicación? Pienso que el placer proviene de la liberación de una expectativa no sólo máxima sino temerosa ("gemitus immanes ciens"): debió haber miedo; no era una montaña que no pudiera hacer daño aquella a que se estaba mirando, aquella que llamaba con gemidos extraordinarios. Hay la sorpresa feliz, sorpresa de lo conveniente. Si no hubiera habido la expectativa no hubiera habido la convulsión del placer de saber que la montaña no hacía daño, o sea no hubiera habido risa, pero sí un placer igual, y muy verdadero. En los espectadores (supuestos) de tal acontecimiento físico, pues, la referencia placentera alude a esa liberación de una preo-

¹ "Los Fundamentos de la Estética", posterior a "Komik und Humor", obra especializada que no he podido consultar.

cupación; para los que escuchan el relato, que no padecen miedo a los estremecimientos de la montaña, resulta una persona envidiable la laucha esa que con motivo de sus trámites, logra que los hombres se conmuevan.

La grandiosidad de que para que un ratón busque su comodidad deban estremecerse las montañas, o se alivien con ese hamacamiento, realiza la apariencia de la dicha de ese pequeño animal que disfruta de un momento inmenso de universalidad, de importancia. ¿Cómo no se vio pues ese cambio (laucha) después de otros cambios (estremecimiento orográfico) supone una felicidad, de manera que todo ese homenaje de la montaña y del público lo recibe esa laucha? Sin ella nadie se hubiera reído —como tantas veces ante anuncios cuyo sentido escapa o se trunca—; hubiera habido alguna liberación de preocupación, etc., pero no comicidad. ¿Por qué? En ambos casos ha habido alegría por cesación de un temor o expectativa, pero sólo en el segundo comicidad. Si hay risa sería para el caso de cesación brusca, pero me parece que tal no acaece pues los ruidos no tienen término súbito; nunca se sabe cuándo concluirán.

Otro caso. Dice Lipps: "Quizá también se pueda hablar de esperanza satisfecha y defraudada cuando encuentro cómicos a los hombres demasiado gruesos; 'esperábamos', pudiera decirse, que el cuerno de un hombre siempre fuera tal cuerpo, es decir una cosa viva, movediza, que sirviera para las funciones de la vida y que estuviera en consonancia con los fines a que la naturaleza parece haberla destinado; y en vez de esto encontramos algo inservible, dificultoso, algo que le pesa al hombre y no le sirve para nada, una cosa que más que otra dificulta sus funciones corporales". Yo pienso que si reímos de ese gordo es porque se nos presenta como la fórmula completa de la infelicidad y resulta un gran chichón y un gran contento, o un individuo ágil y resuelto. Si vemos a una persona cuya grosura le impide moverse, nos inclinamos más a lo trágico —como en muchos casos de deformidad— o sea que no es cómico solamente porque esperábamos ver un cuerpo común pues desde que nacimos sabemos que las cosas son muy distintas de lo que pudiera convenir a la necesidad de cada cual.

Otro caso. Dice Bergson: "Si un cierto movimiento del brazo o de la cabeza de un orador se repite periódicamente siempre igual, tendré que reírme contra mi voluntad, porque en lugar de ser celoso de la palabra y flexible como ella, el gesto se automatiza, deja de transformarse y por tanto de vivir"; "los gestos de un orador, que de por sí no son ridículos, inspiran risa por la repetición". La comicidad según él proviene de que estoy ante un mecanismo que funciona automáticamente; "no es ya la vida lo que tengo delante, es el automatismo instalado en la vida y probando a imitarla". Yo pienso también que la repetición de los gestos de un orador no es en sí cómica, pues cuatro o cinco gestos es el repertorio de cada orador; lo cómico es la noción de los movimientos inoportunos, incoherentes con lo que está diciendo; el automatismo ha jugado con el orador, lo ha hecho su tropo. Estoy, en cierto modo, descubriendo su falta de sinceridad; esos gestos absurdos me benefician como informe de que debo cuidarme de hacer caso de ese personaje. Hay felicidad al descubrir a un mistificador que mientras dice patéticamente: "Esta pequeña acción" abre los brazos en cruz; hay la alegría de que ciertos gestos inesperados denuncian la mistificación de una persona a quien estábamos respetando. Además hay, concurrentemente, la felicidad de contemplar a quien sin vocación ni sinceridad encuentra un modo más o menos inofensivo de ganarse la vida, aunque prive la de desenmascarar a un farsante y quedar prevenido contra él. Pero no es el mero automatismo lo cómico, sino el signo placentero de ese automatismo y de la situación respecto de nosotros.

Bergson equipara este caso al enigma que plantea Pascal: "Dos caras, ninguna de las cuales hace reír por sí sola, juntas mueven a risa por su parecido"; es que la vida no debería nunca repetirse en toda su plenitud circunstanciada —dice— y vuelve a su idea de que dondequiera que hay repetición, dondequiera que hay semejanza completa, vislumbramos en seguida lo mecánico funcionando tras lo vivo; pensamos en dos impresiones del mismo sello, en suma; en un procedimiento industrial. "Tal desviación de la vida en el sentido de lo mecánico es en este la verdadera causa de la risa." Yo pienso que la alegría se debe en este caso a la revelación de la riqueza de posibilidades del acontecer. Es alegría, pero no hay comicidad, es un sonreír del

agrado, de la complacencia, y éste es optimístico porque se presenta un prueba de la variedad, aunque sea en el caso de la repetición. Cuando se repite una combinación muy compleja como es un rostro, o en el juego una serie de veinte números, se ensancha la noción de Posibilidad, se aleja la noción de Necesidad y de Limitación.

Freud prefiere decir que la causa de la risa es la "degradación de lo animado hasta lo inanimado" en lugar de "la desviación de lo animado hacia lo inanimado". Y, consecuentemente con su terminología, alude a que nos sentimos decepcionados cuando a consecuencia de una total identidad o una engañadora imitación resulta superfluo el nuevo gesto que nos proponíamos realizar y que esta decepción comporta una minoración de la carga psíquica y el gasto de expectación devenido superfluo es descargado por medio de la risa. (Habría que observar a Freud, a Bergson y especialmente a Bain, que la degradación de un estado de expectativa a un vacío o una nada puede originar placer, pero no la degradación de una persona o dignidad, ni la de lo animado hasta lo inanimado. Lo real es lo contrario: la comicidad se produce bajo la condición de que no ocurra degradación alguna de valores.)

¿Por qué la similitud de rostros causa alegría y no tristeza? La dignidad de la vida está puesta en menoscabo al suponerla mecanizada; ¿qué más deprimente, qué más oportunidad para una emoción depresiva que una fábrica de hombres? Creo que a esta impresión de limitación o repetición o estandarización de la vida humana la supera la impresión de la amplitud de lo posible, no sólo en cuanto a la identidad como caso de la variedad sino en el más singular de una sola psique con varios cuerpos. Dudo que la singular observación de Pascal sea caso claro de comicidad y risa; creo que más vale que de mucho interés, de extrañeza¹ ante la impresión de dos cuerpos para la misma

¹ Por ello estimo que se deben elegir los casos fuertemente calificados de cómicos, es decir, a las grandes intensidades, para no perdernos, en una exposición general; no soy partidario de buscar como ejemplos de comicidad "unos ojos demasiado abiertos, una nariz ganchuda, unas orejas muy separadas del cráneo, una joroba o cualquier análogo defecto físico".

202 / 77
F. Fernández
C. 202-203

Macedonio Fernández
Epistolario

psique. Por mi parte, muchas veces he pensado que pudiera haber varias figuras corporales para la misma persona psíquica. Sin embargo, esta probabilidad se destruye prontamente, pues el acto continuo el observador percibe que mientras uno de los rostros ríe, su igual expresa melancolía, o mientras uno de los cuerpos se agita el otro permanece en reposo: concluye la posibilidad de una psique con varios cuerpos. ¿Reímos de los mellizos? Quizá en este caso falte la sorpresa, pues sabemos que han nacido de los mismos padres en las mismas circunstancias, pero podría haber la duda de que fueran dos psiques, como al principio debimos pensar. Quiero decir que si los dos caras son de gemelos o parientes no hay sorpresa ninguna, aparte de que estamos acostumbrados a toda especie de repetición. En suma: una semejanza muy acentuada es muy rara, presenta una amplitud del acontecer, y como la variedad es un placer —aunque también lo es la uniformidad— y que haya varios seres de idéntico tipo no limita la verdad, se da una sorpresa grata. La identidad cuando es rara aumenta la variedad; la variedad no sería absoluta si no hubiera la posibilidad de lo idéntico.

Para mí es de esta misma naturaleza la explicación de por qué un hombre ingenuo ríe la primera vez que ve a un negro, problema psicológico tenido por abstruso según el mismo Bergson lo reconoce al recordar que psicólogos como Hecker, Kraepelin y Lipps lo han contestado de distinto modo. Kraepelin dice: "El Labrador ríe del negro que ve por primera vez; y nosotros mismos no podemos reprimir una suave comicidad cuando nos encontramos con un amigo que ha cambiado su peinado habitual, o que acaba de afeitarse la barba que llevaba, o cuando le vemos usar, por primera vez, el sombrero de copa, camino de una fiesta." Según él, hay comicidad intuitiva, por contraste de nuestras intuiciones sensibles con nuestro material representativo. (Para mí, el que se quita la barba es un enérgico, ha tenido resolución, posee tono optimístico, y a esta felicidad alude mi sentimiento de comicidad, reunidas las demás condiciones, sorpresa, etc.; si yo asistiera a la operación de rasuramiento no reíría. O sea: si ese hombre se desbarba para despistar a la policía, por ejemplo, no resultaría para mí cómico, pero sí me divierte si

ha encontrado una fórmula mejor para su atractivo personal y enérgicamente la ha adoptado.)

En fin, volviendo al negro, para Bergson un negro es un "mal lavado" o un blanco disfrazado; y todo disfraz, no sólo del hombre sino de la sociedad y aun de la naturaleza, es cómico; la idea de disfraz se remonta a la de un mecanismo superpuesto a la vida.

Yo pienso que lo que da placer es la riqueza de la variedad, el chasco inofensivo que da la naturaleza a quien creía que no había otro color de piel humana que el blanco; y como se vive de la naturaleza tiene mucho valor la riqueza de su variedad. El Labrador ríe de la multiplicidad de tipos de lo humano, de los colores para la misma forma viviente. No es meramente la percepción de lo nuevo, ni lo nuevo inesperado, pues no reímos al descubrir en la primera visita al jardín zoológico o al botánico o a un museo de minerales, multitud de especies y formas nuevas, desconocidas. El Labrador o el niño se ríen no de un negro sino de un negro feliz, tanto como el que se ríe; el espectador había creído que era un defecto o una desgracia pertenecer a esa raza, que era como padecer un dolor de muelas permanente, en suma: una minusvalía hedónica, y ve al negro bailando y comiendo satisfecho; se creyó que la negrura fuera un traje molesto dentro del cual viviera un ser humano mortificado y resulta un individuo feliz. Lo mismo en el caso del jorobado o de otros defectos: reímos, además de su figura extraña y sorpresiva, de la ninguna idea que tiene él de estar desalojado de la felicidad a causa de la jiba; nos reímos de verlo despreocupado y contento. Es una disposición a compadecer que se transforma en una alegría de no tener ocasión de compadecer¹. Fundamentalmente: se trata del placer ante la variedad de poder

¹ Hay una felicidad —que no sé si ha sido observada— en la percepción en el prójimo de defectos leves. Una persona quiere a otra y la encuentra muy perfecta. Pero le complace descubrirle algún defecto ligero, para que se dé su justo capricho, para que tenga un descanso de su bondad, de su sujeción a la virtud. Estoy deprimido de pensar que esta persona es tan virtuosa y me alegro de conocerle alguna pequeña envidia o despreocupación. Si esta percepción es inesperada, es cómica, y siempre pertenece a los placeres simpáticos.

ser feliz no obstante ser negro o jorobado; al ver al negro tan dispuesto a buscar su bien como un blanco, que aprovecha su inteligencia como si no fuera un negro, luego de haberle pagado un impuesto de compasión, nos sorprende su aptitud para la dicha. Si lo viéramos abatido como negro no promovería en nosotros risa.

Para Freud (*El chiste y su relación con lo inconsciente*) —cuya teoría se tratará más adelante y para quien chiste y comicidad pertenecen a los métodos de conseguir placer extrayéndolo de nuestra propia actividad anímica y no son sino medios de restablecer, con un pretexto cualquiera, el buen estado de ánimo (euforia) cuando el mismo no aparece como una disposición general de la psique— reímos de lo inútil y exagerado de los movimientos ajenos por comparación de los movimientos que hubiésemos ejecutado nosotros en el mismo caso. Para tal comparación se toma como criterio el gasto de invención que va ligado con la representación del movimiento correspondiente. “Ante un movimiento inadecuado y excesivo de la persona observada, nuestro incremento de gasto para la comprensión es cohibido en el acto, esto es, declarado superfluo en el mismo momento de su movilización, y queda libre para un distinto empleo, o eventualmente, para su descarga por medio de la risa. De esta clase sería, coadyuvando otras condiciones favorables, la génesis del placer producido por los movimientos cómicos: un gasto de invención devenido inútil, como exceso, en la comparación del movimiento ajeno con el propio”.¹

Freud reconoce la dificultad del problema fundamental: las condiciones de la génesis del placer cómico, derivado —según él— de la diferencia de gasto psíquico de representación. Critica las teorías clásicas que a su juicio incurrían en un mismo de-

¹ Diferencia del chiste con la comicidad: “La fuente del placer del chiste tuvimos que situarla en lo inconsciente; en cambio, en la comicidad no encontramos motivo alguno para una tal localización. Más bien indican todos los análisis hasta ahora efectuados, que la fuente del placer cómico es la comparación de dos gestos, localizados ambos en lo preconscious. El chiste y la comicidad se diferencian, pues, ante todo, en la localización psíquica, y el primero es, por decirlo así, la aportación que lo inconsciente procura a la comicidad”.

fecto: olvidan en su definición aquello que constituye precisamente la esencia de la comicidad. Si se sostiene que lo cómico reposa en un contraste de representaciones (Lipps, por ejemplo); sí —dice—, pero cuando este contraste produce un efecto cómico y no de otro género. Si se dice que el sentimiento de lo cómico proviene de la decepción que nos causa algo que esperábamos (Lipps, asimismo), desde luego —expresa Freud— pero sólo cuando la decepción no es dolorosa. Pareciera entonces que Freud fuera a acertar con la explicación, y sin embargo, sólo excluye un caso —el de la decepción dolorosa—, exclusión sabia, pero no da la fórmula positiva de la comicidad. Él cree que sólo aceptando su teoría de que el placer cómico nace de la diferencia resultante de la comparación de dos gastos, puede resolverse el problema de la génesis del placer cómico; “el placer cómico y el efecto en que el mismo se manifiesta —o sea la risa— no pueden surgir sino cuando la diferencia deviene inútil y, por tanto, susceptible de descarga”, pero deben mediar circunstancias especiales para que ese proceso se verifique, pues “siendo innumerables los casos en los que, en nuestra vida ideológica, nacen tales diferencias de gasto, son, en cambio, comparativamente raros aquéllos en que las mismas producen comicidad”.

Las condiciones esenciales que discierne Freud para la comicidad ocasional, son: a) Aquel sereno estado de ánimo en que nos hallamos “dispuestos a reír”; b) Estado de expectación de lo cómico; c) No mediación de actividades espirituales —trabajo intelectual, reflexión abstracta, etc.— que impliquen condiciones desfavorables, perturbaciones de la descarga; d) Ausencia de la sobrecarga producida por la atención; la posibilidad de producción de placer cómico desaparece cuando la atención se halla fija precisamente en la comparación de la que la comicidad debe surgir; e) Que no sea caso de que el proceso cómico dé simultáneamente ocasión al nacimiento de intensos afectos, pues queda entonces excluida la descarga de la diferencia productora de placer; f) Además, el desarrollo del placer cómico puede ser facilitado por cualquier otra agregación placiente como por una especie de efecto de contacto.

Y sin embargo, a pesar de esa prolijidad en el estudio de las condiciones de la comicidad, parece que Freud no hace más

que reiterar en el caso especial de la comicidad una nota común a toda la vida mental: cualquier estado puede interrumpir o ser interrumpido por otro, según su intensidad; si estoy triste no río de un chiste; si el chiste alude a algo cruento, aunque yo no esté triste, puedo no reír, etc. Es curioso que los estetas y psicólogos que estudian la comicidad repiten con distintas palabras y como si fuera una característica de la emoción cómica algo que es nota común a la vida psíquica. Decir "sólo río cuando tengo humor para reír" es tan legítimo como decir que "sólo lloro cuando tengo humor para llorar", etc.; o sea que un estado se mantiene en la conciencia siempre que no es superado en intensidad por otro. (Bain dice que lo cómico es: "la degradación de alguna persona o interés que posee cierta dignidad, en circunstancias en que no excite otra emoción más fuerte"; Freud habla de que no deben mediar condiciones desfavorables a la descarga; Bergson igualmente, lo mismo Groos, etc. Siempre es, sin embargo, la misma ley común: a la eclipsación recíproca de los estados.) Si el hecho cómico tuviera en su temática elementos evocativos lóbregos o siniestros, el chiste, sin dejar de ser chiste, si así puede decirse, se frustraría como estado emocional grato, pero lo que es ocioso porque es común a toda la vida psíquica es condicionar la afirmación de ser algo chiste o comicidad, a las circunstancias de un preexistente buen humor o la ausencia, en la simultaneidad psicológica del momento, de emociones o expectativas de consecuencias penosas, porque siguiendo así podríamos decir que un hombre se enoja cuando lo injurian a menos que le paguen para dejarse injuriar (como los bufones), o un hombre sufre cuando le pegan, a menos que sea masoquista, etc. En suma: si los autores se refirieran a la exclusión de notas sombrías o dolorosas en el tema de la comicidad, acertarían, pero requerir condiciones favorables o alegres del espíritu para el chiste es una acotación innecesaria, pues toda emoción aparece cuando no domina una emoción, sensación, cenestesia o apetencia más intensa. Toda emoción, todo interés aparece cuando simultáneamente no hay un motivo más importante de interesamiento diverso; en cambio sí es preciso afirmar que el hecho o tema debe de algún modo aludir a felicidad: la percepción de un automatismo es cómica en tanto no

implique un resultado dañoso; reiré de una caída benigna, pero no de una caída al mar, aunque ambas resulten de una marcha automática, pero no según el estado en que se encontraba mi ánimo previamente a esas percepciones.

Resumiendo: las doctrinas conocidas analizan el elemento cómico, sea intelectual (contraste de imágenes o de intuiciones, etcétera), sea afectivo (descarga psíquica, valor o seudovalor que muestra su falsedad, etc.), o bien se fundan en hipótesis especiales ("lo mecánico calcado sobre lo viviente", "ahorro de gasto psíquico de representación"), pero no muestran qué condición fundamental debe revestir ese elemento cómico, cualquiera sea su tema concreto, o sea el signo afectivo no de la risa sino del hecho real o mental a que el suceso cómico o el chiste se refieran. La risa es un placer. ¿Por qué? Dice todavía Bergson: "Acrecimiento repentino en el tono de placer de la conciencia". Pero ¿por qué?

Quiero decir: el contraste de representaciones, aun cuando sea sorpresivo, puede no ser cómico; el falso valor que muestra su inainidad aun cuando ocurra sorpresivamente, puede no ser cómico, y lo mismo la creencia de un absurdo. Para que el sentimiento sea de comicidad, el tema de cada uno de esos hechos debe ser grato, oculta u ostensiblemente, ha de aludir a la felicidad. Quizá Bergson, por interpretación *a contrario sensu*, se acercara a esta idea, cuando dice que "es necesario que el hecho no me conmueva", pero no dice: es necesario que el hecho sea en sí feliz para quien parece padecerlo. Además Bergson repite que la condición de *insensibilidad* del espectador es necesaria (insociabilidad del personaje, insensibilidad del espectador; "allí donde el prójimo deja de conmovernos, comienza la comedia"). No es insensibilidad del espectador sino sensibilidad para la dicha ajena, mientras no sea causa de piedad, o que el daño resultante, que corrige el carácter, sea leve.

Supongamos que se acepte la explicación de Bergson: lo cómico es la mecanización de lo vital. ¿Pero por qué es cómico o sea placentero y no es trágico o triste? Que la risa es un correctivo social no quiere decir que sea placentera. Hay otras situaciones de corrección, como las penales, que no se acompañan

de placer, aun cuando tampoco entre en juego la compasión. La explicación no podría ser sino la alegría de la utilidad de esa mecanización; cuando esa mecanización llevara a un resultado doloroso, la alegría del bien para esa persona del abandono de un automatismo ya insuficiente o antivital, sería un espectáculo grato.

Cuando la mecánica le juega a un viviente una mala pasada, nos hace reír si en ese momento el viviente estaba alegando nobles intenciones o grandes posesiones de verdad, pero en todo otro caso los triunfos del automatismo sobre los conscientes tienen que impresionar depresiva, tristemente, no pueden darnos placer. El automatismo denuncia a un farsante del cual nos libramos gracias a ello, pero muchas otras cosas pueden denunciarlo igualmente, por ejemplo el que le descubramos que, aparentando improvisar, está leyendo un papelillo que tiene entre las piernas, etc. La sustitución de lo que debería ser consciente, por el automatismo, es pues siempre depresiva. Las explicaciones parciales, por tanto, podrían ser el automatismo o una pretensión de valor que muestra su inanidad, etc., pero el hecho fundamental, lo que separa al hecho cómico de todas las otras expectativas, sorpresas, absurdos, tristes o trágicos, es la mención a una dicha.

Si una persona atareada tropieza y cae, algunos ríen, pero si huyendo atemorizada cae, no nos reímos; en el primer caso el hombre en actividad está en el placer de la actividad, o espera un resultado de placer de esa actividad; se la mira con simpatía y alegría, pues pensamos que si ese carácter resignado y sereno lo aplica en todo, aun con algún costo, obtendrá la felicidad. Pero la comicidad es mayor cuando hay infatuación, engreimiento o sentimiento de estar en el camino o en una empresa acertada, y el golpe acaece en la actividad de traslación o de cualquier otro orden, como un percance de torpeza. En uno y otro caso la comicidad proviene de que hay expectativa, aunque en distinto grado, pues si bien el modo manso de vivir del primer hombre dice que sabe que le puede ocurrir caerse, siempre hay una sorpresa, pues cae donde no hay motivo visible para una caída; en el caso del hombre presumido la hay mayormente;

pues se cree que todas las fuerzas de la naturaleza y todos los entes le van a sacar el sombrero, que una vereda no va a causar irreverencia a su paso, así que lo vamos siguiendo con noción de importancia y en el momento de su accidente se ve que es tan frágil su andar como el de cualquiera, de modo que hay sorpresa, un brusco cambio en nuestra tensión o entonación.

En ambos casos hay simpatía, o sea tema de placer, aunque de diverso alcance o naturaleza; en el caso de la persona que camina muy presumida y da un traspiés hay el sentimiento de complacencia en el castigo merecido siempre que no resulte daño mayor, en cuyo caso entraría en juego la compasión; hay la simpatía de que sufra un pequeño castigo que la libere de caer en mayores; hay una emoción de censura ante el talante muy engreído, muy seguro; hay una desaprobación, incluso una antipatía, que se convierte en una satisfacción, en un placer súbito egoístico ante el que soporta una ligera reprobación proporcionada a su falsedad, placer superado por la faz altruista de alegría ante el aleccionamiento hacia más mesura gracias a una pequeña adversidad. En cambio, si la persona no iba petulante sino confiada y natural, nuestro placer deriva de la percepción de un pequeño daño que le sirve de aviso, pues las experiencias benignas de lo adverso son benéficas, se simpatiza con algo que va a ser ventajoso para esa persona. En el primer caso hay la satisfacción del placer del castigo, que, como es subitáneo e inesperado, favorece la convulsión respiratoria porque había estado emocional de antipatía mientras marchaba la persona; en el segundo, ha desaparecido el elemento "castigo" para ser sustituido por el de "advertencia benigna" y el placer resultante es igualmente altruístico, optimístico. Nos liberamos de un poder enemigo, pues nos tiene deprimidos un hombre que pretende ostentar el monopolio de los éxitos; su fragilidad verificada nos quita la pesadumbre de nuestra limitación. Toda alegría no esperada y más si se espera lo contrario es cómica; por tanto la comicidad alude a una alegría para nosotros, para nuestro porvenir, pasando de la indiferencia o insipidez, por excitación preparada de la atención o intimidación, a la alegría.

No hay comicidad en el caso de que resulte daño, o en el de la caída de un niño, porque aun cuando se da la condición "sor-

presa", falta la alusión a la felicidad. Si hubiera convulsión respiratoria por retención de la respiración, podría haber risa nerviosa, posiblemente penosa; el que contempla con agrado una caída dolorosa tiene placer de crueldad, o risa de susto, pero no una risa cómica.¹ Por lo demás, creo que las personas de sentimentalidad sana apenas o nada ríen en el caso de una caída de una persona no infatuada. En fin, esta risa de espectador es secundaria; la fuente manantial total es la risa del sujeto. Mucho más significativo de valía de inteligencia y carácter, es la risa del que se cae, por sobre todas las risas de quienes presencian la caída; se trata de una emoción aborigen, primera, del carácter con un tema de sí mismo; es una emoción de la Paciencia inteligente y de la Valentía inteligente; es una emoción alegre de la superación del Carácter y Persona sobre la contingencia estúpida o enemiga del Cosmos. (Para hacer frente al problema hay que encarar, centralmente, la risa del que se ríe de sí mismo, y del espectador que ríe del percarce inofensivo de otro con capacidad para reír del mismo cuando le ocurra a él.)

II

Freud se propone una investigación profunda de los principales problemas que plantea el chiste. No sólo estudia detalladamente sus diversas técnicas verbales, sus categorías, sus "tendencias", sino también problemas tan importantes como la relación del chiste con los sueños (que implica decidir en la cuestión de la naturaleza del inconsciente) y el mecanismo del placer y la psicogénesis del chiste.

¹ Ante esta situación puede haber otro placer /y otra risa, pues, que a menudo se confunde con lo cómico y hace hablar de un sentimiento de orgullo, poder, o superioridad; pero tal sentimiento no es más que el de la malignidad y la risa sería de un placer sorpresivo de malignidad.

Lipps y Bergson hablan de un sentimiento cómico amargo y aun amarguísimo; puede reírse de desesperación, por ejemplo, en quien pone todo su esfuerzo en una empresa y fracasa, o en quien ve toda su vida destruida; pero es la risa de la tragedia y equivale al llanto. Hay por tanto risa sin placer.

Sean los chistes siguientes:

Dos judíos hablan de hidroterapia. Yo —dice uno de ellos—, lo necesite o no, tomo un baño todos los años.

Según Freud, éste pertenece al pequeño grupo de los "chistes por superación", en que se sustituye el "sí", es decir la afirmación intrínseca, por un "no", por una negación literal; pero este "no" equivale por su contenido a una enérgica confirmación; "la contradicción aparece sustituyendo a una confirmación su inversa". El mismo mecanismo puede también tener lugar a la limpieza, queda el buen judío convicto de lo contrario.

(Esta puede ser una explicación de la "técnica" del chiste; de su proceso mental y de su modo de operar verbo-psicológico. Pero la condición fundamental es la suerte de ese hombre de poder estar satisfecho de sí mismo por el hecho de que cada año, aun sin necesitarlo, toma un baño, como quien cumple un acto honorable. La chistosidad proviene de hallar en esa persona —reunidos los requisitos técnicos elocutivos— un sentido de satisfacción tan inesperado. Débese advertir, de paso, que el placer que este chiste produce a una persona que cree en la necesidad de tomarse tres baños diarios es muy distinta que en aquella otra... la situación nuestra, querido lector. Es posible que, en su origen, esto haya sido menos chiste de lo que se cree. Antiguamente lo que se llama hoy baño, o sea rodearse de agua simultáneamente por todos lados del cuerpo, era mucho menos periódico y habitual que modernamente. En suma: el paciente cree decir una cosa que lo favorece y confiesa lo contrario, es como tropezar y caerse; pero lo que prevalece es la impresión de contento de ese hombre.)

Un judío observa, en la barba del otro, restos de comida:

—¿A qué adivino qué has comido ayer?

—Dilo.

—Lentejas.

—Has perdido. Eso fue anteayer.

La explicación, según Freud, es la misma¹.

¹ Este chiste incita un estudio sobre la ferocidad en humorística.

(Ocurre que fracasa el placer de acertar el pronóstico, aunque nunca estuvo más seguro, es decir, tuvo un dato o signo más cierto: las propias lentejas en la barba; el primer judío creía que iba a ser admirado y a dejar confuso al otro, pues éste no sabría cómo lo había sabido. La risa viene de este fracaso de una exhibición de adivinación o de saber cosas secretas por una casualidad: el hombre se iba a lucir como clarividente y falla por la desgracia de que lo que el otro había comido ese día no había dejado rastro en su barba pero sí lo del día anterior. Al no haber acertado sino así, queda la duda de si no será caso de la casualidad, o sea de probabilidad. El paciente descubre ese error de pronóstico y, ateniéndose simplemente a la exactitud o inexactitud de lo supuesto adivinado, exhibe un mayor desaseo de su persona; pero eso no le importaba, al menos en ese momento.

Lo que causa placer es ese cinismo de no importársele nada, o mejor dicho, quizá, la alusión hedonista deriva de cómo el judío sucio se precipitó sobre el bocado de autosatisfacción que las circunstancias le brindaban de hacer fracasar un chiste aun a costa suya, o mejor, olvidando un momento, tras esa fruición, que mostraba una mayor dejadez que el otro no había llegado a sospechar.

Esta alegría en el ovente podría hallarse neutralizada por la pena de que el adivinador fracasase. Pero éste es el fracaso de un perturbador de felicidad; y además fue demasiado tímido para darse el gusto de perturbar esa felicidad porque no se atrevió a suponer un desaseo de duración mayor de 24 horas. O sea: una impertinencia tímida cuya moderación resultó castigada en lugar de premiada. Todo se halla superado por la actitud de quien para desarmar la profetización se olvida completamente de que confiesa una disminución aun mayor de la que se le supone. El completo olvido en que cae este hombre de lo reprochable de su costumbre de limpieza exterior, en su alegría de desbaratar una adivinación no muy cortés de un tercero, es lo que nos gusta: aprovecha su trago de placer: derrotar al adivinador. En fin, hay evocación de sensaciones antipáticas sensoriales y eso perturba el goce del chiste, pero el tipo de error puede ser el mismo.

“¿Pero usted no la besó a su hija que llegó ayer?” —“No la besé, pero llegó anteayer”. Que es peor.)

“La experiencia consiste en experimentar aquello que no desearíamos haber experimentado.”

La experiencia es definida aquí (Freud) por su propio nombre; quedamos un tanto desconcertados y creemos escuchar una nueva verdad. Mas en seguida advertimos —prosigue— que no se trata sino de una trivialidad: “De los escarmentados nacen los avisados”. El excelente rendimiento chistoso de definir la experiencia casi exclusivamente por el empleo de la palabra “experimentar”, nos engaña de tal modo que estimamos en más de lo que vale el contenido de la frase.

(Me parece que esta frase de Lichtenberg responde a alguna idea u opinión; ha de haber sido una impugnación a algún juicio metafísico torpe en que se intentó definir la experiencia, y me confirmo en esto cuando páginas adelante el propio Freud advierte que muy justificadamente dijo Goethe de Lichtenberg que sus ocurrencias chistosas o chanceras esconden interesantes problemas o, mejor dicho, rozan la solución de los mismos. Pero llamar “experiencia” a lo que pasa inadvertido porque no ha habido “resistencia”, es inconsistente. Quiere decir que sin cierta resistencia, sin cierto movimiento atencional, cierto agolpamiento o conflicto, el estado porque no lo atendimos no es nada; la experiencia de un automatismo, porque no deja rastro, no es tal “Experiencia”: sólo puede llamarse así a lo que ha suscitado percención, atención. Pero no se ha dicho nada, pues se quiere saber qué sea la experiencia y no se puede con lo definido empleado como definidor. Se ha de haber referido Lichtenberg a aquello de que con experiencia (golpes, adversidades) se aprende, pero al mismo tiempo viene a decir que sin cierta reacción de la personalidad (“no desearíamos...”) la experiencia es nada, sea una reacción de acogida o de repulsa. Por eso ha elegido la experiencia negativa o desarrado, que educa por la adversidad. Freud cree que es una simulación de definición que no se hace: no obstante yo creo que es, psicológicamente, una buena definición escolástica, efectiva, con un cierto

defecto de pedantería o escolasticismo burlón. ¿Quién va a definir la Experiencia? Si hay chiste, está en que, diciendo una verdad, le da una verbalización tautológica: la verdad de que no es definible la Experiencia¹.

Veamos ahora con algún detalle la explicación que da Freud del placer del chiste, en los varios grupos que analiza. "Lo que quisiéramos averiguar —expresa— es en qué forma surge el placer, de estas fuentes, o sea cuál es el mecanismo del efecto de placer." (Se verá que lo que yo creo que se debe investigar es, además, cuál es la causa o condición general del chiste y de lo cómico, aneja al tema o situación.)

Sea en primer lugar este chiste "tendencioso":

Serenísimo recorre sus Estados. Entre la gente que acude a vitorearle, ve a un individuo que se le parece extraordinariamente. Le hace acercarse y le pregunta: "¿Recuerda usted si su madre sirvió en palacio alguna vez?" —No, Alteza —responde el interrogado—; pero sí mi padre".

Lo esencial, desde el punto de vista de la técnica verbal, es el proceso de "unificación" —análogo a la condensación por comprensión de dos elementos en la misma palabra, como en el caso del "familiarmente" de Heine—; descubrimos nuevas e inesperadas unidades, relaciones recíprocas de representaciones y definiciones mutuas o por referencia a un tercer elemento común. En el caso de Serenísimo, ejemplo del "ingenio rápido", la rapidez consiste en la inmediata sucesión de agresión y defensa, en "volver el arma contra el atacante" o "pagarle en la misma moneda", esto es, en la constitución de una inesperada unidad entre ataque y contraataque. He aquí la explicación textual de este chiste, que por su *técnica* pertenece a los de "unificación" y por su *tendencia* a los "agresivos": "El interrogado hubiera querido maltratar de obra al descarado que con su alusión osaba

¹ Las omisiones y languideces son fiadoras de que yo descanso sabiendo con qué lector trabajo: uno de los lectores que por estas abstrusas páginas andarán.

insultar la memoria de un persona amada; pero el tal descarado es nada menos que Serenísimo, al que es imposible no ya maltratar de obra, sino ni siquiera de palabra, a menos de pagar la venganza con la propia vida. No habría, por lo tanto, más remedio que tragar en silencio la ofensa. Mas, afortunadamente, abre el chiste el camino a una venganza exenta de todo peligro, recogiendo la alusión y devolviéndola, merced al medio técnico de la unificación, contra el agresor". Queda así, según Freud, analizada la fuente del placer en los chistes *tendenciosos* (en sus cuatro especies: desnudador u obsceno, agresivo u hostil, cínico o crítico, y escéptico): el placer surge ante la satisfacción de una *tendencia* que, sin el chiste, hubiera permanecido incumplida y gastando por tanto energía psíquica de represión.

¿Pero esta respuesta es chiste o es daño, aunque sea hábil y rápida? (¿Y la frase original de Serenísimo es chiste o es injuria?) El individuo consigue darse el gusto de desvalorizar a alguien, de irrespetarlo, acertando con una fórmula que lo salva del talión; se defiende y mortifica, interrumpe un placer y lo convierte en dolor. La hipótesis freudiana es: "que el secreto del efecto de placer del chiste tendencioso demuestra más claramente que ningún otro de los grados evolutivos del chiste el carácter esencial de la elaboración del mismo, constituido por el hecho de dar libertad a magnitudes de placer por medio de la remoción de coerciones"; "el chiste tendencioso fortifica las tendencias a cuyo servicio se coloca, aportándole auxilios procedentes de sentimientos reprimidos, o entra, abiertamente, al servicio de tendencias reprimidas". ¿Pero no es éste, simplemente, caso del placer de la venganza? ¿Y de qué naturaleza en ese estado latente de venganza, antes de cumplirse en el chiste; qué sentimiento hubiera dejado el chiste o injuria de Serenísimo, si el paciente no hubiera logrado instantáneamente contradañarlo? Según Freud, perdería como una tendencia a la agresión reprimida, y el ahorro psíquico, en que según él radica el placer del chiste, se produce gracias a que desaparece el gasto psíquico de mantener reprimida la tendencia. Yo pienso que se trata del placer de la venganza, hacer abortar un placer de otro, y que es un deseo cualquiera. Y en el oyente de la escena hay dos placeres: el de contemplar un talento de la persona que da una justa respuesta y el de una

experiencia benigna, educativa, que soporta Serenísimo. Nos alegra la justicia y el ingenio del que sabe procurarse el placer de que se sea justo con él. Freud dice: "ahorro de gasto psíquico", pero pudiera decir talento, exhibición de inteligencia: tendencia a su conveniencia. Yo no de todo poder muscular o intelectual a la satisfacción del dolor u obtención del placer. ¿Ahorrase un placer no sería un ahorro psíquico? Lo que se percibe es que es un placer: el placer de otro que se saca un injuria con sensación placentera de estar liberado; o sea: quiero expresar que si ese ingenio, o el esfuerzo, proporciona a la persona la satisfacción de su deseo, da un espectáculo de felicidad; se le llama cómico o chistoso porque da lo contrario de lo que se esperaba.

La situación de quien recibe una agresión se transforma en mero deseo de expresión sino en deseo de venganza, corporal o verbal. ¿Qué diferencia hay entre pegar e infamar? Para el ofendido, ninguna. Para el ofensor (previamente ofendido) en su propósito, tampoco, pero sí en sus resultados: el que recibe una injuria de un superior a quien debe obediencia sólo con el chiste puede replicar impunemente. Para el que percibe es inesperada una fórmula ingeniosa que ha encontrado la persona de menoscabar la opinión de otra, sin riesgo.

¿Se puede decir que satisfacer un deseo es ahorrar? ¿Realizar el acto sexual o el acto de alimentarse, es un ahorro? Es como cualquier tensión o apetición, es un placer. No se trata, pues, del placer del desahogo —pues entonces el individuo se diría a sí mismo el chiste o se satisfaría con una injuria cualquiera— sino del placer de dañar, o sea que la calumnia hace propaganda contra la persona. (¿Por qué ese individuo no fue castigado por Serenísimo?). Dice Freud: "No creemos constituya ningún atrevimiento especulativo afirmar ahora, que tanto, para la formación como para el mantenimiento de una coerción psíquica es necesario un 'gasto psíquico'. Y si agregamos a esto que en ambos casos del empleo del chiste tendencioso se consigue una aportación de placer, no será muy aventurada la hipótesis de que tal aportación de placer corresponde al gasto psíquico ahorrado". Yo diría, sencillamente: placer de ahorrar un dolor; y en el espectador: placer de percepción de placer, con sorpresa.

El individuo hace un chiste como si pegara o injuriara; es una forma indirecta de librarse de un dolor, de satisfacer un deseo de venganza. Para que al espectador le resulte chiste debe haber percepción de placer, actividad simpática al vengativo verbal: placer de inesperada percepción de placer ajeno. El daño que recibe Serenísimo no cuenta, porque es la réplica a su primitiva agresión; pero el chiste se desvirtuaría si la agresión de la respuesta fuera desproporcionadamente hostil. El chiste, pues, sería uno de los modos de responder a una ataque¹. (¿Qué hubieran respondido a Serenísimo otros protagonistas de chistes famosos? Se me ocurre que el judío del baño anual o el de las lentejas en la barba hubiera respondido: "Qué suerte, yo siempre me he parecido a su excelencia y ahora tengo la dicha de que su excelencia me lo note". Hirsh-Hyacinth acaso hubiera dicho: "No sé, Señor, exactamente, pero como mi padre andaba mucho por el palacio y su madre de usted andaba mucho por los barrios pobres, nunca sabremos usted ni yo, Venerado Serenísimo, lo cierto. Yo también siempre lo he pensado". Etcétera.)

En los chistes "inocentes", o sea que no están al servicio de una "tendencia", la fuente de placer tiene diverso origen. En un primer grupo, o sea el de los "juegos de palabra", cuya técnica consiste en "dirigir nuestra atención psíquica hacia el sonido de las palabras en lugar de hacia su sentido y dejar que la imagen verbal (acústica) se sustituya a la significación determinada por relaciones con las representaciones objetivas", el placer deriva del ahorro de gasto psíquico al trasladarnos por el uso de la misma palabra o de otra análoga, de un círculo de representaciones a otro más lejano. Ejemplo: Un médico que acaba de reconocer a una señora dice al marido de la enferma: "No me

¹ Compárese: Cuando el maestro de filosofía de *El Burgués Gentilhomme* (acto II, escena 6) es apaleado por los maestros de armas, música y danza porque quiso sostener que su especialidad era muy superior a la de ellos, y vuelve a Monsieur Jourdain a darle la lección, debe tranquilizar a éste ("Ah, señor, cómo estoy enfadado con los golpes que os han dado") diciéndole: "No es nada. Un filósofo sabe recibir como corresponde las cosas; y yo voy a componer contra ellos una sátira al estilo de Juvenal, que los destrozará de lo lindo".

gusta nada". —"Hace mucho tiempo que a mí tampoco" —se apresura a contestar el interpelado.

Un segundo grupo de medios técnicos —unificación, similitud, múltiple empleo del mismo material, modificación de conocidos modismos, alusión a citas literarias— muestra el definido carácter común de ofrecernos algo ya conocido donde es-
perábamos encontrar algo nuevo. (Similitud: "Roux et sot" por "Rousseau"; condensación con formación de sustitutivo: "Familiariamente"; modificación: "Traduttore-traduttore"; etcétera. El chiste de Serenísimo, desde el punto de vista de la técnica verbal, es por unificación.) "Este reencuentro de lo conocido es en extremo placiente y no hallamos dificultad alguna para reconocer tal placer como placer de ahorro y atribuirlo al ahorro de gasto psíquico." Insiste Freud en que parece generalmente aceptado el hecho de que el reencuentro de lo conocido produce placer, y recuerda a Groos: "El reconocimiento se halla siempre ligado, allí donde no ha llegado a mecanizarse excesivamente (como en el acto de vestirnos, etc.) a sensaciones de placer. Ya la simple cualidad de lo conocido se muestra acompañada por aquel suave bienestar que le invade a Fausto cuando tras un sospechoso encuentro penetra de nuevo en su laboratorio...". Freud reprocha a Groos que, en su intento explicativo (de los juegos, cuyo carácter consiste en intensificar la alegría del reconocimiento colocando obstáculos en el camino del mismo, o sea provocando un "estancamiento psíquico" que es suprimido por el acto del reconocimiento) abandona la hipótesis de que el reconocimiento es placiente por sí mismo y refiere el placer que en estos juegos se produce a la alegría de la conciencia de poder o de la superación de una dificultad; "a nuestro juicio —dice Freud— este último factor es secundario y no vemos en él motivo alguno para abandonar nuestra más sencilla hipótesis de que el reconocimiento es placiente en sí, esto es, por la aminoración del gasto psíquico, y que los juegos fundados en la consecución de este placer se sirven del mecanismo del estancamiento psíquico, exclusivamente para elevar la magnitud del mismo".

Yo creo que en todos estos casos se trata, respecto de lo conocido, del placer de la facilidad, facilidad para la percepción. ¿Y en el caso de rever un tormento ya conocido, o en el caso del

condenado a quien nuevamente encarcelan? No hay placer del reconocimiento; es especioso. Si a Fausto le agrada entrar en su laboratorio, el placer de volver a él no es el del reconocimiento, sino el de tornar a donde está a su gusto. Para que pueda hablarse como Freud o Groos del "placer del reconocimiento", tiene que haber un "reconocimiento" que sea placer sin ninguna ventaja especial, pues cuando un químico se aburre del laboratorio no sé que sea un placer volver a verlo o recordarlo, o lo mismo en el caso de una lastimadura o enfermedad. Creo que el reconocimiento no es más que el placer de una facilidad, enteramente insignificante y de ninguna manera especial. El día que necesito mi bastón tener placer en reencontrarlo, pero todos los otros días que lo veo, aunque sea sorpresivamente, no tengo placer de reconocimiento. Y además: ¿hay el placer de lo nuevo, o sea lo opuesto a lo reconocido? Si algo es realmente nuevo y por tanto no se sabe si agrada o no, no hay tal placer de novedad. (A cada momento, al tomar el cuchillo para usarlo, experimento un levisimo placer de saber que lo voy a manejar, pero no es el "saber" sino que ya la mano lo toma como cosa conocida.) Placer la ejecución de una escala conocida, mas también la de una nueva; pero esos placeres no se tienen en cuenta, no tienen comparación con el chiste. En fin, me inclino a la explicación de Groos: la alegría de la conciencia de poder o superación de una dificultad; lo conocido significa lo que yo puedo usar, la facilidad para la percepción y uso; ver un tirabuzón y reconocerlo no es placer, pero sí saberlo usar, pero cuando lo usado es desagradable no hay tal placer.

En fin, el tercer grupo de las técnicas del chiste —sobre todo del chiste intelectual—, en el que quedan comprendidos los errores intelectuales, el desplazamiento del acento psíquico, la exposición antinómica, etc., "puede presentar a primera vista un carácter especial y no delatar parentesco alguno con las técnicas del reencuentro de lo conocido o de la sustitución de las asociaciones objetivas por las asociaciones verbales; esto no obstante, resulta también harto fácil aplicar a estos casos el punto de vista del ahorro o minoración del gasto psíquico". (Ejemplo de chiste por desplazamiento es el del salmón con mayonesa, que se con-
signa más adelante). Este ahorro nace de que es más fácil des-

viarse de una ruta mental que conservarse en ella, confundir lo heterogéneo que establecer marcadas antítesis y, sobre todo, admitir, como válidas, consecuencias que la lógica rechaza, o prescindir, en la reunión de palabras y pensamientos, de la condición de que formen un sentido. Freud recoge la objeción que inmediatamente se le haría de cómo tal actividad de la elaboración del chiste constituya una fuente de placer, "siendo así que todos estos rendimientos defectuosos de la actividad mental sólo sensaciones de displacer nos proporcionan en otros sectores diferentes". Esta singularidad se explica por el "placer de disparatar", o sea el placer de la libre disposición del curso de los pensamientos sin observación de la coerción lógica.

El esfuerzo central de Freud —a quien es imposible seguir en sus agudos análisis— consiste pues en reducir a una explicación unitaria el placer que producen los hechos conexos del chiste, la comicidad y el humor. Tal hipótesis es la del ahorro del gasto psíquico y su propio autor, al final de su estudio, la abrevia así: "El placer del chiste nos pareció surgir de *gasto de coerción ahorrado*, el de la comicidad, de *gasto de representación (de carga) ahorrado* y el del humor, de *gasto de sentimiento ahorrado*. En los tres mecanismos de nuestro aparato psíquico proviene, pues, el placer, de un ahorro, y los tres coinciden en constituir métodos de reconquistar, extrayéndolo de la actividad anímica, un placer que se había perdido precisamente a causa del desarrollo de esta actividad, pues la euforia que tendemos a alcanzar por estos caminos no es otra cosa que el estado de ánimo de una época de nuestra vida en la que podíamos llevar a cabo nuestra labor psíquica con muy escaso gasto, esto es, el estado de ánimo de nuestra infancia, en la que no conocíamos lo cómico, no éramos capaces del chiste y no necesitábamos del humor para sentirnos felices en la vida".

Reconociendo en todo su mérito el esfuerzo consumado y honesto de Freud, pienso que a veces su terminología —como en otras doctrinas sobre lo cómico y el chiste— no es la más adecuada y no favorece la comprensión de los hechos. No es éste el momento de analizar en detalle conceptos como los de "gasto psíquico" o "ahorro de actividad psíquica", pues me llevaría a una teoría general de la psicología (aunque justo es recordar que

Freud se vio llevado a su estudio sobre el chiste en su afán de corroboración de una teoría general); pero parece que si en vez de decir "ahorro de gasto psíquico o de gasto de representación" pudiera decirse ahorro de esfuerzo o aun ahorro de sufrimiento, nos acomodariamos más a los procesos psíquicos y a una sencilla, universal terminología. Ciertas denominaciones freudianas parece que nos extraviaran algo, aparte de la dificultad misma de interpretación en cada caso concreto de "gasto psíquico".

Por mi parte, sin detenerme especialmente en la técnica verbal de cada especie de chiste, ni en la explicación concreta del mecanismo del placer en cada especie, procuro comprobar si basta sólo la técnica verbal para que se dé el placer, o si, por sobre ella, debe cumplirse alguna otra condición general que no ha sido debidamente señalada.

Veamos ahora, con riesgo de repeticiones, cómo funciona en concreto la tonalidad optimística no ya en la comicidad estricta sino en el chiste, aunque no aún en el chiste específicamente conceptual, y para mí el genuinamente artístico. Sirve el famoso chiste de Heine que ha servido para muchos análisis —y entre ellos uno circunstanciado de Freud— y examinémoslo desde nuestro punto de vista. Se trata de un cierto hamburgués llamado Hirsch Hyacinth, que, vanagloriándose de su amistad con el barón Rotschild, dice: "Así como se cierto que de Dios viene todo lo bueno, una vez estaba yo sentado junto a Salomón Rotschild y éste me trató de igual a igual muy *familionarmente*" (*Reisebilder*).

Si se deja de lado el análisis del mecanismo de este chiste realizado por Freud (que lo caracteriza como un chiste por "condensación con formación de sustitutivos": "familionar" es la palabra mixta que entraña el efecto hilarante), la gracia está en la resignación o humildad o modestia del que relata una situación de la que está consciente que le fue humillante. Esa buena facultad de la humildad le permite hallar placer hasta en el relato de su propia humillación. Hay dos elementos: jugar con el lector u oyente, porque hasta el final de deletrear "famili" les hizo creer una cosa (máxime después de la expectativa del "de igual a igual") y adicionándole "onaramente" (podría decirse, estricta-

mente, "on", intercalado, pues el resto correspondía), o sea haciendo una palabra de dos concepciones opuestas: trato familiar y trato millonar, lo sacó bruscamente de esa creencia, de donde el elemento optimístico está en que jugó con el lector por medio de la expectativa fallida y de un absurdo gramatical y lógico; pero la tonalidad placentera esencial proviene de esa aptitud del relatante, de cómodo cinismo, tranquila resignación a la humillación. También hay reflejo optimístico en el hecho de que el millonario se dio su santa comicidad, lo que compensa o neutraliza el dejo de amargura que ha sido señalado en este chiste para la parte del relatante. También juega con la idiomática, y esta es una exhibición de habilidad, siempre grata. El encarecido mérito de la brevedad de los chistes, confirma mi teoría de la esencialidad optimística aneja a la temática del chiste. Porque la brevedad es uno de los grandes esfuerzos y habilidades en el manejo del idioma: es mérito de toda redacción, no sólo de la del chiste.

¿Por qué "familiarmente" no enristeció a los lectores? Tal la cuestión. Yo por ejemplo invento esta situación:

—¿Y aquel médico lo curó por fin a su mucamo?

—Sí, lo curó mortíferamente.

—Qué lástima ¿no es cierto? Lo curó de todas las enfermedades menos de ésa.

¿Por qué no nos reímos? Aquí hay sorpresa y acaso exhibición de habilidad idiomática; si la temática hubiera sido feliz el chiste estaría completo. Falta esto y falta todo. Es una ironía, pero no es una comicidad; no tenía alegría. Sarcasmo, sátira, ironía, no pertenecen al género estricto de la comicidad, aunque posean una de las notas de ésta, que es la sorpresa, el jugar con el lector.

Es agradable, se oye con placer a un hombre que se ampara en su sistema de humildad; pero se llega a un momento del relato en que parecía que el personaje iba a salirse de esa defensa (cuando está a punto de decir que Rotschild lo trató "familiarmente") y de inmediato se enmienda, mostrando ingenio y conducta de resultados útiles. (Si se hubiera limitado a expresar que Rotschild lo trató familiarmente, no hubiera habido más extrañeza que la de benevolencia o exquisitez de Rotschild, o la de cinismo del pobre hamburgués; si hubiera dicho "me trató.

puede decirse, con cierta familiaridad", nos hubiera agradado su carácter.) El lector no está preparado en contra ni a favor; pero si el placer de ver a ese hombre va con convulsión de risa por lo inesperado, y hay expectativa desde que se oyó el comienzo de la palabra.

Juntando los dos vocablos se ve el desistimiento y el personaje aprovecha la similitud fónica para mantenerse en su línea de conducta de humildad. Cuando ya iba a enorgullecerse un instante pegó el tirón de la rienda y se abstuvo de darse corte, acertando con la palabra (pudo no acertar: el lector aprecia por tanto el ingenio o rapidez mental del hamburgués, además de su política de modestia), con lo que evidencia la perfecta ejercitación de la humildad en la cual vive, al retener en la mitad la expresión y mantenerse en su línea: aun en ese momento, con el oyente, está en su sistema, quiere que el oyente también lo crea perpetuamente humilde.

Ese movimiento ágil de la persona para volver a su táctica y conservar su patente, evitando que la crean soberbia, es grato. La percepción de ese susto de Hyacinth ante lo que iba a decir, acrecienta el efecto simpáticamente hilarante. Ese hombre recupera su astucia; sabe que de pobre diablo humilde es la actitud más segura, que da grandes conveniencias y gusta muchísimo. Si hubiera dicho: "Rotschild me trató familiarmente, en la medida en que puede hacerlo un Rotschild", hubiera habido placer en el oyente: placer de percepción de placer, pero como en el chiste de Heine hay susto, hay también placer de percepción de un pequeño susto de la prudencia, sin malas consecuencias, y de ingenio. No es la palabra "familiarmente" en sí lo que causa placer, sino lo que su súbito hallazgo supone en la conciencia de quien lo crea.

En fin, observemos el chiste conceptual típico. Supongamos, parafraseando uno de Mark Twain, que un barco está a punto de naufragar por exceso de carga. Se arroja el lastre y sale el barco de peligro. Entonces exclama el capitán: "¡Han visto, muchachos, si no hubiéramos tenido nada que descargar nos habríamos hundido!"

Aquí la causa de una catástrofe en perspectiva se suprime y el capitán cree que si no hubiera habido esa carga de la cual

descargarse, habrían naufragado, y era precisamente esa carga, que ahora aparece como salvadora y causante del éxito, lo que había llevado la embarcación al borde del desastre. Confusamente aparece la imagen nocional de que, si sin carga el barco hubiera naufragado, el caso habría sido fatal; que es una suerte que el barco estuviera hundiéndose por exceso de carga y no sin carga alguna. Este momento de confusión mental impide razonar que si es una alegría haber tenido el lastre excesivo más alegría habría sido no tenerlo y no haberse llevado el susto. Aparece la noción depresiva del caso en que el barco se hundiera sin ser la causa de ello la carga, y entonces se pasa de un momento de angustia a uno de liberación; en la mente del capitán pasó la noción alegre, grata, de no haberse encontrado en el caso mucho más grave de un naufragio en otras circunstancias. El enunciado verbal del capitán fue equivocado, pero el sentimiento no lo era: la noción pesimista rechazada del caso de un barco que irremediablemente se hundiera no por exceso de cargamento sino por averías o tempestad. Esta es la explicación del proceso psicológico en el supuesto actor, no la explicación del efecto del chiste en la conciencia del lector. Pero como el lector a su vez cree instantáneamente la absurda conclusión del capitán —aunque instantáneamente reaccione— vive el mismo proceso psicológico.

¿Hay un momento de *desplacer* precedente o simultáneo al chiste? La digresión, para los que esperaban siempre atentos, crecientemente interesados en algo que se anuncia por la forma y el tema como de curiosidad evidente, pareciera contener un elemento de *desplacer*, aunque en seguida la conciencia es colmada por el placer de lo cómico. (Placer que es del encanto de la ingeniosidad y la maliciosidad no dañina; yo creo que es un placer de admiración a la inteligencia o de admiración a la todoposibilidad práctica.) Según Lipps, hay un momento de *desplacer*, tanto, que según él el sentimiento cómico es precisamente una fusión de placer y *desplacer*; cuando el oyente ha puesto en el relato un interés práctico, ético o estético y dicho interés es desviado hacia el absurdo —dice—, hay ese *desplacer* mayor o menor, y hasta puede producirse un sentimiento bastante desagradable.

Desplacer sería el de la interrupción de la expectativa en la

dirección en que estaba. (¿Y si la expectativa fuera dolorosa? A veces se usa esta técnica.) O sea que la atención contrariada puede tener un instante de pena. Hay una seriedad perdida o preparación perdida.

Si es molesta la preparación atencional a entender algo difícil, es agradable esa actividad una vez que se ha puesto en juego; en tal sentido es *desplacentera* la interrupción de esa actividad *placentera*. O sea que hay que distinguir los casos en que nos disponemos a trabajar (por ejemplo cuando el chiste comienza por una apariencia de planteo de problema matemático), de aquéllos en que sólo nos disponemos a escuchar alguna noticia. (Por eso el artista del chiste debe buscar no sólo la brevedad sino las otras condiciones del contexto; si el interés novelístico o dramático prevalece, la comicidad se daña pues se esperaba otro tipo de placer. No creo que resulte el chiste si hay una larga expectativa de noticia o curiosidad, etc.; o sea que se debe ser un estilista del humorismo.) Por ejemplo si yo dijera (glosando a Gómez de la Serna) a mis auditores: "Voy a explicar las causas técnicas de la situación de Napoleón en la batalla de Lipol, que, como se sabe, resultó imprevistamente desastrosa.

Las fuerzas de infantería estaban dispuestas al pie de la colina, enfrentando a las columnas de la infantería enemiga; la artillería era considerablemente superior a la enemiga y lo mismo la preparación y la alimentación. Hacía varias horas que se estaba esperando la orden de ataque y sin embargo alguna vacilación había en el gran jefe. Algunos regimientos parecían ya retroceder. De pronto Napoleón se tocó la cabeza y se dio cuenta de todo: se había colocado el quepís al revés". En esta situación cómica —que puede trabajarse más, hasta convertirse en un problema científico— interesa el desarrollo que se va haciendo y la atención que se va cargando alrededor de un detalle. Quizá todavía hay que agregar que se debió vencer la molestia de una cuestión abstrusa y que ahora se estaba en el placer de un problema inteligible y apasionante. Al descargarse esa tensión —por el absurdo, mejor dicho inverosimilitud, del chiste— hay un ligero momento de *desagrado*, porque el esfuerzo atencional había pasado del momento penoso al de estar en marcha y no se desea abandonar la actividad mental agradable, luego del esfuerzo.

En el caso del chiste conceptual, por ejemplo: "Era tan precoz que a los ocho años ya tenía un hermano que entendía a Bergson", en el que escucha atento hay una primera apatencia grata con leve impaciencia porque se satisface del todo. Podría descomponerse este primer momento en dos: a) esfuerzo de concentrar la atención, o con emoción de segura satisfacción próxima; b) estado de apatencia, placentero. (Se supone siempre que el chiste no contenga elementos dañantes). Frustrada esa apatencia de conocimiento o intelectual (la de un caso extraordinario de precocidad, es decir de una modalidad singular de la psicología humana), se sustituirá aquel estado placentero de expectativa por leve molestia de renuncia al gusto de información que se iba a obtener.

Este momento psíquico va acompañado de una retención respiratoria. En el momento en que se defrauda la expectativa del placer de conocimiento de esa forma nueva de presentarse un grado de inteligencia, la respiración queda sin freno, se retira la inhibición a la respiración. Luego de esto podría sobrevenir o la simple defraudación (también una amnesia del narrador que equivale psicológicamente a la simple defraudación) o la defraudación más la exhibición de dos cosas: 1) ingeniosidad en la persona que hablaba, elemento que suscita placer como toda exhibición de facultad; 2) aparte de este placer endógeno un placer añadido, exógeno, diremos, de contemplar el íntimo deleite con que otra persona ha jugado con nosotros, sin hacernos daño alguno pero defraudándonos de una curiosidad. El dicente refleja un placer actual del chasco que nos ha propinado, con una nota de placer, también, al considerar su propio ingenio y suerte de haber acertado con el modo de chasquearnos. ¿De qué se ríen los auditores? Por el placer de ingeniosidad exhibida. ¿Pero por qué se ríe o disfruta el dicente? Porque sabe que resultó el chasco por virtud de su ingenio y porque sabe y observa que hay placer en los auditores al percibirse su finura, su ingeniosidad. De dolor en todo esto no ha habido más que la leve molestia de que fuera excitado y luego privado el audiente de conocer una forma o grado nuevo de precocidad o vigor intelectual en el personaje que se usa para el chiste. (En el niño no hay ingeniosidad, hay la felicidad de la inocencia; la invención

de la fórmula verbal de producir un instante de creencia en lo absurdo.)

Hay también una partícula de placer en los auditores, es decir en las víctimas de esta felicidad, en percibir una dosis de elegante desconsideración de parte del dicente para la seriedad de que todos nos creemos poseedores y merecedores, o sea que es un elemento de placer contemplar que una persona, en un pequeño acto inofensivo, prescindida de una pequeña restricción en el trato para darse el gusto de chasquearnos y darnos el gusto de contemplar el funcionar de su refinado ingenio. También hay una nota de despreocupada desconsideración por el personaje temático del chiste.

Toda nuestra atención no penosa sino agradable es por la maravilla; la ruptura de la expectativa es penosa aunque convulsiva para la respiración, y lo que da placer no es el haber salido de un estado grato atencional —que es al contrario un placer perdido— sino el juego deliberado de una persona determinada que se da el gusto de jugar con nosotros; abriéndonos el apetito y quitándonos el bocado y creando un instante de falencia en nuestro alerta mental en que damos credulidad a un *non sensu*.

La alusión a felicidad es pues común a la comicidad y al chiste, en sus géneros realista y conceptual. La comicidad y el chiste realista se refieren a la felicidad de los acontecimientos, felicidad de sí mismo, felicidad de la inocencia, etc.; a veces la comicidad de sucesos vive de una deliciosa Cínica de la Felicidad, por ejemplo en este chiste:

—¿Habla usted francés?

—Yes, Sir.

—¿Pero usted me contesta en inglés?

—¿Ah, en inglés? ¿Así que también hablo en inglés?

En el chiste del Sr. Perrichon, personaje de una comedia de Labiche, recordado por Bergson, que al cabo del viaje recuenta sus bultos: "cuatro, cinco, seis, mi mujer siete, mi hija ocho y yo nueve", ese hombre se ha dicho: "ante todo acordarme de que lo traigo todo; para esto enumero a las nueve cosas: el loro, la valija

negra, la caja de sombreros, mi mujer, Elsa". Ha simplificado con un propósito útil, feliz. Hay una situación de ridículo para los seres animales racionales que van con él (aunque no vacila él mismo en contarse), pero lo que priva es la percepción del instinto de felicidad de ese hombre, que prescinde de una clasificación fundamental en el mundo de los valores y lo reduce todo a números para la seguridad de su memoria. De manera que los animales racionales sienten una ligera mortificación y al mismo tiempo una complacencia y aplauso por la limpiada concienical que ha hecho el jefe de familia para aliviar uno de sus problemas de viajero: valorizando el dato mnemónico deja de lado otras cualidades: "yo lo que quiero es que no falte ninguno de nosotros". Para ello no se cuida de torpeza; de allí la esencia hedonística de la situación. Si cuenta y resultan ocho bultos dice: "O falta mi hija o faltan los sombreros"; (si dijera, mejor: "o falto yo", se convertiría en un chiste de absurdo). Es un acto inteligente, que revela un aspecto optimista en él, que ha resuelto su problema mental, y también en ellos —aunque se incluya a sí mismo (cosa que no debería quizá haber hecho), lo que quita aspereza a su acto y lo aleja del cinismo, las situaciones son distintas: puede consentirse a sí mismo una humorada que para los demás reviste leve dolor—, que en otro momento se sulfurarían pero que ahora con esa humildad renuncian a su irritación porque poseen la placentera seguridad de que gracias a esa contabilidad simple nunca van a extraviarse durante el viaje. Como si reconocieran, pese a su picadura de amor propio: "Para saber vivir en este mundo hay que saber prescindir en ciertos momentos del matiz y atender al número".

Se encuentran en la calle un señor y una señora y luego de saludos aquél viene a enterarse de que el esposo de la señora había fallecido. Entonces le expresa primero su pesar y luego su extrañeza, pues no sospechaba el mal.

—Sí, Pedro enfermó, lo atendimos dos semanas, pero los médicos no pudieron salvarlo, y una noche de mayo el pobre murió.

—Oh... Y usted ¿qué hizo?

—Yo, como verdadera esposa leal, inmediatamente enviudé.

Se ríe el oyente porque percibe el cinismo de una persona

(cinismo que es una condición hedónica para ella), o la inocencia (que también es valor hedónico), que no pudiendo ostentar otra virtud, decide otra conducta, invoca como una proeza y una excepción que le haya acaecido lo que sin ningún trabajo o sin ningún esfuerzo acaece a todas las personas que poseen esposo y lo pierden. Causa risa el cinismo de la persona que a toda costa trata de mantener la ilusión respecto a su sentimentalidad. Ella quiso decir una media idea que tenía: "Lo sentí como debe sentirse en este caso".

Cuando Geronte le hace observar que el corazón está en el lado izquierdo y el hígado en el derecho, Sganarelle le contesta: "Sí, así era antes, pero ya hemos cambiado todo eso y ahora practicamos la medicina por un nuevo método". Es la misma explicación que para el chiste anterior: el goce es del cinismo que conducirá a esa persona a salvar su ignorancia con la busca de su propia conveniencia.

Pero como ese cinismo se defiende con un sofisma, o sea una apariencia de argumento, este chiste se enriquece con un leve momento de confusión mental o de creencia en un desatino.

Berta: ¿Es que una tía vale más que una mamá?

La mamá: Ninguna tía vale más que una mamá.

Berta (se aleja, reflexiona y vuelve): Pero mil tías ¿valen lo que una mamá?

La mamá: Ni mil, ni cien mil. ¡Nadie ni nada vale lo que una mamá!

Berta: ¡Caray, señora! — (Jules Renard: *La linterna sorda*).

Lo que explica el placer del niño es el sentimiento de tener una madre que confiesa el gozo de valer más que cien mil tías. "Qué segura, qué contenta de sí misma está mi mamá", dice el niño. Es la expresión de una felicidad admirativa: aplaude la seguridad autocomplacida de su madre.

En otro chiste estudiado por Bergson, el de la dama invitada por el astrónomo Cassini que llegando tarde para ver un eclipse se excusa: "M. de Cassini tendrá la amabilidad de volver a em-

pezar de nuevo", no reímos de la incultura de la dama, precisamente, pues ella pudiera creer que pueden retenerse las imágenes —máxima ante el respeto al oficio de astrónomo— y darse a cualquier hora; aun así, pudiera haber ignorancia y no comicidad. Es cómico por los dos desencantos, porque no tiene ninguna importancia, al fin, un eclipse, ni para la dama ni para el astrónomo. Lo que causa gracia son los apuros del astrónomo galante para desautorizar la esperanza de la señora, no sabe cómo confesar que él no dispone de los eclipses, aunque quisiera ser amable. Ella creía que el oficio de los astrónomos era hacer andar a los astros y lunas, y se encuentran las dos personas en farsa: la dama que quiere conversar y el astrónomo que no cree en el eclipse y ríen ambos de haber estado haciendo ocio. Pero no hay risa cómica de gozar del mal ajeno.

Pero este Humorismo Realista debe ser desechado, pues es un realismo como todos, es decir no prueba facultad, porque vive de copias; lo abarca la crítica del Realismo en Arte. Como he pensado en otra ocasión, el Realismo tiene valor extraartístico, de autenticante de la adoración; el Arte tiene horror a la Autenticidad. Además, el humorismo realista o de sucesos carece del efecto concienzial; puede revestir gracia verdadera y causa placer, pero no posee la virtud de conmover la certeza de la Conciencia (salvo algunos chistes realistas aproximados a los conceptuales por una apariencia de argumentación o sofisma).

En el humorismo realista el *suceso* ocurre, sea en la realidad, sea en el carácter del personaje. En el caso de quien preguntado si sabe hablar francés contesta "Yes, Sir", el suceso que hace que llame a este chiste "realístico" es un suceso psicológico: la decisión cínica de una persona; o sea que hay en el perceptor de la comicidad realística la percepción de una exhibición de felicidad ajena inesperada. En este caso:

—¡Demonios! —exclamó cierta vez Jovenel en un restaurante—, ¡me he tragado una mosca!

—¡Magnífico! —le contestó su vecino—. ¡Me encanta la muerte de esos bichos!

se trata de un suceso chistoso: que alguien se manifieste contento y, más aún, complacido con motivo de lo que tenía atri-

bulado a un amigo. (Cómo será de intenso el placer que le causa al vecino el hecho sucedido a Jovenel que se olvida de la cortesía y de todo. Al conflicto de uno la bonhomía de otro. El haberse tragado una mosca —hecho ya cumplido e irremediable— queda borrado por este exceso de felicidad. Se trata pues del relato de un suceso cómico.

En el chiste realista, pues, el suceso cómico ocurre a uno de los personajes: su realidad ocurre. A su vez el tercero, oyente, ríe de la percepción de felicidad, con efectos más intensos porque esperaba una manifestación contraria. (En cambio, en el chiste de absurdo el suceso le pasa al oyente, que cae en engaño: "Eran tantos los que faltaban, que, si falta uno más, no cabe".) En el chiste realista están todas las manifestaciones inesperadas o contraesperadas de felicidad de una persona.

En el Humorismo Conceptual, funciona siempre el autor con dos elementos optimísticos, además del de la temática; su exhibición de facultad de ingenio y su juego inofensivo con el lector. En el humorismo realista hay un suceso real cómico, que no radica sólo en el enunciado redactorial; en el conceptual, la comicidad reside en la expectativa defraudada y en un aserto, primando definitivamente, de un imposible intelectual.

¿Por qué calidad del chiste *real* ocurre, pues, el placer de lo cómico, con o sin carcajada? Yo digo que es por la calidad de ser un juicio optimístico: hay un individuo que defiende su felicidad.

En el chiste *verbal* lo cómico es ver que ese hombre que parecía estar en grave posición explicativa estaba jugando con uno, se daba el placer de jugar. ¿Cuál es el juego? Defraudar una expectativa. ¿Por qué se complace en ese juego, suponiéndolo no maligno y no habiendo nada de dañino en el caso? Se complace porque se vale de un absurdo y consigue un instante de creencia en él, y esa creencia momentánea en el absurdo es un placer de la fantasía intelectualística. El que juega el chiste actúa por simpatía con el placer, tiene un placer de un placer que prepara a otro.

Supongamos el caso del chiste conceptual específico: "Eran tantos los que faltaban que si falta uno más no cabe." Las

personas muy disciplinadas creerán apenas la verdad enunciada, pero las personas inexpertas creerán en ese instante que ya no cabía un más faltar, que el local era estrecho para que faltaran más personas. La equivocación la hay, pues el más de una cosa, en los más frecuentes casos, ocupa más espacio, y de lo más el público espera que por un momento llegue a no haber; que no cupieran más faltantes. Aquí hay alusión a felicidad, a contento, en el hecho de que el autor juega con el lector, y puede haber en el público que ha conservado la virginidad de sus emociones, la risa madre; el incauto se reirá al advertir que ha creído en semejante disparate por un momento (la ausencia de una cosa, si aumenta mucho, no cabe); habrá dos risas: la de reírse de sí mismo por haber creído un absurdo y al mismo tiempo la risa amistosa hacia el hombre que ha jugado con él, actitud en el autor que aporta dos intuiciones de signo placentero: el hecho de jugar y el hecho de poseer la destreza de provocar un caos mental momentáneo en otro.

Insistiendo en otros términos, diré: se crea en la conciencia del oyente o lector la expectativa de un dato fuerte ("Fueron tantos los que faltaron que si falta uno más"), y se prorrumpen un absurdo ("no cabe"). Se trata de una subordinación del género cuantitativo, con su modalidad, la adición, que resulta en una mayor suma, mientras en este caso, por la calidad de lo sumado, resulta la menor suma, que es presentada como resultando la mayor. Pero, ¿por qué causa gracia el absurdo? ¿Y todo absurdo causa comicidad? Deben cumplirse las demás condiciones señaladas: la expectativa o espera o estado de tensión, la sorpresa y la referencia optimista o contenido grato o alusión a felicidad. Lo chistoso deriva de que ha habido una preparación para que todos caigan en un asentimiento momentáneo al absurdo: cuantos más faltan menos cabe el faltar; cuanto más de algo en algo, menos cabida queda; así que el faltar no cabe. (El faltar puede sumarse; Cuanto más llueva, menos vendrán; pero no menos cabida habrá para que otros falten.) No es, pues, el caso del absurdo por sí mismo sino por la preparación a esperar otra cosa, un hecho o concepto lógico; si no se estuviera preparado para el asentimiento el espectador se limitaría a decir: "Es claro".

Creo que lo fundamental es la invención de un absurdo, que es una ingeniosidad, y en segundo término el hacer creer, que es voluntad de juego. Hay, adicionalmente, en este chiste una sollicitación de piedad a la gente, con lo cual los oyentes se sienten así placidos del fracaso del conferencista implícito y dignificados de que se los elija para confidentes. El hecho de que las personas que se estaban sintiendo importantes como oyentes de una conferencia, con cierto matiz "sobrador", de repente sufran la caída al vacío mental creyendo por un instante la logicidad del absurdo, es un elemento no esencial pero que realza el placer.

Todavía habría que agregar que cuando se dice No se espera generalmente algo adverso; el "no" tiene un tizne de pesimismo, aunque muchas veces sea lo contrario: "el barco no se hundió". O sea que hay que ser tan hábil en el enunciado verbal como para los cuidados poemáticos de Mallarmé.

En fin, podría intentarse proseguirlo así:

A: Fueron tantos los que faltaron que si falta uno más no cabe.

B: ¿Y cuál fue el que faltó último?

A: Recuerdo que faltaron en parejas el que faltó último y el que faltó más.

Y si aun el oyente tratara de que no se apague el chiste:

B: En estas ocasiones, sería bueno hacer una lista en orden sucesivo del nombre de las personas que van faltando, como se hace en el "Instituto de Disertaciones".

A: No me parece, pues al día siguiente, cuando uno encontrara a las personas que no asistieron, habría disputas sobre prioridad: "Yo falté antes que usted"; "Yo fui el número 10 y no el 14"; "Yo falté en seguida después de Gómez"; "Usted me ha anotado mal". Uno que sabría disculparse diría: "Yo falté, es cierto, pero fui de los primeros".

B: Bueno, si mi proposición no acierta, ¿qué se debiera hacer en estos casos? ¿Qué le parece a usted? Porque si se dejan las cosas así, sin más, que vayan como quiera, la oratoria va a ser un género que se pierde.

A: Yo también lo pensé. Creo que podrían darse primero las conferencias y anunciarlas después; o, como en el "Círculo de

Intelectuales": "Hoy no da conferencia el novelista Tal". Por que no teniendo hora asignada, no cabe la faltancia, así que siempre tendríamos lleno completo.

B: También podría difundirse: que el notorio conferencista Acuña acostumbra publicar después de sus conferencias las opiniones más comprometedoras de los inasistentes. "Domínguez, que faltó a la última, ha manifestado que es la única conferencia que merece ser atendida." Otro expresará que es tal la nulidad de los conferencistas de Buenos Aires que si no fuera por la genialidad del conferencista Acuña estaríamos arruinados en la opinión del mundo. Con lo que todos los asiduos faltantes a sus conferencias tendrán temor de faltar otra vez, para no caer en el odio de todos los demás conferencistas que resultan menos-cabados por estos elogios (y con este miedo tendremos asistencia regular). En suma, que al cabo de cierto tiempo a nadie se le tendría más temor de no asistirle que al conferencista Acuña, y a los juicios de nadie temerías tanto como a los juicios de los famosos faltantes a conferencias del famoso Acuña.

A: Me pongo en el caso de Acuña: para desautorizar las opiniones elogiosas que les atribuye a sus faltantes y que les han traído la malquerencia de los demás conferencistas, deberá dar certificados de inasistencia a los que concurren, para que los otros disertadores no los maltraten en represalia de asistirle a Acuña.¹

B: "Acredito que el señor Dudino Domínguez es el más asiduo faltante a mis conferencias", dirán los certificados de faltancia.

A: Pero entre los faltantes hay no sólo de los más asiduos sino de los mejores.

B: De alguno se dirá: "Sólo una vez, y por enfermedad, dejé de faltar."

A: Con esta diplomacia extraoficial del Faltar...

B: Y así podrá Acuña proclamar que era un embuste notorio el que se propalaba de que sus conferencias no cabían de faltantes cuando las de los otros no cabían de concurrentes.

¹ Reflexiones de un lector, ahora: "Yo he venido de visita a este libro, no he venido a trabajar. Como de tal autor, esto debe entenderse perfectamente, pero no en cualquier día".

Desperecémonos, lector: yo también estuve ahora trabajando.

Excúseseme este ejemplo de inesperada imitación, en el Chiste, de los ejercicios de "variaciones" en Música. Ya véis lo que sucede cuando el disparate se da ampliamente su lugar: engendra la más amplia congruencia.

Quisiera no olvidar aquí que hay chistes que no pertenecen al humorismo conceptual estricto —o sea credulidad a un *non sensu*— pero que participan de la creencia instantánea en un contrasentido. Por ejemplo:

"Es cierto que a veces ocurre efectivamente que después del tratamiento una persona sana. Pero los pobrecitos médicos ¿qué culpa tienen?"

El valor de este chiste radica en que sin ser un chiste típico de absurdo se le asemeja en sus efectos sobre la conciencia. Hay un instante en que el lector se deja convencer por un sofisma, por un habilidoso desvío de una cuestión en otra. El lector, confundido, cree que es un demérito para los médicos que los enfermos sanen, cuando es precisamente la virtud de la profesión. Importa una injuria, en entonación de defensa, para el profesionalismo médico. "Pero de todo le echan la culpa a los médicos, hasta de que sanemos." Gracias a su habilidad verbal el injuriador se despliega con seguridad para desacreditar, sin peligros de reacciones, por la forma alusiva. Se admira el ingenio y el cinismo. (Si hubiera dicho: "Los médicos son unos torpes, sólo saben matar", se hubiera expuesto a una respuesta física.)

En el oyente hay el susto de haber creído en un absurdo o asentir a una situación sofisticada.

Un individuo arruinado había conseguido que un amigo, persona acomodada, le prestara dinero, compadecido por la pintura que de su situación le había hecho, recargándola con los más negros tonos. En el mismo día le encuentra su favorecedor sentado en un restaurante ante un apetitoso plato de salmón con mayonesa y le reprocha, sorprendido, su prodigalidad: "¿Cómo? ¿Me pide usted un préstamo para aliviar su angustiosa situación y le veo ahora comiendo salmón con mayonesa? ¿Para eso necesitaba usted mi dinero?" "No acierto a comprenderle —responde el inculpado—. Cuando no tengo dinero no puedo comer salmón con mayonesa; ahora que lo tengo resulta que no debo comer

Epistolario
SBD/FFLOH/USP

salmón con mayonesa. ¿Entonces cuándo diablos voy a comer salmón con mayonesa?"

Aquí hay, esencialmente, una simulación de argumentación que no tiene valor alguno. Cada uno de los personajes dice independientemente algo sensato; lo que resulta ausente o eludida es la conexión, la argumentación de la respuesta. (Freud —que estudia este chiste— designa su técnica como "desplazamiento", pues lo típico es la desviación del proceso mental, el desplazamiento del acento psíquico sobre un tema distinto del iniciado.) Más que sofisma hay ausencia de argumento con apariencias de argumentar decisivo. Hay una doble fuente de placer para el perceptor: el doble placer del cinismo que se da su pleno gusto y el de percibir un despliegue de ingeniosidad mental en el cínico que inventa una argumentación no contraria sino paralela, es decir neutra.

Un señor entra en una pastelería y pide en el mostrador una tarta, pero la devuelve en seguida pidiendo una copa de licor. Después de beberla se aleja sin pagar. El dueño de la tienda le llama la atención. "¿Qué desea usted?" —pregunta el parroquiano—. "Se olvida usted de pagar la copa de licor que ha tomado." "Ha sido a cambio del pastel." "Sí, pero es que el pastel tampoco lo había pagado." "Claro, como que no me lo he comido."

No parece que se tratara estrictamente de un chiste, aunque por las circunstancias puede serlo; es un sofisma, es una tentativa de estafar por un falso argumento. El personaje inventa un proceso dilatorio para confundir la situación, o salvar una situación desairada en que es sorprendido sin pagar un gasto; y produce un momento de perplejidad muy breve, y aun, para algunos, de alguna duración. (La versión de este chiste pertenece a Freud, aunque creo forma parte del acervo popular.)

III

¿Cuál es el efecto concienical, para nosotros genuinamente artístico, que produce el humorismo conceptual? Que el Absurdo, o milagro de irracionalidad, creído por un momento, libere al espíritu del hombre, por un instante, de la dogmática abrumadora de una ley universal de racionalidad. Aunque la "racionalidad" tiene una resonancia afectiva positiva, es decir placentera,

porque parece sinónima de seguridad general de la vida y conducta, sin embargo basta que se la presente como una ley universal inexorable para que sea un límite a la riqueza y posibilidad de la vida. Y esta limitación, como cualquier otra, tiene en la conciencia una resonancia afectiva negativa. "Variedad" y "libreposibilidad" revisten tonalidad optimística; pero además se adiciona a esta tonalidad temática, según va repetido, el hecho de que el autor ha jugado, mejor dicho ha logrado jugar con las vigilancias más alertas y universalidad de nuestra vida mental. Este jugar, por una parte, tiene tonalidad positiva en cuanto juego, aunque a costa de nosotros (pero a un costo absolutamente inofensivo: un instante de creencia en el absurdo), y la tiene también en cuanto el autor desniega una gran facultad, una sutileza envidiable de arte de enseñar: toda facultad es deseable y todo despliegue de facultad es espectáculo grato.

Como se ve, para mí es un mérito que un procedimiento artístico conmueva, conturbe nuestra seguridad ontológica y nuestros grandes "principios de razón", nuestra seguridad intelectual.

¿Cómo pueden ser un mérito estas turbaciones? Mi argumento parecerá intrincado; para mí es bien claro; si con actitudes o dichos de un personaje de novela consigo por un momento que el lector sintiente, vivo, se crea "personaie" vacío de existencia, sentirá por lo mismo la liberación de la muerte, es decir que su noción de que ha de morir es poco consistente puesto que cabe en su experiencia, en su vida en suma, que ocurra el hecho mental de creerse muerto. en lo que creerse es un vivir. Asimismo, en la que yo llamo Ilógica de Arte o Humorismo Conceptual, el desbaratamiento de todos los guardianes intelectivos en la mente del lector por la creencia en lo absurdo que ella obtiene por un momento, lo libera definitivamente de la fe en la lógica, como que se libró William James, y yo, gracias a él, quizá, de esa lógica que nos dice todos los días: "puesto que todos mueren, tú has de morir", o "no hay efecto sin causa".

La Novelística y la Belarte de Ilógica deben ponerse a tono con la agilidad y desdoblamiento de la aguda conciencia contemporánea. Tomemos en cuenta que estamos en el siglo de la Tercera Reflexión del Yo (el Yo que piensa en el Yo que pensaba ayer en el Yo).

Para finalizar, como la ejemplificación quizá ya larga resultaría extensísima, invito a los lectores a que me propongan algún ejemplo de comicidad, chiste o humorismo que les parezca no podrá reducir, acondicionar a mi teoría optimística esencial de lo cómico. El chiste por la palabra (hay comicidad por gestos y actos deliberados, pero no es Ilógica de Arte, imposible mental) es el único genuinamente artístico, es decir no realístico, y debe contener esencialmente: 1) un absurdo absoluto creído, 2) sin elemento de daño o depresión, 3) precedido de una promesa implícita de comunicar algo importante y racional, y 4) placer resultante, sin risa pero con alegría, proveniente de la liberación de la lógica, y placer con risa derivada del hecho de haber sido burlado ingeniosamente por el autor. La cosquilla chistosa está en que la gente se pesca a sí misma en fragilidad mental. Chiste verbal es pues el arte de hacer creer por un instante un absurdo; nos causa placer por admiración a la inteligencia —placer intelectual de simpatía—. *Absurdo* es un contenido mental irrepresentable; un contenido ausente, carente. Este absurdo o contradicción funciona después de una expectativa de intelección; es un descerrajamiento intelectual, con caída de las imágenes, conceptos, pensamientos, impregnados de afectividad durante la espera.

Finalizando otra vez, repito que causa extrañeza, por una parte, que se haya propuesto por Kant y ratificado por Spencer una definición de lo cómico por expectativa fallida: porque ésta parecería también una definición de la tragedia. En cuanto al argumento de una suspensión y subsiguiente reanudarse ansioso de la respiración por una ruptura de la atención, está perfectamente para describir la fisiología y el placer psicológico de la risa, pero, estrictamente, lo cómico debe definirse en la calificación de su temática, no en fisiologismo. Y repito que es curioso que uno de los grandes capítulos del placer humano, cual es la Comicidad y el Chiste, no haya hecho adivinar que su temática dominante tenía que ser esencialmente una referencia a la felicidad, al placer.

La exposición que precede ¹ puede cómodamente saltarse, pues

¹ Publicada en la *Revista de las Indias*, Colombia, a invitación del insigne prosista Germán Arciniegas.

entretanto he logrado una formulación muy compleja y de mayor exactitud que a los entendidos les ahorrará la larga lectura.

Lo cómico realístico o de sucesos y el chiste verbal o conceptual tienen sólo de común, pero esencial, la referencia hedonística. Ambos se centran en placer, y no sólo en el espectador o lector sino en el paciente de la comicidad real. Se parecerían también por corporalizarse ambos como absurdos, pero en lo cómico real trátase de un absurdo material —más que absurdo una exagerada falta de puntería, es decir desafinidad con lo posible, mas no imposible absoluto—. En el Chiste Verbal —no hay otro *chiste* sino el artístico de la Belarte de Ilógica: los chistes por gestos o movimientos (el payaso que despliega proezas de agilidad y poder muscular y que luego para subirse a una mesa se trepa fatigosamente por una pata) no exhiben un imposible, juegan alegremente con la expectativa normal; es una comicidad con autor deliberado, como en el chiste verbal, pero no por eso es un chiste de Ilógica o sea de imposible mental— la primacía, lo esencial es la obtención de un momento concienical de absurdo creído; la connotación hedonística espiritual radica en la entrevisión de la todoposibilidad intelectual, que tiene resonancia liberatriz.

En las doctrinas sobre la comicidad se ha estudiado la naturaleza de ese placer (Lipps no lo considera sentimiento de placer estético sino de naturaleza aproximada a la del placer intelectual); su oposición a otros sentimientos (para Lipps no se opone a lo sublime ni a lo trágico sino a la grandeza sorprendente: "lo cómico es lo sorprendentemente pequeño"; para Bergson hay que oponerle a la gracia, mejor aun que a la belleza; "lo cómico es más bien rigidez que fealdad"), etc.; pero no se ha investigado la causa o condición general de ese placer. Nos parecería reconocer en la teoría de Bergson la debilidad esencial a toda teoría de la comicidad (que es una teoría de una de las faces de la Felicidad o Alegría; la teoría de Bergson es una teoría triste con su tesis de que la risa se produce cuando en lugar de la respuesta inteligente el individuo es víctima de una reacción inadaptada, aun cuando el autor interprete la risa como sanción social ante una actitud antivital o innatural), de que la esquemática propuesta es en ambos casos aplicable a situaciones

trágicas de error, torpeza, desacierto. Aprieto el revólver con intención de tirar, en medio de general expectativa; el tiro no sale; es cómico. Aprieto el revólver para limpiarlo, creyendo que tiene el seguro, el tiro sale y hiere; es trágico. Ha habido el mismo error. No basta calificar a un caso de tragedia y al otro de comicidad, sino que es necesario determinar el elemento primario de una y otra. En suma, parece no haberse percibido una verdad que, si hubiera axiomas con algún sentido, deberíamos llamarla axiomática: una emoción placentera, como es la de comicidad, no puede derivarse sino de una alusión a acto, facultad u ocurrencia grato o conducente a lo grato.

En la comicidad realística hay un error, y también único error; pero no es el que se ha señalado de lo material calcado sobre lo viviente; es el de un extremo error de prudencia, del mucho cuidarse, o de feliz inocencia (falta de inteligencia), o de cinismo; de todoposibilidad práctica. El hombre bajito que se encorva innecesariamente para pasar bajo un portal, exhibe su inmenso cuidado y capacidad de vivir seguro;¹ el muchacho que preguntado si sabe hablar francés contesta "Yes, Sir", y observándosele que lo hace en inglés contesta "Ah, qué suerte, también sé inglés", expresa la todoposibilidad de haber aprendido sin

¹ La risa o convulsividad proviene de que no se esperaba ese gesto inútil —y habría en cierto sentido una expectativa defraudada; aunque expectativa pasiva: la de que se comportaría razonablemente no agachándose para pasar bajo un dintel suficientemente alto para su estatura— pero el placer proviene de que esa previsión es un elemento grato, porque el exceso de prudencia garante ante muchos riesgos. (Si la persona baja a pesar de la restricción voluntaria de su estatura se golpeará, por levemente que fuera, no habría expectativa ni error, pero menos aun habría la alusión a dicha.)

Creo que participa de esta misma explicación el chiste de los aduaneros estudiado por Bergson, que, recibiendo a unos naufragos en un accidente en Dieppe, luego de haberlos valerosamente socorrido, empezaron por preguntarle: "¿Tienen ustedes algo que declarar?". Estos hombres siguen la regla de conservar su empleo y por inverosímil que parezca la razonabilidad de su pregunta en tales circunstancias, lo mismo cumplen con las obligaciones reglamentarias. (Según tal autor éste es un caso típico de automatismo: un funcionario que funciona como una simple máquina o la inconciencia de un reglamento administrativo que se aplica con fatalidad inexorable, tomándose por una ley de la Naturaleza.)

Un catedrático que saca del faldón de su levita una larga media de mujer, nos produce comicidad, porque probablemente la escondió en un

trabajo, sin estudio, un idioma. En esta conocida situación cómica: Dos caballeros se encuentran y uno observa el rostro y figura del otro como reconociéndolo:

—Caballero, me parece haberlo visto a usted en Tucumán.

—Nunca estuve allí.

—Pues yo tampoco. Entonces sería otra persona.

hay la imperturbabilidad, la inocencia, o la instantánea aptitud para disimular la turbación, todas las cuales son condiciones que ayudan a la persona en su felicidad, que le hacen la vida placentera. (La disculpación nula —"Entonces sería otra persona"— recarga el disparate.)

En la comicidad conceptual hay en cambio el error de creer un absurdo, por ejemplo: "La precocidad fue la primera cualidad que adquirió; a los nueve años era ya casi un niño y a los once ya tenía un hermano que entendía a Bergson".

Para terminar quizá estará mejor decir: la comicidad es el placer inesperado de una percepción de aferramiento a la felicidad excesiva, o sea que la gran fuente de placer de lo cómico es la hedonística fundándose en espectáculo ingenuo (comicidad realista), o la vivencia de un imposible mental (comicidad conceptual).

Lo cómico es: 1) emoción, 2) placentera, 3) inesperada, 4) nacida: a) de percepción súbita de un trámite o acto cualquiera

momento de gran "apuro". Los alumnos se "mueren de risa" porque quieren a ese profesor y se felicitan de que tenga sus aventuras.

Ante las famosas distracciones que se cuentan de Ampère —por ejemplo cuando confundía la capota de un carruaje con un pizarrón y en medio de la calle se ponía a desarrollar sus fórmulas— hay la misma alegría de percepción de la conducta de ese hombre en su decisión de no perder una idea.

Por último, en la comicidad de un gato suelto en medio de una oratoria, que de repente aulla y salta mientras el pastor dice desde el púlpito un sermón, nos decimos: Todo es solemne y conmovedor, pero el gato, tranquilo, busca su ratón; es la felicidad del gato; si, además, los auditores están molestos, piensan que el gato también comprendió y está fatigado del ademán y la prosopopeya del orador. Parece que el gato tiene la misma sensibilidad; conoce cuándo una oratoria es insulsa. Si la concurrencia estuviera contenta y sanamente interesada creo que el intempestivo maullido no hubiera sido cómico. En el instante los oyentes perciben relación de causa a efecto entre el asunto oratorio y el tema del felino.

sin daño de impulso hedonístico, no el malvado pero sí el enteramente egoístico sin maldad que se equivoca por prudencia excesiva o ilusión imposible; b) o de la creencia súbita en un absurdo.

Tanto en el caso de la todoposibilidad práctica, creída, como en el caso de la todoposibilidad inteligible, se trata, pues, de temáticas o posiciones mentales de marcada tonalidad placentera. Pero sólo hay Belarte de Ilógica o Humorismo en el caso del chiste conceptual, o sea de absurdo mental creído; lo demás es risa de los sucesos, mera comicidad.

Y aquí concluyo apresuradamente para que no se diga de mí: "Pasó toda su vida perfeccionando su teoría del humorismo; no puede reprochársele que no haya tenido tiempo de crear muchos chistes que merezcan recordación".

(Apéndice a la parte 5 "Para una teoría de la salud")

IV

BIOLOGÍA

Vidas y Vida. —El Longevismo o la Vida sigue dos métodos:

- 1) La acción del cuerpo certeramente dirigida por los apetitos para: 1) Conocer causas; b) Operar conforme a ese conocimiento contra lo que el cosmos nos niega o nos infiere.
- 2) Dejar que mueran cuantos quiera si se multiplican inmensamente los existentes.

De ambos métodos usa alternadamente o simultáneamente. De repente acude a la perserveración individual, de repente a la multiplicación, abandonando el esfuerzo para hacer perdurar la figura viviente.

Formas: 1) Vegetal; 2) Animal.

El ser sensible que nace es un soma con apetitos, y nada más; sin ningún conocimiento ni ninguna asociación de imágenes con afectaciones; lo primero sería herencia del conocimiento; lo segundo, herencia del carácter.

Conforme a la primera experiencia soportada, es decir a los primeros conocimientos —y no es posible que los haya de otra clase— opera sobre el cosmos en consecución o prevención de modos, cosas, alteraciones que favorezcan o contraríen la persistencia del cuerpo individual (del individuo de especie); en esto ya está incluida la memoria y en verdad el cuerpo puede tanto ser considerado como explicado por la necesidad de una memoria como por la necesidad de un operar sobre el cosmos.

Llevamos ligada a nuestra conciencia una materia inseparable, un cosmos continuo, para dos cosas: para la retención mnemónica, sin la cual las secuencias experimentadas se tendrían sucesivamente sin producirse el modo del Conocimiento; como para

operar sobre el cosmos por medio de órganos, para conseguir o prevenir lo que pueda sostener o destruir la figura individual.

Y todo esto, ¿para qué? Todo esto no tendría sentido alguno para la vida si no fuera que ese soma individuado tiene la propiedad capital, dramática, de absorber materia en torno de sí indefinidamente; y muéstrase esto en un crecimiento que anuncia ya el plan de la Vida: crecer hasta individuar en una sola persona animal o vegetal individual, la totalidad de la materia. Donde parece tener más éxito es en la forma vegetal, manifiestamente insensible, provocativamente desdenosa de toda conciencia, y con una actuación sobre el cosmos que apenas puede esquematizarse, en comparación con el órgano y el acto voluntario, operando así la Vida en la figuración vegetal no sólo sin conciencia sino sin automatismo morfológico acusado, neto, con el orden de fenómenos de mero quimismo o fisiquismo.

Como la realización de este plan de la Vida hasta ahora ha triunfado doblemente en la figuración vegetal sobre la animal, pues ha obtenido las máximas persistencias y las máximas espaciaciones o envoluminaciones perfiladas, individuadas, de estas figuraciones vegetales de la Vida en comparación con las animales; el baobad o la sequoia gigantesca viven miles de años, y hay algas que tienen 300 metros de longitud de su estructura; aun han sido máximos los logros de la Vida, en la figuración vegetal, en materia de treguas o reposos que ninguna figuración animal hubiera resistido; reposos de cinco mil años, como en el caso de las semillas de cereales encontradas en las tumbas faraónicas y germinadas con éxito.

Por todo lo cual bueno sería no digamos tomar medidas ¡qué medidas podríamos soñar tomarse!, bueno sería ir preparando el ánimo para renunciar a la perspectiva de dejar diecinitos, ir preparando el ánimo para una resignada desaparición total del cuerpo animal, de la Vida, pues ésta debe estar ya decidida a abandonar la intencionalidad animal en vista de la mejor vocación de la fórmula vegetal para servirla en su plan de personación del cosmos.

Ya que no tomar medidas, preparar el ánimo para una mansa

extinción de toda la bulliciosa y locuaz figuración zoohumana, con su Dios, su ley, su ciencia, su Deber, su filosofía.

Generación espontánea.— “Es por generación espontánea que Virgilio hacía venir al mundo las abejas, y es dando una ayuda ligera a la naturaleza representada por un grano de trigo — consistiendo la ayuda en una camisa sucia— que van Helmont pretendía hacer venir al mundo, en una veintena de días, un ratón. Sin duda que él venía: pero no de la manera en que aquél lo entendía”. Otros lo cuentan más perfectamente: después de haberse cerciorado van Helmont de que en tres semanas una camisa con semillas daba una laucha, aumentó mucho su curiosidad y ocurriósele, para no tener que esperar tanto tiempo, reemplazar la camisa por un queso. Entonces cada día se producía el natural milagro y comenzaba la vida. Después de esto, probablemente los lauchas se comunicaron la novedad, y cuando van Helmont, por la carestía del queso, volvió a usar la camisa, ya nadie nacía más. En lugar de sacar la conclusión más evidente en ese caso, como no podía comprender que las lauchas se comunicaran experiencias de lo ocurrido con la camisa y con el queso, declaró Helmont que indudablemente se habían agotado las lauchas de género espontáneo. (Pero la verdad es que estos hombres de ciencia franceses, como Varigny, Reinach y tantos otros, con su amenidad y “esprit” penetran a veces tanto y más en los grandes problemas que los sabios alemanes, con su estilo macizo y molieio.)

Yo no creo en la generación espontánea precisamente en el sentido en que la entendían Aristóteles, van Helmont, Pouchet, etc., superada por las réplicas de Redi y de Pasteur. Pero creo que ahora mismo se está produciendo incesantemente la vida, y que ahora mismo, en laboratorios, se va a hacer la vida. Va a hacérsela comenzar: hay un momento en que ciertas condiciones hacen de un cristal un ser vivo, o de un virus una bacteria. Esto no quiere decir aceptar para la vida una fórmula fisicoquímica determina-

da, sino comprender que en los cambios incesados a que está sometido lo cósmico, en que se mueven energías y elementos aun ignorados, a cada momento debe repetirse el azar que por primera vez originó la vida. Permanentemente deben estarse dando las condiciones biofóricas (temperatura, aire, agua, consolidación en moléculas de los cuerpos inorgánicos) que hicieron una vez posible la vida, condiciones que no eran posible horas antes; como permanentemente hay energías que pasan de la fase electrónica a la fase atómica (por ejemplo las nebulosas) y de ésta a la molecular. Está probado, además, que la mayoría de las especies actualmente existentes son, apenas modificadas, las mismas que existen desde el comienzo de la vida; que braquiópodos de nuestros mares pertenecen a las mismas especies de los comienzos de la época euzoica (de allí lo que se ha llamado el conservatismo de la naturaleza, que se mide por el número de las formas que, a pesar de haber sido sobrepasadas en perfección orgánica, han "perseverado en el ser" —Varigni—).¹ Todavía habría que recordar otro hecho: que a medida que se profundiza la investigación de las semejanzas y diferencias entre lo viviente y lo no viviente, se halla que es más difícil la separación: uno a uno han ido cayendo de su absolutismo los caracteres dados como diferenciales, hasta el descubrimiento último de los virus filtrables, a los que seguirán naturalmente otros; de modo que, como lo sostenía Robinet con su "ley de continuidad", en el siglo XVIII, lo inanimado podría no serlo tanto como se cree.

Pero dejando de lado estos argumentos, lo que debe decirse es que de ninguno de los seres que hemos visto proveniente de padres, podría obtenerse que parecieran espontáneamente no ex-ovo sino pre-ovo o para-ovo. Pero tal no quiere significar una

¹ Esto vale, en general, para las especies, pues se acepta que las formas más primitivas de la vida han sido más elementales que las de las algas o infusorios que hoy conocemos (período de la plasmogonia o formación del protoplasma). Pero debe imaginarse que no existe obstáculo para que estos mismos estados precelulares sigan produciéndose hoy. ¿Qué condiciones o factores han desaparecido para lo contrario?

negación radical: quiere decir que la combinación posible de formas y propiedades de animales son tan innumerables, que sería una inmensa casualidad que espontáneamente se obtuviera el comienzo de un viviente que casualmente tuviera los mismos aspectos y propiedades de un viviente venido de padres. No es más que cuestión de dificultad matemática, de improbabilidad, no intrínseca, pues para todo el mundo es evidente que ha habido un tiempo millonario sin vida: edad azoica o fases electrónica y atómica de la evolución de la energía. Lo que es absurdo es proponerse obtener espontáneamente lo que sólo hemos visto aparecer parentalmente —ex-ovo, ex-patre—, pues eso espontáneo debe tener las condiciones esenciales de la vida.

¿Cuáles son? Que algo exista siempre no es la vida, pero que algo tenga reacciones para existir, es la vida, cuya existencia es hallarse combinado para reaccionar en pro de todo lo que haga perdurar la forma individuada (esto es vivir, existir) y en contra de todo lo que estorbe esa permanencia. Cuando una piedra —que participa también de la forma estable— haga algo para que no la destrocen, se aparte de un camino o de una máquina, se ampare de la humedad, etc., ya tendría vida: que sienta o no sienta no es cuestión del problema de la vida. La sensibilidad es lo que le atribuimos, pues somos incapaces de otorgar sensibilidad a lo que no tenga expresión de sensibilidad, mas no vemos por qué va a ser necesario eso: que otros conozcan que algo vive no es la condición de la vida para ese algo, ni que ese algo sienta).

Lo que decían los espontaneístas es que era frecuente, pero nadie puede negar que la generación espontánea sea posible. Yo creo que constantemente está comenzando la vida, ni más ni menos que infinidad de casos hay hoy y habrá siempre de transformación de especies. Es una transformación de especie: comienza la vida. Somos nosotros los que ponemos las cosas en orden de transformación. Pero no es una ley. Sin embargo, los biólogos niegan, en general, que la vida pueda producirse en los laboratorios y en el laboratorio general cósmico. El propio Haeckel admite que, en otro tiempo, en el momento en que el globo estaba aún

caliente pero en que el agua líquida había comenzado a existir, la materia bruta pudo organizarse, bajo influencias exteriores que han quizá desaparecido; pues lo contrario significaría, descartada la tesis de la creación, dejar insoluble el problema del origen de la vida. Yo lo que no veo es en qué puede fundarse esa resistencia para admitir que, actualmente, y en el futuro, sígase produciendo espontáneamente la vida. Habría que probarse cuáles son esas condiciones precisas que han desaparecido; pero el caso es que las condiciones de formación de la tierra se están y estarán repitiendo dondequiera en lo estelar; si no en la tierra se estará produciendo la vida, no reproduciendo, en algún mundo; nebulosas con más de 7000° de temperatura que dentro de trillones de años pasarán al estado atómico cuando los electrones se hayan combinado formando los átomos. Pero aun antes de estas investigaciones ya me parecía a mí que no había ningún argumento decisivo para negar la verosimilitud de la generación espontánea.

Además, tampoco creo en el aforismo de Linneo: *Natura non facit saltus*, es decir no admito que en todos los casos de evolución de especies (o aún de las series de energía y de la materia inorgánica), el cambio haya sido infinitesimal y, sin saltos; pienso que en el origen de la vida y lo mismo ahora, existe la posibilidad de cambios totales o parciales con prescindencia de ese orden riguroso de progresión. Hecho distinto del de que hoy, en el estado de cambios de las infinitas series de fenómenos, aparente resaltar en las clasificaciones un ordenamiento de grados sucesivos, un matiz de imperceptibles cambios.

Observar y experimentar. Por ejemplo: dar a un animal de ciclo relativamente breve de vida y de observación sencilla, por ejemplo una gallina, cuyos gustos conocemos, absolutamente todo lo que le agrada —sol, temperatura, amparo, frío, comida, etc.— para comprobar qué consecuencias resultan, si se prolonga la vida, si no muere.

INDICE

— Advertencia

1. CRÍTICA DEL DOLOR – EUDEMONOLOGÍA

—Advertencia

Prefacio	13
I	18
II	20
Eudemonología	21
Soluciones previas.....	33
Arte de vivir	41
Los Días	48
¿Cuál es mi estado total actual?	51
Notas a “Crítica del Dolor”	67

2. TEORÍA DEL VALOR – ESFUERZO

Valor	77
Esfuerzo	87

3. DIARIO DE VIDA E IDEAS	95
El libro para sí mismo	104
Sinopsis.....	110

4. PARA UNA TEORÍA DEL ESTADO

— Advertencia.....	115
I Guerra Mundial I.....	119
Para llegar a un juicio de previsión acerca de la guerra mayor y el estado de cosas que de ella se seguirá	121
No existe problema social-económico	123
Posguerra y error	133
El disconformismo que hay y el que debiera haber	142
Disconformismo individualista	144
El buen disconformismo	147
II Advertencia	153

Política	155
Ante la nueva presidencia	159
Dijo el presidente	166
III Verdad social-jurídica	171
Guerra Mundial II	178
Mi folleto	180
Un buen déspota	189
5. PARA UNA TEORÍA DE LA SALUD	
— Advertencia	199
I Que el abogado tenga una suya de qué ocuparse	201
Negación de la Terapéutica	202
Estudio de la salud y la enfermedad	206
II Teoría de la Salud	212
Higiene optimista	219
III Medicina	222
6. PARA UNA TEORÍA DEL ARTE	
— Advertencia	233
Teoría del Arte	235
Artística de la Palabra	245
PARA UNA TEORÍA DE LA NOVELA	252
PARA UNA TEORÍA DE LA HUMORÍSTICA	259
Apéndice	
IV Biología	309

Obras completas MACEDONIO FERNANDEZ

Volumen I
PAPELES ANTIGUOS
*Escritos (1892-1920). Datos para una biografía.
Bibliografía completa.*

Volumen II
EPISTOLARIO

Volumen III
TEORIAS

Volumen IV
PAPELES DE RECIENVENIDO
Y CONTINUACION DE LA NADA

Volumen V
ADRIANA BUENOS AIRES
Ultima novela mala.

Volumen VI
MUSEO DE LA NOVELA DE LA ETERNA
Primera novela buena.

Volumen VII
RELATOS, CUENTOS, POEMAS
Y MISCELANEAS

Volumen VIII
NO TODA ES VIGILIA
LA DE LOS OJOS ABIERTOS
Otros escritos metafísicos.

Volumen IX
*Sin título aún.
Incluye Cuadernos de todo y nada
y textos inéditos.*

Volumen X
ENSAYOS SOBRE
MACEDONIO FERNANDEZ,
por autores varios.

Esta edición se terminó de
imprimir en Artes Gráficas Delsur,
S. del Estero 1961, Avellaneda,
en el mes de abril de 1991.

SBD/FFLCH/USP	
SEÇÃO DE L	
AQUIÇÃO C CAPES LETRAVIVA FLM	VALOR R\$ 33,44
DATA 17/11/95	TOMO 91864

TEORIAS, como volumen, reúne distintos estudios y reflexiones del pensador argentino, tantas veces valorizado como "humorista", en desapego de la real significación de su obra. "Asomarse al gran misterio con la exactitud de un Macedonio — ha dicho Julio Cortázar— se les ocurre a muy pocos; a los humoristas les pegan de entrada la etiqueta para distinguirlos higiénicamente de los escritores serios". La severidad y la profusión de los diferentes enfoques, la originalidad de las arriesgadas meditaciones y los encuadres teóricos propuestos por Macedonio Fernández, permiten suponer que la falta de metodología atribuida en tantas oportunidades a un mítico y exótico Macedonio fue sólo una manera de menospreciar al autor de una auténtica revolución ideológica, como la ha sido este "primer metafísico argentino", al decir de Scalabrini Ortiz, que a través de las variadas teorías agrupadas en este libro, de aquí en adelante, prefigura su verdadera dimensión en el ámbito mayor de la historia del pensamiento latinoamericano.

"—Yo por aquellos años lo imité, hasta la transcripción, hasta el apasionado y devoto plagio. Yo sentía: Macedonio es la metafísica, es la literatura. Quienes lo precedieron pueden resplandecer en la historia, pero eran borradores de Macedonio, versiones imperfectas y previas. No imitar ese canon hubiera sido una negligencia increíble."

Jorge Luis Borges

"Obra informe, monstruosa, desmedida y -por qué no repetirlo- única en las letras rioplatenses"

Emir Rodríguez Monegal

"Los elementos que remueve, encuentra y saca Macedonio Fernández de la vida y la muerte para realizar su fenómeno son siempre de primera calidad en idea y sentimiento. Y su lengua es un esperanto de lugar definitivo donde cada uno hable su idioma, sin filólogos, y todos, sin filólogos, nos entenderemos. Incomparable. Pero está con Dante, Blake, Eliot."

Juan Ramón Jiménez